

JAMES HERRIOT



HISTORIAS DE PERROS

Lectulandia

James Herriot nos ofrece aquí una colección de historias sacadas de su vida como veterinario en los hermosos valles del condado inglés de York. El autor ha querido reunir en la presente obra todas las historias que ha escrito sobre estos animales, desde *Tricki Woo*, el pequinés con problemas de flojera en los cuartos traseros hasta *Brandy*, el perro de la basura. Todas ellas bellamente ilustradas por Víctor Ambrus.

Lectulandia

James Herriot

Historias de perros

ePub r1.0

Titivillus 26.04.15

Título original: *Dog stories*
James Herriot, 1986
Traducción: María Antonia Menini Pagès
Ilustraciones: Víctor Ambrus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

A mi nieta pequeña Katrina, con amor

Nota

Las historias de esta colección se publicaron por primera vez como capítulos 11, 13, 21 y 30 de *If Only They Could Talk*; capítulos 12, 19, 27 y 29 de *It Shouldn't Happen To A Vet*; capítulos 1, 7, 8 y 21 de *Let Sleeping Vets Lie*; capítulos 2, 3, 4, 17, 18, 21, 22, 26, 27, 28, 34 y 35 de *Vets in Harness*; y capítulos 2, 13, 15, 25, 27, 34 y 36 de *The lord God Made Them All*.

Introducción

Mientras paso las páginas de este libro, me parece estar viendo una rueda que completa su círculo. De niño, me fascinaban los perros y experimentaba el ardiente deseo de convertirme en médico de perros; después me pasé la vida tratando las dolencias de vacas, caballos, ovejas y cerdos; y aquí estoy ahora, en el ocaso de mi vida, publicando un libro sobre mis historias de perros. Considero, por tanto, más necesaria una explicación que una introducción.

La historia es muy sencilla. Mi infancia en Glasgow estuvo rodeada de perros, los míos y los de otras personas. Puesto que vivía en el extremo oeste donde la ciudad se perdía en la campiña, veía, desde las ventanas de mi casa, las colinas de Kilpatrick y los páramos de Campsie al norte y, al otro lado del río Clyde, el territorio del Camino de Neilston y las lomas de más allá de Barrhead, al sur. Aquellos verdes oteros ejercían una poderosa atracción en mí y, a pesar de la distancia, me acercaba hasta ellos a pie, atravesando los últimos grupos de casas hasta llegar a las cumbres desde donde podía divisar los lagos y los montes de Argyll. Ahora, al recordarlo, las distancias se me antojan enormes —a menudo—, más de cincuenta kilómetros diarios, y en ellas me acompañaba siempre mi perro *Don*. Era un fino, reluciente y hermoso setter irlandés que compartía conmigo los goces de la campiña.

A menudo me acompañaban mis compañeros de escuela y, durante aquellos largos y soleados días, nuestro mayor placer era observar los juegos y retozos de nuestros perros. Ya a aquella temprana edad, me intrigaba el carácter y el comportamiento de estos animales. Nunca acababa de entender a los perros. ¿Por qué eran tan fieles a la raza humana? ¿Por qué se deleitaban con nuestra compañía y nos recibían en casa dando brincos de júbilo? ¿Por qué se complacían en estar con nosotros en nuestras casas y dondequiera que fuéramos? Al fin y al cabo, solo eran animales y yo pensaba que su principal ocupación hubiera tenido que ser buscar comida y protección; en su lugar, nos prodigaban un afecto y una lealtad aparentemente ilimitados.

Además, sus formas, tamaños y colores eran muy variados, y, sin embargo, todos poseían las mismas características fundamentales. ¿Por qué?

Consulté mi libro de referencia preferido, la *Enciclopedia Infantil* de Arthur Mee, y no me sorprendió averiguar que los perros eran fieles amigos del hombre desde hacía miles de años. Los egipcios los tenían en gran estima y es probable que formaran parte de la vida familiar en las cavernas de la Edad de Piedra. Comprobé, asimismo, que descendían, al parecer, de los lobos o los chacales. Todo ello resultaba muy interesante, pero no me explicaba del todo la especial fascinación que me producían. Sentía, en mi fuero interno, el confuso deseo de estar siempre con los perros y pasar la vida trabajando a ser posible con ellos, cuidándoles, sanando sus enfermedades y salvando sus vidas, pero no sabía cómo podría conseguirlo.

Todo empezó a cristalizar cuando leí un artículo en la revista *Meccano Magazine*,

«La carrera de cirugía veterinaria». Como veterinario, podría estar siempre con los perros, cuidarles, sanar sus enfermedades y salvar sus vidas. La cabeza empezó a darme vueltas.

Aún estaba tratando de asimilar la nueva idea cuando el anciano doctor Whitehouse, director del Colegio de Veterinaria de Glasgow, vino a mi escuela para pronunciar una charla. Será muy doloroso sin duda para los cientos de jóvenes que hoy en día tratan inútilmente de matricularse en una escuela de veterinaria saber que, en aquellos tiempos estos centros suplicaban en vano a chicos y chicas que acudieran a ellos. La razón era muy sencilla. En 1930, el país se encontraba sumido en una terrible depresión económica, la gente no podía permitirse el lujo de tener animales domésticos en la medida en que hoy lo hace y, sobre todo, los caballos de tiro, otrora la gloria y el principal soporte de la profesión veterinaria, iban desapareciendo de las calles y de los campos. A nadie le interesaban los veterinarios.

No obstante, el doctor Whitehouse se negaba a admitir que la profesión hubiera entrado en su agonía. Nos dijo que, como cirujanos veterinarios, nunca nos haríamos ricos, pero que nuestra vida sería muy variada y satisfactoria por diversos conceptos.

Me sentí irremediabilmente preso. Sabía con exactitud lo que deseaba hacer en la vida, pero los obstáculos parecían insuperables. Era una profesión científica y yo no sentía una especial inclinación por las ciencias. A mí, lo que mejor se me daba era la literatura y los idiomas. Ya me había separado de los alumnos que estudiaban asignaturas tales como Física y Química, tenía casi catorce años y, en cuestión de dieciocho meses, debería someterme a los exámenes de bachillerato superior en Escocia. Ya era demasiado tarde para cambiar.

Solo podía hacer una cosa. Acudí al Colegio de Veterinaria para hablar con el doctor Whitehouse. Era un anciano maravilloso, que poseía una fuerte y bondadosa personalidad y un fino sentido del humor. Me escuchó con paciencia mientras yo le exponía mis problemas.

—Me encantan los perros —le dije—. Quiero trabajar con ellos. Quiero ser veterinario. Pero yo hago bachillerato de Letras y estudio Literatura Inglesa, Francés y Latín. De ciencias, nada. ¿Podría estudiar veterinaria?

—Pues claro que sí —me contestó, sonriendo—. Si tienes aprobadas dos asignaturas del bachillerato superior y dos del inferior, puedes matricularte con toda normalidad. No importa de qué asignaturas se trate. Podrás estudiar Física, Química y Biología durante el primer curso.

A los estudiantes actuales les parecerá increíble, pero, para mí, eso fue la salvación.

—Estoy seguro de que podré aprobar tres asignaturas del bachillerato superior.

—Estupendo —me dijo—. No tienes por qué preocuparte.

—Tendré que esforzarme mucho para que me aprueben las Matemáticas inferiores —añadí en tono dubitativo—. Soy un desastre en Matemáticas. ¿Me harán falta para ser veterinario?

—Solo para sumar los ingresos del día —me contestó el doctor Whitehouse con una ancha sonrisa en los labios.

Asunto resuelto. Tenía ante mí un objetivo muy claro. Trabajé con ahínco durante el cuarto y el quinto curso, y ahora recuerdo con nostalgia las horas que me pasé «empollando» aquellas asignaturas aparentemente inútiles. Sobre todo, el latín. Me encantaba este idioma y me pasaba casi todas las noches estudiando a Virgilio, Ovidio y Cicerón. Hacia el final, creo que hubiera podido mantener una conversación inteligente con un romano antiguo, aunque yo me seguía preguntando de qué me iba a servir todo aquello cuando empezara a estudiar veterinaria.

Algunas personas me animaban.

—Ya verás, te servirá para comprender muchos términos médicos —me decían.

Creo qué así fue, en efecto, aunque yo hubiera preferido mil veces estudiar Biología.

Tal como esperaba, conseguí aprobar tres asignaturas del bachillerato superior e incluso las Matemáticas del inferior. Soy tan negado para los números que no logro comprender cómo me aprobaron, aunque había oído decir que, si un alumno aprobaba el latín superior, solían aprobarle en todo lo demás. Por consiguiente, debió de ser por eso. Por aquel entonces, yo no estaba preocupado. Ya había puesto el pie en la escalera. Estudiaba en el Colegio de Veterinaria de Glasgow. Iba a convertirme en médico de perros.

Sabía muy bien qué clase de médico iba a ser. Durante las vacaciones de verano que mediaron entre mi salida de la escuela y mi matriculación en el Colegio de Veterinaria, me solía imaginar de pie, con bata y mascarilla en una relumbrante sala de quirófano. Me rodeaban varias enfermeras y sobre la mesa yacía un perro al que yo estaba devolviendo la salud por medio de una brillante operación. Otras veces, me veía en bata blanca, entre las inmaculadas paredes de un consultorio, atendiendo a toda una serie de perros grandes, pequeños, meneadores de rabo o desconsolados, pero todos encantadores y necesitados de mis servicios. Era una visión celestial.

Sin embargo, cuando me matriculé en el Colegio con los nuevos estudiantes para comenzar el trimestre de otoño, descubrí que las autoridades académicas no abrigaban la menor intención de animarme en mi propósito. Tenían otros planes para mí y querían que fuera veterinario de caballos.

Los estudios de veterinaria no habían variado ni un ápice a pesar de los cambios ocurridos, y todos los estudios giraban en torno al caballo. Las prioridades estaban muy claramente definidas. Caballo, buey, oveja, cerdo, perro. Era un estribillo que se nos repetía sin cesar mientras leíamos los libros de texto. El voluminoso tomo de Sisson, *Anatomía de los animales domésticos*, nos proporcionaba exhaustivas descripciones de los huesos, músculos, aparato digestivo, etc., del caballo, y luego, dedicaba aproximadamente una quinta parte del espacio en primer lugar al buey, y después, en orden decreciente a la oveja, el cerdo y, por fin, el pobre perro, situado en el último lugar de la lista.

Lo mismo sucedía con el importante tema de la Cría de Animales Domésticos. Cuando repaso las amarillentas páginas de mi libro de texto de hace más de cincuenta años, observo que está dedicado casi por completo a los excrementos de los caballos, a su figura, a los establos, al aseo, las guarniciones y las sillas de montar y, sobre todo, a las herraduras. Teníamos que aprender a herrar a los caballos, retirando la herradura vieja y colocando la nueva. Nos pasábamos horas y horas en medio del acre humo de las herrerías. Y teníamos que guarnecer un caballo de tiro sin cometer ni un solo error: collera, horcates, arneses, silla y grupera, brida, riendas y cincha.

Todo aquello constituyó una sorpresa para mí, lo mismo que la actitud radicalmente distinta que allí se observaba en relación con el trabajo y el aprendizaje. En la Escuela Superior de Hillhead, yo estaba acostumbrado a un régimen muy severo. El nivel académico era muy alto y los profesores se tomaban muy en serio su tarea. Estaban firmemente decididos a conseguir que domináramos los temas y el menor fallo iba seguido invariablemente de una tanda de azotes. Ahora, en cambio, me sentía transportado a un mundo en el que a nadie parecía importarle un bledo que aprendiéramos o no.

El actual Colegio de Veterinaria de la Universidad de Glasgow está justamente considerado uno de los mejores del mundo; posee toda clase de modernos aparatos y equipos y un brillante claustro de profesores. El Colegio de Veterinaria de Glasgow de hace cincuenta años no se le parecía en nada.

Era un alargado y ruinoso edificio situado en un barrio bajo de la ciudad, utilizado, al parecer, en otros tiempos como establo de caballos cuando los tranvías de Glasgow eran de tracción animal. Desde luego, lo parecía. En un intento de mejorar su aspecto, lo habían pintado de un enfermizo color amarillo, pero todo fue inútil.

A finales de los años veinte, el Gobierno, ante la escasa demanda de veterinarios, decidió clausurar el Colegio de Glasgow, retirándole las subvenciones económicas. Sin embargo, una junta de Gobierno trató de mantener el Colegio en pie y, cuando yo llegué allí, la situación era muy precaria.

Nuestros profesores eran, con pocas excepciones, ancianos veterinarios retirados. Algunos eran unos auténticos carcamales: sordos, miopes y no sentían ningún interés especial por lo que enseñaban. El profesor de botánica y zoología daba clase, limitándose a leer en voz alta el libro de texto. A menudo, pasaba dos páginas por error y no se daba ni cuenta hasta que los alumnos le llamaban la atención a gritos; entonces, nos miraba por encima de las gafas, sonreía con indulgencia y pasaba a la página anterior con el mayor desparpajo. Le queríamos mucho y le vitoreábamos al término de cada clase en que nunca dejaba de pronunciar su graciosa frasecita habitual.

—Bien, caballeros —murmuraba, olvidando que entre nosotros había una chica—, veo en mi reloj de oro de cadena que el tiempo ha terminado.

Después, aceptaba complacido nuestra atronadora ovación.

Los estudiantes de entonces eran asimismo distintos de los de ahora. Muchos de ellos eran hijos de campesinos, y algunos procedían de las lejanas islas Hébridas. Me encariñé de veras con aquellos mocetones del norte, educados y serios, que vestían prendas de sarga y hablaban un inglés de marcado acento que se trocaba sin el menor esfuerzo en gaélico cuando hablaban entre sí. El resto eran chicos de la ciudad, como yo, procedentes de distintos lugares de Gran Bretaña.

Me asombré de que muchos de ellos llevaran tanto tiempo en el Colegio sin apenas haber hecho progresos. Un chico apellidado McAloon llevaba allí catorce años y estaba todavía en el segundo año de carrera. En aquellos momentos, era el que ostentaba la marca aunque los demás no le iban muy a la zaga. La explicación era muy fácil. El Colegio necesitaba dinero. Puesto que no había becas para los alumnos y no era el caso de expulsar a los muchachos tras fallar un examen, mientras los padres siguieran pagando las matrículas sin rechistar, aquellos veteranos eran unos apreciados miembros de la comunidad estudiantil. El de catorce años de antigüedad era especialmente estimado y, cuando por fin se fue para ingresar en el cuerpo de policía, todo el mundo le echó de menos. El anciano doctor Whitehouse, que enseñaba Anatomía, se conmovió visiblemente.

—El señor McAloon —nos dijo posando sobre la mesa un cráneo de caballo y señalando con el puntero un sitio vacío— ha estado sentado durante once años en aquel taburete. La vida será muy extraña sin él.

Los alumnos veteranos formaban un alegre grupo y dedicaban buena parte de su tiempo a jugar al póquer sobre un piano de cola que había en la sala de descanso. Por cierto, que entre ellos no figuraba jamás ni un estudiante de las Tierras Altas de Escocia. Los chicos del norte asistían a todas las clases, vivían en humildes casas de vecindad de Glasgow, comían gachas de avena y arenques salados, y ganaban medallas al finalizar el curso.

Como parte de nuestra educación equina, teníamos que iniciarnos en los «principios del dominio del caballo», lo cual consistía en el hábil manejo y monta de los animales. Una vez a la semana nuestra clase se trasladaba a la localidad de Motherwell, donde los alumnos galopábamos por los campos, montados en una especie de jamelgos y bajábamos ruidosamente por las callejas, entre las aceras, como si fuéramos una carga de caballería, mezclándonos con el tráfico de las calles principales. Pocos alumnos habían montado antes y, puesto que nadie se tomaba la molestia de instruirnos como es debido, muchos éramos arrojados en todas direcciones y sufríamos frecuentes conmociones cerebrales porque no llevábamos casco protector. Un ataque de amnesia me duró varios días y mis padres se preocuparon muchísimo por él, temiendo que hubiera olvidado para siempre lo que hasta entonces había aprendido.

En el laboratorio de anatomía, casi todas las disecciones se hacían con caballos, y lo mismo ocurría en la amplia y complicada asignatura de la Materia Médica, que estudiaba los efectos y aplicaciones de todas las sustancias utilizadas en el

tratamiento de las enfermedades de los animales. Ahora eso se denomina Farmacología y gira en buena parte en torno a los antibióticos, las sulfamidas y los esteroides. Pero, en mi libro de texto de los años treinta, no se hablaba de todo eso porque no se había inventado. Ahora, mientras paso las páginas, levantando cuidadosamente las muchas flores prensadas que mi hijita puso allí hace treinta años, descubro una lista casi interminable de medicamentos que hoy en día ya no se utilizan. Los álcalis, los metales, los elementos no metálicos, los ácidos, el carbón y sus derivados, el reino vegetal y, en cada grupo, un aterrador catálogo de fármacos individuales con sus denominaciones en latín, y después una descripción de sus efectos en los caballos, el ganado, las ovejas, los cerdos y, por último, los perros.

Los médicos solo tienen que aprenderse una cantidad determinada de dosis para sus pacientes; en cambio, el veterinario tiene que conocer cinco. El orden de importancia sigue en mi viejo libro, con la deprimente letanía de siempre: caballo, buey, oveja, cerdo, perro.

Pese a ello, el ambiente general del Colegio no era en modo alguno sombrío. Se respiraba, por el contrario, una atmósfera de total despreocupación. A nadie parecía importarle que asistiéramos o no a las clases. La decisión nos correspondía por entero a nosotros. Muchos preferían jugar a las cartas sobre el piano de cola y, en caso de que asistieran a clase, proseguían allí la partida. A veces, apenas se podía oír el monótono zumbido de la voz de los viejos profesores sobre el trasfondo del tintineo de las monedas en la parte de atrás.

Creo que les hacíamos la vida francamente imposible a aquellos pobres ancianos; gritábamos, reíamos y nos arrojábamos objetos unos a otros y les gastábamos toda clase de bromas pesadas. Nuestro profesor de Histología estaba casi completamente sordo, pero el ruido no parecía importarle lo más mínimo y proseguía, impertérrito, su clase en medio de un barullo fenomenal.

Todo aquello me resultaba extraordinariamente atractivo comparado con la dureza de mis estudios de bachillerato. No tardé en dejarme arrastrar por el nuevo ambiente. Puesto que los veteranos jugadores del piano de cola acogían con agrado a los novatos, enseguida empecé a intervenir en las partidas de cartas, llegando a la conclusión de que el póquer era la más emocionante de todas las ocupaciones. Lo malo era que perdía dinero. Y no solo eso, sino que, encima, contraí deudas. Hechizado por el juego, pedí créditos cuando se me terminó el dinero para los viajes y la comida y, poco después, descubrí que le debía a todo el mundo varios chelines y no tenía con qué pagarles.

Agobiado por la culpa, estudié mi situación. A los dieciséis años, las novelas ejemplares seguían vivas en mi memoria. *Eric o Poquito a poco. Las aventuras de un reloj de tres guineas...* En ellas se relataba la perdición de un muchacho a través del juego y otros vicios. Cuando pensé en lo mal que les estaba pagando sus esfuerzos a mis padres, gastando mi juventud alrededor de aquel piano, no pude por menos que aplicarme la historia. Me aparté del juego e inicié un severo régimen económico.

Ahorrraba el dinero de los autobuses y de los tranvías, recorriendo a pie parte del camino hasta el Colegio, y almorzaba exclusivamente un solo trozo de una incomible tarta de manzana que nos proporcionaban en la cantina. Me costaba un penique y era suficiente para saciarme el apetito para el resto del día. Al fin, conseguí pagar mis deudas.

Los interesados parecieron gratamente sorprendidos cuando les devolví escrupulosamente el dinero. Sus sentimientos quedaron probablemente expresados en las palabras que me dirigió un chicarrón de Glasgow, mientras se guardaba los peniques en el bolsillo:

—¡Pagar las deudas del juego! —exclamó, soltando una risotada—. ¡Tú acabarás muy mal!

Las partidas de cartas siguieron sin mí, aunque las observaba desde lejos. Les tenía mucha ley a aquellos joviales veteranos de miles de exámenes suspendidos, y aún hoy les recuerdo con afecto porque son una raza extinguida. A medida que pasaban los años y yo seguía adelante en mis estudios de veterinaria, les vi caer gradualmente a casi todos. Varios se convirtieron en vendedores de las modernas aspiradoras recién salidas al mercado y yo me preguntaba a menudo cuánto debían de ganar. McAloon, el decano de todos ellos, estaba a sus anchas en las fuerzas de policía; solía saludarle muchas veces con la mano cuando él dirigía el tráfico en George's Cross.

Tal como ya he dicho, la enseñanza en el vetusto Colegio era una auténtica tomadura de pelo y había detalles de auténtico oscurantismo, pero, en contrapartida, la situación tenía también su lado bueno. Adquiríamos mucha práctica porque no teníamos clínica y nos veíamos obligados a salir y observar el tratamiento de los animales en el mundo real. De hecho, durante el último curso, solo teníamos una clase por la mañana, y después pasábamos el resto del día con un veterinario. En el mundo real, había muy pocos caballos y muchos perros.

Tuve suerte. Estudié con Donald Campbell, de Rutherglen, hombre excelente y estupendo veterinario; aunque mi mejor oportunidad, dada mi afición a los perros, se me presentó cuando entré a trabajar en la clínica del gran Weipers, en el mismo centro de la ciudad. Bill Weipers, en la actualidad *sir* William Weipers, más tarde decano de la nueva Escuela de Veterinaria de la Universidad de Glasgow, era un hombre que se adelantaba mucho a su época. Montó un consultorio exclusivamente dedicado a pequeños animales y estableció unas pautas inimaginables en aquella época. Era un hombre brillante, extraordinariamente simpático y rebosante de energía, y sus alumnos le habían puesto en un pedestal. En cuanto a mí, me quedé hechizado. Me pasaba todo el día en compañía de perros y gatos. Cuando vi la magnífica sala de operaciones, los avanzados métodos quirúrgicos, el aparato de rayos X y el laboratorio donde se efectuaban los análisis bacteriológicos y de otro tipo, una idea empezó a martillearme en la cabeza: yo haría aquellas cosas algún día.

Aquella experiencia práctica fue una bendición de Dios que, además, tuvo otra

ventaja para mí. Por aquel entonces, no existían normas legislativas sobre los cirujanos veterinarios y era legal que los estudiantes trabajaran por su cuenta. Algunos ayudábamos a los veterinarios los fines de semana, y yo incluso llegué a hacer una suplencia de dos semanas seguidas a la edad de diecinueve años. El veterinario se fue de vacaciones y me dejó su consultorio, a mí que era un novato. Las dos semanas parecieron durar una eternidad, pero me fueron de mucha utilidad.

Me enorgullecí muchísimo de poder aplicar nuestros conocimientos científicos en la práctica, porque la verdad es que algo habíamos aprendido en el Colegio a pesar de sus deficiencias. Habíamos aprendido, por ejemplo, Patología. El temible profesor Emslie insistía mucho en ello. No era un anciano y decrepito veterinario, sino un dinámico intelectual en la flor de la vida, un hombre apasionado de su asignatura y un personaje impresionante. Corpulento, de negras cejas y ojos encendidos, era capaz de acobardarnos con una simple mirada. Los alborotadores que atormentaban a los viejos con sus trapisondas se convertían en ratoncitos asustados en presencia de Emslie. Y nos enseñó Patología. Con su exuberante ingenio y sus aterradore estallidos de cólera, consiguió inculcarnos los conocimientos necesarios.

Yo le temía tanto como los demás, pero le agradecí su interés porque la patología es la esencia de todo tratamiento animal y, en aquella época en que yo atendía a animales aquejados de neumonía y dolencias renales y cardíacas, intentando averiguar qué había detrás de ellas, sus enseñanzas fueron para mí como la revelación de un misterio.

Cuando terminé los estudios y salí del Colegio por última vez, experimenté una aguda sensación de pérdida y la conciencia de que una parte muy agradable de mi vida había acabado para siempre. En aquel viejo y destartado edificio habían transcurrido algunos de los años más felices de mi vida y, aunque mis estudios de veterinaria eran anticuados y poco útiles en muchos aspectos, conservo en mi memoria el dorado recuerdo de aquella época despreocupada y dichosa.

Cuando, muchos años más tarde, despedí en la estación de York a mi hijo Jimmy, que iba a iniciar una nueva vida como estudiante de veterinaria, me limité a decirle:

—Que lo pases muy bien.

Sé que así fue, pero nadie se lo pasó mejor que yo.

Con el flamante título de «cirujano veterinario» detrás de mi nombre, me lancé al ancho mundo; pero este se trocó muy pronto en un ambiente frío y hostil. Debía llevar una venda sobre los ojos durante mis años de aprendizaje, puesto que aún conservaba intacta mi visión infantil. Aún me veía con bata blanca o con bata de quirófano bajo la cegadora luz, rodeado de solícitas enfermeras. Mi ambición era ilimitada. Me colocaría de ayudante en un pequeño consultorio y, cuando tuviera experiencia y un poco de dinero, me buscaría un socio o incluso abriría un consultorio en Glasgow. El futuro era de color de rosa. En todas partes había perros esperándome.

Sin embargo, enseguida tropecé con la dura realidad. La depresión de los años treinta seguía causando estragos en nuestra profesión y el trabajo escaseaba. Para cada plaza vacante que se anunciaba en la publicación *Veterinary Record*, había ochenta aspirantes, y los que conseguían trabajo cobraban una paga a menudo miserable. Los cirujanos veterinarios ganaban treinta chelines a la semana, más comida y alojamiento, y era terrible leer en los anuncios de ofertas la terrible frase «Trabajaré a cambio de la manutención». Esas palabras eran un grito de desesperación de los que, como yo, hubieran sido capaces de hacer cualquier cosa con tal de no depender de sus padres.

Veía que mis compañeros aceptaban empleos como vendedores de comercio o trabajadores en los astilleros de Clydeside, y ya casi había perdido la esperanza cuando me ofrecieron una entrevista para conseguir un puesto de trabajo en los Valles de York. Tuve suerte de que me contrataran. Para mí, fue la salvación, pero, a pesar de mi euforia, no pude evitar un sentimiento de tristeza. Era un consultorio muy grande, dedicado casi exclusivamente a los caballos, las vacas, las ovejas y los cerdos, ¿dónde estaba ahora mi sueño?

No tuve tiempo de pensar demasiado en ello y pronto olvidé la inmaculada imagen del joven veterinario que se movía en un ambiente estéril. Me pasaba el rato en mangas de camisa y calzado con botas altas, pisando el fango y el estiércol, bregando con bestias enormes, recibiendo coces y pisotones. El hecho de que un chico de ciudad como yo se viera de repente inmerso en una remota comunidad rural conocida tan solo a través de los libros, fue algo así como si una persona que apenas supiera nadar tratara de mantenerse desesperadamente a flote en aguas profundas. Mis antecedentes agrícolas eran nulos y tenía que abrirme camino en medio de unos granjeros que se habían pasado la vida con el ganado y a menudo adoptaban una actitud despectiva hacia lo que ellos llamaban la «sabiduría de los libros». El trabajo me ocupaba todo el día.

Y, sin embargo, a pesar de todo aquel ajetreo, había un elemento mágico en mi vida. Trabajaba constantemente al aire libre, bajo el sol y el aire puro; y el paisaje que me rodeaba había sido una agradable sorpresa para mí. Me extrañaba que nadie me hubiera comentado jamás las bellezas del condado de York; con sus majestuosas peñas cubiertas de hierba elevándose sobre los guijarrosos ríos, las grises aldeas y las grandes extensiones de los páramos con su ondulante mar de brezos purpúreos. Aquel país maravilloso me parecía un lugar inexplorado porque a menudo me veía completamente solo en medio de aquellas vastas extensiones. La sensación de soledad y la naturaleza salvaje me hicieron comprender que, si el destino quería que fuera veterinario rural en lugar de urbano, las compensaciones serían enormes.

A medida que transcurrían los meses, aquel sentimiento se convirtió en una firme convicción. Mi vida estaba allí. Jamás regresaría a la ciudad.

Sería una lástima que no consiguiera ver cumplido mi deseo inicial. Lo estuve acariciando largo tiempo, pero poco a poco lo fui empujando hasta la parte más

recóndita de mi mente. Más tarde se me ocurrió pensar que allí también podría trabajar con perros. Había en las aldeas de los valles un encantador mundillo perruno. La gente que vivía allí también tenía animales domésticos. No en tan gran número como en la ciudad, pero el suficiente como para permitirme desarrollar una agradable actividad complementaria. Descubrí, asombrado, que aquellas gentes estaban muy necesitadas de mis servicios porque los curtidors veterinarios rurales de aquella época consideraban un poco cursi atender las necesidades de los perros y los gatos. Recuerdo que un anciano veterinario me miró despectivamente cuando le comenté el caso de un animalito.

—Eso no es cirugía veterinaria —masculló.

Pero para mí lo era. Vaya si lo era. Afortunadamente, gozaba de bastante libertad porque mi jefe, que andando el tiempo se convertiría en mi socio, era especialista en caballos y me dejaba todos los perros y gatos para mí. Al cabo de un año, ya tenía un consultorio particular de animalitos, y los clientes acudían desde muy lejos a nuestra localidad para recabar los servicios de un veterinario que no desdeñaba atender a los animales domésticos.

Esta parte de mi trabajo era la luz que iluminaba mis agotadoras tareas cotidianas. El trabajo de un veterinario rural es muy duro, pero lo era mucho más hace medio siglo, cuando no existían los fármacos actuales, las sujeciones metálicas y los tranquilizantes que tanto facilitan el manejo de los animales de gran tamaño. Yo era un joven fuerte y sano y aceptaba de buen grado la dureza de aquella vida, aunque era un alivio para mí abandonar, de vez en cuando, el frío y el fango para tratar las dolencias de los dulces animales procedentes de los salones domésticos.

No era la clase de asistencia veterinaria con la que yo había soñado de niño. No había sala de quirófano ni enfermeras uniformadas. Recuerdo un perro labrador rubio que se rompió una pata y al que tuve que anestesiar en el suelo de una oficina de correos, la camada de cachorros que ayudé a venir al mundo en un oscuro rincón de un establo para vacas, y las numerosas intervenciones quirúrgicas que tuve que realizar sobre mesas de la cocina o tablas de escurrir la ropa de aisladas casas de campo. Puesto que me pasaba el noventa y nueve por ciento del tiempo recorriendo las granjas, no disponía de horas para practicar operaciones y la gente me llevaba sus animales cuando sabía que me iba a encontrar en casa, o sea, a la hora de las comidas o a primera hora de la mañana. Mi mujer tenía que abandonar a menudo la preparación de sus guisos para sujetar a algún paciente recalcitrante.

Tal como ya lo he dicho, la realidad no se parecía para nada a mi sueño, pero, aun así, tenía una enorme ventaja. Mi consultorio perruno, pese a estar muy concurrido, nunca fue lo bastante grande como para convertirse en una práctica impersonal. Mientras que un consultorio urbano solía ser una anónima e ininterrumpida corriente canina, el mío nunca lo fue. Conocía a todos mis pacientes por su nombre. Recordaba sus dolencias y me encantaba tropezarme con ellos por las calles de las aldeas y comprobar lo bien que se habían recuperado.

A lo largo de los años, nuestra profesión, como la veterinaria rural de todos los países del mundo, ha cambiado poco a poco. La población de animales domésticos se ha incrementado considerablemente y ahora el cincuenta por ciento de nuestra labor corresponde a los pequeños animales. En la actualidad, tenemos sala de quirófano, equipo de rayos X y consultorio como los que yo soñaba en mi infancia. Y también, por descontado, todos los modernos medicamentos que yo no tenía entonces. Como a todos los veterinarios, me satisface poder hacer por nuestros pacientes muchas cosas que antaño nos hubieran sido imposibles.

Me considero afortunado por el hecho de poder atender a los perros y gatos que nos traen a nuestro consultorio. Aparte del aspecto médico, el amante de los animales experimenta un constante placer observando las distintas personalidades de los animales domésticos. Porque hay que decir que los veterinarios aman a los animales. De no ser así, no se hubieran convertido en veterinarios. Muchas personas piensan que mantenemos una actitud distante y que solo sentimos un interés clínico por nuestros pacientes, pero eso no es cierto. Poseemos una auténtica vocación.

Esta actitud mental se pone a menudo de manifiesto en la relación que mantenemos con nuestros propios animales domésticos. He observado con frecuencia, en algunos de mis colegas más curtidos, un rasgo intensamente sentimental. En cuanto a mí, soy tan feliz con mis perros como pudiera serlo la más solícita de las ancianas, y esta característica me ha sido siempre extremadamente útil en mis tratos con los clientes. Muchas personas se avergüenzan cuando tienen que revelar al veterinario el cariño que sienten por sus animales, su preocupación por su bienestar y la angustia que experimentan cuando sus cortas vidas terminan. No tienen por qué desconfiar de mí. Y, en palabras de una antigua canción, no hace falta que me lo digan, yo también lo sé.

Cuando contemplo el pasado, me doy cuenta de que he tenido mucha suerte con mis perros. Cualquiera que compre tino tiene que enfrentarse con la realidad de que estos no viven demasiado y de que, más tarde, tendrá inevitablemente que sufrir. En el transcurso de mi trabajo, he sido testigo de muchas pequeñas tragedias cuando esta breve vida resulta cruelmente acortada a causa de una enfermedad o un accidente. Sin embargo, todos mis perros han vivido entre los diez y los veinte años, y, aunque la separación final fue quizá más dolorosa, siempre he agradecido haber podido disfrutar tanto tiempo de su compañía.

Recuerdo a menudo sus distintos temperamentos y la felicidad que sentí a su lado. El hermoso setter irlandés que me acompañaba en mis correrías infantiles por las colinas escocesas, el pequeño bastardo blanco, cuya progenitura resultaba imposible de establecer, pero que rebosaba de inteligencia y personalidad, mi amado beagle, cuyos húmedos y grandes ojos parecen mirarme todavía desde tantas tarjetas de cumpleaños. Después vinieron *Héctor* y *Dan*.

Dediqué mi libro *Un veterinario en la RAF* «A mis perros *Héctor* y *Dan*, fieles

compañeros en mis rondas diarias». Eso es lo que fueron para mí. Su vida era la mía. Todas las mañanas después del desayuno, salían corriendo de la casa y saltaban al interior de mi automóvil, ansiosos de iniciar la jornada laboral. *Héctor* era un terrier Jack Russell y *Dan*, un labrador negro. La vivacidad del uno y la dignidad del otro formaban un fuerte contraste.

Héctor le llevaba dos años a *Dan*. Cuando murió mi beagle, seguí el consejo que yo mismo había dado a otras personas: buscar inmediatamente otro perro. Veinticuatro horas de investigaciones no me permitieron llegar a ninguna parte. Entonces, vi un anuncio en un periódico de la tarde en el que se ofrecían unos cachorros de Jack Russell. Curiosamente, hacía unos días había hablado con un amigo, el cual me aconsejó que nunca tuviera en casa un Jack Russell.

—Son unos auténticos demonios —me dijo—. Te toman el pelo en cuanto te echan un vistazo.

En efecto, yo había tratado a algunos de ellos en mi consultorio, llegando a la conclusión de que los Jack Russell de Darrowby eran unos perros de cuidado.

Pese a ello, me acerqué a la granja en mi automóvil y pedí ver la camada. Había cinco cachorros de siete semanas, agrupados alrededor de la madre. Cuatro me miraron con indiferencia, pero el quinto me salió trotando al encuentro, meneó la corta cola y empezó a lamerme furiosamente la mano.

—Me quedaré con este —dije, iniciando en aquel instante mi asociación de quince años con *Héctor*.

Este resultó ser un perro muy bonachón, amante de todas las personas y de todos los demás perros. Todo el mundo se enamoraba de él a primera vista y, por su parte, él siempre estaba expuesto a las miradas de todos porque, en aquella época, yo utilizaba vehículos descapotables. Cuando llegaba a las granjas, los hijos de los granjeros salían corriendo para acariciar al cariñoso animalito que asomaba la cabeza desde el vehículo. Sus padres, se sentían invariablemente intrigados por aquel Jack Russell tan pacífico y siempre me repetían las mismas palabras:

—Qué perro tan estupendo tiene usted. ¿Me lo dejará cuando mi perra esté en celo?

A lo largo de los años, fue creciendo la fama de semental de *Héctor*, el cual produjo una larga serie de alegres y bonachones cachorros; los cuales, a su vez, tuvieron cachorros, todos ellos con los mismos rasgos temperamentales de *Héctor*, con lo cual se fue ampliando cada vez más el radio de acción de mi perro. No es exagerado afirmar que *Héctor* cambió él solito las características de la raza Jack Russell en toda la comarca.

Incluso ahora, muchos años después de su muerte, se me alegra el corazón cuando veo entrar en mi consultorio a pequeñas réplicas de *Héctor*. Tenía un rostro insólitamente largo y puntiagudo y un cuerpo fino, con las características «patas Chippendale», y muchas veces los hijos de sus hijos me recuerdan casi dolorosamente los felices días que pasé con él.

Dan llegó a mí por casualidad. Cuando mi hijo Jimmy finalizó los estudios de cirugía veterinaria, recibió varios regalos de la familia y de los amigos. Uno de mis colegas le regaló un billete de cinco libras. Con este dinero, Jimmy se compró un labrador al que puso por nombre *Dan*. El primer trabajo de Jimmy fue como ayudante del famoso Eddie Straiton, el veterinario de la tele, y *Dan* era el compañero de su ajetreada actividad veterinaria tanto diurna como nocturna.

Cuando se incorporó a nuestro consultorio, trajo consigo a *Dan* y, de este modo, tuvimos dos perros en casa. Ambos se hicieron amigos inmediatamente. *Héctor* mordisqueaba con juguetona alegría las patas del enorme perrazo, y *Dan* lo toleraba con bondad.

Dan era un perro precioso de noble cabeza, serena expresión y tenía el negro pelaje más brillante que yo jamás hubiera visto. Jimmy aseguraba que el brillo se debía a la gran cantidad de leche que consumía en la institución de Straiton. En el hospital de animales de Eddie había una numerosa colonia de gatos, y *Dan* solía beberse con el mayor descaro sus cuencos de leche. Me encantaba verle lanzarse en pos de una vara, tensando los músculos bajo la lustrosa piel. Era su mayor placer, y así le recuerdo siempre ahora.

Cuando Jimmy abandonó nuestra casa para casarse, me dejó a *Dan*. Sabía que me había encariñado mucho con el perro y quiso tener esta delicadeza tanto conmigo como con *Héctor*. Me consolé al pensar que el sacrificio no le pesaría demasiado porque su nuevo hogar se encontraba apenas a dos kilómetros de distancia y, además, él trabajaba conmigo en el consultorio y vería a *Dan* todos los días. Después, Jimmy se compró una encantadora Heeler de Lancashire, que más tarde apareó, quedándose con uno de los cachorros hembra. De este modo, *Sophie* y *Chloe* se convirtieron en sus asiduas acompañantes durante sus recorridos en automóvil por la campiña.

En cuanto a mí, inicié una era que recuerdo afectuosamente como la época de *Héctor* y *Dan*. Para un veterinario rural como yo que se pasaba la vida en los caminos y senderos, aquellos perros fueron muy importantes. La escena era siempre la misma: *Dan* se tumbaba sobre el asiento del pasajero y apoyaba la cabeza en mi rodilla, y *Héctor* miraba a través del parabrisas y ponía las patas sobre mi mano posada en la palanca del cambio de marchas. Su cabeza se movía de un lado para otro cuando yo cambiaba de marcha, pero sus patas jamás resbalaban de mi mano.

Una de las ventajas que tenía mi vida era poder tomarme un descanso entre visita y visita, y, puesto que trabajaba en una de las mejores zonas de Inglaterra en cuanto a perros se refiere, aquellas pausas eran muy especiales. Admiro a los miles de propietarios de perros que viven en las ciudades por las muchas dificultades que tienen que soportar y por los obstáculos que tienen que vencer. En cambio, mis paseos me llevaban por caminos cubiertos de hierba hasta las cumbres de las colinas y entre los brezos. Había una interminable cantidad de veredas, suaves para las patas y los pies, remotas y solitarias, libres de automóviles, gente y ruidos.

Me parecía imposible poder hacer un alto en el camino en el transcurso de mi

jornada y descender del automóvil para sumergirme en la serenidad del ambiente. En unos segundos, me veía rodeado por la belleza del condado, y paseaba bajo el sol y el aire puro mientras mis dos compañeros trotaban frente a mí. Menuda suerte tienen estos perros, pensaba a veces, y menuda suerte tengo yo.

Una de las cosas en las que *Dan* insistía durante aquellos paseos era en sostener una vara en la boca. Si no tenía ninguna, se ponía muy triste y, puesto que, por regla general, nos encontrábamos en zonas sin árboles donde no es fácil encontrar leña, se pasaba el rato buscándola, desesperado. A veces, me veía obligado a partir un grueso tallo de brezo para que lo llevara, aunque eso no le hacía mucha gracia. Él no quería una vara cualquiera, sino una de las grandes, por cuyo motivo adquirí ya, desde un principio, la costumbre de llevar una buena provisión de ellas en el maletero de mi automóvil.

Un día, mientras buscaba las botas y la jeringa, un granjero estudió con curiosidad las gruesas ramas que yo guardaba entre los medicamentos.

—¿Para qué demonios las quiere usted? —me preguntó.

Aunque *Héctor* no era muy aficionado a las varas, le encantaba agarrar con la boca las de *Dan* y tratar de arrebatarlas. De este modo, solían producirse innumerables batallas en cuyo transcurso me divertía observar las distintas reacciones de ambos perros. Para *Héctor*, la cosa iba muy en serio y él se agarraba a la rama con la tenacidad propia de los terriers, gruñendo como una fiera mientras agitaba el cuerpo sin cesar. Centraba desesperadamente toda su atención en adueñarse de la vara. *Dan* lo consideraba, en cambio, un simple juego y un ejercicio de relajación. De vez en cuando, me miraba como diciendo: «¿Qué tal lo hago?», pero no soltaba la vara ni a la de tres.

La llevaba en la boca durante varios kilómetros, y la primera señal de que empezaba a envejecer se produjo cuando ya había cumplido los catorce años y regresaba a veces de sus paseos sin ella. Otra señal fue, más adelante, el escaso aprecio por las ramas grandes. Es más, sus gustos se fueron inclinando poco a poco por ramas cada vez más pequeñas.

Hay una fotografía recortada en la portada de mi libro sobre la región inglesa de Yorkshire. En ella aparece *Dan*, levantando los ojos hacia mí. Ya era viejo entonces y había transcurrido un año desde la muerte de *Héctor*. Sus ojos estaban clavados en algo que yo sostenía en la mano: una ramita...

Siento la misma sensación de la rueda que completa el círculo cuando contemplo a mi perro actual, *Bodie*. Es un border terrier y quise tener uno desde que llegué por primera vez al condado de York, hace unos cincuenta años.

Siegfried tenía un socio en Leyburn, llamado Frank Bingham. Leyburn se encuentra a la entrada de Wensleydale y yo solía trasladarme allí algunos días a la semana para efectuar las pruebas de tuberculina de Frank. Cada vez que entraba en la casa, un pequeño border terrier llamado *Toby* se me acercaba brincando, se tendía panza arriba y me miraba solemnemente, a la espera de que le rascara la tripa.

Siempre me han gustado los perros que se ponen panza arriba de esta manera —considero que es señal infalible de bondad—, y enseguida me encariñé con *Toby*. Por si fuera poco, me atraía su cara bigotuda, rematada por unas orejitas negras.

—Algún día tendré un border —le dije a Frank.

Se lo dije a mucha gente a lo largo de los años, sobre todo a mí mismo; pero, cada vez que perdía a uno de mis perros, nunca encontraba a ninguno de esta raza que estuviera disponible. Cuando murió *Héctor* y, al cabo de un año murió *Dan*, debí de quedarme un poco aturdido ya que no seguí mi precepto de buscar inmediatamente otro perro. Pensé, tal vez, que nunca podría sustituirlos porque eran maravillosos y llenaban mi vida por completo. Por mi parte, yo tenía más de sesenta años, era menos flexible y no aceptaba la posibilidad de poder sentir por otro perro lo mismo que había sentido por ellos.

Me pasé meses en un estado de aturdimiento —el único período de mi vida en que no tuve perro—, y mis paseos hubieran perdido todo su sabor de no haber sido porque mi hija Rosie, que vivía en la casa contigua, se compró un precioso cachorro hembra de labrador rubio. Le puso por nombre *Polly* y yo tuve quien me acompañara. Pero mi automóvil estaba muy vacío cuando salía a efectuar mis rondas por la campiña.

Un sábado, a la hora del almuerzo, Rosie me dijo muy excitada:

—Hay un anuncio en el *Darlington and Stockton Times* sobre unos cachorros de border. Lo ha puesto una tal señora Mason, de Bedale.

La noticia cayó como una bomba y enseguida me puse en marcha, pero la reacción de mi esposa me sorprendió.

—Aquí dice —observó, estudiando el periódico— que estos cachorros tienen ocho semanas, lo cual significa que debieron nacer por Navidad. Recuerda que siempre dijiste que, después de esperar tanto tiempo, sería mejor que tuviéramos un cachorro que hubiera nacido en primavera.

—Sí, es cierto —contesté—. ¡Pero, Helen, son unos borders! ¡Puede que no se nos vuelva a presentar otra ocasión!

—Estoy segura de que encontraremos uno en el momento oportuno, si tenemos paciencia —dijo Helen, encogiéndose de hombros.

—Pero..., pero... —repliqué mientras mi esposa me daba la espalda y se inclinaba sobre una sartén llena de patatas.

—El almuerzo estará listo dentro de diez minutos —dijo mi mujer—. Tú y Rosie podéis salir a dar un paseo con *Polly*.

Mientras paseábamos por el camino que bordeaba nuestra casa, Rosie se volvió a mirarme.

—¡Qué curioso! No lo entiendo. Mamá desea tanto como tú tener otro perro, y aquí está una camada de borders..., precisamente lo que estabais esperando. Sería una lástima perderlos.

—No creo que los perdamos —murmuré.

—¿Qué quieres decir? Ya oíste lo que ha dicho mamá.

—Muchas veces has oído decir a tu madre que me conoce por dentro y por fuera. ¿Puede adivinar de antemano todo lo que voy a hacer?

—Sí, pero...

—Bueno, lo que olvida es que yo la conozco también a ella por dentro y por fuera. Apuesto a que, cuando volvamos a casa, ya habrá cambiado de idea.

Rosie enarcó las cejas.

—Lo dudo mucho. Me ha parecido que hablaba muy en serio.

Cuando abrí la puerta, vi que Helen hablaba por teléfono. Se volvió a mirarme y me dijo muy nerviosa:

—Tengo a la señora Mason al aparato. Solo le queda un cachorro y va a venir gente desde ciento cincuenta kilómetros para verlo. Tenemos que darnos prisa. ¡Pero, cuánto habéis tardado!

Nos saltamos el almuerzo, y Helen, Rosie, nuestra nieta Emma y yo nos dirigimos a toda prisa a Bedale. La señora Mason nos acompañó a la cocina y nos señaló una minúscula criatura leonada, que se retorció bajo la mesa.

—Ahí le tienen —nos dijo.

Me agaché y tomé al cachorro que curvaba el cuerpecillo en un intento de agarrarse la cola con la boca. Pero la cola se agitaba sin cesar y la rosada lengüecita empezó a lamerme una mano. Comprendí que sería nuestro antes de someterle a un rápido examen para averiguar si padecía hernia o tenía la mandíbula superior saliente.

Cerramos rápidamente el trato y salimos para echar un vistazo a la familia del cachorro. Su madre y su abuela estaban allí. Vivían en unos barrilitos que les servían de perreras y ambas se nos acercaron, meneando alegremente la cola. Me quedé muy tranquilo. Con aquella parentela tan sana y feliz, nuestro perro no tendría más remedio que ser un ejemplar de primera.

Mientras regresábamos a casa —Emma tenía el cachorro en los brazos—, pensé que la rueda había completado efectivamente el círculo. Al cabo de casi cincuenta años, yo tenía al fin un border terrier.

La elección del nombre nos tuvo ocupados varios días en los que tuvieron lugar sugerencias, discusiones y contrasugerencias. Al fin, nos decidimos por *Bodie*. Helen y yo éramos muy aficionados a la serie televisiva «Los profesionales», y nuestro héroe particular era Lewis Collins, que interpretaba el personaje de Bodie. Conocíamos personalmente a Lewis y, al principio, no nos atrevimos a decirle que habíamos bautizado a nuestro perro como su nombre. Sin embargo, no le importó saberlo porque nos conoce y sabe el lugar de honor que ocupa un perro en nuestro hogar.

Helen y yo nos acostumbramos enseguida a *Bodie*. Nos sentíamos perdidos sin un perro en la casa y fue un alivio poder llenar aquel hueco. A pesar de su pequeño tamaño, aquella minúscula criatura parda y de rostro hirsuto obró el milagro sin el menor esfuerzo. Helen ya tenía de nuevo a un perro al que dar de comer y cuidar, y

yo ya tenía un compañero para mis recorridos en automóvil y para mis paseos nocturnos durante los cuales casi resultaba invisible al final de la correa.

Su primer encuentro con *Polly* fue un acontecimiento trascendental. Ya he hablado de la amistad instantánea que se produjo entre *Héctor* y *Dan*. A *Bodie* le ocurrió otra cosa. Se enamoró.

No es una exageración. *Polly* se convirtió y sigue siendo todavía la criatura viviente más importante de su mundo. Puesto que esta vivía en la casa de al lado, *Bodie* podía vigilarla desde la ventana de nuestro salón y, cada vez que su adorada salía al jardín, la acogía con ladridos de júbilo. Afortunadamente para su paz espiritual, *Bodie* paseaba con ella todos los días y, durante los fines de semana, más de una vez al día. Cuando creció, comprendimos que esta costumbre era lo más significativo de su vida.

Un día en que yo paseaba con ambos perros por una vereda, me vino a la memoria el recuerdo del noble labrador y del pequeño terrier caminando el uno al lado del otro. De repente, *Polly* tomó una rama, *Bodie* mordió el otro extremo y enseguida se inició una tremenda batalla por la posesión de la misma. El pequeño border rugía concentrado en su tarea, mientras *Polly* me miraba con aire risueño. En aquel instante, tuve la extraña sensación de haber recuperado a *Héctor* y a *Dan*.

Cuando *Bodie* empezó a acercarse a la edad adulta pude valorar mejor sus cualidades. Mi *Enciclopedia del perro*, utiliza, al describir a los borders, palabras tales como «fuerte», «noble», «abierto». No dice que es bonito; en realidad, indica que «no posee la elegancia de los miembros más conocidos del grupo terrier». No tengo más remedio que reconocerlo. El hirsuto y bigotudo rostro de *Bodie* resulta casi cómico, pero a mí me encanta. Cuando lo contemplo ahora, veo en él un enorme carácter y una gran personalidad.

En el libro se describe asimismo la raza, calificándola de «muy leal y bondadosa con los niños». Eso también es cierto, aunque *Bodie* se considera a todas luces un «hombre duro» y, como tal, se muestra un poco remiso a hacer demostraciones de afecto. Si me siento en el sofá, él se tiende a mi lado como por casualidad, pero se me acerca todo lo que puede; y, a la hora de comer o cuando escribo, tiene la curiosa costumbre de meterse discretamente entre mis pies. Está ahí en este momento y, puesto que me encuentro sentado en un sillón giratorio, me tengo que mover con cuidado para no lastimarlo.

Una de las consecuencias más desagradables del amor que siente por *Polly* son los celos. Su afán posesivo es tan violento que se abalanza sin dudar contra cualquier macho que se le acerque por muy grande que sea, lo cual nos obliga a pedir repetidamente disculpas a sus airados propietarios.

Su conducta es de lo más imprudente en un perro de su tamaño, ya que normalmente lleva las de perder. Pese a ello, nunca se rinde. Precisamente la semana pasada le quité los puntos del hombro, tras un violento choque que tuvo con un enorme alsaciano cruzado. Cuando pude intervenir, el perrazo ya le agitaba en el aire

agarrándole por una pata, pero él, con la boca llena de pelos, seguía buscando pelea.

No cabe duda de que es imprudente, pero también muy valeroso. Mi enciclopedia explica que estos pequeños terriers llevan muchos siglos en la zona de la frontera (*border*, en inglés) entre Escocia e Inglaterra, dedicados a la caza del zorro, y puede que esta sea la razón de su temeridad. Sea como fuere, yo tengo que estar ojo avizor cada vez que salgo con él y *Polly*.

En contra de todas las apariencias, no es en modo alguno un perro agresivo. Con las perritas es simpatiquísimo, se agita a su alrededor y levanta la cola, sonriendo por entre los bigotes. Si acceden a jugar con él, se comporta con la mayor galantería, brincando y retozando alegremente. Pueden derribarle y pisotearle a voluntad. Él se somete de buen grado a todo, esbozando una plácida sonrisa de felicidad.

Sigue retorciendo extrañamente el cuerpo como la primera vez que le vi. Cuando está contento de ver a alguien, se le acerca de lado como si fuera un cangrejo, con el rabo casi rozándole el hocico. Jamás he visto semejante característica en ningún otro perro.

Puesto que *Dan* fue su inmediato predecesor, las diferencias de comportamiento resultaron muy evidentes. El gran labrador, como todos los de su raza, tenía una inclinación innata a obedecer. Me observaba anhelante en todo momento, ansiando cumplir mi voluntad, e incluso en las pequeñas cosas como bajar del automóvil o pasar de una habitación a otra, esperaba mi gesto de autorización. *Bodie* es muy distinto. Tras un prolongado esfuerzo, he conseguido que responda a órdenes tales como «quieto» o «aquí», aunque lo hace cuando quiere y, si de verdad está absorto en algo que le interesa, casi nunca me hace caso. Cuando ya me ha oído gritar unas diez veces, me mira con expresión levemente inquisitiva, lo cual me desconcierta bastante porque la gente siempre se imagina que los veterinarios tienen perros bien adiestrados. Hace poco, un chiquillo de cinco años, vecino nuestro, me dijo solemnemente:

—Está usted siempre gritando «¡*Bodie*! ¡*Bodie*! ¡*Bodie*!».

Me temo, por tanto, que mis gritos desesperados resonando por todo el pueblo ya se han convertido en una típica característica del lugar.

Y, sin embargo, este pequeñajo tiene un carisma muy especial, un tosco atractivo que hechiza, al parecer, a todos los propietarios de *borders*. No es una raza demasiado común y, siempre que veo alguno por la calle, me lo quedo mirando con interés. Sé que no soy el único, porque otros propietarios se sienten igualmente atraídos por *Bodie*. Existe, sin duda, un vínculo especial entre todos nosotros.

El verano pasado, mientras paseaba con *Bodie* por las inmediaciones de un motel situado a medio camino entre mi pueblo y Glasgow, un hombre asomó la cabeza por la ventanilla de su automóvil al salir del aparcamiento.

—¡Qué *border* tan bonito! —exclamó. Me hinché como un pavo.

—En efecto, ¿tienen ustedes alguno? —pregunté.

—¡Claro que lo tenemos! —contestó, saludándome con una mano mientras se

alejaba.

Experimenté inmediatamente una sensación de camaradería.

Se produjo otro encuentro muy agradable durante nuestras vacaciones de primavera de este año. Yo acababa de aparcar el automóvil en la cubierta de vehículos del transbordador que une Oban y la isla de Barra en las Hébridas Exteriores cuando vi a un norteamericano de plateado cabello, observando atentamente a *Bodie*, tendido en su posición preferida en la parte trasera del automóvil.

Era otro aficionado, y enseguida me empezó a hablar de su border. Al parecer, al otro lado del Atlántico escasean todavía más que en Europa, y me contó que él solo conocía tres criaderos de esta raza en los Estados Unidos. Antes de marcharse, echó una prolongada mirada al interior de mi automóvil.

—Soberbios perritos —musitó en tono reverente.

Sus palabras expresaban mis propios sentimientos, pero, cuando pienso en *Bodie*, no me detengo en considerar los méritos de su raza. Lo que más me reconforta y me llena de gratitud es el hecho de que haya podido ocupar por completo el lugar de los queridos animales que le han precedido. Eso confirma una gran verdad que debería consolar a todos los propietarios de perros; estas breves vidas no dejan un vacío ilimitado: el vacío se puede llenar, sin que por ello se borren los buenos recuerdos.

Es lo que le ha ocurrido a nuestra familia con *Bodie*. Le queremos tanto como a todos los demás.

Aquí termina la introducción. La empecé con el propósito de explicar de qué forma un veterinario de vacas pudo acabar, escribiendo un libro sobre historias de perros, pero más bien se parece a una de las muchas cartas que recibo de mis lectores de todo el mundo. Todos me hablan de sus perros, de sus gracias y de la alegría que aportan a sus hogares. Me hablan también de sus inquietudes y tristezas, de la variada gama de experiencias que conlleva la posesión de un perro.

Puede que esa sea una buena manera de contestarles. Porque todas estas cosas también me han ocurrido a mí.

1 Tricki Woo

Cuando otoño se transformó en invierno y en las altas cumbres aparecieron las primeras nieves, las molestias del ejercicio de mi profesión en los Valles empezaron a hacerse sentir en toda su agudeza.

Conducir horas y horas el automóvil con los pies helados; subir a los establos en medio de un viento huracanado que aplastaba la hierba de la colina; cambiarme de ropa en edificios llenos de corrientes de aire y lavarme las manos y el tórax en cubos de agua fría, utilizando jabón de lavar la ropa y, a menudo, un trozo de harpillera como toalla.

Sabía muy bien lo que era tener las manos agrietadas. Cuando tenía mucho trabajo, nunca podía secarme las manos debidamente y las pequeñas fisuras enrojecidas me llegaban casi hasta los codos.

Fue entonces cuando experimenté el alivio de empezar a trabajar un poco con los pequeños animales, lo cual me permitió hacer una pausa en mi duro esfuerzo, entrar en cómodas salitas de estar en lugar de hacerlo en establos de vacas, y atender a algún personaje algo menos voluminoso que un toro o un caballo. Entre todos aquellos encantadores salones, ninguno tan acogedor como el de la señora Pumphrey.

Esta era una anciana viuda. Su difunto marido, un barón de la cerveza, cuyos bares y cervecerías se hallaban diseminados por todo el condado de York, le había dejado una cuantiosa fortuna y una soberbia casa en las afueras de Darrowby. Allí vivía con un nutrido ejército de criados, un jardinero, un chófer, y *Tricki Woo*, un pequinés y la niña de los ojos de su dueña.

De pie ante la impresionante puerta, me froté furtivamente los zapatos en la parte posterior de los pantalones y me soplé las frías manos para calentármelas. Ya me imaginaba el mullido sillón junto al fuego de la chimenea, la bandeja de pastelillos de cóctel y la botella de excelente jerez. Mi afición a este vino, me inducía a efectuar las visitas media hora antes del almuerzo.

Una doncella me abrió la puerta, me miró sonriendo como si fuera un huésped de honor y me acompañó a la sala atestada de magníficos muebles, relucientes revistas y las últimas novedades editoriales. La señora Pumphrey, sentada en el sillón orejero junto a la chimenea, dejó el libro que estaba leyendo y lanzó una exclamación de alegría.

—*Tricki, Tricki*, aquí está tu tío Herriot.

Yo me había convertido en tío ya desde un principio y, comprendiendo las ventajas de aquel parentesco, no puse la menor objeción.

Como siempre, *Tricki* abandonó su cojín, saltó sobre el respaldo de un sofá y me puso las patas encima de los hombros. Después me lamió exhaustivamente la cara, antes de retirarse, completamente agotado. Se agotaba enseguida porque le daban el doble de comida necesaria para un perro de su tamaño. Y por si fuera poco, la comida no era la adecuada.

—¡Oh, señor Herriot! —dijo la señora Pumphrey, mirando a su perrillo con inquietud—, cuánto me alegro de que haya venido. *Tricki* ya vuelve a tener el trasero flojo.

Esta dolencia, que no se hubiera podido encontrar en ningún libro de texto, era su forma de describir la inflamación de las glándulas anales de *Tricki*. Cuando estas glándulas se llenaban, el animal revelaba la molestia, sentándose de repente en el suelo a medio caminar. Su ama corría entonces al teléfono, presa de gran agitación.

—¡Señor Herriot, por favor venga enseguida! ¡*Tricki* ya vuelve a tener el trasero flojo!

Coloqué al perrillo sobre la mesa y, ejerciendo presión sobre el ano con una torunda de algodón, le vacié las glándulas. Me sorprendió mucho que el pequinés estuviera siempre tan contento de verme. Un perro capaz de mostrar aprecio por un hombre que le agarraba y le comprimía el trasero con fuerza cada vez que le veía, tenía que ser increíblemente magnánimo. En realidad, era un animalito de lo más cariñoso y muy inteligente y yo le quería muchísimo. Era un placer ser su médico personal.

Una vez finalizado el procedimiento, levanté a mi paciente de la mesa y noté el incremento de peso y la capa de grasa que le cubría las costillas.

—Le ha vuelto a dar demasiada comida, señora Pumphrey. ¿No le dije que no le diera tantos pasteles y que aumentara la cantidad de proteínas?

—Es cierto, señor Herriot —gimoteó la señora Pumphrey—, pero ¿qué puedo hacer? Está tan harto del pollo.

Me encogí de hombros porque era un caso perdido. La criada me acompañó a un lujoso cuarto de baño donde yo siempre efectuaba el ritual de lavarme las manos después de mi actuación. Era una espaciosa sala con un tocador muy bien abastecido, piezas de porcelana de color verde y varios estantes de cristal llenos de artículos de aseo. Mi toalla personal se encontraba junto a una costosa pastilla de jabón.

Cuando regresé al salón, ya me habían llenado una copa de jerez. Me senté en un sillón que había junto a la chimenea para escuchar a la señora Pumphrey. Aquello no hubiera podido calificarse de conversación porque solo hablaba ella, pero, aun así, yo lo pasaba bien a su lado.

La señora Pumphrey era muy simpática, contribuía con gran generosidad a toda clase de obras benéficas y ayudaba a cualquier persona que se encontrara en dificultades. Era inteligente, divertida y encantadora, pero, como todo el mundo, tenía su punto débil, que, en su caso, era *Tricki Woo*. Las historias que me contaba de su perro eran pura fantasía, y yo aguardaba siempre con interés la siguiente entrega:

—¡Oh, señor Herriot, tengo una noticia extraordinaria! ¡*Tricki* ya tiene un corresponsal! Sí, escribió una carta al director de *Doggy World* (Mundo perruno) incluyendo un donativo, y le dijo que, aunque descendía de una larga estirpe de emperadores chinos, había decidido bajar de su pedestal y mezclarse libremente con los perros plebeyos. Le pidió al director que le buscara un corresponsal entre los

perros que conociera para que ambos se pudieran escribir en mutuo beneficio. A tal fin, *Tricki* adoptaría el nombre de *Señor Utterbunkum*. Y, ¿a que no sabe? Recibió una carta preciosa del propio director —ya me imaginaba yo al hombre saltando de júbilo ante aquella mina de oro en potencia—, el cual le manifestó su deseo de presentarle a *Bonxo Fotheringham*, un solitario dálmata que estaría encantado de poder cartearse con un nuevo amigo del condado de York.

Tomé un sorbo de jerez mientras *Tricki* roncaba sobre mis rodillas. La señora Pumphrey prosiguió diciendo:

—Estoy muy decepcionada con la nueva glorieta. Como usted sabe, la mandé hacer especialmente para *Tricki*, con el fin de que pudiéramos sentarnos juntos en las tibias tardes. Es un precioso refugio de estilo rústico, pero él le ha tomado auténtico aborrecimiento. La odia con toda su alma y se niega a entrar. Pone una cara terrible cuando la mira. ¿Y, sabe cómo la llamó ayer? Casi no me atrevo a decírselo —la señora Pumphrey miró a su alrededor antes de susurrarme al oído—: ¡La llamó «cochina barraca»!

La criada avivó el fuego y volvió a llenarme la copa. El viento arrojó un puñado de cellisca contra la ventana. Eso es vida, pensé, disponiéndome a escuchar las siguientes palabras de la señora Pumphrey.

—¿Y no le he contado, señor Herriot, que *Tricki* volvió a acertar ayer en las carreras de caballos? Yo estoy segura de que se lee las páginas de las carreras del periódico porque, desde luego, es un juez infalible. Me dijo que apostara por *Canny Lad* en la carrera de Redcar de las tres en punto y, como de costumbre, ganó. Apostó un chelín y ha ganado nueve.

Las apuestas se hacían siempre a nombre de *Tricki Woo* y yo me compadecí al pensar en la reacción de los corredores de apuestas del lugar. Los corredores de apuestas de Darrowby eran unos desdichados. Colocaban un tablero en alguna calleja, invitando a la población a invertir con Joe Downs para gozar de completa seguridad. Joe vivía unos meses sobre el filo de fina navaja, tratando de superar con su ingenio a los expertos del lugar, pero el final era siempre el mismo: ganaban unos cuantos favoritos seguidos y Joe desaparecía en la noche, llevándose el tablero. Una vez le pregunté a un habitante de un pueblo la razón de la súbita partida de uno de aquellos desgraciados nómadas.

—Le dejamos pelado —me contestó sin el menor asomo de emoción.

Perder habitualmente los chelines en competición con un perro debió de ser una cruz muy dura de llevar para aquellos hombres.

—La semana pasada me ocurrió una cosa tremenda —dijo la señora Pumphrey—. Estuve a punto de llamarle. Mi pobrecito *Tricki*... ¡se quedó completamente «espatuzado»!

Anoté mentalmente esta nueva enfermedad canina junto a la del «trasero flojo», y solicité más información.

—Fue horrible. Me llevé un susto tremendo. El jardinero le estaba arrojando

anillos a *Tricki*... Y sabe, lo hace media hora todos los días.

Yo había presenciado el espectáculo varias veces. Hodgkin, un huraño y encorvado yorquino que parecía odiar a todos los perros en general y a *Tricki* en particular, tenía que salir diariamente al jardín y arrojarle a *Tricki* unos pequeños anillos de goma una y otra vez. *Tricki* brincaba tras ellos y se los devolvía, ladrando como un loco hasta que se iniciaba de nuevo el proceso. Las profundas arrugas del rostro del anciano se iban marcando cada vez más a medida que proseguía el juego. Movía constantemente los labios, pero no se podía oír lo que decía.

La señora Pumphrey añadió:

—Bueno, pues, estaba jugando a eso que tanto le gusta cuando, de repente y sin previa advertencia, cayó «espatuzado». Se olvidó de los anillos y empezó a correr en círculo, ladrando de una manera muy rara. Después, cayó cuán largo era y se quedó inmóvil como si estuviera muerto. Le aseguro, señor Herriot, que le di por muerto. Pero lo que más me dolió fue la risa de Hodgkin. Lleva conmigo veinticuatro años y jamás le he visto sonreír y, sin embargo, al ver la pequeña forma inmóvil, rompió en una estridente carcajada. Fue horrible. Estaba a punto de correr al teléfono cuando *Tricki* se levantó... y empezó a caminar como si tal cosa.

Un ataque de histeria, pensé, provocado por la alimentación inadecuada y la excitación. Dejé la copa en la mesa y miré severamente a la señora Pumphrey.

—Es lo que le vengo diciendo siempre. Si insiste en darle todas estas porquerías a *Tricki* le va a estropear la salud. Tiene que administrarle una dieta especial para perros o, por lo menos, dos pequeñas comidas diarias a base de carne y pan integral o una galleta. Entre medio, nada más.

La señora Pumphrey se hundió en su sillón, abrumada por el remordimiento.

—Por favor, no me diga eso. Yo procuro darle lo más adecuado, pero es muy caprichoso. Cuando me pide golosinas, no se las puedo negar —me dijo, secándose los ojos con un pañuelo.

—Muy bien, pues, señora Pumphrey —comenté sin ablandarme—, allá usted. Pero le advierto que, como siga alimentándole de esta manera, *Tricki* se irá quedando cada vez más «espatuzado».

Abandoné a regañadientes aquel agradable refugio y me detuve en la calzada de grava para mirar a la señora Pumphrey que me estaba saludando con la mano y a *Tricki* que, como siempre, se había situado junto a la ventana, ensanchando la boca como si estuviera a punto de soltar una sonora carcajada.

Mientras regresaba a casa en mi automóvil, pensé en las muchas ventajas que me reportaba el hecho de ser el tío de *Tricki*. Cuando el perrito iba con su ama a la costa, me enviaba cajas de arenques ahumados; y, cuando maduraban los tomates en su invernadero, me enviaba uno o dos kilos cada semana. Además, me mandaba constantemente latas de tabaco, acompañadas a menudo de una fotografía y de una cariñosa dedicatoria.

Cuando llegó la cesta de Navidad de la casa «Fortnum and Mason's», llegué a la

conclusión de que tenía que hacer algo. Hasta entonces me había limitado a llamar por teléfono a la señora Pumphrey para agradecerle los obsequios. Ella solía mostrarse más bien fría, y me indicaba que las cosas las enviaba *Tricki* y era a él a quien yo debía darle las gracias.

Al recibir la cesta, comprendí que había cometido un grave error táctico. Entonces, decidí escribirle una carta a *Tricki*. Evitando la irónica mirada de Siegfried, le agradecí a mi perruno sobrino los regalos de Navidad y su pasada generosidad, expresándole mi sincera esperanza de que las fiestas navideñas no trastornaran su delicada digestión y aconsejándole que, en caso de que sintiera alguna molestia, tomara los polvos negros que su tío le recetaba siempre. La vaga sensación de vergüenza profesional quedó inmediatamente eclipsada por las deliciosas visiones de los arenques, los tomates y las cestas. Envié la carta al señorito *Tricki Pumphrey*, Barlby Grange, y la eché al buzón sin experimentar ningún remordimiento.

Cuando hice la siguiente visita, la señora Pumphrey habló conmigo un momento a solas.

—Señor Herriot —me dijo en voz baja—, a *Tricki* le encantó su preciosa carta y piensa guardarla como un tesoro, pero una cosa le disgustó. Usted la envió al señorito *Tricki* y él insiste en que le llamen «señor». Al principio, se ofendió mucho y se puso fuera de sí, pero, cuando vio que se la enviaba usted, se le pasó el enfado. No sé por qué tendrá estos prejuicios. Será porque es perro único... Me parece que estos son más quisquillosos que los que pertenecen a una familia numerosa.

Entrar en Skeldale House era como regresar a un mundo más frío. Siegfried se tropezó conmigo en el pasillo.

—Ah, mira quién está aquí, ¡pero si es el querido tío Herriot! ¿Y qué has estado haciendo, tío? Supongo que trabajando como un loco en Barlby Grange. Pobrecito, debes de estar cansadísimo. ¿Crees que merece la pena matarte a trabajar a cambio de otra cesta?

Incluso en un gran consultorio de animales domésticos y gran variedad de clientes, la señora Pumphrey hubiera llamado la atención, pero, a mí que trabajaba diariamente en las granjas en penosas condiciones me parecía, un personaje casi de otro planeta. Su salón era un cálido refugio que me compensaba de la dureza de mi trabajo, y *Tricki*, un paciente encantador. El pequeño pequinés con sus excéntricas dolencias se ha ganado el afecto de personas de todo el mundo y yo he recibido numerosas cartas en las que me hablan de él. Vivió muchos años, con el «trasero flojo», pero feliz hasta el final. La señora Pumphrey murió a los ochenta y ocho años. Fue una de las pocas personas que se reconoció en mis libros y yo sé que eso le gustaba porque, cuando dejé de mencionarla, me escribió: «Ahora ya no tiene gracia». A veces, me pregunto si no me estuvo tomando el pelo desde un principio.



2 La vigilia de Tristán

Dejé la aguja de sutura en la bandeja y retrocedí para examinar el resultado.

—Bueno, aunque me esté mal el decirlo, creo que la cosa ha quedado bastante bien.

Tristán se inclinó sobre el perro inconsciente y estudió la fina incisión que presentaba una regular hilera de puntos.

—Estupendo. Yo no lo hubiera podido hacer mejor.

El gran labrador negro yacía inmóvil sobre la mesa, con la lengua fuera y los ojos vidriosos. Nos lo llevaron con un bulto muy feo sobre las costillas y yo pensé que era un simple lipoma, totalmente benigno y de fácil extirpación. Y eso fue en efecto. El tumor se pudo eliminar con pasmosa facilidad, redondo, intacto y reluciente como un huevo duro descascarado. No hubo hemorragia ni peligro de reproducción.

El desagradable bulto había cedido el lugar a una pulcra cicatriz que resultaría invisible en unas semanas. Me sentía muy satisfecho.

—Será mejor que le tengamos aquí hasta que despierte —dije—. Échame una mano para colocarle sobre estas mantas —colocamos al perro delante de una estufa eléctrica y yo me fui para iniciar mi ronda matinal.

Durante el almuerzo, oímos un extraño rumor. Era una mezcla de gemido y aullido que empezaba de modo casi imperceptible y subía hasta adquirir una penetrante estridencia, bajando de nuevo en la escala hasta alcanzar el silencio.

—Pero ¿qué demonios es eso? —exclamó Siegfried, mirándome sobresaltado mientras interrumpía la tarea de tomarse la sopa.

—Debe de ser el perro que operé esta mañana —contesté—. Lo provocan los barbitúricos. Espero que acabe muy pronto.

—Pues, yo también —dijo Siegfried, mirándome con expresión dubitativa—, porque es que no podría soportarlo. Me ataca los nervios.

Fuimos a examinar al perro: pulso fuerte, respiración profunda y regular, coloración normal de las membranas mucosas. Aún permanecía estirado y completamente inmóvil, y el único signo de la recuperación del conocimiento era aquel extraño aullido que emitía cada diez segundos.

—Sí, está perfectamente bien —dijo Siegfried—. ¡Pero menudo ruido! Vámonos.

Terminamos rápidamente de almorzar sobre el trasfondo de los gemidos. Siegfried se levantó de la mesa, dispuesto a marcharse.

—Bueno, me voy volando porque tengo mucho que hacer esta tarde —dije yo—. Tristán, sería conveniente que trasladáramos al perro al salón y lo colocáramos junto a la chimenea. Así podrías estar con él y echarle un vistazo de vez en cuando.

—¿Quieres decir que tendré que pasarme toda la tarde con él en la misma habitación, soportando este ruido? —me preguntó Tristán, mirándome con asombro.

—Pues, eso, ni más ni menos. No podemos mandarle a casa tal como está y no quiero que le pase nada. Necesita cuidados y vigilancia.

—¿Quieres que le sostenga la pata o que le lleve a pasear en cochecito por la plaza?

—Déjate de bromas. ¡Te quedarás con el perro y sanseacabó!

Tristán y yo arrastramos al animal por el pasillo, tirando de los extremos de las mantas sobre las que se encontraba tendido, y después me fui a visitar a mis pacientes. Antes de irme, me volví a contemplar la enorme mole negra junto a la chimenea y a Tristán, sentado con resignación a su lado. El ruido era tremendo. Me apresuré a cerrar la puerta.

Ya era de noche cuando regresé, y la negra casa apareció ante mis ojos, oscura y silenciosa, recortándose contra el gélido cielo. Silenciosa, de no haber sido por el estruendo que resonaba en el pasillo y se filtraba hasta la desierta calle.

Consulté el reloj y cerré la portezuela del vehículo. Eran las seis y, por consiguiente, Tristán llevaba cuatro horas de suplicio. Subí corriendo los peldaños, avancé por el pasillo y, cuando abrí la puerta del salón, el ruido me martilleó la cabeza. Tristán se encontraba en pie, de espaldas a mí, contemplando a través de la puerta vidriera la oscuridad del jardín. Mantenía las manos en los bolsillos y le salían de las orejas unas torundas de algodón.

—Bueno, ¿qué tal va? —pregunté.

Al no obtener respuesta, me acerqué a él y le di unas palmadas en el hombro. El efecto fue espectacular. Tristán pegó un brinco y giró en redondo. Tenía el rostro ceniciento y temblaba de pies a cabeza.

—Maldita sea, Jim, por poco me matas. No oigo nada con estos tapones de algodón..., como no sea al perro, claro. Eso no tiene remedio.

Me arrodillé junto al Labrador y le examiné. Su estado era excelente, pero, aparte de unos ligeros reflejos oculares, no daba la menor señal de recuperar el conocimiento. Y seguía aullando a intervalos regulares.

—Le cuesta mucho despertar —dije—. ¿Lleva así toda la tarde?

—Pues, sí. La situación no ha variado en absoluto. Y no vayas a compadecerte de este bribón. Está más contento que unas pascuas tendido aquí, frente a la chimenea. No se entera de nada. En cambio, yo tengo los nervios a punto de estallar de tanto oírle aullar horas y horas. Como tenga que aguantarle más, me tendrás que anestesiarse también a mí —dijo Tristán, pasándose una temblorosa mano por el cabello mientras un tic nervioso le contraía los músculos de la mejilla.

—Bueno, vamos a cenar —le dije, tomándole de un brazo—. Te sentirás mucho mejor cuando hayas comido algo.

Tristán me acompañó al comedor sin oponer resistencia. Siegfried estuvo muy animado en el transcurso de la cena. Se le veía de muy buen humor y monopolizaba toda la conversación, aunque no mencionó ni una sola vez los estridentes ruidos de la otra habitación. Tristán estaba hecho un manojo de nervios.

A punto de salir, Siegfried me apoyó una mano en el hombro.

—Recuerda que esta noche tenemos una reunión en Brawton, James. El viejo

Reeves hablará sobre las enfermedades de las ovejas... Sus conferencias suelen estar muy bien. Lástima que tú no puedas venir, Tristán, pero me temo que tendrás que quedarte con el perro hasta que despierte.

Tristán pegó un respingo, como si le hubieran propinado un puñetazo en pleno rostro.

—¡No puedo soportar otra sesión con este maldito animal! ¡Me está volviendo loco!

—Pues no habrá más remedio. James o yo hubiéramos podido sustituirte esta noche, pero tenemos que asistir a la reunión. Quedaríamos muy mal si no fuéramos.

Tristán regresó a trompicones a la otra habitación y yo me puse el abrigo y me detuve un instante para escuchar. El perro seguía aullando a más y mejor.

La reunión fue un éxito. Se celebró en uno de los mejores hoteles de Brawton y, como de costumbre, lo más agradable fueron las conversaciones que más tarde mantuvimos los veterinarios en el bar. Resultaba infinitamente consolador oír hablar de los problemas y los errores de los demás... Sobre todo, de los errores.

Me divertía mirar a mi alrededor e intentar adivinar de qué se hablaba en los distintos corrillos. Aquel hombre que estaba allí, doblando el espinazo y cortando el aire con la mano, debía de estar castrando a un potrillo. El que mantenía el brazo extendido y movía ágilmente los dedos debía de estar ayudando a parir a una yegua, corrigiendo seguramente una flexión carpiana sin el menor esfuerzo. La cirugía veterinaria era una materia casi pueril en la cálida atmósfera de un bar y con unas cuantas copas en el coleteo.

Eran las once cuando todos nos metimos en los automóviles para regresar a nuestros distintos lugares de residencia en el condado de York, algunos a las grandes ciudades industriales del West Riding, otros a las localidades de la costa oriental, y Siegfried y yo recorriendo alegremente la estrecha carretera que serpeaba entre paredes de piedra a través de los montes Peninos del Norte.

Me sentía culpable porque, en las últimas horas, me había olvidado por completo de Tristán y de su vigilia. La noche habría sido mejor, pensé. Seguramente el perro ya se habría calmado. Pero, al saltar del vehículo en Darrowby, me quedé paralizado al oír el débil gemido que se escapaba de Skeldale House. Me parecía increíble. Ya era pasada la media noche y el perro seguía igual. ¿Y Tristán? No quería ni pensar en cómo estaría. Giré casi temerosamente el tirador de la puerta del salón.

La silla de Tristán formaba una pequeña isla en medio de un mar de latas de cerveza vacías. Vi una caja apoyada contra la pared. Tristán me miró muy serio, rígidamente sentado en su sillón.

—Bueno, ¿ha sido muy duro, *Triss*? ¿Qué tal te encuentras ahora?

—Hubiera podido ser peor, muchacho, mucho peor. En cuanto os fuisteis, me acerqué a la tienda de los Drover y compré una caja de cervezas «Magnet». En seguida me encontré mejor. En cuanto hube bebido tres o cuatro, el perro dejó de preocuparme... En realidad, llevo varias horas devolviéndole los aullidos. Hemos

pasado una velada muy interesante. Ahora ya se está empezando a despertar. Míralo.

El perrazo había levantado la cabeza y nos miraba como si nos reconociera. Había dejado de aullar. Me incliné, le di unas palmadas, y la larga cola negra hizo un leve amago de movimiento.

—Así está mejor, muchacho —dije—. Pero ahora procura portarte bien. Le has dado a tu tío Tristán un día de campeonato.

El labrador reaccionó inmediatamente y trató de levantarse. Dio unos pasos vacilantes y se desplomó entre las botellas de cerveza.

Siegfried apareció en la puerta y miró con expresión de reproche a Tristán, muy serio y comedido, y al perro intentando levantarse entre las botellas.

—¡Pero qué barbaridad! Podrías haber hecho el trabajo sin necesidad de organizar una orgía.

Al oír esa voz, el labrador se incorporó con gran esfuerzo y, en un exceso de confianza, trató de correr hacia él, meneando débilmente la cola. No consiguió llegar muy lejos. Cayó pesadamente al suelo, empujando una botella vacía de «Magnet» hacia los pies de Siegfried. Este se inclinó y le acarició la lustrosa cabeza negra.

—Qué animal tan simpático. Es un perro estupendo cuando tiene conocimiento. Mañana por la mañana ya habrá vuelto a la normalidad, pero tenemos que decidir qué hacer con él ahora. No podemos dejarle tambaleándose por ahí... se podría romper una pata —Siegfried miró a Tristán, que no había movido ni un solo músculo. Permanecía sentado, rígido e inmóvil como un general prusiano—. Mira, yo creo que lo mejor sería que te lo llevaras esta noche a tu habitación. Ahora que ya ha pasado lo peor, no conviene que se lastime. Sí, eso, puede pasar la noche contigo.

—Se agradece, hombre —dijo Tristán, con la mirada perdida en la distancia.

Siegfried le miró un instante con los ojos entornados y dio media vuelta para marcharse.

—Bueno, pues, ahora limpia toda esta porquería y vámonos a la cama.

Mi dormitorio y el de Tristán se comunicaban por medio de una puerta. El mío era el principal, una espaciosa estancia cuadrada que tenía un techo muy alto, una chimenea flanqueada por columnas y unos pequeños gabinetes como los de la planta baja. Me sentía allí como un marqués.

El de Tristán era el antiguo cuarto de vestir, alargado y estrecho y tenía la cama adosada a la pared como si tratara de esconderse. No había alfombras sobre el reluciente entarimado y, por consiguiente, coloqué al perro encima de unas mantas y contemplé el pálido rostro de Tristán, que ya se había acostado en la cama.

—Parece que está tranquilo... Duerme como un niño y, probablemente, seguirá así toda la noche. Ahora podrás disfrutar de un merecido descanso.

Regresé a mi habitación, me desnudé rápidamente y me metí en la cama. Me dormí enseguida y no pude precisar cuándo empezaron los ruidos en la habitación de al lado, pero me desperté de repente al oír un encolerizado grito. Después se oyó un resbalón y un golpe, seguidos de otro enfurecido grito de Tristán.

Rechacé la idea de entrar en el otro cuarto —de todos modos, no podía hacer nada — y me acurruqué entre las sábanas. Me dormía y despertaba a intervalos en medio de los golpes y gritos procedentes de la otra habitación.

Al cabo de unas dos horas, los ruidos empezaron a cambiar. El labrador ya había recuperado el uso de las patas y caminaba arriba y abajo de la habitación, produciendo un interminable tac-tac sobre el entarimado. De vez en cuando, se escuchaba la ronca voz de Tristán:

—¡Ya basta! ¡Siéntate de una vez, maldito perro!

Debí de caer profundamente dormido porque, cuando me volví a despertar, la grisácea y fría luz del amanecer ya penetraba en la habitación. Me tendí boca arriba y presté atención. Aún se oía el tac-tac de las patas del perro, pero el ruido era ahora irregular, como si el labrador se paseara por la habitación en lugar de caminar sin rumbo de uno a otro extremo de la estancia. A Tristán no se le oía para nada.

Me levanté temblando en medio de la gélida atmósfera del dormitorio y me puse la camisa y los pantalones. Crucé de puntillas la estancia, abrí la puerta de comunicación y estuve a punto de caerme cuando dos enormes patas se me posaron sobre el pecho. El labrador se alegraba de verme y parecía encontrarse completamente a sus anchas. Sus hermosos ojos castaños brillaban de inteligencia y bienestar y su impecable lengua sonrosada asomaba por entre los dientes.

En el otro extremo de su cuerpo, la cola se movía sin cesar.

—Vaya, te veo muy bien, chaval —dije—. Déjame echar un vistazo a la herida.

Retiré las patas de mi pecho y examiné la hilera de puntos sobre las costillas.

—¡Perfecto! —exclamé—. Estás como nuevo.

Le di al perro una palmada en el lomo y él empezó a brincar de júbilo, se me echó encima y empezó a darme lengüetazos. Estaba tratando de zafarme de sus caricias cuando oí un débil gemido procedente de la cama. A la débil luz del amanecer, Tristán ofrecía un aspecto espantoso. Yacía tendido boca arriba, agarrando el cobertor con ambas manos, y tenía los ojos desorbitados.

—No he podido pegar ojo ni un momento, Jim —me susurró—. Menudo sentido del humor tiene mi hermano, obligándome a pasar la noche con este animal. Se lo pasará muy bien cuando se entere de lo ocurrido. Tú fíjate en él. Te apuesto lo que quieras a que se alegrará.

A la hora del desayuno, Siegfried se enteró de la terrible noche que había pasado su hermano y le manifestó su pesar. Lamentó lo ocurrido y le pidió disculpas por las molestias que el perro le había causado, pero Tristán tenía razón. Siegfried se lo pasó muy bien.

Yo siempre insisto en decir que los animales son imprevisibles, hasta el punto de que esta característica constituye el núcleo de buena parte de mis escritos. Ello se pone especialmente de manifiesto en sus variadas reacciones a la anestesia. Sé que algunas personas anestesiadas se ponen a cantar o sueltan palabrotas. Aquel perro se

limitó a aullar y ya conservo el incidente grabado en mi memoria porque el pobre Tristán lo pasó muy mal. Ahora ambos nos reímos mucho al recordarlo. Pienso en ello con cierta nostalgia porque aquellos eran tiempos en que nos llevábamos a los pacientes a nuestra sala de estar e incluso a nuestro dormitorio para cuidarles. Aunque ahora también se presta una atención muy personal a los animales, dudo que se llegue tan lejos como entonces.



3 Un triunfo de la cirugía

Esta vez estaba muy preocupado por *Tricki*. Acababa de acercar mi automóvil al bordillo de la acera cuando le vi en la calle con su dueña y me asusté al ver su aspecto. Estaba extraordinariamente gordo y parecía un salchichón con una pata en cada lado. Sus ojos legañosos e inyectados en sangre miraban directamente hacia adelante y la lengua le colgaba por entre las mandíbulas.

La señora Pumphrey se apresuró a darme una explicación.

—Estaba muy débil, señor Herriot. No tenía energías. Pensé que estaría desnutrido y le he dado algunos extras entre las comidas para que se recuperase. Un poco de extracto de carne y malta y también aceite de hígado de bacalao y un cuenco de leche por las noches para que duerma bien... Poca cosa, en realidad.

—¿Y le ha reducido usted los dulces tal como le dije que hiciera?

—Un poquito, sí. Pero estaba tan débil que tuve que transigir un poco. Le encantan los pastelillos de crema y las chocolatinas. No se los puedo negar.

Contemplé de nuevo al perrillo. Eso era lo malo. El único defecto de *Tricki* era la gula. Nunca le negaban la comida; comía a cualquier hora del día o de la noche. Pensaba en todas las cosas que la señora Pumphrey no me había mencionado: las tostadas con *foie gras*, los dulces de leche y chocolate, los bizcochos borrachos... *Tricki* se pirraba por todo eso.

—¿Procura que haga ejercicio?

—Bueno, pasea un poco conmigo como puede usted ver, pero Hodgkin tiene lumbago y últimamente no juega con él a los anillos.

—Mire, quiero hablarle con toda claridad —dije, poniendo la cara muy seria—. Si no le reduce la comida y le obliga a hacer más ejercicio, se pondrá enfermo. Tiene que ser un poco más dura con él y ponerle a régimen.

—Lo haré, señor Herriot —dijo la señora Pumphrey, retorciéndose las manos—. Comprendo que tiene usted razón, pero es tan difícil...

Tras lo cual, reanudó la marcha con la cabeza inclinada, nerviosa, dispuesta a poner inmediatamente en práctica el nuevo régimen.

Les vi alejarse con creciente inquietud. *Tricki* lucía un chaleco de *tweed*. Tenía varios: cálidos chalecos de *tweed* o de cuadros escoceses e impermeables para los días de lluvia. Caminaba con gran esfuerzo. Pensé que no tardaría mucho en tener noticias de la señora Pumphrey.

La llamada se produjo al cabo de unos días. La señora Pumphrey estaba trastornada. *Tricki* se negaba a comer. Rechazaba incluso sus platos preferidos y, además, tenía náuseas y vómitos. Se pasaba todo el día jadeando sobre una alfombra. No quería hacer nada, ni siquiera salir a pasear.

Yo había elaborado planes de antemano. La única manera de atender debidamente al perro sería sacándole unos cuantos días de la casa. Aconsejé su hospitalización durante un par de semanas para someterle a observación.

La pobre señora estuvo a punto de desmayarse. Jamás se había separado de su perrillo y estaba segura de que se moriría de pena si no pudiera verlo todos los días.

Me mostré inflexible. *Tricki* estaba muy enfermo y era la única forma de salvarle; es más, convenía llevarle sin demora. Seguido por la quejumbrosa señora Pumphrey, me dirigí hacia el automóvil, sosteniendo en brazos al animalillo envuelto en una manta. Toda la servidumbre se movilizó de inmediato, sacando su cama de día, su cama de noche, sus cojines preferidos, sus juguetes y anillos de goma, el cuenco del desayuno y los del almuerzo y la cena. Comprendí que todo aquello no cabría en mi automóvil y puse el motor en marcha. Mientras me alejaba, la señora Pumphrey lanzó un grito de angustia e introdujo varios chalecos a través de la ventanilla. Miré por el retrovisor antes de doblar la esquina de la calzada; todo el mundo lloraba a lágrima viva.

Ya en la carretera, contemplé cómo el patético animalito jadeaba en el asiento contiguo. Le di unas palmadas en la cabeza y *Tricki* trató de menear la cola.

—Pobrecito —le dije—, estás en las últimas. Pero creo que te podré curar.

Una vez en el consultorio, los perros de la casa me rodearon. *Tricki* contempló a la ruidosa jauría con ojos mortecinos y, cuando le dejé en el suelo, se quedó inmóvil sobre la alfombra. Los demás perros, tras olfatearle un momento, llegaron a la conclusión de que no era un objeto interesante y decidieron no hacerle caso.

Le preparé una cama en una cálida casita al lado de aquella en la que dormían los demás perros. Le mantuve bajo vigilancia durante dos días, sin darle comida sino tan solo agua. Al término del segundo día, empezó a mostrar un poco de interés por el ambiente que le rodeaba y, al tercer día, gimoteó un poco al oír a los perros en el patio.

Cuando abrí la puerta, *Tricki* salió trotando e inmediatamente se vio rodeado por el galgo Joe y sus amigos. Tras ponerle panza arriba e inspeccionarle detenidamente, los perros prosiguieron su camino hacia el jardín. *Tricki* se fue tras ellos, visiblemente intrigado a pesar de las molestias que le causaba el exceso de peso.

Más tarde, estuve presente a la hora de la comida y vi cómo Tristán llenaba los cuencos. Todos se lanzaron de cabeza y empezaron a comer a gran velocidad; cada perro sabía que, si se quedaba atrás, algún compañero intentaría robarle el resto de la pitanza.

Cuando terminaron, *Tricki* dio un paseo alrededor de los relucientes cuencos, dando algún que otro lengüetazo a su interior. Al día siguiente, le sirvieron doble ración y él se lanzó a comerla con apetito.

A partir de aquel instante, la mejoría fue muy rápida. No le administramos ningún tratamiento médico, pero se pasaba todo el día corriendo y jugando con los demás perros. Descubrió lo divertido que era ser colocado panza arriba, pisoteado y achuchado a cada momento. Se convirtió en un miembro aceptado del grupo, en un improbable objeto menudo y sedoso entre los enormes perrazos peludos, luchando como un tigre por su ración de comida y cazando ratas, de noche, en el viejo gallinero

de la casa. Jamás se lo había pasado tan bien.

La señora Pumphrey se mantenía constantemente en contacto conmigo: llamaba una docena de veces al día para recibir los últimos partes. Soslayé sus preguntas sobre si dábamos regularmente la vuelta a los cojines o si le poníamos los chalecos más apropiados, pero le dije que su adorado perrito estaba fuera de peligro y en período de convalecencia.

La palabra «convalecencia» animó a la señora Pumphrey, la cual empezó a enviar dos docenas de huevos frescos diarios para que *Tricki* recuperara las fuerzas. Durante un feliz período, disfrutamos cada uno de dos huevos para desayunar. Cuando empezamos a recibir botellas de jerez, nos dimos cuenta de la utilidad de la situación.

Eran de la misma cosecha que yo tanto apreciaba. Nuestro almuerzo se convirtió en una gran ocasión. Tomábamos dos copas antes y varias durante la comida. Siegfried y Tristán se turnaban para brindar por la salud de *Tricki* y el nivel de nuestros discursos mejoraba día a día. En mi calidad de patrocinador, yo tenía que responder a los brindis.

No podíamos dar crédito a nuestros ojos cuando recibimos el coñac. Dos botellas de Cordon Bleu para acabar de mejorar la salud de *Tricki*. Siegfried sacó unas copas Napoleón que pertenecían a su madre. Yo jamás las había visto, pero, durante varias noches, las utilizamos sin cesar para agitar el delicado líquido, aspirarlo y beberlo con reverencia.

Fueron unos días memorables que empezaban con dos huevos de más por la mañana, pasaban al mediodía por el jerez y terminaban, por la noche, con una copa de coñac a la vera del fuego.

Hubiéramos deseado quedarnos con *Tricki* como invitado permanente, pero yo sabía que la señora Pumphrey estaba sufriendo y, al cabo de dos semanas, la llamé para decirle que su perrito se había recuperado y ya podía pasar a recogerlo.

A los pocos minutos, un reluciente automóvil negro se detuvo frente a la entrada del consultorio. El chófer abrió la portezuela y yo distinguí a la señora Pumphrey casi perdida en el interior. Mantenía las manos cruzadas y le temblaban fuertemente los labios.

—Oh, señor Herriot, dígame la verdad. ¿De veras está mejor?

—Ya lo creo. No hace falta que salga del coche... Yo se lo traigo.

Entré en la casa y salí al jardín de la parte de atrás. Una masa de perros estaba jugando sobre el césped y, en medio de todos ellos, con las orejas volando al viento y meneando la cola sin cesar, se encontraba la diminuta figura dorada de *Tricki*. En dos semanas, se había convertido en un ágil animal de cuerpo musculoso. Se mantenía a la altura de los demás y pegaba grandes brincos con el tórax casi rozando el suelo.

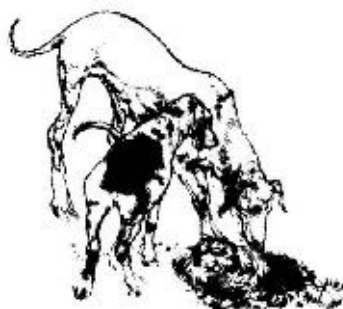
Le llevé a lo largo del pasillo hasta la parte anterior de la casa. El chófer aún mantenía la portezuela abierta y, cuando *Tricki* vio a su ama, se escapó de mis brazos pegando un salto tremendo y aterrizó en el regazo de la señora Pumphrey. Esta lanzó una exclamación de asombro y después tuvo que protegerse de los lametones y

ladridos de su amado *Tricki*.

En medio de aquella agitación, ayudé al chófer a sacar las camas, los juguetes, los chalecos, los cojines y los cuencos que el perro no había utilizado en ningún momento. Mientras el vehículo se ponía en marcha, la señora Pumphrey se inclinó hacia la ventanilla, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Señor Herriot —me dijo con voz temblorosa—, ¿cómo podré agradecerse todo? ¡Eso es un triunfo de la cirugía!

Tricki Woo es un delicioso ejemplo de cómo se puede atender a un animal y disfrutar, al mismo tiempo, de las recompensas que eso lleva aparejadas. La historia me hace recordar también el clima de camaradería que reinó en Skeldale House cuando compartimos los regalos de la señora Pumphrey. A los lectores les alegrará saber sin duda que, a partir de aquel momento, *Tricki* se sometió a un régimen alimenticio razonable y ya no hubo más obesidad ni «perro espatuzado».



4 Fúmesse un purito

Volví a estudiar el papel donde tenía anotadas mis visitas. «Dean, Thompson's Yard, 3. Perro viejo enfermo».

En Darrowby había muchos de esos «yards», o cercados. En realidad, se trataba de unas callejuelas muy parecidas a las que aparecen en las ilustraciones de una novela de Dickens. Algunas de ellas desembocaban en la plaza del mercado, y otras se hallaban diseminadas detrás de las calles principales, en la parte vieja de la ciudad. Desde fuera, solo se podía ver una arcada y siempre constituía para mí una agradable sorpresa bajar por un estrecho pasadizo y encontrarme de repente ante las irregulares hileras de casitas, todas distintas, las unas de cara a la otras a ambos lados de una calzada adoquinada de dos metros y medio de anchura.

Delante de algunas casas, había una franja de jardín en la que florecían las caléndulas y los berros por entre los ásperos adoquines. Sin embargo, las casas del fondo eran muy destartaladas y algunas de ellas tenían las ventanas cubiertas con tablas de madera.

El número 3 era una de ellas y parecía a punto de derrumbarse.

Las escamas de pintura temblaban sobre la madera podrida de la puerta cuando llamé al timbre; en la parte de arriba, la pared exterior aparecía peligrosamente abombada a ambos lados de una profunda grieta.

Me abrió la puerta un hombrecillo de cabello canoso y rostro arrugado en el que brillaban unos ojillos alegres. Llevaba un raído jersey de lana, unos pantalones remendados y unas zapatillas.

—He venido a ver a su perro —dije mientras el anciano me miraba sonriendo.

—Oh, le agradezco que lo haya hecho, señor. Perdí a mi señora hace un año. Quería mucho a nuestro viejo perro.

La sombra de la pobreza se observaba en todas partes: en el gastado pavimento de linóleo, en la chimenea apagada y en el olor a humedad y moho que lo invadía todo. El papel de la pared se había desprendido de las zonas manchadas por la humedad y, sobre la mesa, se podía ver, la solitaria cena del anciano: un trozo de jamón ahumado, unas patatas fritas y una taza de té. Así era la vida de los pensionistas de aquel entonces.

En un rincón, sobre una manta, yacía mi paciente, un labrador cruzado. Debió de ser un perro impresionante en sus tiempos, pero los signos de la vejez se evidenciaban en los pelos blancos del hocico y la pálida opacidad de los ojos. Yacía inmóvil y me miraba sin hostilidad.

—Es bastante mayor, ¿verdad, señor Dean?

—Desde luego. Tiene casi catorce años, pero, hasta hace unas semanas, brincaba por ahí como un cachorrillo. El viejo *Bob* es un perro maravilloso para su edad, y jamás ha mordido a nadie. Los niños le hacen lo que quieren. Es mi único amigo, ahora. Espero que me lo ponga usted bien.

—¿Ha perdido el apetito, señor Dean?

—Sí, por completo, cosa muy rara porque siempre ha comido como una fiera. A la hora de comer, se sentaba a mi lado y apoyaba la cabeza sobre mi rodilla, pero últimamente ya no lo hacía.

Examiné al perro con creciente inquietud. El vientre estaba muy dilatado y pude observar los inequívocos síntomas de dolor: respiración entrecortada, comisuras retraídas de los labios, expresión ansiosa de los ojos.

Al oír hablar a su amo, movió un par de veces la cola sobre las mantas, y los viejos ojos se iluminaron momentáneamente; pero recuperó enseguida su expresión reconcentrada. Pasé cuidadosamente una mano por el vientre del perro. La ascitis era muy pronunciada y se había acumulado tanto líquido que la presión era muy intensa.

—Vamos a ver si puedo darte la vuelta, amiguete —dije.

El perro no opuso la menor resistencia y, poco a poco, le coloqué sobre el otro lado; pero entonces empezó a gemir, mirando a su alrededor. Comprendía rápidamente el motivo.

Le palpé el abdomen con cuidado. A través del fino músculo del costado, noté una dura masa arrugada, sin duda un carcinoma de páncreas o de hígado, enorme e imposible de operar. Acaricié la cabeza del viejo perro y me puse a pensar. La cosa no iba a ser fácil.

—¿Estará enfermo mucho tiempo? —preguntó el anciano, e inmediatamente el perro empezó a menear despacio la cola al oír la querida voz—. Es triste que *Bob* no me siga por todas partes cuando voy trajinando por la casa.

—Lo lamento, señor Dean, pero me temo que eso es muy grave. Ojalá pudiera hacer algo por ayudarle, pero no hay nada.

—Entonces, ¿se va a morir? —preguntó el anciano con labios temblorosos y mirándome perplejo.

—No podemos dejar que se muera así, ¿no cree? —contesté, tragando saliva—. Ahora sufre mucho, pero pronto será peor ¿No cree que sería mejor que le durmiéramos para siempre? Al fin y al cabo, ha tenido una vida muy larga y provechosa.

A mí me gusta abordar los problemas en plan desenfadado, pero los viejos tópicos sonaban a falso.

El anciano permaneció un instante en silencio, y después dijo:

—Un momento.

Despacio y haciendo un gran esfuerzo, se arrodilló al lado del perro. No habló, se limitó a acariciar una y otra vez el gris hocico y las orejas del animal, mientras la cola de este golpeaba repetidamente contra el suelo.

El anciano permaneció arrodillado largo rato mientras yo contemplaba los descoloridos retratos de la pared, las sucias y arrugadas cortinas y el desvencijado sillón.

Al final, el viejo se levantó y tragó saliva una o dos veces.

—Muy bien —dijo con voz ronca y sin mirarme—, ¿lo va usted a hacer ahora?

Llené la jeringa y dije lo que siempre decía en semejantes casos.

—No se preocupe, es completamente indoloro. Una sobredosis de anestesia es un medio muy cómodo de dormirse.

El perro no se movió mientras yo introducía la aguja. Cuando el barbitúrico le penetró en la vena, desapareció la ansiosa expresión de sus ojos y sus músculos empezaron a relajarse.

Cuando terminé de dar la inyección, la respiración ya había cesado.

—¿Eso es todo? —musitó el anciano.

—Sí, eso es todo —contesté—. Ahora ya no sufre.

El anciano permaneció inmóvil, retorciendo incesantemente las manos. Cuando se volvió a mirarme, tenía los ojos brillantes.

—Está bien, no podíamos dejarle sufrir, ¿verdad?, y yo le agradezco lo que ha hecho. ¿Cuánto le debo por sus servicios, señor?

—No se preocupe, señor Dean —contesté rápidamente—. No es nada, nada en absoluto. Pasaba simplemente por aquí. No me ha producido ninguna molestia.

—Pero usted no puede hacer eso por nada —dijo el anciano, mirándome con asombro.

—No diga más, señor Dean, se lo ruego. Tal como le he dicho pasaba simplemente por aquí.

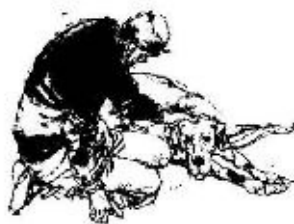
Me despedí de él y abandoné la casa, cruzando el pasadizo para salir a la calle. Bajo la brillante luz del sol y en medio del bullicio de la gente, yo solo podía ver la pequeña estancia desnuda, el anciano y el perro muerto.

Mientras me encaminaba hacia mi automóvil, oí un grito a mis espaldas. El anciano se acercaba a toda prisa, calzado con zapatillas. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, pero me miraba sonriendo. En su mano sostenía un pequeño objeto marrón.

—Ha sido usted muy amable, señor. Tengo algo para usted. Sostuvo en alto el objeto y yo lo miré. Era una antigua, pero preciosa reliquia de alguna fiesta pasada.

—Vamos, es para usted —dijo el anciano—. Fúmese un purito.

Aquel incidente, que me ocurrió al principio de mi carrera de veterinario, me angustió durante muchas semanas y sigue siendo uno de mis recuerdos más vivos y emocionantes. Sacrificar a los queridos animales domésticos de los ancianos es, por desgracia, una tarea muy frecuente en la práctica veterinaria, tan solo aceptable porque se puede llevar a cabo humanamente y sin producir dolor mediante el uso de barbitúricos. Sin embargo, el episodio del señor Dean tuvo algo especial y yo lo recuerdo como la primera vez en que me dije: «Si algún día escribo un libro, lo incluiré». Quizá fue por el purito...



5 Instinto maternal

Parecía un poco absurdo que un millonario rellenara boletos de quinielas y, sin embargo, esa era una de las principales fuerzas motivadoras en la vida del viejo Harold Denham. Eso había creado un fuerte vínculo entre nosotros porque, a pesar de su afición, Harold no tenía ni idea de fútbol, jamás había presenciado un partido y no hubiera podido nombrar ni a un solo jugador de la liga. Cuando se enteró de que yo podía hablar con autoridad no solo sobre Everton y Preston North End, sino asimismo sobre Arbroath y Cowdenbeath, el respeto con que siempre me había tratado se transformó en una atónita deferencia.

Como es lógico, nos conocimos a través de sus animales. Tenía una serie de perros, gatos, conejos, periquitos australianos y pececillos de colores que me convertían en un asiduo visitante de la soberbia mansión, cuyas torres victorianas, asomando por encima de los árboles del bosque que la rodeaba, se podían ver desde varios kilómetros a la redonda en Darrowby. Al principio, cuando le conocí, las circunstancias de mis visitas eran enteramente normales: su fox terrier se había cortado la planta de la pata o el viejo gato atigrado tenía sinusitis; pero, más tarde, empecé a abrigar ciertas dudas. Me llamaba con frecuencia el miércoles y los pretextos eran a menudo tan baladíes que, poco a poco, empecé a sospechar que al animal no le pasaba nada, sino que Harold tenía problemas con su quiniela múltiple.

No estaba completamente seguro, pero era curioso que me recibiera siempre con las mismas palabras. «Ah, señor Herriot, ¿qué tal van sus quinielas?». Pronunciaba la palabra, alargando mucho las vocales intermedias: *quiniieeelas*. Me hacía la misma pregunta desde que yo ganara, una semana, dieciséis chelines en un boleto de dos apuestas. Nunca olvidaré la reverencia con la cual manoseó el impreso, acariciando al mismo tiempo con la mirada la notificación enviada por correo. Era la única vez que yo acertaba un pronóstico, pero eso no le importaba. A sus ojos, yo seguía siendo el oráculo supremo. Harold jamás había ganado.

Los Denham eran una famosa familia que vivían en el norte del condado de York. Los acaudalados industriales del siglo pasado se habían convertido en grandes empresarios agrícolas. Eran unos «finos hacendados» que empleaban su dinero en crear rebaños de vacas lecheras o cerdos de primera calidad; araron los altos y pedregosos páramos, los fertilizaron y consiguieron excelentes cosechas; desecaron pantanos y obtuvieron, en su lugar, patatas y nabos; eran presidentes de diversos comités, dueños de jaurías de perros de caza y máximos representantes de la alta sociedad del condado.

Pero Harold se había desentendido de todo a muy temprana edad, refutando el viejo dicho según el cual nadie puede ser feliz sin hacer absolutamente nada; se pasaba todo el santo día trajinando en la casa y en los campos circundantes sin mostrar el menor interés por el mundo exterior, totalmente ajeno a lo que ocurría a su alrededor, pero enteramente satisfecho. No creo que jamás le importaran lo más

mínimo las opiniones de los demás, lo cual estaba muy bien, dado que estas eran a menudo muy negativas; su hermano, el ilustre Basil Denham, le llamaba invariablemente «este maldito chiflado» y la gente del campo le calificaba con frecuencia de «inútil».

Sin embargo, yo siempre le vi un cierto atractivo. Era amable, y simpático, tenía un gran sentido del humor y a mí me encantaba visitar su casa. Él y su mujer comían siempre en la cocina, donde pasaban casi todo el día, razón por la cual yo solía entrar en la casa por la parte de atrás.

Un día tenía que examinar a la gran perra danesa que acababa de tener cachorros y no se encontraba muy bien. Puesto que no era miércoles, pensé que, a lo mejor, la cosa iba en serio, y acudí allí a toda prisa. Harold me acogió con su saludo habitual. Tenía una voz muy bella, redonda, sonora y melosa como la de un obispo, y yo pensé por centésima vez lo extraño que resultaba oír aquellas cuerdas vocales tan sonoras como un órgano, pronunciando incongruencias tales como la villa de Mansfield o la ciudad de Bradford.

—No sé si podría usted aconsejarme, señor Herriot —me dijo mientras abandonábamos la cocina y avanzábamos por un largo pasillo escasamente iluminado—. Estoy buscando un ganador de fuera de casa y no sé si podría ser el Sunderland en el campo del Aston Villa.

Me detuve en actitud meditabunda mientras Harold me miraba con ansiedad.

—Pues, verá, señor Denham —contesté—. El Sunderland podría ser, pero me he enterado por casualidad de que la tía de Raich Carter no se encuentra muy bien últimamente y eso podría influir en su rendimiento del sábado.

Harold se quedó cabizbajo y asintió varias veces con la cabeza. Después me miró un instante y estalló en una estruendosa carcajada.

—Ah, señor Herriot, ya me está usted tomando el pelo otra vez.

Me asió de un brazo, me lo oprimió con fuerza y me acompañó por el pasillo, riéndose por lo bajo.

Atravesamos un laberinto de sombríos pasadizos adoquinados hasta que, al final, llegamos a una salita de armas. Mi paciente se hallaba tendida sobre un catre de perros y reconocí en ella a la enorme danesa que había visto brincar a mi alrededor en anteriores visitas. Jamás la había tenido que tratar de ninguna enfermedad, pero, cuando la vi por vez primera, se derrumbó una de mis más recientes teorías: la de que nunca hay perros grandes en las casas grandes. En numerosas ocasiones, había observado con desaprobación a mastines, alsacianos o perros pastores ingleses saliendo catapultados de minúsculos apartamentos de Darrowby, mientras sus propietarios les seguían impotentes al final de la correa; en cambio, en las espaciosas salas y vastos jardines de las lujosas residencias no veía más que border terriers y Jack Russells. Harold tenía forzosamente que ser distinto.

—Tuvo los cachorros ayer —dijo este, dándole a la perra unas palmadas en la cabeza—, y está sacando una secreción oscura muy rara. Come bien, pero me

gustaría que le echara un vistazo.

Los grandes daneses, como todas las razas de gran tamaño, suelen ser animales muy plácidos. La perra no se movió mientras le tomaba la temperatura. Permanecía tendida de lado, escuchando con satisfacción los chillidos de los cachorros ciegos que se encaramaban encima de ella para alcanzar las hinchadas ubres.

—Sí, tiene un poco de fiebre y hay secreción —palpé el alargado hueco del costado—. No creo que haya otro cachorro aquí dentro, pero será mejor que lo compruebe. ¿Me quiere traer un poco de agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

Mientras Harold cerraba la puerta a sus espaldas, miré a mi alrededor. La estancia apenas superaba las dimensiones de un armario y, puesto que otra de las idiosincrasias de Harold consistía en no matar nunca a ningún ser vivo, no había allí ningún tipo de arma. Las vitrinas de cristal solo contenían polvorientos volúmenes encuadernados, de *Blackwood's Magazine* y *Country Life*. Esperé unos diez minutos, preguntándome por qué tardaría tanto en volver, y después me volví a mirar un viejo grabado que colgaba de la pared; era la habitual escena de caza, en la que siempre me llamaba la atención que dibujaran a los caballos saltando sobre un riachuelo con unas patas increíblemente largas. De repente, oí un rumor a mi espalda.

Era como un leve rugido amenazador. Me volví y vi a la perra levantándose muy despacio, pero no como suelen hacerlo los perros, sino como si alguien tirara de ella con unas cuerdas desde el techo, enderezando las piernas casi imperceptiblemente, con el cuerpo rígido y todos los pelos erizados. Me miraba sin parpadear y, por primera vez en mi vida, comprendí el significado de la expresión «ojos llameantes». Solo en una ocasión había visto algo parecido, y fue en la cubierta de un viejo ejemplar de *El perro de Baskerville*. Pensé, entonces, que el artista se había excedido en la imagen, pero los ojos de aquella perra me miraban fijamente con el mismo fulgor amarillento.

Temía que quisiera arrebatarme los cachorros, claro. Al fin y al cabo, su amo se había marchado y solo había allí un desconocido, inmóvil en un rincón, cuya presencia no presagiaba nada bueno. De una cosa estaba seguro: la perra se iba a abalanzar sobre mí de un momento a otro. Afortunadamente, me encontraba junto a la puerta. Con mucho tiento, deslicé la mano izquierda hacia el tirador mientras la perra seguía levantándose con aterradora lentitud, rugiendo cada vez con mayor intensidad. Casi había alcanzado el tirador cuando cometí la equivocación de agarrarlo con excesiva rapidez. En cuanto toqué el metal, la perra saltó de su catre como un cohete y me clavó los dientes en la muñeca.

Le golpeé la cabeza con el puño derecho y ella me soltó, para morderme en la parte interior del muslo izquierdo. Grité de dolor y no sé cuál hubiera sido mi inmediato futuro si no me hubiera golpeado contra la única silla que había en la estancia; era vieja y desvencijada, pero me salvó. Mientras la perra, cansada de morderme la pierna, saltaba súbitamente hacia mi rostro, agarré la silla y conseguí mantenerla a raya.

El resto de mi aventura en la sala de armas fue una especie de parodia de la doma de un león, y estoy seguro de que a un observador imparcial le hubiera resultado gracioso. De hecho, más tarde pensé que ojalá hubiera podido filmar el episodio; pero en aquel instante, mientras el enorme animal me atacaba en la reducida estancia y la sangre me resbalaba por la pierna, no me apetecía demasiado reír. La perra me atacaba con furia implacable, sin quitarme los ojos de encima ni un solo instante.

Los nueve cachorros, molestos ante la súbita desaparición de su cálida fuente de calor y de alimento, se arrastraban a ciegas por el catre y chillaban a pleno pulmón. El rumor espoleaba a la perra a atacarme con furia creciente. A cada diez segundos, se abalanzaba sobre mí y yo tenía que brincar, empujándola con la silla en el mejor estilo circense. En determinado momento, me acorraló contra la pared con silla y todo; de pie sobre las patas traseras, era casi tan alta como yo, y las fauces abiertas me mostraban un inquietante primer plano de los dientes.

Mi mayor preocupación era que la silla empezaba a dar señales de no poder aguantar ya mucho; la perra ya le había arrancado dos barrotes sin hacer el menor esfuerzo y yo procuraba no pensar en lo que ocurriría si el mueble se desintegrara. Me acerqué de nuevo hacia la puerta y, cuando noté el tirador contra mi espalda, comprendí que tendría que actuar con rapidez. Lancé un último grito intimidatorio, arrojé los restos de la silla contra la perra y salí corriendo al pasillo. Mientras cerraba la puerta a mis espaldas y me apoyaba contra ella, sentí el temblor de la madera golpeada por el animal.

Sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared, me subí las perneras de los pantalones para examinarme las heridas; y entonces vi a Harold al fondo del pasillo, caminando sin prisa con una palangana de humeante agua caliente en las manos y una toalla echada sobre el hombro. Comprendí por qué había tardado tanto: se debía haber pasado el rato vagando sin rumbo por su propia casa o tal vez pensando en los cuatro equipos que jugaban fuera de casa.

Al volver a Skeldale House, tuve que soportar ciertos comentarios irónicos a propósito de mis andares vacilantes, pero la sonrisa desapareció del rostro de Siegfried cuando este me examinó, más tarde, la herida de la pierna en mi dormitorio.

—Menudo tajo —exclamó, soltando un silbido—. A veces, hemos comentado en broma lo que podría hacernos un perro enfurecido. Bueno, pues, te aseguro, James, que eso ha estado a punto de ocurrirte a ti.

Poco después, cuando me fui de excursión a Escocia, sentí que el áspero revés de mis calzones caqui rozaba contra el semicírculo de las marcas de dientes en el muslo. Fue un constante recordatorio de los peligros que entraña a veces la práctica con los pequeños animales y una pequeña lección en la que aprendí que incluso las perras dóciles pueden volverse agresivas cuando defienden a sus cachorros. Como es lógico, también se da el caso contrario. Muchas veces, cuando me acerco a una perra rodeada de cachorrillos, observo que rebosa de orgullo y, cuando tomo en mis manos alguna

de sus pequeñas criaturas, la veo menear la cola llena de felicidad. Nunca se sabe. Es una de las muchas incertidumbres de nuestra labor.



6 Dan... y Helen

—¿Podría el señor Herriot visitar a mi perro, por favor?

Son las palabras habituales que se oyen en mi sala de espera; sin embargo, fue la voz lo que me sobresaltó, al otro lado de la puerta.

No era posible, claro que no, pero parecía la de Helen. Me acerqué de puntillas y apliqué el ojo a la rendija de la puerta. Vi a Tristán, mirando a alguien fuera del alcance de mi campo visual. Solo veía una mano apoyada sobre la cabeza de un paciente perro pastor, los bajos de una falda de *tweed* y dos piernas enfundadas en medias de seda.

Eran unas piernas bonitas —nada huesudas— y hubieran podido pertenecer a una chica de buena figura como Helen. Mis reflexiones quedaron interrumpidas cuando una cabeza se inclinó hacia el perro y pude ver un primer plano de perfil de una nariz recta y un cabello oscuro, cayendo sobre la lechosa suavidad de una mejilla.

Todavía estaba mirando cuando Tristán abandonó rápidamente la estancia y chocó conmigo. Ahogando una palabrota, me agarró de un brazo y me arrastró por el pasillo hacia el dispensario. Después, cerró la puerta y me habló en voz baja.

—¡Es ella! ¡La Alderston! ¡Y quiere verte! ¡No a Siegfried ni a mí, sino a ti personalmente, el señor Herriot!

Por un instante, Tristán me miró asombrado, al ver que yo vacilaba, abrió la puerta y trató de empujarme hacia el pasillo.

—¿A qué esperas? —musitó.

—Es que es un poco violento, ¿no crees? Después de lo del baile, quiero decir. La última vez que me vio, yo estaba tan borracho que apenas podía tenerme en pie.

—¡Válgame Dios! —exclamó Tristán, golpeándose la frente con una mano—. ¿Por qué te preocupas por los detalles? Dice que quiere verte... ¿qué más quieres? ¡Anda ya, de una vez! —Di unos torpes pasos y me detuve en seco al ver que levantaba súbitamente la mano—. Un momento. Espera aquí —al cabo de unos segundos, regresó con una impoluta bata blanca de laboratorio—. Recién salida de la lavandería —me dijo, introduciéndome los brazos por las almidonadas mangas—. Estarás maravilloso con esto, Jim... Un joven e impecable cirujano.

Me quedé quieto mientras me abrochaba la prenda, pero aparté su mano cuando trató de arreglarme la corbata. Antes de dirigirse a la escalera de la parte de atrás, Tristán me dirigió un último gesto de aliento.

Sin pensarlo más, me encaminé directamente hacia la sala de espera. Helen me miró sonriendo. Era la misma sonrisa de siempre, amistosa y sincera, como la primera vez que nos vimos.

Nos miramos en silencio unos instantes y, al ver que yo no decía nada, Helen miró al perro.

—Esta vez es *Dan* el que está enfermo —me explicó—. Es nuestro perro pastor y le queremos tanto como si fuera de la familia.

El perro meneó la cola al oír pronunciar su nombre, pero soltó un gáñido al acercarse a mí. Me incliné y le di unas palmadas en la cabeza.

—Veo que tiene una pata trasera encogida.

—Sí, saltó una valla esta mañana y está así desde entonces. Me parece que es grave porque no puede apoyar la pata en el suelo.

—Muy bien, vamos a llevarle a la otra habitación y le echaré un vistazo. Pero pase usted primero con él, por favor, para que yo vea cómo camina.

Abrí la puerta y ella pasó primero.

Los andares de Helen me distrajeron durante los primeros metros, pero el pasillo era muy largo y, cuando llegamos a la segunda esquina, conseguí, tras un esfuerzo, centrar la atención en mi paciente.

Pensé que se trataba de una dislocación de cadera. No tenía más remedio que ser eso a juzgar por la forma en que mantenía la extremidad encogida bajo el cuerpo y la pata rozando apenas el suelo.

Me sentía perplejo. La lesión era muy seria, pero, por otra parte, cabía la posibilidad de que me apuntara un tanto, resolviéndola rápidamente. En mi corta experiencia, había descubierto que uno de los procedimientos más espectaculares de la práctica veterinaria era la reducción de una cadera dislocada. Tal vez había tenido mucha suerte, pero en las contadas ocasiones en que traté dicha lesión, conseguí transformar casi por arte de magia un animal alarmantemente lisiado en otro totalmente sano.

En la sala de operaciones, coloqué a *Dan* sobre la mesa. El perro permaneció inmóvil mientras yo le examinaba la cadera. No cabía la menor duda: la cabeza del fémur se había desplazado hacia arriba y hacia atrás, ello claramente palpable con el pulgar.

El perro solo se volvió a mirarme una vez —cuando hice un leve intento de doblarle la extremidad—, pero enseguida apartó la cabeza y miró hacia adelante sin vacilar. Mantenía la boca abierta y jadeaba a causa de los nervios, pero, como casi todos los plácidos animales que llegaban a nuestra mesa de operaciones, parecía haberse resignado a su destino. Si hubiera querido cortarle la cabeza, no creo que hubiera opuesto demasiada resistencia.

—Es un buen perro —comenté sinceramente— y muy bonito, además.

Helen acarició la hermosa cabeza que tenía una mancha blanca en la cara. El perro meneó lentamente la cola de un lado para otro.

—Sí —contestó—, lo tenemos no solo como perro de trabajo, sino también de compañía. Espero que no se haya hecho mucho daño.

—Pues, verá, tiene una cadera dislocada. Es algo serio, pero creo, que con un poco de suerte, podré arreglarlo.

—¿Y si no pudiera?

—Se formaría una falsa articulación arriba. Estaría cojo varias semanas y probablemente le quedaría siempre la pata un poco encogida.

—Oh, no, por Dios —exclamó Helen—. ¿Cree que se recuperará?

Contemplé el dócil animal, cuyos ojos miraban decididamente hacia adelante.

—Creo que hay muy buenas posibilidades; sobre todo, porque usted no ha tardado varios días en traerlo. Estas cosas conviene hacerlas cuanto antes.

—Vaya. ¿Y cuándo se lo piensa hacer?

—Ahora mismo —contesté, dirigiéndome hacia la puerta—. Voy a llamar a Tristán. Hacen falta dos personas.

—¿No podría yo ayudar? —preguntó Helen—. Me gustaría mucho, si no le importa.

—Pues, no lo sé —la miré con expresión dubitativa—. Quizá no le guste jugar a tirar de la cuerda estando *Dan* en medio. Lo anestesiamos, desde luego, pero, en general, hay que tirar mucho.

—Soy muy fuerte —exclamó Helen, echándose a reír—. Y carezco de manías. Estoy acostumbrada al trato con los animales, ¿sabe?, y me gusta trabajar con ellos.

—Muy bien, pues —dije—. Póngase esta bata y empezaremos enseguida.

El perro no se movió cuando le introduje la aguja en la vena y el Nembutal le empezó a hacer efecto. Apoyando la cabeza contra el brazo de Helen y deslizando la pata en que se apoyaba sobre la suave superficie de la mesa, quedó tendido inconsciente.

Sin retirar la aguja de la vena, contemplé al animal dormido.

—Puede que me vea obligado a administrarle un poco más. Tienen que estar muy dormidos para poder superar la resistencia muscular.

Otro centímetro cúbico bastó para que *Dan* se quedara tan blando como una muñeca de trapo. Tomé la pata afectada y dije desde el otro lado de la mesa:

—Quiero que junte las manos por debajo del muslo e intente mantenerlo inmóvil mientras yo tiro. ¿De acuerdo? Allá va.

Hace falta mucha fuerza para pasar la cabeza de un fémur dislocado por encima del borde del acetábulo. Ejercí una firme tracción con la mano derecha, comprimiendo simultáneamente el fémur con la izquierda. Helen actuó con eficacia, oponiendo resistencia a la tracción mientras fruncía los labios con expresión concentrada.

Supongo que debe haber algún medio infalible para hacer este trabajo —un método que funciona a la primera—, pero yo nunca he podido dar con él. El éxito solo puedo alcanzarlo tras varios intentos infructuosos, tal como me ocurrió aquel día. Probé toda clase de ángulos, rotaciones y torsiones de la fláccida extremidad, tratando de no pensar en lo que ocurriría si fracasara por primera vez. Me estaba preguntando lo que pensaría Helen de aquella especie de combate de lucha libre cuando oí de repente un leve clic. Era el sonido que esperaba.

Doblé la articulación de la cadera una o dos veces. No hubo la menor resistencia. La cabeza del fémur ya volvía a moverse con toda normalidad en su cuenca.

—Bueno, ya está —dije—. Cruzaremos los dedos para que se mantenga en su

sitio. A veces, vuelve a salir, pero tengo la sensación de que esta vez no va a pasar.

Helen pasó la mano por las sedosas orejas y el cuello del perro dormido.

—Pobre *Dan*. No hubiera saltado esta mañana la valla de haber sabido lo que le aguardaba. ¿Cuánto tiempo tardará en despertar?

—Se pasará el resto del día durmiendo. Esta noche, cuando empiece a despertarse quiero que esté a su lado para que no se caiga y vuelva a dislocarse la articulación. Llámeme, si no le importa. Me gustaría saber cómo sigue.

Tomé a *Dan* en brazos y, cuando salí al pasillo tambaleándome a causa del peso, me tropecé con la señora Hall. Llevaba una bandeja con dos tazas.

—Estaba tomando el té, señor Herriot —me dijo— y pensé que, a lo mejor, usted y la señorita querrían tomar una taza.

La miré de reojo. ¿Y si se hubiera aliado con Tristán para hacer de Cupido? Sin embargo, su ancho rostro moreno me parecía tan inexpresivo como siempre.

—Vaya, muchas gracias, señora Hall. Primero voy a sacar al perro.

Salí a la calle y coloqué a *Dan* en el asiento trasero del automóvil de Helen; se le veía completamente tranquilo y en paz, solo el hocico y los ojos asomaban por debajo de la manta.

Helen ya se encontraba sentada con una taza de té sobre el regazo y yo pensé en la otra vez en que bebí el té en aquella misma habitación en compañía de una chica. Fue el día de mi llegada a Darrowby. Era una de las admiradoras de Siegfried, sin duda la más osada.

Aquello era distinto. Durante nuestros forcejeos en la sala de operaciones, tuve oportunidad de observar a Helen de cerca y descubrí que las comisuras de los labios se le curvaban hacia arriba como si estuviera a punto de sonreír o acabara de hacerlo; y asimismo que el cálido azul de sus ojos bajo las cejas delicadamente arqueadas se conjugaba a la perfección con su preciosa mata de cabello castaño oscuro.

Esta vez, la conversación no se atascó. Quizá porque me encontraba en mi propio terreno... o solo porque me sentía completamente a mis anchas cuando tenía a la vista algún animal enfermo. Sea como fuere, el caso es que hablé por los codos tal como hice en aquella colina cuando ambos nos conocimos por primera vez.

La tetera de la señora Hall ya estaba vacía y no quedaba ni rastro de los pastelillos cuando por fin, me despedí de Helen e inicié mi ronda de visitas domiciliarias.

Sentí la misma confianza aquella noche, cuando oí su voz a través del teléfono.

—*Dan* ya se ha despertado y empieza a caminar —me dijo—. Todavía está un poco aturdido, pero se sostiene muy bien sobre la pata enferma.

—Magnífico, ya ha superado la primera etapa. Creo que todo irá bien.

Tras una pausa, Helen añadió:

—Gracias por todo. Estábamos muy preocupados por él; sobre todo, mi hermano y mi hermana pequeños. Le estamos muy agradecidos.

—No tiene por qué agradecérmelo. Yo también me alegro mucho. Es un perro estupendo —vacilé un instante... Tenía que ser ahora—. Por cierto, ¿recuerda que

hoy hemos hablado de Escocia? Pues pasaba por el Plaza esta tarde y he visto que ponen una película sobre las islas Hébridas. Pensé que, a lo mejor..., no sé si tal vez... le gustaría ir a verla conmigo.

Otra pausa mientras el corazón me latía furiosamente en el pecho.

—De acuerdo —dijo Helen—, estaré encantada. ¿Cuándo le parece? ¿El viernes por la noche? Muy bien, pues, muchas gracias... Adiós y hasta el viernes.

Colgué el auricular con temblorosa mano. ¿Por qué me turbaban tanto aquellas cosas? Pero no importa, pensé mientras volvía a mis asuntos.

Ocurre a menudo que las curas espectaculares pasan totalmente desapercibidas. La de aquella vez contribuyó en gran manera a favorecer mis relaciones amorosas. La reducción de una cadera dislocada es un acontecimiento dramático que no hubiera podido producirse en mejor momento. Es curioso que la cadera pueda dislocarse con tanta facilidad. La satisfacción del veterinario cuando consigue transformar en un abrir y cerrar de ojos a un perro tullido en un perro sano, corre pareja con la alarma del propietario que ve cómo el animal se convierte de golpe en un ser de tres patas sin ninguna razón aparente. Es algo que puede ocurrir de la manera más tonta. Cuando el animal salta para alcanzar una pelota o cuando cae de una silla. El susto que se produce suele ser mayúsculo.



7 Tip

Pensé que, al final, conseguiría echarme de nuevo a la carretera. Me alegraba mucho porque las siete de una mañana en la que un ventoso amanecer empezaba a iluminar el borde oriental de los páramos no eran precisamente un buen momento para desatascar el automóvil atrapado en la nieve. Aquella estrecha carretera sin vallas protectoras bordeaba una alta meseta y desembocaba en unas granjas solitarias, al final de unos caminos todavía más angostos. No nevaba cuando salí para atender aquella temprana llamada —una vaca había tenido una hemorragia uterina— pero, de repente, se levantó un ventarrón que arrancó la blanca sábana que cubría los riscos desde hacía unas semanas. Los faros delanteros me permitieron distinguir los ventisqueros abriéndose paso poco a poco, sobre la franja de asfalto como unos hermosos dedos ahusados.

Así solían bloquearse las carreteras. Al llegar a la granja, inyecté pituitrina y, mientras cubría el sangrante cuello de la matriz con una gasa limpia, oí cómo el viento huracanado azotaba la puerta del establo y me pregunté si podría volver a casa.

Durante el camino de regreso, los ventisqueros ya no me parecieron hermosos porque ocupaban la carretera como si fueran enormes rocas blancas. Mi pequeño automóvil consiguió, sin embargo, sortearlos a riesgo muchas veces de derrapar, y ahora ya podía ver la carretera principal a unos cuantos cientos de metros de distancia, tranquilizadamente negra bajo la pálida luz.

Justo a la izquierda, al otro lado de un campo de labranza, se encontraba Cote House. Atendía allí a un buey que se había comido unos nabos congelados y tenía que visitarle aquel día. No me hacía la menor gracia tener que volver más tarde por aquellos andurriales y, además, había luz en la ventana de la cocina. La familia ya se había levantado. Di la vuelta y bajé hacia el patio. La puerta de la granja se hallaba bajo un pequeño porche en el que la nieve se había acumulado formando una montaña de unos sesenta centímetros contra la madera. Mientras me inclinaba hacia adelante para llamar, la superficie de la montaña de nieve tembló un poco y, después, empezó a moverse. Allí había algo, y bastante grande por cierto. A la media luz del amanecer, el montículo de nieve se partió y dejó al descubierto un cuerpo peludo. Alguna criatura del bosque habría llegado hasta allí buscando calor. Sin embargo, el animal tenía un tamaño superior al de un zorro o el de cualquier otra bestia salvaje que se me pudiera ocurrir.

Precisamente en aquel momento, se abrió la puerta y la luz de la cocina se derramó al exterior. Peter Trenholm me hizo pasar mientras su esposa me acogía dirigiéndome una sonrisa. Eran un joven y simpático matrimonio.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando al animal que se estaba sacudiendo vigorosamente la nieve que le cubría el pelaje.

—¿Eso? —dijo Peter, sonriendo—. Es el viejo *Tip*.

—¿*Tip*? ¿Su perro? Pero ¿qué hace aquí bajo este montón de nieve?

—Supongo que se le habrá caído encima. Ahí es donde duerme él, ¿sabe usted? Arrimado a la puerta trasera.

—¿Quiere decir que duerme aquí, al aire libre, todas las noches? —pregunté, mirando, perplejo, al granjero.

—Pues sí, siempre. Invierno y verano. Pero no ponga esa cara, señor Herriot. Lo hace porque quiere. Los otros perros tienen una cama abrigada en el establo de las vacas, mas *Tip* no quiere saber nada de eso. Ha cumplido ya quince años y lleva durmiendo fuera desde que era un cachorro. Recuerdo cuando vivía mi padre. Intentó por todos los medios hacerle dormir dentro, pero no pudo.

Contemplé con asombro al viejo perro. Ahora le podía ver con más claridad. No era el típico perro pastor, sino un animal de huesos más grandes y pelo más largo, cuya desbordante vitalidad no parecía propia de sus quince años. Me parecía increíble que un animal quisiera dormir fuera en una región de clima tan riguroso. Tuve que examinarle muy de cerca para descubrir los signos inequívocos de la vejez. Se movía con cierta rigidez, tenía la cara y la cabeza un poco chupadas y en sus ojos se observaba la inevitable opacidad del cristalino. Pero producía una impresión general de gran agilidad y fuerza.

Se sacudió los últimos restos de nieve, brincó arriba y abajo para saludar a su dueño y soltó un par de ladridos. Peter Trenholm se echó a reír.

—Ya ve que está a punto de ponerse en marcha... Al viejo *Tip* le encanta el trabajo.

El granjero se encaminó hacia los establos y yo le seguí, tropezando con las boñigas congeladas que parecían de hierro e inclinando la cabeza para protegerme del constante viento. Fue un alivio abrir la puerta del establo y sentirme envuelto por el calor de los bueyes.

Había en las cuadras una mezcla de animales. Las vacas lecheras ocupaban casi todo el espacio, después había unos cuantos terneros, algunos bueyes y, por fin, en un pesebre vacío lleno de paja, los demás perros de la granja. Había, asimismo unos gatos, lo cual significaba que allí se estaba muy bien. Los gatos son los animales que mejor saben valorar la comodidad y allí estaban ellos, formando unas bolas peludas sobre la paja. Ocupaban el mejor lugar, pegados al tabique de madera a través del cual se filtraba el calor de las enormes bestias que había al otro lado.

Tip avanzó con seguridad por entre sus compañeros: un perro joven y una perra con tres cachorros crecidos. Se veía a las claras que era el jefe.

Uno de los bueyes era mi paciente y ya estaba muy mejorado. Le había examinado la víspera y tenía el rumen (el primer estómago) completamente paralizado y atónico a causa de un excesivo consumo de nabos congelados. Estaba ligeramente hinchado y gemía de dolor. Pero, ahora, cuando acerqué el oído a su costado, percibí los ruidos normales del rumen, en lugar del silencio mortal de la víspera. El lavado gástrico había surtido efecto. Pensé que, con un segundo lavado, quedaría como nuevo. Preparé casi amorosamente los ingredientes de uno de mis

tratamientos preferidos, desterrado por los actuales progresos: una onza de formalina, media libra de sal común y una lata de melaza negra del barril que solía haber en casi todos los establos de vacas, todo mezclado en un cubo con diez litros de agua caliente.

Coloqué la mordaza de madera en la boca del buey y la ajusté detrás de los cuernos. Luego, ayudado por Peter, introduje la sonda gástrica en el rumen y eché la mezcla. Al terminar, el buey abrió los ojos asombrado y empezó a mover las patas traseras. Volví a auscultarle el costado y oí el tranquilizador burbujeo del contenido del estómago. Sonreí satisfecho porque el tratamiento daba siempre resultado.

Mientras secaba la sonda, oí el familiar rumor del ordeño de las vacas por parte del hermano de Peter, el cual pasó por mi lado con un cubo de leche cuando me disponía a abandonar el establo. Al llegar a la altura del pesebre de los perros, llené de tibia leche sus cuencos y *Tip* se acercó despacio a su plato. Mientras bebía, el perro más joven trató de beberse su leche, pero él amenazó con morderle y el otro se dirigió a otro plato.

En cambio, cuando se acercaron la perra y los cachorros, el viejo perro no protestó. Los gatos, blancos y negros, atigrados y grises, se desperezaron, se levantaron de la paja y avanzaron lentamente en círculo. Pronto les tocaría el turno a ellos.

La señora Trenholm me invitó a tomar una taza de té y, al salir, ya había amanecido por completo, pero el cielo estaba plomizo y los pocos árboles que había junto a la casa agitaban las ramas desnudas movidas por las fuertes ráfagas de viento que soplaban sobre el blanco espacio desierto de los páramos. Era lo que los habitantes del condado de York llamaban «viento fino» o, a veces, un «viento perezoso», es decir, el que no se toma la molestia de esquivarle a uno, sino que le penetra, hasta las mismas entrañas. Pensé que el mejor lugar del mundo donde uno podía estar era junto al fuego de la chimenea de la cocina de la granja.

Todo el mundo hubiera pensado lo mismo, menos *Tip*. Le vi brincar alrededor de Peter mientras este cargaba en el granero un carro con heno para el ganado. Cuando Peter tiró de las riendas y el carro se puso en marcha, el perro saltó a la parte de atrás.

Mientras me guardaba el equipo sanitario en el interior de la bolsa, me volví a mirar al viejo perro, que se mantenía firmemente de pie sobre las fuertes patas, meneando la cola y ladrando como si quisiera desafiar al frío. Conservo el recuerdo de *Tip* que despreciaba la comodidad y dormía en lo que para él era el lugar de honor: la puerta de la casa de su amo.

Querido y viejo *Tip*, símbolo de los miles de vigorosos perros del campo que se ganan alegremente la vida en las altas tierras norteñas del condado de York, duros, fuertes y rebosantes de energía. Ninguno de ellos está gordo jamás. No conocen las comodidades, el ocio ni las dietas equilibradas —muchos de ellos se alimentan de copos de maíz y leche—, pero están siempre maravillosamente sanos. Puede que su

vida sea algo más corta a causa del trabajo y la actividad constantes, aunque no siempre; recuerdo a un perro de veinte años que salía a recibirme, avanzando sobre sus vacilantes patas a la puerta de una granja. El meneo de su cola me decía que aún disfrutaba de la vida. Pero *Tip* es el único perro que he conocido que durmiera bajo la nieve.



8 La tarjeta sobre la cama

La tarjeta que colgaba sobre la cama de la anciana, decía: «Dios está cerca», pero no era como los habituales textos religiosos. No estaba enmarcada ni lucía el menor adorno. Era un simple trozo de cartón de unos veinte centímetros, en el que había escrito un texto muy sencillo que hubiera podido decir «Prohibido fumar» o «Salida», colgado de cualquier manera en el viejo brazo de la lámpara de gas para que la señorita Stubbs pudiera verlo desde la cama y leer «Dios está cerca», escrito en grandes letras mayúsculas de color negro.

La señorita Stubbs no podía ver demasiadas cosas; quizás un trozo de seto de aligustre a través de las raídas cortinas, pero, más que nada, la pequeña habitación atestada de objetos, que era su mundo desde hacía tantos años.

La habitación se hallaba situada en la planta baja y en la parte anterior de la casita. Mientras me abría paso por entre la maleza que antaño fuera un jardín, vi cómo los perros me observaban desde el lecho de la anciana al que acababan de saltar. Cuando llamé a la puerta, se produjo una tremenda explosión de ladridos. Siempre ocurría lo mismo. Llevaba un año visitando la casa y todo seguía como el primer día: los ladridos, la aparición de la señora Broadwith que cuidaba a la señorita Stubbs y encerraba a todos los animales en la cocina menos a mi paciente y después me abría la puerta. Entonces, yo entraba a saludar a la señorita Stubbs, acostada en su cama sobre la cual colgaba la tarjeta.

Llevaba mucho tiempo encamada y jamás volvería a levantarse. Pero nunca me hablaba de su enfermedad ni sus dolores; su mayor preocupación eran sus tres perros y sus dos gatos.

Hoy le tocaba el turno al viejo *Prince*, cuyo estado me inspiraba cierta inquietud. Padecía la insuficiencia valvular más espectacular que yo jamás hubiera conocido. Cuando entré, agitó la cola más contento que unas pascuas.

La cola me hacía sospechar que *Prince* tenía una considerable dosis de setter irlandés, pero cambiaba de idea cuando contemplaba su recio cuerpo de pelaje blanco y negro y la peluda cabeza de orejas típicamente levantadas como las de un pastor alemán. La señorita Stubbs le llamaba a veces «señor Heinz» y, aunque a lo mejor, su ascendencia no era tan variada como yo suponía, su híbrido vigor le había mantenido siempre en una forma envidiable. Con el corazón tan maltrecho, otro perro ya se hubiera muerto.

—Me ha parecido conveniente avisarle, señor Herriot —dijo la señora Broadwith. Era una anciana viuda de rostro rubicundo, cuyos mofletes contrastaban fuertemente con las afiladas facciones de la señorita Stubbs—. Se ha pasado la semana tosiendo y esta mañana parecía que no se tenía en pie. De todos modos, tiene apetito.

—Ya lo veo —dije yo, acariciando las capas de grasa que le cubrían las costillas—. Haría falta un régimen muy severo para que *Prince* adelgazara un poco.

La señorita Stubbs se rio desde la cama y el viejo perro abrió la boca y la miró

con ojos risueños, como si hubiera entendido el comentario. Acerqué el estetoscopio a la región del corazón y lo ausculté, sabiendo muy bien lo que iba a escuchar. Dicen que el corazón tiene que hacer «lub-dup, lub-dup», pero el de *Prince* hacía «suis-suos, suis-suos». Parecía que se escapara tanta sangre como la que se bombeaba al sistema circulatorio. Y no solo eso, sino que, además, el «suis-suos» era mucho más rápido que la última vez; tomaba digital por vía oral, pero en esta ocasión el medicamento no surtía el deseado efecto.

Paseé, con aire sombrío, el estetoscopio por el resto del tórax. Como todos los perros viejos con insuficiencia cardíaca crónica, *Prince* padecía de bronquitis y yo escuché sin entusiasmo la sinfonía de los chasquidos, silbidos, burbujeos y estertores que acompañaban el funcionamiento de sus pulmones. El perro permanecía orgullosamente erguido y meneaba la cola sin cesar. El hecho de que yo le examinara se le antojaba un cumplido y yo estoy seguro de que le gustaba. Por suerte, la dolencia no era dolorosa.

Me incorporé, le di unas palmadas en la cabeza y él reaccionó inmediatamente, tratando de apoyarme las patas en el pecho. No lo consiguió y el leve esfuerzo bastó para que sus costillas empezaran a subir y bajar afanosamente, mientras la lengua le colgaba fuera de la boca. Le administré una inyección intramuscular de hidrocloreto de morfina que él aceptó con aparente placer como si formara parte del juego.

—Espero que con eso se le estabilicen el corazón y la respiración, señorita Stubbs —dije—. Observará que se pasa el resto del día un poco atontado, lo cual le será muy útil. Que siga tomando los comprimidos. Le dejaré más pastillas para la bronquitis —añadí, entregándole un frasco de mi habitual mezcla de ipecacuana y acetato amónico.

La segunda fase de mi visita comenzó cuando la señora Broadwith me sirvió una taza de té y soltó al resto de los animales encerrados en la cocina. Eran *Ben*, un sealyham, y *Sally*, un cocker spaniel, los cuales se pusieron a ladrar furiosamente en competición con *Prince*. Después salieron los gatos, *Arthur* y *Susie*, se acercaron despacio y empezaron a restregarse contra las perneras de mis pantalones.

Era el escenario habitual en el que tantas tazas de té había yo tomado en compañía de la señorita Stubbs bajo la tarjeta que colgaba sobre la cama.

—¿Cómo se encuentra usted hoy? —le pregunté.

—Mucho mejor —me contestó, cambiando inmediatamente de tema, tal como solía hacer siempre.

Lo que más le gustaba era hablar de sus animales domésticos actuales y de todos los que había tenido desde su infancia. Solía hablar también de los tiempos en que vivía su familia. Le gustaba describir las escapadas de sus tres hermanos, y aquel día me mostró una fotografía que la señora Broadwith había encontrado en el fondo de un cajón.

La tomé y vi a tres jóvenes con pantalones bombachos y gorra, sonriéndome desde la amarillenta fotografía; los tres sostenían en la mano una larga pipa de barro y

miraban con una expresión pícaro que los años no habían conseguido borrar de la imagen.

—Vaya, parecen unos chicos muy despabilados, señorita Stubbs —dije.

—¡Eran unos bribones tremendos! —exclamó ella, riéndose.

Por un instante, los felices recuerdos le transfiguraron el rostro.

Recordé lo que había oído contar en el pueblo sobre la próspera familia que vivía en la enorme mansión hacía muchos años. Después fallaron las inversiones y se produjo un cambio de circunstancias.

—Cuando el viejo murió —me explicó una vez un anciano—, no le quedaba ni un céntimo. Ahora apenas hay dinero. Probablemente, lo justo para mantener a la señorita Stubbs y sus animales y pagarle el sueldo a la señora Broadwith. Pero no lo bastante como para arreglar el jardín o para permitirse los pequeños lujos de la vida cotidiana.

Mientras los perros rodeaban la cama y los gatos se encaramaban a la misma, yo me asusté —como tantas otras veces— de mi enorme responsabilidad. Lo único que aportaba un poco de luz a la vida de la valerosa anciana era la absoluta fidelidad de aquellos peludos compañeros, cuyos ojos no se apartaban nunca de su rostro. Pero lo malo era que todos eran viejos.

Al principio, había cuatro perros, pero uno de ellos, un golden retriever de pura raza, había muerto hacía unos meses. Ahora tenía que atender a los demás, y todos pasaban de los diez años de edad.

Aunque estaban muy ágiles, ya empezaban a mostrar algunos síntomas de vejez: *Prince* con su corazón, *Sally*, cuya ardiente sed podía ser un síntoma de piómetra, y *Ben*, que cada vez estaba más delgado a causa de la nefritis. No podía darle unos riñones nuevos y los comprimidos de hexamina que le había recetado no me inspiraban demasiada confianza. Otra característica de *Ben* era la de que siempre había que cortarle las uñas, que le crecían con extraordinaria rapidez.

Los gatos estaban mejor, aunque *Susie* había adelgazado un poco y yo solía palparle el peludo abdomen temiendo descubrir algún indicio de linfosarcoma. *Arthur* era el más sano de todos; nunca estaba enfermo, aparte de su tendencia a la formación de sarro en los dientes.

La señorita Stubbs debía de estar pensando lo mismo porque, cuando apuré el té, me pidió que le examinara. Tendí al gato sobre la colcha de la cama y le abrí la boca.

—Pues sí, tiene un poco. Será mejor que se lo quite ahora mismo, ya que estoy aquí.

Arthur era un enorme macho castrado, cuya bondad y generosidad desmentían todas las teorías sobre la frialdad de los gatos. Sus bellos ojos, enmarcados por la cara más ancha que yo jamás hubiera visto, contemplaban el mundo con benevolencia y tolerancia. Todos sus movimientos poseían una inmensa dignidad.

Cuando empecé a rascarle los dientes, su pecho emitió un sonoro ronroneo parecido al rumor de un lejano motor fuera borda. No hubo necesidad de que nadie le

sujetara; se quedó plácidamente tendido y solo se movió una vez cuando utilicé un fórceps para desprender una gruesa capa de sarro de una muela posterior y le rocé accidentalmente la encía. Entonces levantó una pata como diciéndome: «Ten cuidado, hombre», pero no sacó las uñas.

Mi siguiente visita tuvo lugar antes de que transcurriera un mes en respuesta a una urgente llamada que me hizo la señora Broadwith a las seis de la tarde. *Ben* estaba inconsciente. Subí rápidamente a mi automóvil y, antes de diez minutos, ya me estaba abriendo camino por entre la maleza del jardín mientras los animales me observaban desde la ventana. Cuando toqué el timbre, se produjo el habitual concierto de ladridos, pero *Ben* no estaba. Entré en la habitación y vi al viejo perro tendido de lado junto a la cama.

«M. S.» solemos anotar en el registro. Muerte súbita. Dos palabras que abarcan toda clase de situaciones: la fiebre del parto en las vacas, el meteorismo de los bueyes, los ataques de los terneros. El significado de las de aquella noche eran el de que ya no volvería a cortarle nunca más las uñas al viejo *Ben*.

No era frecuente que los casos de nefritis terminaran de una manera tan brusca, pero, desde hacía cierto tiempo, el nivel de albúmina de *Ben* había aumentado peligrosamente.

—Bueno, todo ha sido muy rápido, señorita Stubbs. Estoy seguro de que nuestro amigo no ha sufrido en absoluto.

Mis palabras no eran muy consoladoras.

La anciana me miró con entereza. No había lágrimas en sus ojos, solo una expresión levemente petrificada mientras contemplaba desde la cama a su compañero de tantos años. Yo quería sacar al perro de la habitación cuanto antes y, para ello, le coloqué una manta debajo y lo tomé en brazos. Mientras me dirigía con él hacia la puerta, la señorita Stubbs me dijo:

—Espere un momento.

Haciendo un supremo esfuerzo se volvió de lado y miró a *Ben*. Sin cambiar de expresión, extendió una mano y le acarició suavemente la cabeza. Después volvió a tenderse boca arriba, muy serena, y abandoné apresuradamente la estancia.

En la cocina, mantuve una breve conversación en voz baja con la señora Broadwith.

—Bajaré corriendo al pueblo y le diré a Fred Manners que venga a enterrarlo —me dijo la señora Broadwith—. Le agradecería que pudiera quedarse con la señora durante mi ausencia. Háblele como usted sabe hacerlo, le hará bien.

Volví a la habitación y me senté junto a la cama. Por un instante, la señorita Stubbs miró a través de la ventana y, después, clavó los ojos en mí.

—¿Sabe usted, señor Herriot? —me dijo con voz pausada—, la próxima vez me tocará a mí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que esta noche se ha ido *Ben* y que yo voy a ser la siguiente. Lo sé.

—¡Tonterías! Está usted un poco deprimida, eso es todo. Nos ocurre a todos en semejante situación.

Pese a ello, me inquieté porque nunca la había oído hablar de esas cosas.

—No tengo miedo —añadió—. Sé que me espera una vida mejor. Nunca abrigué la menor duda al respecto.

Ambos guardamos silencio mientras ella contemplaba la tarjeta que colgaba del brazo de la lámpara. Después, la cabeza apoyada en la almohada se volvió de nuevo hacia mí. La expresión de la cara cambió de repente, como si se hubiera quitado una máscara. El valeroso rostro era casi irreconocible. Mirándome aterrorizada, la anciana me tomó una mano.

—Es por mis perros y por mis gatos, señor Herriot. Temo no volver a verles nunca más cuando me vaya, y eso me preocupa mucho. Sé que me reuniré con mis padres y mis hermanos, pero..., pero...

—Bueno, ¿y por qué no con sus animales?

—De eso se trata —la cabeza se movió sobre la almohada y, por primera vez, vi que unas lágrimas le rodaban por las mejillas—. Dicen que los animales no tienen alma.

—Vaya usted a saber...

—Lo he leído algunas veces y sé que muchas personas religiosas lo creen así.

—Pues mire, yo no lo creo —le di una palmada en la mano que aún no había soltado la mía—. Si tener alma significa sentir amor, lealtad y gratitud, los animales están muy por encima de muchos seres humanos. No tiene que preocuparse por eso.

—Ojalá sea cierto. A veces, me despierto por la noche, pensando en ello.

—Sé que no me equivoco, señorita Stubbs, y no me lo discuta. A nosotros, los veterinarios, nos lo enseñan todo sobre las almas de los animales.

La tensión de su rostro desapareció y la anciana se rio, recuperando su habitual valentía.

—Disculpe que le haya aburrido con estas cosas, no pienso hablar de ello nunca más. Pero, antes de que se vaya, deseo que sea absolutamente sincero conmigo. No quiero que me tranquilice... quiero que me diga simplemente la verdad. Sé que es usted muy joven, pero dígame, por favor... ¿cuáles son sus creencias? ¿Irán mis animales conmigo?

Mientras la anciana clavaba sus ojos en los míos, me removí en el asiento y tragué saliva una o dos veces.

—Mire, señorita Stubbs, en eso tengo las ideas un poco confusas —contesté—. Pero de una cosa estoy absolutamente seguro. Dondequiera que usted vaya, ellos también irán.

—Gracias, señor Herriot —dijo la anciana, mirándome con serenidad—. Sé que es usted sincero conmigo. Es eso lo que usted cree, ¿verdad?

Aproximadamente un mes más tarde, me enteré por casualidad de que había visto

a la señorita Stubbs por última vez. Cuando muere una anciana solitaria que no tiene un céntimo, la gente no te para por la calle para darte la noticia. Yo estaba efectuando una de mis visitas a domicilio cuando un granjero me comunicó que la casita de Corby estaba a la venta.

—¿Y qué fue de la señorita Stubbs? —pregunté.

—Murió de repente, hace unas tres semanas. Dicen que la casa se encuentra en muy mal estado. No se le ha hecho ninguna reparación desde hace años.

—Entonces, ¿la señora Broadwith no vive allí?

—No, me han dicho que está al otro lado del pueblo.

—¿Sabe qué ocurrió con los perros y los gatos?

—¿De qué perros y gatos me está hablando usted?

Abrevié la visita y no regresé directamente a casa a pesar de que ya era casi la hora del almuerzo. En vez de ello, obligué a mi pequeño y quejumbroso automóvil a dirigirse a toda velocidad a Corby y, una vez allí, pregunté a la primera persona que vi dónde vivía la señora Broadwith. Era una casa minúscula, pero muy agradable, y me abrió la puerta la propia señora Broadwith.

—Oh, pase, señor Herriot. Le agradezco la visita.

Entré y nos miramos desde extremos opuestos de una reluciente mesa.

—Fue muy triste lo de la señorita —me dijo la señora Broadwith.

—Sí, acabo de enterarme de ello.

—Menos mal que tuvo un final muy dulce. Se murió mientras dormía.

—Me alegro.

—Tuve mucha suerte de conseguir esta casa —la señora Broadwith miró a su alrededor—. Es lo que siempre quise.

Al final, ya no pude contenerme por más tiempo.

—¿Qué fue de los animales? —pregunté.

—Ah, están en el jardín —me contestó ella sin darle importancia a la cosa—. Tengo un trozo de terreno muy grande en la parte de atrás.

Se levantó, abrió la puerta y todos mis viejos amigos entraron en tropel en la estancia.

Arthur me saltó inmediatamente sobre las rodillas, arqueando extasiado el lomo contra mi brazo mientras su motor fuera borda rugía muy quedo sobre el trasfondo de los ladridos de los perros. *Prince*, resollando como siempre y meneando alegremente la cola, pareció sonreírme entre ladrido y ladrido.

—Están estupendos, señora Broadwith. ¿Cuánto tiempo se quedarán aquí?

—Sé quedarán para siempre. Les quiero tanto como la señorita y no podría separarme de ellos. Tendrán una buena casa mientras vivan.

Contemplé aquel rostro de risueños ojos y sus mofletudas y arrugadas mejillas, tan típico del condado de York.

—Es maravilloso —exclamé—. ¿Pero no le resultará un poco... hum... caro mantenerles?

—No, no se preocupe por eso. Tengo mis ahorrillos.

—Bueno, pues, me parece muy bien. Ya vendré de vez en cuando para ver cómo están. Paso por aquí muy a menudo —añadí, encaminándome hacia la puerta.

La señora Broadwith me tendió una mano.

—Me gustaría pedirle una cosa antes de que empiecen a vender las cosas de la casita. ¿Me haría el favor de pasar a recoger las medicinas que usted les recetaba? Están en la habitación de la fachada.

Tomé la llave y me fui al otro extremo del pueblo. Abrí la chirriante verja y avancé por entre la maleza. La casa me pareció extrañamente inanimada sin los rostros de los perros en la ventana. Cuando abrí la puerta y entré, el silencio me envolvió como un sudario.

Nada se había tocado. La cama, con sus arrugadas mantas, estaba todavía adosada a la pared. Recogí los frascos medio vacíos, un tarro de ungüento, la caja de cartón que contenía los comprimidos de *Ben*... Maldita la utilidad que tuvieron.

Cuando lo tuve todo, miré lentamente a mi alrededor. Ya no volvería por allí nunca más. Al llegar a la puerta, me detuve un instante y leí por última vez el texto de la tarjeta que colgaba sobre la cama vacía.

Qué grande es el amor que sienten los ancianos por sus animales domésticos. Brillaba con sereno fulgor en el caso de la señorita Stubbs. Su valentía y su fe eran conmovedoras. Muchas personas me escriben, expresándome la misma preocupación que la señorita Stubbs: «¿Tienen alma los perros?». Yo puedo decir que estoy tan seguro ahora como lo estaba entonces de que sus animales se hallan donde ella se halla. Otra preocupación de los ancianos es el destino de sus animales domésticos cuando ellos se mueran. ¿Quién les cuidará? ¿Serán tratados con cariño? Sé, por experiencia, que a muchas de estas personas les preocupa su bienestar mucho menos que la insoportable idea de que sus animales puedan ser desatendidos a su muerte. Es un temor que angustia a mucha gente, aunque yo he descubierto a menudo que carece de fundamento. Vivimos en una sociedad compasiva, y hay muchas señoras Broadwith en el mundo.



9 Clancy

Mientras el leve rugido subía desde la caja torácica a los auriculares de mi estetoscopio, comprendí con inquietante claridad que aquel era el perro de mayor tamaño que jamás hubiera visto. En mi limitada experiencia, algunos galgos irlandeses habían sido indudablemente más altos y varios mastines ingleses habían sido tal vez más corpulentos, pero a peso no había quien le ganara. Se llamaba *Clancy*.

Era un buen nombre para el perro de un irlandés, y Joe Mulligan era irlandés hasta la médula a pesar de sus muchos años de residencia en el condado de York. Joe le llevó por la tarde al consultorio y, mientras la enorme mole avanzaba ocupando casi todo el pasillo, recordé las muchas veces que le había visto en los campos de los alrededores de Darrowby: soportando las retozonas atenciones de animales más pequeños con paciente benevolencia. Parecía un perro muy simpático.

Pero ahora se oía un siniestro ruido que resonaba en su caja torácica como un redoble de tambor en una caverna subterránea. Mientras el estetoscopio se desplazaba sobre sus costillas, el volumen del sonido se intensificó y los labios se abrieron sobre los enormes dientes como movidos por una suave brisa. Fue entonces cuando me di cuenta no solo de que *Clancy* era muy grande, sino, asimismo, de que mi posición, arrodillado en el suelo con el oído derecho a escasos centímetros de su boca, era sumamente vulnerable.

Me levanté y, mientras me guardaba el estetoscopio en el bolsillo, el perro me miró fríamente de soslayo sin mover la cabeza. Su inmovilidad se me antojó terriblemente amenazadora. No me importaba que mis pacientes me propinaran de vez en cuando algún mordisco, pero estaba seguro de que aquel perrazo me iba a hacer picadillo.

Retrocedí un paso y pregunté:

—¿Qué síntomas me dijo que tenía, señor Mulligan?

—¿Cómo? —replicó Joe, ahuecando la mano alrededor de su oído.

—¿Qué le pasa? —pregunté, levantando más la voz.

El anciano me miró sin comprender desde debajo de la gorra fuertemente encasquetada en la cabeza. Después, se manoseó la bufanda que le protegía el cuello mientras la pipa colocada en el mismo centro de su boca dejaba escapar azuladas volutas de perplejidad.

Entonces, recordé un detalle del pasado de *Clancy* y, acercándome al señor Mulligan, le pregunté a grito pelado:

—¿Acaso vomita?

La respuesta fue inmediata. Joe sonrió, lanzó un suspiro de alivio y se quitó la pipa de la boca.

—Oh, sí, señor, vomita mucho —contestó, pisando terreno seguro.

Hacía años que *Clancy* estaba sometido a tratamiento. Mi joven jefe, Siegfried

Farnon, me dijo el primer día que llegué a Darrowby, hacía dos años, que no le pasaba nada a aquel perro, que él describió como un cruce entre un airedale y un burro; simplemente su afición a comer todas las porquerías que encontraba a su paso tenía a veces desagradables consecuencias. Le recetaban a intervalos regulares un gran frasco con una mezcla de bismuto y carbonato de magnesio. Siegfried también me había dicho que, cuando estaba aburrido, *Clancy* arrojaba ocasionalmente a Joe al suelo y le atormentaba como si fuera un ratón solo para divertirse. Pese a lo cual, su amo le adoraba.

Mi conciencia me decía que tenía que examinarle exhaustivamente. Tomándole la temperatura, por ejemplo. Lo único que tenía que hacer era agarrarle la cola, levantarla e introducirle el termómetro en el recto. El perro volvió la cabeza y me miró fijamente a los ojos; oí de nuevo el sordo rugido mientras el labio superior se levantaba durante una fracción de segundo para mostrarme la blancura de los dientes.

—Bueno, pues, señor Mulligan —dije rápidamente—. Le recetaré un frasco de lo de siempre.

En nuestro laboratorio, bajo las hileras de frascos en los que constaban sus denominaciones en latín y sus tapones de vidrio, sacudí la mezcla en un frasco, lo tapé, pegué una etiqueta y anoté las instrucciones. Joe se guardó, satisfecho, en el bolsillo, el conocido medicamento de color blanco, pero, cuando ya iba a marcharse, sentí que me remordía de nuevo la conciencia. El perro parecía encontrarse en perfecto estado, pero hubiera sido mejor examinarle.

—Vuélvalo a traer el jueves a las dos de la tarde —le grité al anciano al oído—. Y, por favor, sea puntual a ser posible. Hoy ha venido con un poco de retraso.

Observé cómo el señor Mulligan bajaba por la calle precedida por su pipa, por la cual se escapaban unas bocanadas parecidas a las de una locomotora en marcha. Le seguía *Clancy*, caminando con impresionante cachaza. Con su tupido pelaje de rizos castaños parecía efectivamente un airedale de proporciones gigantescas.

El jueves por la tarde, pensé. Tenía medio día libre, y, a eso de las dos, pensaba irme a ver una película a Brawton.

El viernes de la próxima semana, sentado junto a su escritorio, Siegfried preparó el programa de visitas matinales. Garabateó una lista de visitas en un cuaderno de notas, arrancó la hoja y me la entregó.

—Ahí tienes, James, —me dijo—, eso te mantendrá ocupado hasta la hora del almuerzo.

Después, al examinar las notas del día anterior, algo le llamó la atención y se dirigió a su hermano menor, que se hallaba ocupado en su habitual tarea matutina de abastecer de leña la chimenea.

—Tristán, veo que Joe Mulligan vino ayer tarde con su perro y tú le visitaste. ¿Qué pasó?

—Bueno —contestó Tristán—, le receté un poco de mezcla de bismuto.

—Sí, pero ¿qué reveló el examen del paciente?

—Verás —dijo Tristán, frotándose la barbilla—, el perro ofrecía muy buen aspecto, de veras.

—Pues... sí... Creo que sí.

—Y tú, ¿qué dices, James? —preguntó Siegfried, volviéndose a mirarme—. Tú viste al perro la víspera. ¿Cuáles fueron tus impresiones?

—Mira, me resulta un poco difícil contestarte —contesté. Este perro parece un elefante y me da un poco de miedo, la verdad. Tuve la sensación de que iba a atacarme y allí solo estaba Joe para sujetarle. No pude someterlo a un examen exhaustivo, pero opino lo mismo que Tristán... Ofrecía buen aspecto.

Siegfried posó la pluma con gesto cansado. La víspera, el destino había descargado sobre él uno de los más duros golpes que a veces reserva a los veterinarios: una llamada al principio y otra al término de su descanso nocturno. Le sacaron de la cama a la una de la madrugada y volvieron a hacerlo a las seis de la mañana, todo lo cual le había desquiciado momentáneamente.

—Dios nos coja confesados —dijo, cubriéndose los ojos con la mano—. Tú, James, un cirujano veterinario con dos años de experiencia, y tú, Tristán, estudiante de último curso de carrera, solo sois capaces de decirme que tenía «buen aspecto». ¡Eso es muy poco! ¿Os parecen esas palabras una correcta descripción de unos hallazgos clínicos? Cuando viene aquí un animal, quiero que le toméis el pulso, la temperatura y el ritmo respiratorio. Que le auscultéis el tórax y le palpéis bien el abdomen. Que le abráis la boca y le examinéis los dientes, las encías y la faringe. Que comprobéis el estado de la piel. Que le coloquéis un catéter y le analicéis la orina en caso necesario.

—Muy bien —dije yo.

—De acuerdo —dijo Tristán. Mi jefe se levantó del asiento.

—¿Tenéis concertada otra cita con él?

—Yo sí la tengo —Tristán se sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo—. Para el lunes. Y, puesto que el señor Mulligan siempre llega tarde al consultorio, le dije que iríamos a visitar al perro en su casa por la noche.

—Ya —dijo Siegfried, haciendo una anotación en el cuaderno. De repente, levantó los ojos—. ¿No es cuando vosotros tenéis que asistir a la reunión de los jóvenes granjeros?

—Exacto —contestó Tristán, dando una chupada al cigarrillo—. Es bueno para el consultorio que alternemos con nuestros jóvenes clientes.

—Muy bien —dijo Siegfried, encaminándose hacia la puerta—. Yo mismo visitaré al perro.

El martes de la próxima semana, yo estaba seguro de que Siegfried diría algo sobre el perro de Mulligan, aunque solo fuera para subrayar las ventajas de hacer un examen exhaustivo. Sin embargo, Siegfried no hizo la menor alusión al tema. Por casualidad, me tropecé con el viejo Joe en la plaza del mercado, inevitablemente

acompañado por *Clancy*.

Me acerqué a él y le grité al oído:

—¿Cómo está su perro?

El señor Mulligan se quitó la pipa de la boca y me sonrió afablemente.

—Ah, pues, muy bien, señor, pero que muy bien. Aún vomita un poco, pero no tanto como antes.

—Entonces, ¿acertó el señor Farnon con el tratamiento?

—Sí, le dio un poco más de aquella medicina blanca que ya tomó el otro día. Es una cosa estupenda, señor, estupenda.

—Me alegro mucho —dije—. ¿No le encontró nada más cuando le examinó?

—No, no encontró nada —contestó Joe, dando otra chupada a la pipa—. El señor Farnon es un hombre muy inteligente. Nunca he visto a nadie trabajar tan rápido, pero lo que se dice a nadie.

—¿A qué se refiere?

—Pues, que vio todo lo que tenía que ver en cuestión de tres segundos.

—¿Tres segundos? —repetí, perplejo.

—Sí —repitió con firmeza el señor Mulligan—. Ni un segundo más.

—Es curioso. ¿Qué pasó?

Joe se quitó la pipa de la boca, la golpeó contra el tacón de un zapato y, sin pérdida de tiempo, se sacó del bolsillo una navaja para tomar con ella un poco de tabaco negro y volver a llenar la pipa.

—Bueno, ahora mismo se lo digo. El señor Farnon es un hombre muy decidido y aquella noche llamó a nuestra puerta y se plantó en la sala de estar —(yo conocía muy bien aquellas casitas. No tenían recibidor ni pasillo, sino que se pasaba directamente de la calle a la salita)—. Inmediatamente sacó el termómetro del estuche. *Clancy* estaba tendido frente a la chimenea y se levantó de golpe para soltarle un pequeño rugido, eso hizo el bicho.

—Conque un pequeño rugido, ¿eh?

Ya me imaginaba al monstruo peludo, brincando de repente y tronando contra el rostro de Siegfried. Me imaginaba sus fauces abiertas y la reluciente blancura de sus dientes.

—Pues sí, un rugido sin importancia. Entonces, el señor Farnon guardó el termómetro en el estuche, dio media vuelta y salió de la casa.

—¿Y no dijo nada?

—Pues no, ni una maldita palabra. Dio media vuelta como un soldado y salió por la puerta.

La cosa me sonaba auténtica. Siegfried era un hombre que tomaba decisiones instantáneas. Extendí una mano para acariciar a *Clancy*, pero algo que vi en sus ojos me hizo cambiar de idea.

—Me alegro de que esté mejor —grité.

El anciano encendió la pipa con un antiguo mechero de latón, me arrojó a la cara

una asfixiante nube de humo azulado y volvió a tapar la caja de tabaco con una pequeña tapadera de metal.

—Sí, el señor Farnon envió enseguida un frasco muy grande de aquella medicina blanca, y le ha ido muy bien. Usted ya sabe —añadió con una sonrisa beatífica— que *Clancy* siempre ha sido muy propenso a los vómitos.

No se volvió a hablar del perrazo en toda la semana, pero el pundonor profesional de Siegfried le indujo a presentarse una tarde en el laboratorio donde Tristán y yo estábamos ocupados en unas tareas que ya han pasado a la historia: preparar brebajes para la fiebre, polvos para el estómago y pesarios de ácido bórico.

—Ah, por cierto —dijo con estudiada indiferencia—, le he enviado una nota a Joe Mulligan. No estoy muy seguro de que hayamos estudiado adecuadamente las causas de los síntomas del perro. Estos vómitos..., hum..., estos vómitos se deben probablemente a la ingestión de porquerías, pero quiero asegurarme de ello. Le he pedido que lo traiga mañana por la tarde, entre dos y dos y media, porque entonces estaremos aquí los tres. —Al ver que sus palabras no suscitaban el menor entusiasmo, añadió—: Podría decirse que este perro es un animal un poco difícil y, por lo tanto, hay que obrar en consecuencia. James —dijo, dirigiéndose a mí—, cuando llegue, tú le agarras por la parte de atrás, ¿entendido?

—Muy bien —contesté con un hilo de voz.

—Y tú, Tristán —dijo, mirando a su hermano—, te encargarás de la cabeza, ¿de acuerdo?

—Sí —musitó el joven, poniendo cara de palo.

—Te aconsejo que le sujetes fuertemente el cuello con los brazos para que yo pueda administrarle una inyección de sedante —prosiguió diciendo Siegfried.

—Espléndido, espléndido —dijo Tristán.

—Bueno, eso es lo más importante —mi jefe se frotó las manos, satisfecho—. En cuanto le haya administrado el sedante, el resto será muy fácil. Lo hago para estar completamente seguro de que no le ocurre nada.

Así eran por aquel entonces los consultorios veterinarios en Darrowby y en todos los valles de York: había que atender, más que nada, a grandes animales y muy pocos de ellos eran de compañía. Aquella tarde, no había nadie y ello contribuyó a que la tensión de la espera fuera todavía mayor. Los tres paseábamos por el despacho, hablando de cosas intrascendentes, mientras contemplábamos con fingida indiferencia la calle y silbábamos pequeñas melodías. A las dos y veinticinco, nos quedamos mudos como tumbas y nos pasamos los cinco minutos siguientes consultando nuestros relojes de pulsera a cada treinta segundos hasta que, a las dos y media en punto, Siegfried decidió hablar.

—Eso no está nada bien. Le dije a Joe que tenía que estar aquí antes de la media, pero él ni se enteró. Siempre llega tarde y no hay forma de conseguir que sea puntual —echó un vistazo a la calle desierta y añadió—: No podemos esperar más. Tú y yo,

James, tenemos que castrar a aquel potrillo, y tú, Tristán, tienes que examinar al animal de los Wilson. En marcha.

Hasta entonces, Stan Laurel y Oliver Hardy eran las únicas personas a las que yo había visto atorarse juntas en las puertas, pero hubo un instante en que los tres hicimos una aceptable imitación de los célebres cómicos, intentando salir simultáneamente al pasillo. A los pocos segundos, ya estábamos en la calle. Tristán salió disparado en medio de la nube de humo del tubo de escape. Mi jefe y yo salimos en dirección contraria con análoga rapidez.

Al final de Trengate, giramos hacia la plaza del mercado donde busqué en vano la presencia del señor Mulligan. Le vimos cuando ya estábamos en las afueras de la ciudad. Acababa de salir de su casa y caminaba despacio envuelto en una nube azulada de humo, seguido como siempre por *Clancy*.

—¡Allí está! —exclamó Siegfried—. ¿Será posible? Al paso que va, llegará al consultorio sobre las tres. No estaremos allí, pero no podrá echarnos la culpa —contempló al enorme animal de rizado pelaje, cuya voluminosa figura era la viva imagen de la salud y de la energía—. Bueno, supongo que hubiéramos perdido el tiempo examinando a este bicho. La verdad es que no le ocurre nada —se detuvo un instante y después me miró sonriendo—. Ofrece muy buen aspecto, ¿no es verdad?

Los perros de gran tamaño tienen personalidades muy variadas, pero la silenciosa amenaza que emana de *Clancy* es un caso singular en mi experiencia. Por su parte, Joe Mulligan también era un tipo muy curioso. Su palabra preferida se me quedó grabada en la mente y, hoy en día, cuando examino a un perro aquejado de alguna dolencia gástrica, a menudo tengo que hacer un esfuerzo para no preguntar: «¿Acaso vomita?».



10 La señora Donovan

El anciano de cabello plateado y rostro afable no parecía una persona capaz de perder fácilmente los estribos y, sin embargo, sus ojos me miraban enfurecidos y le temblaban los labios de indignación.

—Señor Herriot —dijo—, he venido para presentar una queja. Me opongo firmemente a su crueldad, por haber sometido a mi perro a sufrimientos innecesarios.

—¿Sufrimientos? —pregunté, desconcertado—. ¿Qué clase de sufrimientos?

—Creo que lo sabe usted muy bien, señor Herriot. Le traje mi perro hace unos días. Estaba cojo y me refiero al tratamiento que usted le aplicó en aquella ocasión.

—Sí, lo recuerdo... Pero ¿dónde está el sufrimiento?

—Bueno, el pobre animal anda por ahí con la pata colgando y me consta que el hueso está fragmentado y se le tendría que haber escayolado inmediatamente —contestó el anciano, adelantando la barbilla con gesto agresivo.

—Tranquilícese usted —contesté—. Su perro padece una parálisis radial causada por un golpe en las costillas y, si tiene paciencia y sigue el tratamiento prescrito, mejorará poco a poco. En realidad, estoy seguro de que la recuperación será total.

—Pero es que arrastra la pata cuando camina.

—Lo sé, es lo que suele ocurrir en estos casos. Por eso los profanos en la materia piensan que tiene la pata rota. Pero, no parece que le duela nada, ¿no?

—No, se le ve muy contento, pero aquella señora parecía muy segura de lo que decía.

—¿Una señora?

—Sí, sabe mucho de animales y vino para ver si podía ayudarme en la convalecencia de mi perro. Llevaba unos polvos muy buenos.

—Ah, ya —dije mientras una cegadora luz atravesaba la bruma de mi mente. Lo comprendí todo de golpe—. Era una tal señora Donovan, ¿verdad?

—Pues, sí... Así se llama.

La anciana señora Donovan era una mujer que se metía por doquier. En todos los acontecimientos de Darrowby —bodas, entierros, ventas de casas—, se podía ver su pequeña figura y su cara de nuez entre los espectadores. Sus vivos ojos negros no se perdían jamás el menor detalle. Y siempre, al final de una correa, se veía su perro terrier.

Al decir «anciana» hago una simple conjetura porque era una mujer de edad indefinida; llevaba allí mucho tiempo, pero hubiera podido tener cualquier edad entre los sesenta y los setenta y cinco años. Desde luego, poseía la vitalidad de una mujer joven gracias, sin duda, a las largas distancias que recorría para mantenerse al tanto de todos los acontecimientos. Muchas personas la criticaban por su curiosidad, pero, cualquiera que fuera el motivo, su interés la llevaba a participar en todas las actividades ciudadanas. Una de estas actividades era nuestro consultorio veterinario.

Porque la señora Donovan, que tenía muchas aficiones, era también doctora en

veterinaria. Es más, se podría decir que esta faceta de su vida eclipsaba a todas las demás.

Hablaba largo y tendido de las dolencias de los animales domésticos y tenía todo un arsenal de medicinas y remedios, cuyos elementos más significativos eran unos polvos milagrosos y un champú para perros especialmente indicado para embellecer el pelaje. Poseía una habilidad especial para olfatear la presencia de animales enfermos y muchas veces, cuando yo efectuaba mis visitas, me tropezaba con el oscuro rostro agitanado de la señora Donovan, examinando al que yo consideraba mi paciente al tiempo que le administraba una jalea de pata de ternera o cualquier otra panacea de su propia invención.

Yo sufría mucho más que Siegfried porque era el que más activamente intervenía en la especialidad de pequeños animales. Me interesaba mucho desarrollar aquel campo y mejorar mi imagen de veterinario de animales de compañía, y la señora Donovan lo enredaba todo.

—El joven señor Herriot —les comentaba a mis clientes— es muy entendido en ganado y toda clase de animales, pero no sabe nada de perros y gatos.

Como es natural, ellos la creían y confiaban implícitamente en su palabra. Poseía el irresistible atractivo místico de los aficionados y, por si fuera poco, tenía la costumbre —especialmente apreciada en Darrowby— de no cobrar jamás a cambio de sus consejos, medicamentos y largos períodos de diligentes cuidados.

Los viejos de la ciudad decían que su marido, un granjero irlandés, había muerto hacía muchos años, dejándole, al parecer, un «buen pasar» porque la señora Donovan jamás tuvo la menor dificultad en satisfacer todos sus intereses y caprichos. Puesto que se pasaba los días callejeando sin cesar, era lógico que me tropezara a menudo con ella. En tales ocasiones, me miraba sonriendo y me contaba que se había pasado la noche con el perro de la señora Fulana o Mengana al que yo estaba tratando de alguna dolencia. Tenía la seguridad de que conseguiría curarlo.

Sin embargo, no vi el menor asomo de sonrisa en sus labios el día en que entró corriendo en el consultorio mientras Siegfried y yo estábamos tomando el té.

—¡Señor Herriot! —dijo con voz entrecortada—. ¿Puede usted venir? ¡Han atropellado a mi perrito!

Me levanté de un salto y corrí al automóvil con ella. Sentada a mi lado, la señora Donovan inclinó la cabeza, entrelazando fuertemente los dedos de las manos sobre el regazo.

—Se soltó del collar y se cruzó en el camino de un coche —murmuró—. Está tendido delante de la escuela, hacia la mitad de Cliffend Road. Dese prisa, por favor.

Me planté allí en tres minutos, pero, en cuanto me incliné hacia el cuerpecito cubierto de polvo tendido sobre la acera, comprendí que no podría hacer nada. Los ojos turbios, la respiración jadeante y superficial y la terrible palidez de las membranas mucosas indicaban bien a las claras lo ocurrido.

—Le llevaré al consultorio y le administraré una solución salina, señora Donovan

—dije—. Pero me temo que ha sufrido una hemorragia interna masiva. ¿Vio usted exactamente lo que ocurrió?

—Sí —contestó ella, tragando saliva—, la rueda le pasó por encima.

Sin duda, le ha reventado el hígado. Pasé las manos por debajo del animalito y empecé a levantarlo con cuidado, pero, en aquel momento, dejó de respirar y sus ojos se quedaron en un punto del horizonte.

La señora Donovan cayó de rodillas y acarició un momento el áspero pelo de la cabeza y el pecho del animal.

—Ha muerto, ¿verdad? —musitó al final.

—Creo que sí —contesté.

Se levantó lentamente y miró, perpleja, al grupo de personas que se había congregado en la acera mientras sus labios se movían en silencio sin poder articular ni una sola palabra.

La tomé de un brazo, la acompañé al automóvil y abrí la portezuela.

—Suba y siéntese —le dije—. La acompañaré a casa. Déjelo todo de mi cuenta.

Envolví al perro en mi mono de trabajo y lo deposité en el maletero antes de poner el vehículo en marcha. Cuando nos detuvimos frente a la casa de la señora Donovan esta empezó a llorar. Yo permanecí inmóvil sin decir nada hasta que se calmó. Entonces se enjugó los ojos y se volvió a mirarme.

—¿Cree usted que ha sufrido?

—Estoy seguro de que no. Fue todo tan rápido que ni siquiera se dio cuenta.

—Mi pobrecito *Rex* —dijo, esbozando una triste sonrisa—. No sé qué voy a hacer sin él. Hemos recorrido muchos kilómetros juntos, ¿sabe usted?

—Es cierto. Y él se lo pasó muy bien, señora Donovan. Permítame darle un consejo: tiene que buscarse otro perro. De lo contrario, se sentiría perdida.

—No, no puedo —contestó ella, sacudiendo la cabeza—. Este perrito significaba mucho para mí. Ningún otro podría ocupar su lugar.

—Sé lo que siente en estos momentos, pero me gustaría que lo pensara. No quiero parecer insensible. Es lo que suelo decirle a la gente cuando pierde a un animal, y sé que es un buen consejo.

—Señor Herriot, jamás tendré otro perro —la señora Donovan sacudió la cabeza enérgicamente—. *Rex* ha sido mi fiel amigo durante muchos años y quiero recordarlo. Es el último perro de mi vida.

Más tarde, vi muchas veces a la señora Donovan por la calle y me alegré de que siguiera desarrollando la misma actividad de siempre, aunque se me antojaba extrañamente incompleta sin la compañía del perrito. No tuve oportunidad de volver a hablar con ella hasta pasado un mes.

Fue la tarde en que me llamó el inspector Halliday de la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Real Asociación para la Prevención de la Crueldad contra los Animales).

—Señor Herriot —me dijo este—, quisiera que me acompañara a ver un animal. Un caso de crueldad.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—Un perro en muy malas condiciones. Un terrible caso de abandono.

Me facilitó el nombre de una callejuela en la que se alzaban viejas casitas de ladrillo, junto al río, y dijo que se reuniría allí conmigo.

Cuando aparqué el automóvil en la calleja de atrás, Halliday ya me estaba aguardando, enfundado en su elegante uniforme oscuro. Era un hombre rubio y fornido, de risueños ojos azules. Sin embargo, sus labios no sonreían en absoluto cuando se acercó al vehículo.

—Está aquí —dijo, acompañándome hacia una de las puertas traseras de la larga hilera de ruinosas casitas.

Había algunos curiosos y, entre ellos, reconocí un inevitable rostro moreno de diablillo. La señora Donovan no podía perderse semejante espectáculo, pensé para mis adentros.

Cruzamos la puerta y salimos a un alargado jardín. Incluso las casas más sencillas de Darrowby disponían en la parte trasera de unas alargadas franjas de tierra, como si los constructores hubieran dado por supuesto que los lugareños que vivirían en ellas querrían dedicarse a las labores del campo, los trabajos del huerto e incluso a la cría de algún animal. Generalmente, solía haber un cerdo y unas cuantas gallinas amén de preciosos parterres de flores.

Sin embargo, en aquel jardín no había más que maleza. Un gélido aire de desolación envolvía los pocos manzanos y ciruelos que se erguían entre los matorrales como si allí no hubiera habido jamás ninguna criatura viviente. Halliday se acercó a un ruinoso cobertizo de madera despintada que tenía una oxidada techumbre de hierro acanalado. Sacó una llave, abrió un candado y entreabrió la puerta. No había ninguna ventana y no era fácil identificar el amasijo de cosas que había dentro: herramientas rotas de jardinería, un viejo rodillo, hileras de macetas y latas de pintura. Y, en el fondo, un perro inmóvil.

Al principio, no le vi a causa de la oscuridad y también del acceso de tos que me produjo el olor que se aspiraba en el cobertizo, pero, al acercarme, observé que era un animal de gran tamaño, sentado muy tieso y con el collar sujeto a un anillo de la pared por medio de una cadena. Había visto algunos perros muy flacos, pero aquel estado tan avanzado de enflaquecimiento me recordaba ciertos textos de anatomía; en ningún otro lugar se hubieran podido observar con tan aterradora claridad los huesos de la pelvis, la cara y la caja torácica. Un profundo hueco en el suelo indicaba el lugar en el que el perro vivía, se tendía y se movía desde hacía mucho tiempo.

La contemplación del animal me dejó anonadado y apenas me permitió prestar atención al resto del escenario: sucios trozos de arpillera extendidos allí al lado y un cuenco de agua espumajosa.

—Fíjese en el trasero —musitó Halliday.

Levanté cuidadosamente al perro —que, como ya he dicho, estaba sentado— y comprobé que el hedor del lugar no se debía exclusivamente a los excrementos. Los cuartos traseros estaban enteramente cubiertos por gangrenosas llagas de decúbito, de las cuales colgaban tiras de tejido putrefacto. Había llagas similares sobre el esternón y las costillas. El pelaje, que parecía de un color rubio apagado, estaba pegajoso e incrustado de tierra.

—No creo que haya salido jamás de aquí —dijo el inspector—. Es un perro muy joven —aproximadamente un año—, pero tengo entendido que lleva en este cobertizo desde que era un cachorro de ocho semanas. Alguien oyó un gáñido desde la calleja; de otro modo, jamás le hubieran descubierto.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta y una súbita sensación de náusea no causada por el hedor, sino por la idea de aquel sufrido animal medio muerto de hambre y olvidado en medio de la oscuridad y la suciedad durante un año. Contemplé nuevamente al perro y solo pude ver en sus ojos una serena confianza. Algunos perros se hubieran desgañitado ladrando y enseguida los hubieran descubierto; otros se hubieran aterrorizado y asilvestrado; aquel, por el contrario, era de los que nunca pedían nada, de los que confiaban por completo en las personas y aceptaban todas sus acciones sin ninguna queja. Solo profería algún gáñido de vez en cuando mientras permanecía interminablemente sentado en aquella desierta oscuridad que era su único mundo, preguntándose quizá qué significado tenía todo aquello.

—Bueno, inspector, espero que actúe con dureza contra el responsable —dije.

—No se podrá hacer gran cosa —masculló Halliday—: Es un caso de responsabilidad disminuida. El propietario es un simplón. Vive con su madre anciana que apenas se entera de nada. He visto a este tipo, y parece ser que le echaba un poco de comida al perro cuando le daba la gana. Le impondrán una multa y le prohibirán la tenencia de animales en el futuro, pero nada más.

—Comprendo.

Extendí una mano y acaricié la cabeza del perro, el cual reaccionó de inmediato, apoyándose una pata en la muñeca. Había una patética dignidad en su forma de mantenerse erguido y en sus serenos ojos, mirándome amistosamente y sin temor.

—Bueno, ya me dirá usted si quiere que declare en el juicio.

—Por supuesto, y gracias por haber venido —Halliday vaciló un instante—. Ahora me imagino que querrá usted librar enseguida a este pobrecillo de toda esta miseria.

Seguí acariciando la cabeza y las orejas del perro mientras reflexionaba para mis adentros.

—Pues... sí, supongo que sí. Nunca encontraríamos una casa para él en el estado en que se encuentra. Es lo mejor que se puede hacer. De todos modos, abra, por favor, la puerta de par en par para que pueda verle mejor.

La luz me permitió examinarle con más detención. Dentadura perfecta, miembros bien proporcionados y pelaje rubio. Le apliqué el estetoscopio al tórax y, mientras

auscultaba los lentos y fuertes latidos de su corazón, el perro volvió a apoyarme la pata en una mano.

—¿Sabe, inspector? —dije, volviéndome a mirar a Halliday—. Dentro de este saco de huesos, hay un precioso y sanísimo golden retriever. Ojalá pudiéramos salvarle.

Mientras hablaba, observé que había más de una persona junto a la puerta. Un par de brillantes ojos negros miraban atentamente al perro desde detrás de los anchos hombros del inspector. Los restantes mirones se habían quedado en la calleja, pero la señora Donovan no había podido resistir la curiosidad.

Yo seguí conversando con el inspector como si no la hubiera visto.

—Mire, lo que este perro necesita en primer lugar es un buen champú para limpiarle el pelaje.

—¿Cómo? —dijo Halliday.

—Sí. Y después se le tendrían que administrar unos polvos reconstituyentes.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó el inspector, desconcertado.

—No cabe la menor duda —añadí—. Es la única esperanza para él, pero ¿dónde encontrar estas cosas? Tendrían que ser unos polvos especiales —lancé un suspiro y me incorporé—. En fin, supongo que no hay nada que hacer. Será mejor que le duerma ahora mismo. Voy por las cosas que tengo en el coche.

Cuando regresé al cobertizo, la señora Donovan ya estaba dentro, examinando al perro a pesar de las débiles protestas del corpulento inspector.

—¡Miren! —exclamó, indicándonos un nombre garrapeado de cualquier manera en el collar—. Se llama *Roy*. Este nombre se parece un poco a *Rex*, ¿no cree? —me preguntó sonriendo.

—Pues, sí, señora Donovan, ahora que lo dice, sí. Suena un poco parecido a *Rex* cuando uno lo pronuncia —contesté, asintiendo muy serio.

La señora Donovan guardó silencio un instante, dominada por una intensa emoción, y después estalló de golpe.

—¿Podría quedarme con él? Sé que podría curarle. ¡Por favor, dejen que me quede con él!

—No sé —dije yo—. Eso depende del inspector. Tendré que pedirle permiso.

Halliday la miró, perplejo.

—Perdone, señora —dijo, apartándose conmigo.

Caminamos unos metros a través de la maleza y nos detuvimos bajo un árbol.

—Señor Herriot —me dijo el inspector en voz baja—, no sé qué pasa aquí, pero no puedo entregar un animal en semejante estado a cualquier persona que tenga un capricho. El pobrecillo ya ha sufrido bastante... Creo que una vez ya basta. Esta mujer no me parece muy adecuada...

—Créame, inspector, que no tiene por qué preocuparse —le interrumpí, levantando una mano—. Es una pelmaza insufrible, pero hoy nos la envía el cielo. Si hay alguien en Darrowby capaz de dar una nueva vida a este perro, es ella.

Halliday la miró, perplejo.

—Pero es que todavía no lo entiendo. ¿Qué es todo eso de los champús y de los polvos reconstituyentes?

—No haga caso de todo esto. Ya se lo diré otro día. Lo que de verdad necesita el perro es una buena manduca, cuidados y cariño, y eso es lo que recibirá. Le doy mi palabra.

—Muy bien, pues, le veo muy seguro.

Halliday me miró un instante y luego regresó junto a la ansiosa figura del cobertizo.

Jamás había buscado deliberadamente a la señora Donovan: sencillamente me la encontraba dondequiera que fuera. Ahora, en cambio, la buscaba a diario por las calles de Darrowby, pero no había modo de encontrarla. Cuando Gobber Newhouse se emborrachó y atravesó decididamente con su bicicleta un vallado, cayendo a la zanja de tres metros de profundidad destinada al nuevo alcantarillado, no me hizo la menor gracia no ver a la señora Donovan entre la regocijada muchedumbre de mirones que observaban cómo una brigada de obreros municipales y dos policías trataban de sacarle del hoyo. Empecé a preocuparme en serio la noche en que tuvieron qué avisar a los bomberos para sofocar el incendio de la freiduría de pescado, y ella no estaba allí.

Quizá hubiera tenido que ir a verla para preguntarle qué tal iba el perro. Antes de entregárselo, eliminé todo el tejido necrótico y le curé las heridas, pero, a lo mejor, necesitaba algo más. Sin embargo, estaba convencido de que lo importante era sacar al perro de allí, limpiarle y darle de comer. Del resto, ya se encargaría la naturaleza. Además, confiaba mucho en los conocimientos de la señora Donovan —mucho más que ella en los míos—, y estaba seguro de que no me había equivocado.

Debieron de transcurrir tres semanas y, cuando ya estaba a punto de ir a visitarla, la vi un día al otro lado de la plaza, contemplando detenidamente los escaparates, tal como solía hacerlo siempre. La única diferencia era el enorme perro rubio que llevaba sujeto con una correa.

Di una vuelta al volante y el automóvil empezó a brincar sobre los adoquines hasta que la adelanté. Al verme bajar, la señora Donovan esbozó una tímida sonrisa, pero no dijo nada cuando yo me incliné para examinar a *Roy*. Todavía estaba algo flaco, pero se le veía alegre y feliz, las heridas cicatrizaban y no había ni una sola mota de suciedad ni en el pelaje ni en la piel. Comprendí lo que había estado haciendo la señora Donovan durante todo aquel tiempo: limpiando y peinando aquella sucia maraña hasta conseguir dominarla.

Mientras me incorporaba, ella me asió la muñeca con sorprendente fuerza y me miró a los ojos.

—¡A que está distinto el perro, señor Herriot! —me dijo.

—Ha obrado usted maravillas, señora Donovan —le contesté—. Lo habrá lavado

con aquel champú tan estupendo que usted tiene, ¿verdad?

La mujer se alejó sonriendo y, a partir de aquel día, los vi a los dos muy a menudo, pero siempre de lejos. Transcurrieron dos meses antes de que tuviera ocasión de volver a hablar con ella. La señora Donovan pasaba por delante de nuestro consultorio y yo bajaba en aquel momento los peldaños.

—¡A que está distinto el perro, señor Herriot! —me repitió, asiéndome de nuevo la muñeca.

Contemplé a *Roy* con asombro. Había crecido y estaba más gordo; el pelaje ya no era amarillento, sino dorado, y le caía en relucientes ondas sobre las costillas y el lomo. Un nuevo collar de remaches brillaba en su cuello y la hermosa cola se movía majestuosamente al andar. Ahora era un golden retriever en todo su esplendor. Mientras le miraba, se levantó sobre las patas traseras, me apoyó las delanteras en el pecho y me miró con el mismo sereno afecto y la misma confianza que vi aquel día en el oscuro y apestoso cobertizo.

—Señora Donovan —dije en voz baja—, es el perro más hermoso de todo el condado de York. Serán estos maravillosos polvos reconstituyentes —añadí, sabiendo que ella lo esperaba—. ¿Qué ingredientes les pone?

—¡Ah! ¡Eso no pienso decírselo! —contestó sonriendo mientras tiraba de la correa y me lanzaba una pícara mirada que me hizo sentir el deseo de darle un beso.

Podría decirse que aquel fue el comienzo de la segunda vida de *Roy*. Con el paso de los años, pensé a menudo en la benéfica Providencia por cuyo designio un animal que se había pasado sus primeros doce meses de existencia abandonado y despreciado, contemplando sin comprender la hedionda oscuridad que lo rodeaba, pasó, en un abrir y cerrar de ojos, a una vida de luz, movimiento y amor. Porque no creo que ningún perro se divirtiera tanto como *Roy* a partir de aquel instante.

Su régimen alimenticio cambió de los mendrugos de pan a los mejores bistecs y galletas, carnosos huesos y leche tibia todas las noches. Por si fuera poco, el perro no se perdía jamás ningún acontecimiento. Fiestas al aire libre, competiciones deportivas escolares, desahucios, *gymkhanas* y otras cosas por el estilo. Comprobé con alegría que la señora Donovan cubría diariamente distancias cada vez mayores. Debía de gastar una fortuna en suelas de zapatos, pero aquella vida le sentaba a *Roy* estupendamente: un paseo por la mañana, vuelta a casa para comer, y otra vez a la calle. Aquello era la gloria.

La señora Donovan no limitaba sus actividades al centro de la ciudad, sino que, además, solía visitar una enorme extensión de terreno comunitario que se hallaba junto al río donde había bancos para sentarse y la gente paseaba con sus perros.

Allí se informaba sobre los últimos acontecimientos ciudadanos. *Roy* saltaba sobre la hierba en compañía de otros perros de distintas razas o bien se dejaba acariciar y mimar. Era precioso y sumamente sociable, lo cual le convertía en un perro irresistible.

Era del dominio común que su dueña le había comprado una serie de cepillos y peines de diversos tamaños con los cuales le peinaba y cuidaba el pelaje. Algunas personas decían que tenía incluso un cepillo para los dientes, cosa que tal vez fuera cierta. Lo que no necesitaba, desde luego, era que le cortaran las uñas: sus callejeos incesantes se las mantenían siempre cortas.

La señora Donovan tuvo también su recompensa: contaba con un fiel compañero a todas horas del día y de la noche, pero había algo más. Siempre fue muy aficionada a ayudar y curar a los animales, y la salvación de *Roy* fue el punto culminante de su vida, un fulgurante triunfo que jamás se eclipsó.

Sé que el recuerdo jamás se borró porque, muchos años después, les vi a los dos durante un partido de *cricket*: la anciana miraba alegremente a su alrededor y *Roy* contemplaba plácidamente las jugadas que se desarrollaban en el campo. Al término del partido, les vi perderse entre la muchedumbre. *Roy* debía tener unos doce años y solo Dios sabe los que debía tener la anciana señora Donovan, pero el vigoroso animal dorado trotaba sin hacer el menor esfuerzo y su dueña, tal vez algo más encorvada y con la cabeza un poco más inclinada que antaño, seguía también en perfecta forma.

Al verme, se me acercó y me oprimió la muñeca, tal como tenía por costumbre hacer.

—Señor Herriot —exclamó, mirándome orgullosamente con sus ojos oscuros mientras la sensación de triunfo le estallaba todavía por los poros como si todo hubiera sucedido la víspera—, señor Herriot —repitió—: ¡a que está distinto el perro!

Los amorosos cuidados de la señora Donovan tuvieron la recompensa de muchos años de leal compañía, y *Roy*, a pesar de su mal comienzo en la vida, vivió hasta casi los veinte años.

A su muerte, la señora Donovan se fue a vivir a una residencia de ancianos de nuestra ciudad. Yo siempre he procurado disfrazar a mis personajes, pero se reconoció y se alegró mucho de figurar en mi libro. La salvación de *Roy* y la maravillosa transformación que se produjo en su aspecto y en toda su vida es uno de mis más emocionantes recuerdos. A ello hay que añadir, como es lógico, el encanto especial que lleva aparejado el triunfo de un veterinario aficionado.



11 La exposición de Darrowby

- ¿Te gustaría intervenir como veterinario en la exposición de Darrowby, James?
- me preguntó Siegfried, arrojando sobre la mesa la carta que acababa de leer.
- No me importaría, pero pensaba que de eso siempre te encargabas tú.
- Sí, pero dice la carta que este año ha cambiado la fecha y resulta que este fin de semana tendré que marcharme.
- Muy bien. ¿Qué tengo que hacer?
- Siegfried repasó con la mirada la lista de visitas.
- En realidad, es una sinecura. Un agradable día al aire libre. Tienes que medir los potros y estar allí por si se lastimara algún animal. Eso es todo, más o menos. Ah, también quieren que seas el juez de los animales de compañía.
- ¿Animales de compañía?
- Sí, quieren celebrar una exposición de perros en toda regla, pero con un juez experto. Será divertido porque se presentarán toda clase de animales domésticos. Tendrás que designar al primero, al segundo y al tercero.
- Muy bien —dijo—. Creo que me las podré arreglar.
- Estupendo —Siegfried tomó el sobre que contenía la carta—. Aquí tienes la tarjeta del aparcamiento y entradas para almorzar para ti y un acompañante, si quieres llevar a alguien. Y también la placa de veterinario. ¿De acuerdo?

El sábado en que debía celebrarse la exposición amaneció con un tiempo que debió alegrar el corazón de los organizadores: cielo intensamente azul, una suave brisa y unos tórridos rayos de sol como no suelen ser frecuentes en el norte del condado de York.

Mientras bajaba hacia los terrenos donde tendría lugar la exposición, me pareció estar viendo una escena viva de la vieja Inglaterra: el grupo de tiendas y tenderetes sobre el verde de la orilla del río, las mujeres y los niños con sus multicolores atuendos veraniegos, las cabezas de ganado con sus pulcros cuidadores y toda una hilera de caballos shire, desfilando majestuosamente en la pista central.

Aparqué el automóvil y me encaminé hacia la tienda de la dirección con la bandera colgando del mástil. Allí se separó Tristán de mi lado. Con su infalible ojo de estudiante sin blanca, se hizo con todas las entradas que me sobraban para poder disfrutar de este modo de un poco de diversión y comida gratis. Mientras yo me dirigía a la secretaría, él se fue decididamente hacia el tenderete donde servían la cerveza. Dejé allí mi vara de medir y estuve un buen rato paseando.

Una exposición rural puede ser muchas cosas distintas para muchas personas distintas. La gente galopaba arriba y abajo en caballos de montar de todas clases, desde jacas a caballos de caza; en un cercado, unos jueces examinaban a un grupo de yeguas acompañadas de sus preciosos potrillos.

En un rincón, cuatro hombres provistos de baldes y cepillos lavaban y aseaban

con gran concentración a toda una serie de jóvenes toros y les rizaban el pelo de los cuartos traseros como si fueran peluqueros de lujo.

Mientras paseaba por entre los tenderetes, examiné la desconcertante variedad de productos exhibidos, desde tallos de ruibarbo a manojos de cebollas, desde flores a bordados, mermeladas, pasteles y empanadas. En la sección infantil había un cuadro de *La playa de Scarborough* de Annie Heseltine, de nueve años; y varios grabados en cobre, entre ellos, la frase de «Un objeto bello es un goce perenne», de Bernard Peacock, de doce años.

Pero mi atención se concentró de repente en un grupo de personas que cruzaban el otro extremo del recinto. Eran Helen, acompañada de Richard Edmundson, y, detrás de ellos, el señor Alderston y el padre de Richard, conversando con gran animación. El joven caminaba muy pegado a Helen, con el lustroso cabello engominado dominando posesivamente la melena castaña de Helen con quien se reía y hablaba sin cesar. Parecían entenderse muy bien.

No había nubes en el cielo, pero fue como si una mano oscura se hubiera extendido de repente, borrando con su tizne el resplandor del sol. Di inmediatamente la vuelta y me fui en busca de Tristán. Localicé en el acto a mi compañero frente al tenderete en el que se expendían los refrescos situado junto a la entrada. Mantenía el codo apoyado en el improvisado mostrador de tablas de madera mientras charlaba con un grupo de habitantes de la zona; sostenía un cigarrillo en una mano y una jarra de cerveza en la otra. Se respiraba una atmósfera general de campechanía. Las bebidas de más ceremonia se servirían en el bar del presidente, situado en la parte trasera de la tienda principal donde se serviría, sobre todo, ginebra o jerez. Allí, en cambio, se servía cerveza embotellada o de barril y las fornidas damas que había al otro lado del mostrador trabajaban con la férrea concentración de unas personas que sabían qué dura jornada les aguardaba.

—Sí, ya la he visto —dijo Tristán cuando le comuniqué la noticia—. Mira, por allí va —añadió, señalando con la cabeza al grupo familiar—. Les llevo vigilando un buen rato... Desde aquí no me pierdo nada, ¿sabes, Jim?

—En fin, qué se le va a hacer —dije, aceptando una jarra de cerveza negra—. Todo parece bastante normal. Los dos padres, como si fueran hermanos carnales, y Helen, colgada del brazo de este tipo.

Tristán miró por encima de la jarra de cerveza y sacudió la cabeza.

—No exactamente —dijo—. Es él quien cuelga del brazo de ella. La cosa es muy distinta, ¿comprendes? —sentenció en tono profesoral.

—A mi me da igual lo uno que lo otro —mascullé.

—No te lo tomes así —Tristán ingirió un trago que hizo descender unos quince centímetros el nivel de la cerveza de su jarra—. ¿Qué esperas que haga una chica atractiva? ¿Quedarse sentada en casa, esperando que tú la llames? No creo que te hayas pasado todas las noches aporreando su puerta o, por lo menos, no me lo has dicho.

—Es muy fácil decirlo. Creo que el viejo Alderston me echaría los perros encima en caso de que apareciera por allí. Sé que no le gusta que corteje a Helen y, por si fuera poco, tengo la impresión de que me considera culpable de la muerte de su vaca en el transcurso de mi última visita.

—¿Lo fuiste?

—No, pero me acerqué a un animal que estaba vivo, le administré una inyección y se murió de golpe. Por consiguiente, no lo reprocho.

Tomé un sorbo de cerveza y vi que los Alderston habían cambiado de dirección y se alejaban de nosotros. Helen lucía una blusa azul cielo que acentuaba el color castaño de su cabello, y yo admiré el movimiento de sus piernas y la gracia de sus hombros mientras el altavoz resonaba por todo el recinto.

—Se ruega al cirujano veterinario señor Herriot que acuda inmediatamente a la tienda de la dirección.

Me sobresalté y experimenté al mismo tiempo una punzada de orgullo. Era la primera vez que oía proclamar en público mi nombre y mi profesión.

Mientras avanzaba apresuradamente sobre la hierba con la placa oficial de «Cirujano Veterinario» en letras de oro prendida a una de mis solapas, me sentí un personaje importante. Un mozo me salió al encuentro.

—Es una cabeza de ganado. Creo que ha sufrido un accidente —me dijo, señalándome una hilera de cercados situada en el extremo del campo.

Una muchedumbre de curiosos se había congregado alrededor de mi paciente, el cual figuraba en el grupo de las vaquillas. El propietario, un desconocido que no vivía en Darrowby, se me acercó con la cara muy seria.

—Trozó al bajar del camión y se golpeó la cabeza contra el muro. Se ha roto un cuerno.

La vaquilla, una huesuda criatura baya, ofrecía un aspecto lastimoso. La habían lavado, peinado y empolvado para el gran día, y allí estaba ella, con un cuerno colgándole sobre un lado de la cara y una fuente de roja sangre arterial elevándose al aire en tres surtidores.

El cuerno roto tan solo estaba adherido a la cabeza por una franja de piel que corté rápidamente con unas tijeras; después, mientras el granjero sujetaba el hocico de la vaquilla, empecé a buscar con el fórceps los vasos sanguíneos cortados. Bajo la intensa luz del sol era sumamente difícil localizar los puntos seccionados. El animal movía la cabeza, manchándome de sangre la cara y el cuello de la camisa.

Cuando ya estaba empezando a perder la esperanza, levanté los ojos y vi a Helen y a su acompañante entre los espectadores. El joven Edmundson me miraba con aire socarrón. En cambio, Helen me dirigió una sonrisa de aliento cuando sus ojos se cruzaron con los míos. Traté de devolverle la sonrisa a través de la máscara ensangrentada, pero creo que no lo conseguí.

Me di por vencido cuando la vaquilla agitó fuertemente la cabeza y lanzó por los aires el fórceps, que aterrizó sobre la hierba. Entonces, hice lo que probablemente

hubiera tenido que hacer al principio: apliqué una voluminosa torunda de algodón y unos polvos antisépticos sobre la herida y lo aseguré con un vendaje en forma de ocho, enrollado alrededor del otro cuerno.

—Bueno, ya está —le dije al granjero, parpadeando para eliminar la sangre que me cubría los ojos—. Ya he cortado la hemorragia. Le aconsejo que no tarde mucho en cortarle el otro cuerno, ya que, de lo contrario, tendrá un aspecto un poco raro. Precisamente en aquel momento apareció Tristán por entre los mirones.

—¿Qué te ha inducido a abandonar el tenderete de la cerveza? —le pregunté con un deje de amargura.

—Es la hora del almuerzo, muchacho —me contestó Tristán con aire risueño—. Pero, primero, tendrás que limpiarte un poco. No quiero que me vean contigo mientras estés en semejante estado. Espera, voy a por un balde de agua.

El almuerzo que nos sirvieron en la exposición fue tan estupendo que restauró por completo mis fuerzas. Aunque lo sirvieron bajo unos toldos, el comité de señoras logró unos resultados fabulosos. Había salmón fresco, jamón casero, bistecs de buey de primera calidad con ensaladas mixtas, pastel de manzana y los sabrosos vasos de crema de leche que solo se ven en las grandes fiestas rurales. Una de las damas era célebre por sus quesos, y terminamos el almuerzo con una deliciosa ración de queso de cabra y café. Para beber, hubo cerveza rubia de marca.

No tuve el placer de disfrutar de la compañía de Tristán durante el almuerzo, ya que mi amigo se colocó estratégicamente entre dos austeros metodistas para poder, de este modo, beber una triple ración de cerveza.

En cuanto salí, un hombre me tocó un brazo.

—Uno de los jueces de la sección canina quiere que examine a un perro. No le gusta el aspecto que tiene.

Me acompañó a un lugar donde un hombre de unos cuarenta años y bigotito negro permanecía de pie junto a su automóvil. Llevaba un fox terrier de pelo duro sujeto con una correa y me acogió con una amable sonrisa.

—No le pasa nada a mi perro —aseguró—, pero lo veo muy nervioso.

—Pues yo veo que tiene algo en el ángulo de los ojos —dije, echando un vistazo al terrier.

—Oh, no —replicó el hombre, sacudiendo enérgicamente la cabeza—, no es nada. Es que le he aplicado unos polvos blancos y se le ha metido un poco en los ojos.

—¡Hum...! Vamos a ver cómo está la temperatura, ¿no le parece?

El animalito se quedó inmóvil mientras yo le insertaba el termómetro.

Arqueeé las cejas al ver la lectura.

—Tiene cuarenta y dos. Me parece que no está en condiciones de participar en el concurso.

—Un momento —dijo el hombre, sacando hacia afuera la mandíbula inferior—. Habla usted como aquel tipo de allí. He venido desde lejos para exhibir a este perro, y

lo exhibiré.

—Lo siento, pero no puede exhibirle con una temperatura de cuarenta y dos grados.

—Eso se debe al viaje por carretera. Le habrá hecho subir la temperatura.

—Tanto, no es posible —repliqué, sacudiendo la cabeza—. En cualquier caso, yo le veo indispuerto. Cierra los ojos como si le molestara la luz. Podría ser el moquillo.

—¡Cómo! Eso son tonterías y usted lo sabe muy bien. ¡Nunca estuvo mejor!

Los labios del hombre temblaban de cólera.

Miré al perrito. Estaba sentado tristemente sobre la hierba. Se estremecía de vez en cuando y tenía una clara fotofobia y una cremosa acumulación de pus en cada ojo.

—¿Le han vacunado contra el moquillo?

—Pues, la verdad es que no, pero ¿por qué insiste en lo mismo?

—Porque creo que ha contraído esa enfermedad y, tanto por su bien como por el de los restante perros de la comunidad, debe usted llevárselo inmediatamente a casa y llamar al veterinario.

—¿O sea que no me va usted a permitir que lo lleve a la tienda de la exposición?

—Exactamente. Créame que lo siento, pero no es posible —dije, dando media vuelta para marcharme.

Cuando ya llevaba recorrido unos metros, se oyó de nuevo el altavoz.

—Se ruega al señor Herriot que acuda al estrado de medición donde le aguardan los potros.

Recogí mi vara de medir y me dirigí a toda prisa a un extremo del campo donde se encontraban reunidos los potros: galeses, de los Valles de Exmoor, de Dartmoor... estaban representadas todas las razas.

Para los profanos, diré que los caballos se miden en «palmos menores» de cuatro pulgadas, para lo cual se utiliza una vara graduada con una pieza en forma de cruz y un nivel de aire que descansa sobre la cruz, que es el punto más alto de los hombros. Había medido a muchos animales en el ejercicio de mi profesión, pero era la primera vez que lo hacía en un concurso. Con la vara a punto, me sitúe de pie junto a las dos anchas tablas de madera que había colocado sobre la hierba para que los animales tuvieran una superficie de apoyo razonablemente estable.

Una joven sonriente acompañó al primer potro al estrado. Era un precioso animal de color castaño.

—¿De qué clase? —pregunté.

—De trece palmos menores.

Lo medí con la vara. Estaba muy por debajo.

—Muy bien. El siguiente, por favor.

Medí a varios sin que se produjera ningún incidente; después hubo una pausa antes de que apareciera el segundo grupo. Los potros llegaban al campo acompañados de sus jóvenes jinetes o de sus progenitores. Parecía que la cosa iba a durar un buen rato.

Durante una de las pausas, se me acercó un hombrecillo.

—¿No ha habido todavía ningún problema? —me preguntó.

—Pues, no, todo va bien contesté.

El sujeto asintió con cara inexpresiva y, mientras le miraba con más detenimiento, pensé que su cuerpo menudo, sus curtidas facciones aceitunadas y sus hombros encorvados le conferían la apariencia de un enanito moreno. Al mismo tiempo, poseía un innegable aire caballuno.

—Se va a tropezar con algunos un poco difíciles —masculló el hombrecillo—. Y siempre dicen lo mismo. Siempre te dicen que el veterinario de otra exposición aceptó a su potro.

Sus morenas mejillas se arrugaban cada vez que sonreía.

—¿De veras?

—Ya lo verá usted.

Otro candidato, acompañado por una hermosa rubia, subió al estrado. La propietaria me miró con sus grandes ojos verdes y me sonrió, mostrándome toda la blancura de sus dientes.

—Doce dos —murmuró con voz seductora.

De todas maneras, medí al potro, pero no había forma de que entrara en esta categoría.

—Me temo que es un poco grande —dije.

—¿Ya le ha descontado el centímetro de la herradura? —preguntó la rubia, poniéndose repentinamente muy seria.

—Pues, sí. Pero, como puede usted ver, supera la medida.

—Pues, el veterinario de Hickley lo aceptó sin ningún problema —me replicó ella.

Vi por el rabillo del ojo que el enanito asentía.

Por un instante, los ojos verdes me miraron con furia. Después, la rubia se fue con su potro.

El siguiente fue un animalillo bayo acompañado por un solemne caballero vestido con un traje a cuadros. El comportamiento del potro me desconcertaba. Cada vez que la vara le rozaba la cruz, se arrodillaba y yo no lograba hacer la lectura. Al fin, me di por vencido y lo acepté.

—Conozco a este sujeto —dijo el enanito.

—¿Ah, sí?

—Sí, pobre animal, le ha pinchado tantas veces la cruz con un alfiler que se cae de rodillas cada vez que alguien intenta medirle.

—¡No es posible!

—Vaya si lo es.

Me quedé perplejo, pero la llegada de otro grupo ocupó mi atención durante unos minutos.

El último potro del grupo era un precioso animal gris conducido por un jovial

individuo de amable sonrisa.

—¿Qué tal está? —me preguntó cortésmente—. Este es de trece dos.

El potro pasó por la vara sin ninguna dificultad, pero, una vez se hubo retirado, el enanito me dijo:

—También conozco a este individuo.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Carga con pesos a los potros antes de que los midan. Este de color gris lleva una hora en la casilla con un saco de maíz de sesenta kilos sobre el lomo. Eso les rebaja unos tres centímetros.

—¡Santo cielo! ¿Está usted seguro?

—Pues, claro, le he visto hacerlo.

La cabeza empezaba a darme vueltas. ¿Serían simples figuraciones de aquel hombre o existían de verdad unas fuerzas malignas tras la fachada de una inocente diversión?

—A este mismo tipo —prosiguió diciendo el enano—, le he visto llevar un potro a una exposición y conseguir que le rebajen dos centímetros por la herradura aunque no esté herrado.

Pensé que ojalá se callara de una vez. Precisamente en aquel momento, hubo una interrupción por culpa del hombre del bigote. Se acercó a mí y me murmuró confidencialmente al oído:

—He estado pensando una cosa. Mi perro ya habrá superado la tensión del viaje y supongo que ahora ya le habrá bajado la temperatura. Me gustaría que volviera a examinarle. Aún tengo tiempo de exhibirle.

—Sería una pérdida de tiempo, se lo aseguro —contesté, mirándole con hastío—. Ya se lo he dicho: está enfermo.

—Se lo ruego. Hágame este favor —dijo, exasperado, mientras un brillo fanático le iluminaba los ojos.

—Como usted quiera.

Me acerqué al automóvil con él y saqué el termómetro. La temperatura seguía siendo de cuarenta y dos grados.

—Llévese a este pobre perrito a casa —le dije—. No debería estar aquí.

Por un instante, pensé que el hombre me iba a propinar un puñetazo.

—¡No le ocurre nada! —exclamó; haciendo una mueca.

—Lo siento —dije, dando media vuelta para regresar al estrado de medición.

Un chico que tendría unos quince años me esperaba con su potro. Lo presentaba para la clase de trece dos, pero el animal superaba la medida en casi cuatro centímetros.

—Me temo que es demasiado alto. No puede incluirse en esta categoría —dije.

El chico no contestó. Se introdujo una mano en un bolsillo y sacó un trozo de papel.

—Es un certificado veterinario en el que se dice que está por debajo de los trece

dos.

—Lo siento, pero no sirve —contesté—. La dirección me ha dicho que no acepte ningún certificado. Ya he rechazado dos. Todo se tiene que medir con la vara. Es una pena, pero no hay más remedio que hacerlo.

—¡Pero TIENE que aceptarlo! —me gritó el muchacho, cambiando repentinamente de actitud—. No hay que medir nada cuando se presenta un certificado.

—Será mejor que acudas a la dirección. Esas son las instrucciones que me han dado.

—¡Ya hablaré yo con mi padre, y verá! —gritó el chico, alejándose con el potro.

El padre apareció en el acto. Era alto y corpulento y parecía muy seguro de sí mismo. Se veía a las claras que no estaba para monsergas.

—Oiga, mire, no sé lo que pasa aquí, pero usted no tiene más remedio que aceptar el certificado.

—Eso no es cierto —contesté—. Y, además, no es una cuestión de milímetros. Su potro supera con creces la medida.

—Bueno, pues, yo le aseguro que el veterinario de... —dijo el hombre, enrojeciendo como un tomate.

—Sí, lo sé, pero aquí este documento no será aceptado —repliqué mientras el enanito soltaba una breve carcajada.

Hubo una pausa, tras la cual padre e hijo empezaron a lanzarme improperios mientras una mano me rozaba un brazo. Era el hombre del bigote.

—Voy a pedirle una vez más que le tome la temperatura a mi perro —me susurró, esbozando una siniestra sonrisa—. Estoy seguro de que ahora ya se le habrá normalizado. ¿Me hace usted el favor?

—¡No, no pienso hacerlo! —Ladré—. Haga el favor de no molestar y llévase a este pobre animal a casa.

Es curioso que algunas personas se tomen tan a pecho cuestiones de poca monta. El hecho de que un perro participara o no en un concurso no parecía un asunto de vida o muerte y, sin embargo, eso era para el hombre del bigote.

—¡Usted no conoce su oficio, eso es lo que pasa! —me gritó—. He venido de muy lejos y me está usted tomando el pelo. Tengo un amigo que es veterinario, pero un veterinario como Dios manda, y pienso hablarle de su conducta. ¡Sí, pienso decirle lo que me ha hecho!

Entre tanto, el padre y el hijo seguían insultándome hasta que, de repente, me percaté de que me hallaba en el centro de un círculo hostil. Estaba allí la mujer rubia y también otros propietarios, cuyos potros habían sido rechazados. Todos me miraban con expresión beligerante y me dirigían gestos airados. Me sentía muy solo porque el enanito, que parecía estar de mi parte, se había esfumado como por arte de magia. Su actitud me decepcionó; era un bocazas que, al menor asomo de peligro, se había largado. Estudié a mis enemigos y agité la vara de medir. No hubiera sido un arma muy eficaz, pero, a lo mejor, me sería útil para mantenerlos a raya en caso de que se

abalanzaran sobre mí.

En el momento en que más arreciaban los insultos, vi a Helen y Richard Edmundson hacia el fondo, observando atentamente la escena. El muchacho no me preocupaba, pero me pareció un amargo destino que siempre tuviera que hacer el ridículo en presencia de Helen.

Al terminar la meditación, sentía que necesitaba un poco de consuelo y fui en busca de Tristán.

Conservo el recuerdo de la exposición de Darrowby, la cual me enseñó a respetar profundamente a los muchos veterinarios a quienes se encomiendan estas ingratas tareas. A la gente no le gusta que les rechacen sus animales. Más adelante, viví otras ocasiones similares en las que no hubo ningún problema, y a veces pienso que las dificultades de aquel día se debieron en parte a mi juventud y a mi falta de experiencia. No lo he contado en la historia, pero las cosas llegaron a ponerse tan feas aquel día que me alegré de ver al sargento local de la policía paseando por el recinto de la exposición. Llegué a pensar, en serio, que tendría que solicitar protección policial.



12 Un parto trascendental

La ocasión era el Baile de los Narcisos, en la sede de la Asociación de Ganaderos, y todos íbamos vestidos de punta en blanco. No era el habitual baile pueblerino en el que los mozos del campo brincan al compás de la música de un violín y un piano desafinados. Era un acontecimiento anual que saludaba la llegada de la primavera y en el que participaba la popular orquesta Lenny Butterfield y sus Pájaros de Cuenta.

Vi a Tristán, sirviendo bebidas.

—Bonita fiesta, Jim —me dijo este acercándose—. Hay más chicos que chicas, pero no importa.

Le miré fríamente. Sabía por qué razón había un exceso de hombres: para que Tristán no tuviera que salir a la pista demasiado a menudo. Siendo tan poco propenso a malgastar energías, era lógico que no fuera un gran entusiasta del baile; no le importaba sacar a bailar a una chica de vez en cuando, pero lo que de verdad le gustaba era permanecer junto a la barra.

Lo mismo les ocurría a muchos vecinos de Darrowby. Cuando llegamos a la Asociación de Ganaderos, el bar estaba abarrotado de gente y solo había unas cuantas personas en el salón de baile. Poco a poco, las parejas se fueron animando y, sobre las diez de la noche, ya no cabía ni un alfiler en la pista de baile.

El ambiente resultaba de lo más agradable. Los amigos de Tristán eran unos jóvenes muy simpáticos y divertidos y las chicas eran amables y muy guapas. Con ellos, hubiera sido imposible aburrirse.

Los componentes de la célebre orquesta de Butterfield con sus vistosas chaquetillas rojas contribuían en gran manera a animar el ambiente. Lenny debía de pasar de los cincuenta y cinco años, al igual que los cuatro restantes miembros del conjunto, pero su desbordante entusiasmo compensaba con creces sus canas. Lo de las canas es un decir porque Lenny llevaba el cabello teñido de negro azabache y aporreaba el piano con gran energía, mirando con una sonrisa radiante al público a través de sus gafas de montura de concha, al tiempo que cantaba de vez en cuando a través del micrófono, anunciaba los bailes y contaba chascarrillos. Era un hombre que se ganaba el dinero a pulso.

Nuestro grupo no estaba desparejado y yo bailé por turnos con todas las chicas. En el momento culminante de la fiesta, bailé con Daphne, cuya figura constituyó para mí una experiencia memorable. Nunca he sido aficionado a las mujeres delgadas, pero reconozco que lo de Daphne era un poco exagerado. No estaba gorda sino, sencillamente muy bien dotada.

Mientras me abría paso en la pista, bailando deliciosamente con Daphne a los ruidosos acordes de la música de los Pájaros de Cuenta, sentía que no tenía la menor preocupación en el mundo. Fue entonces cuando vi a Helen.

Bailaba con el inevitable Richard Edmundson, cuya lustrosa cabeza rubia brillaba como un símbolo de maldición para mí. En un abrir y cerrar de ojos, mi pequeño

mundo feliz se desintegró por completo, dejando en su lugar un gélido y estremecedor vacío.

Cuando terminó la música, acompañé a Daphne junto a sus amigos y fui en busca de Tristán. El pequeño bar de la Asociación de Ganaderos estaba lleno a rebosar de gente y hacía mucho calor. A través de una niebla casi impenetrable de humo de cigarrillos, descubrí a mi colega sentado en un alto taburete, charlando animadamente con un grupo de sudorosos juerguistas. A él se le veía, en cambio, muy fresco y reposado. Apuró su jarra, se relamió de gusto como si acabara de beberse la mejor cerveza de su vida y, mientras extendía un brazo para pedir otra, me vio pugnando por acercarme a él. Cuando conseguí llegar, me apoyó afectuosamente una mano en el hombro.

—Ah, Jim, me alegro de verte. Espléndido baile, ¿no te parece?

No le comenté que aún no le había visto bailar. Me limité a anunciarle con aire indiferente que Helen estaba allí.

—Sí, ya la he visto —dijo Tristán, asintiendo con benevolencia—. ¿Por qué no la invitas a bailar?

—No puedo. Lleva pareja... El joven Edmundson.

—Ni hablar —Tristán examinó con ojo crítico su nueva jarra de cerveza y tomó un sorbo de prueba—. Está con un grupo, como nosotros. No lleva pareja.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi a todos los chicos colgando los abrigos allí mientras las chicas subían. No hay razón para que no puedas sacarla a bailar.

—Ya —dije, vacilando un instante.

Después, volví al salón de baile.

La cosa no fue tan fácil. Tenía que sacar a bailar a las chicas de nuestro grupo y, cada vez que intentaba acercarme a Helen, se me adelantaba alguno de sus amigos antes de que yo consiguiera llegar. Me pareció que me miraba algunas veces, pero no estaba completamente seguro de ello; de lo que sí estaba seguro era de que ya no me divertía tanto como al principio. La magia y la alegría habían desaparecido como por ensalmo, y yo experimentaba una creciente angustia al pensar que aquel iba a ser otro de mis desdichados contactos con Helen en los que simplemente me limitaba a mirarla sin esperanza. Solo que aquella vez iba a ser mucho peor... No había cruzado con ella ni una sola palabra.

Exhalé casi un suspiro de alivio cuando el encargado se me acercó para decirme que tenía una llamada. Fui al teléfono y hablé con la señora Hall. Había una perra con un parto difícil y tenía que verla enseguida. Consulté el reloj... Era más de la medianoche, por consiguiente, el baile ya se había terminado para mí.

Me detuve un instante a escuchar los amortiguados sonidos de la pista de baile y luego me puse el abrigo y fui a despedirme de los amigos de Tristán. Intercambié unas palabras con ellos, les saludé con una mano, di media vuelta y empujé la puerta giratoria.

Helen se encontraba allí con la mano también en la puerta. No me pregunté si entraba o salía; me limité a mirar en silencio sus sonrientes ojos azules.

—¿Ya te vas, Jim? —me preguntó.

—Sí, por desgracia tengo que hacer una visita.

—Oh, qué lástima. Espero que no sea nada grave.

Abrí la boca para decir algo, pero su morena belleza y la cercanía de su presencia llenaron súbitamente mi mundo mientras una oleada de desesperado anhelo me invadía por entero. Deslicé una mano por la puerta y tomé la suya como hubiera podido hacer un náufrago a punto de ahogarse. Inesperadamente, sentí que sus dedos oprimían con fuerza los míos.

En un instante, fue como si la orquesta, el ruido y la gente se esfumaran de golpe, y nos quedáramos los dos solos junto a la puerta.

—Ven conmigo —dije.

—Voy por mi abrigo —musitó Helen, mirándome con sus grandes ojos mientras sus labios esbozaban aquella sonrisa que yo conocía tan bien.

Ese no soy yo, pensé, de pie sobre la alfombra del vestíbulo mientras Helen subía corriendo al piso de arriba, pero tuve que convencerme de que sí cuando la vi bajar, poniéndose el abrigo. Fuera, sobre los adoquines de la plaza del mercado, mi automóvil también debió de llevarse una sorpresa porque se puso en marcha al instante.

Tenía que pasar por el consultorio para recoger los instrumentos necesarios para ayudar al parto. En la silenciosa calle iluminada por la luna, descendimos del vehículo y yo abrí el gran portalón blanco de Skeldale House.

Una vez en el pasillo, fue lo más natural del mundo que la estrechara en mis brazos y le diera un prolongado beso. Había esperado mucho tiempo aquel instante y los minutos transcurrieron sin sentir mientras ambos permanecíamos de pie sobre las baldosas rojinegras del siglo XVIII, rozando casi con nuestras cabezas el enorme lienzo de *La muerte de Nelson* que dominaba la entrada.

Nos volvimos a besar a la primera vuelta del pasillo, bajo el cuadro gemelo de *El encuentro de Wellington y Blücher en Waterloo*. Nos besamos de nuevo en la segunda vuelta, junto al alto armario en el que Siegfried guardaba sus chalecos y botas de montar y también en el dispensario mientras yo buscaba mis instrumentos. Después, lo hicimos otra vez en el jardín entre las flores inmóviles y expectantes bajo la luz de la luna y la fragancia de la tierra mojada y las altas hierbas.

Jamás había conducido el automóvil tan despacio para atender una llamada. Aproximadamente a quince kilómetros por hora mientras Helen apoyaba una mano sobre mi hombro y todos los perfumes de la primavera penetraban a través de la ventanilla abierta. Fue como pasar de un mar embravecido a un dulce puerto de salvación, como volver repentinamente a casa.

La luz que se veía en la ventana de la casita era la única que brillaba en la aldea dormida. Llamé a la puerta y me abrió Bert Chapman. Este era un empleado de los

servicios viarios del Ayuntamiento, una clase de hombres con los que me sentía especialmente identificado. Como yo, se pasaban prácticamente la vida en los solitarios caminos de Darrowby y los veía, casi todos los días de la semana, reparando la calzada, cortando en verano la hierba de las cunetas y quitando la nieve en invierno. Cuando me veían pasar a bordo de mi automóvil, me sonreían amistosamente y me saludaban con la mano como si mi sola presencia les hiciera felices. No sé si los elegían por su buen carácter, pero jamás en mi vida he conocido a unos hombres más amables.

Una vez, un viejo granjero me comentó amargamente:

—No me extraña que estos tipos estén contentos, no tienen nada que hacer.

Eso era una exageración, claro, pero yo comprendía sus sentimientos. En comparación con las tareas del campo, cualquier otro trabajo parecía fácil.

Había visto a Bert Chapman hacía uno o dos días, sentado en una herbosa ladera, con la pala a un lado y un enorme bocadillo en la mano. Levantó un brazo al verme y una ancha sonrisa dividió en dos mitades su redondo rostro enrojecido por el sol. Siempre se le veía feliz, pero aquella noche su sonrisa era un poco forzada.

—Siento molestarle tan tarde, señor Herriot —me dijo mientras nos hacía pasar al interior de la casa—, pero estoy un poco preocupado por *Susie*. Está a punto de tener los cachorros y lleva todo el día preparándoles la cama, pero, hasta ahora, no ha pasado nada. Iba a dejarla hasta mañana por la mañana, pero a eso de la medianoche ha empezado a jadear..., y no me gusta nada su aspecto.

Susie era una de mis pacientes habituales. Su corpulento amo me la llevaba cada dos por tres al consultorio, un poco avergonzado de su solicitud. Cuando le veía sentado en la sala de espera, extrañamente fuera de lugar entre las damas que aguardaban con sus animales de compañía, solía decirme: «La mujer me ha pedido que le traiga a *Susie*». Pero este era un pretexto muy poco convincente.

—No es más que una pequeña mestiza —dijo Beart, insistiendo en disculparse, pero yo sabía lo mucho que amaba a *Susie*, una peluda bribonzuela, cuya única zalamería consistía en apoyarme las patas sobre las rodillas y mirarme sonriendo mientras meneaba la cola. Me parecía una criatura irresistible.

Aquella noche, su ánimo era muy distinto. Cuando entramos en la salita de la casa, la perra abandonó a rastras su cesto, meneó débilmente la cola una vez y, después, se quedó tendida en el suelo, en mitad de la estancia, mientras su caja torácica subía y bajaba afanosamente. Cuando me agaché para examinarla, abrió la boca y me miró con inquietud.

Le pasé una mano por el vientre. Jamás había visto a un animal más hinchado. Estaba tan redonda como un balón de fútbol, llena a rebosar de cachorros a punto de nacer, pero aún no había sucedido nada.

—¿Qué opina usted? —me preguntó Bert con la cara muy seria mientras acariciaba brevemente la cabeza de la perra con una manaza encallecida.

—Todavía no lo sé, Bert —contesté—. Tendré que examinar por dentro.

Tráigame un poco de agua caliente, por favor.

Añadí un poco de solución antiséptica al agua, me enjaboné una mano y exploré cuidadosamente, con un dedo, la vagina. Había un cachorro, con la yema del dedo rocé su hocico, la boquita y la lengua, pero estaba atascado en el canal como un tapón de corcho en una botella.

Me incorporé y miré a los Chapman.

—Me parece que hay un cachorro muy grande atascado dentro. Creo que, si pudiéramos sacar a este, los demás saldrían sin la mayor dificultad. Seguramente serán más pequeños.

—¿Hay algún medio de desplazarlo, señor Herriot? —preguntó Bert.

—Voy a aplicarle el fórceps en la cabeza, a ver si se mueve —contesté tras una pausa—. No me gusta utilizar el fórceps, pero tendré que intentarlo. Si no da resultado, la llevaré al consultorio y le practicaré una cesárea.

—¿Una operación? —inquirió Bert, un poco asustado. Tragó saliva y miró a su mujer.

Como ocurre con muchos hombres corpulentos, se había casado con una mujer de baja estatura y, en aquellos momentos, la señora Chapman parecía todavía más bajita de lo que era, mirándome desde su silla, con los ojos muy abiertos.

—Ojalá no la hubiéramos apareado —gimoteó la señora Chapman, retorciendo nerviosamente las manos—. Le dije a Bert que cinco años eran demasiados para un primer alumbramiento, pero él no me hizo caso y ahora puede que la perdamos.

—No, no es demasiado mayor —dije yo, apresurándome a tranquilizarla—, y todo irá bien. Ahora veremos lo que hay que hacer.

Herví el instrumento durante unos minutos en la cocina y volví a arrodillarme detrás de mi paciente. Levanté en alto el fórceps y, al ver el brillo del acero, Bert palideció visiblemente y su mujer se hizo un ovillo. Estaba claro que no podría contar con su colaboración. Por consiguiente, Helen sostuvo la cabeza de *Susie* mientras yo me abría paso hacia el cachorro. Apenas había espacio, pero, por suerte, conseguí dirigir el fórceps con mi dedo hasta rozar el hocico del animalito. Después, abrí con cuidado el instrumento y lo empujé hacia adentro ejerciendo una suave presión para colocar las hojas una a cada lado de la cabeza.

En seguida veríamos el resultado. En semejante situación, no se puede tirar, sino tan solo facilitar el desplazamiento. Me pareció notar un leve movimiento; volví a intentarlo y no me cupo la menor duda: el cachorro se estaba acercando a mí. *Susie* también pareció darse cuenta de que las cosas iban mejor porque salió de su apatía y empezó a empujar con fuerza.

A partir de aquel momento, todo se desarrolló como la seda y pude sacar el cachorro que apenas ofreció resistencia.

—Me temo que estará muerto —dije, contemplando a la minúscula criatura inmóvil que yacía sin respirar en la palma de mi mano. Sin embargo, cuando le pellizqué el tórax entre el índice y el pulgar, noté que el corazón le latía con

regularidad; le abrí rápidamente la boca y le insuflé suavemente aire en los pulmones.

Repetí el procedimiento unas cuantas veces y después dejé al cachorro tendido de lado en el cesto.

Empezaba a pensar que todo sería inútil, cuando la pequeña caja torácica se levantó bruscamente y volvió a hacerlo por segunda y tercera vez.

—¡Ya está salvado! —exclamó Bert, exultante—. ¡Es un campeón! Queremos que todos estos cachorros vivan, ¿sabe usted? Son del terrier de Jack Dennison, que es un perro estupendo.

—Es verdad —terció la señora Chapman—. Por muchos que haya, los tenemos todos comprometidos. Todo el mundo quiere un cachorro de *Susie*.

—Lo creo —dije, sonriendo para mis adentros.

El terrier de Jack Dennison tenía, sin embargo, unos antepasados un poco inciertos, por cuyo motivo los cachorros serían una mezcla indescifrable, aunque eso carecía de importancia.

Le administré a *Susie* medio centímetro cúbico de pituitrina.

—Creo que lo necesita después de haberse pasado tantas horas empujando a este pillastre. Vamos a ver qué ocurre ahora. La espera fue muy agradable. La señora Chapman preparó el té y nos ofreció unos deliciosos panecillos caseros untados con mantequilla.

Parcialmente ayudada por la pituitrina, *Susie* fue expulsando cachorros a intervalos de unos quince minutos. Los perritos empezaron a berrear con un sorprendente volumen sonoro para ser unas criaturas tan pequeñas. Visiblemente tranquilizado, Bert, llenó la pipa y contempló con una sonrisa de satisfacción el rápido crecimiento de la familia perruna.

—Han sido ustedes muy amables al venir —dijo la señora Chapman, ladeando la cabeza con expresión preocupada—. Se estarán muriendo de ganas de volver al baile.

Pensé en los apretujones y en el bullicio de la Asociación de Ganaderos, en el humo, el calor y el estruendo de los Pájaros de Cuenta, y contemplé la pequeña estancia con su anticuada chimenea, las bajas vigas barnizadas, el estuche de costura de la señora Chapman y la colección de pipas de Bert en un estante de la pared. Apreté con fuerza la mano de Helen bajo la mesa y contesté con toda sinceridad:

—En absoluto, señora Chapman. No lo hemos echado de menos para nada.

Serían las dos y media de la madrugada cuando llegué por fin a la conclusión de que *Susie* ya estaba lista. Había alumbrado seis preciosos cachorros, lo cual era una buena marca para una perra tan pequeña. El clamor había cesado y los cachorros ya se disponían a mamar de las hinchadas ubres de su madre.

Los levanté uno a uno para examinarlos. A *Susie* no le importó. Cuando le devolví la prole, pareció sonreír con modesto orgullo, y después examinó y olfateó detenidamente a cada uno de los cachorros antes de volver a tenderse de lado.

—Tres machos y tres hembras —dije—. Una camada muy equilibrada.

Antes de marcharme, saqué a *Susie* del cesto y le palpé el vientre. La hinchazón

había desaparecido por completo; un globo pinchado no hubiera podido sufrir una transformación más espectacular. La preñez había provocado en ella una metamorfosis extraordinaria en comparación con la pequeña y extrovertida criatura peluda que yo conocía tan bien.

Cuando la dejé en el suelo, regresó corriendo al cesto y se acurrucó alrededor de sus vástagos, los cuales empezaron a mamar enseguida con total concentración.

—Vas a estar muy ocupada con estos cachorros —dijo Bert, inclinándose para tocar con el índice al primero—. Me gusta la pinta que tiene este tan gordo. Creo que nos lo vamos a quedar nosotros, mamá. Le hará mucha compañía a la chica.

Ya era hora de irnos. Helen y yo nos encaminamos hacia la puerta mientras la menuda señora Chapman me miraba con la mano apoyada en el tirador.

—Bueno, señor Herriot —me dijo—, no sé cómo darle las gracias por haber venido y habernos quitado esta angustia de encima. No sé lo que le hubiera hecho a este hombre si algo le hubiera ocurrido a la perrita.

—Qué va, mujer —dijo Bert, esbozando una tímida sonrisa—, yo no estuve preocupado en ningún momento.

La mujer se echó a reír y abrió la puerta. Mientras salíamos a la silenciosa noche perfumada, la señora Chapman me asió de un brazo y me dirigió una pícaro mirada.

—Supongo que esta es su novia, ¿verdad?

—Sí —contesté con firmeza, rodeando los hombros de Helen—. Lo es.

Aquella noche marcó no solo el nacimiento de la nueva familia de *Susie* sino, también, el de toda mi vida matrimonial, porque, hasta entonces, todos mis galanteos habían resultado infructuosos. A partir de aquel momento, quedó trazado el rumbo de mi vida y ahora, cuando contemplo nuestros casi cuarenta y cinco años de vida en común, doy gracias por el feliz destino que obró en mi favor en el Baile de los Narcisos. También es bueno recordar la atención personalizada que prestábamos a nuestros pacientes por aquel entonces como, por ejemplo, auxiliar a una perra durante todo el alumbramiento en la salita de una humilde casa de campo. Esta es una historia romántica y las cuestiones técnicas no tienen demasiada cabida en ella, pero quiero señalar que, hoy en día, raras veces utilizamos el fórceps para facilitar el alumbramiento.



13 Jock

Bastaba con que me incorporara en la cama para poder contemplar las colinas de más allá de Darrowby.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Iba a ser una mañana estupenda; el sol matinal iluminaba los opacos grises y rojos de los tejados, combados muchos de ellos bajo el peso de las viejas tejas, y su luz intensificaba el verdor del césped en el que los árboles se erguían hacia el cielo desde los jardines rodeados de chimeneas. Más allá, se extendía la serena mole de los páramos.

Por suerte para mí, aquel era el primer espectáculo que se abría ante mis ojos todas las mañana; después de Helen, claro, que todavía era mejor.

Tras haber pasado una poco ortodoxa luna de miel, haciendo pruebas de tuberculina, instalamos nuestro hogar en el piso de arriba de Skeldale House. Siegfried, que antaño fuera mi jefe y ahora era mi socio, nos ofreció las habitaciones del segundo piso y nosotros aceptamos, agradecidos. Aunque todo era provisional, muchos nos hubieran envidiado el encanto y la belleza de nuestro mirador.

La habitación de delante era nuestro dormitorio-salón y, aunque no estaba amueblada con lujo, disponía de una cama estupenda, una alfombra, una mesita que había pertenecido a la madre de Helen y dos sillones. Había, también, un antiguo armario, cuya cerradura no funcionaba. La única manera de mantener la puerta cerrada consistía en introducir en ella uno de mis calcetines con la parte anterior colgando por fuera. Pero todo eso nos daba igual.

Salí de la habitación para dirigirme a la cocina-comedor de la parte de atrás. El apartamento era decididamente espartano. Avancé por el entarimado desnudo hasta llegar a un banco de madera adosado a la pared, junto a la ventana. En él teníamos un hornillo de gas, los cacharros y los cubiertos. Tomé una jarra e inicié el largo descenso a la cocina principal del piso de abajo, porque uno de los inconvenientes del piso de arriba era que no había agua. Bajé los dos tramos de escaleras que conducían a las tres habitaciones del primer piso, bajé también los otros dos que conducían a la planta baja y corrí al galope por el pasillo hasta llegar a la gran cocina del fondo, que tenía un pavimento de baldosas de piedra.

Helen puso a hervir el agua y nos bebimos nuestra primera taza de té del día junto a la ventana que daba al jardín. Desde allí, podíamos contemplar el descuidado césped, los árboles frutales, la glicina que trepaba por el muro de ladrillo hasta nuestra ventana y los altos muros con sus viejas albardillas de piedra extendiéndose hasta el patio adoquinado, que había bajo los olmos. Cada día recorría aquel camino que conducía al garaje del patio, pero desde arriba parecía distinto.

—Espera un momento, Helen —dije—. Déjame sentarme en esta silla.

Mi mujer había servido el desayuno sobre el banco donde comíamos, pero ahí estaba la dificultad porque era un banco muy alto y teníamos un taburete recién adquirido que quedaba a su altura, pero no así la silla.

—No, estoy bien, Jim, de veras —contestó ella, esbozando una tranquilizadora sonrisa desde su absurda posición, con el plato casi al mismo nivel que los ojos.

—No puedes estarlo —repliqué—. Tienes la barbilla casi dentro de los copos de maíz. Deja que yo me siente aquí, por favor.

—Vamos —dijo Helen, dando unas palmadas en el asiento del taburete—. No discutas más. Siéntate y toma el desayuno.

Aquello no marchaba, pensé. Intenté utilizar otra táctica.

—¡Helen! —dije severamente—. ¡Levántate de esta silla! Es una orden.

—¡No! —contestó ella sin mirarme, haciendo con los labios unos pucheros muy graciosos, aunque, en realidad, significan que no estaba para bromas.

No sabía qué hacer. Acaricié incluso la idea de levantarla a la fuerza de la silla, pero era una chica de armas tomar. Una vez mantuvimos un forcejeo durante el transcurso de una pequeña discusión y, aunque al final conseguí ganar la contienda, me sorprendió el alcance de la fuerza de una mujer. Esta vez, no me apetecía una lucha cuerpo a cuerpo a primera hora de la mañana y, por consiguiente, me acomodé en el taburete.

Después del desayuno, Helen puso a calentar el agua para lavar los platos tal como solía hacer todos los días. Entre tanto, yo bajé a recoger mis pertenencias, entre ellas, material de sutura para un potro que se había cortado una pata, y salí por la puerta lateral del jardín. Al llegar al otro lado, me volví hacia nuestra ventana. Estaba abierta por la parte de abajo (era una ventana de guillotina) y de ella emergía una mano que sostenía un trapo de la cocina. Saludé con una mano y el trapo de la cocina me devolvió el saludo, agitándose violentamente. Así comenzaban todas mis jornadas.

Abandoné el patio a bordo de mi automóvil, y pensé que era un buen comienzo. Escuché el ronco graznido de los grajos posados en los olmos, mientras cerraba la puerta de doble hoja, aspiré la limpia fragancia del aire que me saludaba todas las mañanas y me dispuse a enfrentarme con mi trabajo.

El potro herido pertenecía a la granja de Robert Corner. Al poco de llegar, apareció el perro pastor *Jock*. Le observé con interés porque detrás de las tareas cotidianas de un veterinario con sus pacientes, existe siempre un fascinante calidoscopio de personalidades animales, y el caso de *Jock* era muy curioso.

Muchos perros de granja disfrutaban con los pequeños ratos de ocio que se les ofrecen a lo largo de la jornada. Les encanta jugar, y uno de sus juegos preferidos consiste en perseguir a los automóviles para que se alejen de sus dominios. A menudo, yo me marchaba acompañado de una peluda forma que galopaba a mi lado hasta que, al cabo de unos cientos de metros, el perro emitía un último ladrido desafiante como si quisiera con ello acelerar mi huida. Pero *Jock* era distinto.

Se entregaba en cuerpo y alma a su misión. La persecución de automóviles era para él un asunto muy serio que practicaba diariamente y sin descanso. La granja de Corner se encontraba al final de un largo camino que serpeaba a lo largo de casi un

kilómetro y medio entre unos muros de piedra, bajando suavemente por la colina hasta la carretera de abajo, y *Jock* no consideraba cumplida su misión hasta que no acompañaba al automóvil elegido hasta el mismo pie de dicha colina. Por consiguiente, su afición era agotadora.

Le observé ahora mientras terminaba de suturar la herida del potro y empezaba a vendarle la pata. *Jock* era una huesuda criaturita que, sin la masa de pelo blanquinegro que la cubría, hubiera resultado casi invisible. Ahora, hacía como que no me veía y como si, en realidad, le importara un comino mi presencia. Pero sus miradas furtivas en dirección al establo y sus repentinas apariciones en mi campo visual le delataban. Estaba aguardando el gran momento.

Mientras me ponía los zapatos y guardaba las botas de caña alta en el maletero, le volví a ver. O, más bien, vi parte de su cuerpo: un largo hocico y un ojo que asomaban por debajo de una puerta rota. Solo abandonó su escondrijo cuando puse el motor en marcha. Con el cuerpo agachado y la cola arrastrando por el suelo, clavó los ojos en las ruedas delanteras del vehículo y, en cuanto empecé a bajar por el camino, pegó un brinco repentino.

Conocía sus costumbres y temía que se me cruzara por delante. Aminoré la velocidad e inicié el descenso. *Jock* estaba en su elemento. Me preguntaba a menudo si sería capaz de ganar a un galgo en una carrera, porque, desde luego, corría muchísimo. El pequeño esqueleto albergaba una máquina física perfecta, y las finas patas se extendían sin cesar, devorando el pedregoso pavimento y manteniéndose sin ningún esfuerzo a la misma velocidad que el vehículo.

A medio camino había una cerrada curva y *Jock* saltaba invariablemente el muro y corría por la verde hierba convertido en una borrosa mancha oscura, hasta que aparecía de nuevo, corriendo como un misil sobre las grises piedras del firme del camino. Ello le permitía llegar sin dificultad a la carretera. Cuando yo me adentraba por fin en esta, lo último que veía era su alegre y jadeante rostro, mirándome satisfecho. Luego regresaba contento a la granja para aguardar la siguiente sesión, que sería tal vez con el cartero o con la furgoneta del panadero.

Jock tenía, además, otra importante faceta. Era un perro pastor extraordinario y el señor Corner había ganado con él muchos trofeos en los distintos concursos de perros pastores que solían celebrarse por la zona. Muchos se lo querían comprar, pero el granjero no se hubiera desprendido de él por nada del mundo. En su lugar, adquirió una perra menuda y flacucha como *Jock*, con la cual consiguió ganar asimismo muchos premios. Con esta combinación, el señor Corner pensaba dedicarse a la cría de estos perros y ponerlos después a la venta. Durante mis visitas a la granja, la perra participaba también en la persecución de mi automóvil, pero yo creo que lo hacía más que nada para seguirle la corriente a su compañero porque se daba por vencida a la primera curva y le dejaba la tarea a *Jock*. Al parecer, el juego no le hacía demasiada gracia. Cuando nacieron los cachorros, siete peludas bolas negras que correteaban por el patio metiéndose por entre los pies de todo el mundo, *Jock* observó con

indulgencia cómo trataban de imitar su ejemplo, persiguiendo mi vehículo por el camino. Parecía que se riera cuando los veía caer de bruces y quedar rezagados sin remedio.

Me pasé unos diez meses sin tener que ir a la granja, aunque coincidía algunas veces con Robert Corner en el mercado. El granjero me comunicó que estaba adiestrando a los cachorros y que estos ya sabían pastorear muy bien las ovejas. No hacía falta adiestrarles demasiado porque llevaban esta tarea en la sangre y, tan pronto como se tuvieron en pie, empezaron a reunir a las vacas y las ovejas por iniciativa propia. Cuando, al fin, los vi, ya se habían convertido en siete *Jocks* delgados y enjutos que se movían silenciosamente entre los distintos edificios de la granja. No tardé mucho en averiguar que habían aprendido de su padre algo más que reunir el ganado. Tenían la misma manera de mirarme furtivamente desde cierta distancia mientras yo me preparaba para subir al automóvil, atisbando a hurtadillas desde detrás de los montículos de paja con estudiada indiferencia, prestos para saltar a la primera ocasión. Cuando me acomodé en el asiento, intuí que ya estaban preparados para iniciar la carrera.

Puse en marcha el vehículo y, tras una sacudida, crucé el patio a toda velocidad. En cuestión de un segundo, me vi rodeado por toda una serie de formas peludas. Me adentré en el camino y aminoré la marcha mientras, a ambos lados, los animalitos avanzaban hombro con hombro, todos ellos con la misma fanática expresión de su padre. Cuando *Jock* saltó el muro al llegar a la curva, los siete cachorros imitaron su ejemplo; y cuando aparecieron de nuevo ante mí, observé un detalle distinto. En anteriores ocasiones, *Jock* mantenía siempre un ojo en el vehículo al que consideraba su oponente; ahora, en los últimos quinientos metros, mientras corría en cabeza de la peluda falange perruna, vi que sus ojos vigilaban a los cachorros que corrían a ambos lados de él, como si sus principales contrincantes fueran ellos.

Le sobraba la razón. Aunque estaba en forma, aquellos vigorosos amasijos de hueso y tendones que él mismo había engendrado, poseían toda su velocidad más la energía propia de la juventud, por lo que tendría que hacer acopio de toda su fortaleza para que no le adelantaran. De hecho, hubo un terrible momento en el que tropezó y fue arrollado por las vigorosas criaturas que lo rodeaban; parecía que ya todo estaba perdido, pero *Jock* conservaba intacta toda su potencia. Con los ojos casi saliéndole de las órbitas y las ventanas de la nariz dilatadas, se abrió paso por entre los otros animales hasta que, al llegar a la carretera, logró situarse una vez más en cabeza.

Sin embargo, le costó Dios y ayuda. Aminoré la marcha antes de alejarme y contemplé cómo el animalito respiraba afanosamente con la lengua fuera, en la herbosa cuneta. Debía de haber hecho lo mismo con todos los demás automóviles y la cosa ya no era un juego divertido. Parecerá una tontería decir que se pueden leer los pensamientos de un perro, pero todo en su porte delataba su creciente temor de que los días de su supremacía estuvieran contados. Precisamente a la vuelta de la esquina aguardaba al acecho la impensable ignominia de resultar vencido por aquellos

mocosos. Mientras me alejaba por la carretera, *Jock* me miró con expresión elocuente.

«¿Cuánto tiempo podré mantenerme?», parecían decir sus ojos.

Me compadecí de él y, en mi siguiente visita a la granja dos meses más tarde, pensé que ojalá no tuviera que presenciar la inevitable degradación final. Sin embargo, cuando entré en el patio, lo vi todo extrañamente en silencio.

Robert Corner estaba llenando de heno los pesebres de las vacas en el establo.

—¿Dónde están los perros? —le pregunté.

—No queda ni uno —me contestó, dejando la horca—. Hay una gran demanda de buenos perros pastores. Hice un buen negocio.

—Pero ¿tiene todavía a *Jock*?

—Ah, sí, a ese no lo vendo. Por ahí andará.

Allí estaba, en efecto, atisbando desde lejos y fingiendo no mirarme. Cuando, finalmente, me alejé en mi automóvil, el animalito echó a correr como siempre, pero esta vez tranquilo y disfrutando del juego, saltando limpiamente, el muro y adelantando al vehículo hasta la carretera sin hacer el menor esfuerzo.

Creo que él se alegró tanto como yo de que le dejaran en paz, con su supremacía intacta, y de poder seguir siendo un perro de primera.

Hay muchos *Jocks* en el condado de York, muchos perros que acechan en los rincones aguardando el momento de mi partida. Pero ninguno que yo recuerde poseyó jamás la misma capacidad de *Jock*, bajando a tanta velocidad por aquella verde ladera, ni se entregó a la tarea con tanto entusiasmo. La mayoría se conforma con expulsarme de sus dominios y perseguirme a lo largo de una corta distancia. Después se quedan ladrando hasta que me pierden de vista. Nunca he podido averiguar si estos ladridos significan «menos mal que ya te vas» o bien «me alegro de haberte visto». Sin embargo, uno de estos animalitos, llamado *Matty*, me tenía un poco preocupado. También tenía preocupado al granjero porque no solo perseguía los vehículos, sino que, además, trataba de morder los neumáticos en movimiento. Estaba claro que, al final, acabaría atropellado. Mi hijo Jimmy, que tenía doce años, curó al perro de esta mala costumbre y probablemente le salvó la vida. Solía acompañarme en mis rondas siempre que podía. En la granja de *Matty*, llenó con agua una jeringa de 100 centímetros cúbicos y, cuando nos pusimos en marcha, se asomó por la ventanilla y roció con agua la cara del perro. El efecto fue espectacular. *Matty* se retiró en el acto y yo le vi por el espejo retrovisor, mirándonos en silencio con una expresión de profunda perplejidad. El efecto fue tan efectivo que su amo nos pidió que repitiéramos el procedimiento. Así lo hicimos y *Matty* se curó. Nunca volvió a intentar morder los neumáticos.



14 Acoso sexual

Difícilmente hubiera podido encontrarse en Darrowby un personaje más curioso que Roland Partridge. Se me ocurrió esa idea por centésima vez al verle mirando atentamente por la ventana que daba a Trengate, en la acera de enfrente, un poco más arriba de donde se encontraba situado nuestro consultorio.

Golpeó el cristal con los nudillos y me hizo señas de que me acercara, mirándome preocupado desde detrás de sus gruesas gafas. Esperé y, cuando abrió la puerta, pasé directamente de la calle a la sala de estar porque eran unas casas muy pequeñas que solo tenían una cocina en la parte de atrás y un pequeño dormitorio que daba a la calle. Una vez dentro, no pude evitar tener la habitual sensación de sorpresa dado que casi todos los demás ocupantes de aquellas viviendas eran hombres del campo y el mobiliario que usaban era completamente ortodoxo; en cambio, aquella casa era un estudio.

Había un caballete junto a la ventana y las paredes estaban cubiertas de cuadros desde el suelo hasta el techo. Había lienzos sin enmarcar por todas partes. Unas ornamentadas sillas y una mesa llena de dibujos a la tinta y otros adornos contribuían a acentuar la atmósfera artística que allí se respiraba.

Como es lógico, todo se debía a la sencilla razón de que el señor Partridge era un artista. Pero lo que más llamaba la atención era el hecho de que aquel esteta enfundado en una chaqueta de terciopelo fuera el hijo de un pequeño agricultor, cuyos antepasados llevaban siglos trabajando la tierra.

—Le he visto pasar por casualidad, señor Herriot —me dijo—. ¿Está muy ocupado?

—No mucho, señor Partridge. ¿En qué puedo servirle?

—No sé si dispondrá de un momento para echarle un vistazo a *Percy* —me contestó, asintiendo muy serio con la cabeza—. Se lo agradecería mucho.

—No faltaría más —dije—. ¿Dónde está?

Mientras el señor Partridge me acompañaba a la cocina, llamaron a la puerta y entró el cartero, Bert Hardisty. Bert era un tipo muy brusco y dejó un paquete sobre la mesa sin la menor ceremonia.

—¡Ahí tienes, Rolie! —gritó, mientras daba media vuelta para marcharse.

El señor Partridge contempló con imperturbable dignidad la espalda del cartero.

—Muchas gracias, Bertram, que tengas un buen día.

Otro detalle curioso. El cartero y el artista habían nacido y se habían criado en Darrowby, pertenecían a la misma clase social y habían estudiado en la misma escuela, y, sin embargo, su lenguaje era totalmente distinto. Roland Partridge hablaba con elegancia y modulaba las sílabas como un abogado. Entramos en la cocina donde él mismo se preparaba la comida, puesto que era soltero. Cuando murió su padre, hacía muchos años de ello, vendió inmediatamente la granja porque el ambiente no le gustaba y no podía soportarlo. Al parecer, el dinero de la venta le permitió satisfacer

sus aficiones y, desde entonces, vivía en aquella humilde casa, haciendo lo que más le gustaba. Eso ocurrió mucho antes de que yo me instalara en Darrowby, y ahora su lacio cabello largo ya tenía muchas hebras de plata. Siempre había creído que era feliz viviendo de aquella manera, y no me imaginaba a aquella pequeña y exquisita figura trajinando en un patio cubierto de barro.

El hecho de que no se hubiera casado guardaba, probablemente, relación con su carácter. Sus enjutas mejillas y sus pálidos ojos azules poseían un aire levemente ascético, y su comedida e imperturbable personalidad hubiera podido denotar cierta falta de calor humano. Sin embargo, en lo tocante a su perro *Percy*, no era así.

El señor Partridge amaba a *Percy* con una intensa pasión protectora y, en cuanto le vio acercarse trotando, se inclinó hacia él con inmensa ternura.

—Lo veo muy contento —dije—. No está enfermo, ¿verdad?

—No..., no... —contestó el señor Partridge con extraña timidez—. Está muy bien, pero quiero que le eche un vistazo por si tuviera algo.

Lo miré y vi lo de siempre: un pequeño objeto peludo y blanco como la nieve, considerado por los criadores de perros locales y otros expertos en la materia como un bastardo carente del menor interés. Pese a ello, el animalito era uno de mis pacientes preferidos. Hacía unos cinco años, contemplando un día el escaparate de una tienda de animales de Brawton el señor Partridge sucumbió inmediatamente al hechizo de dos sentimentales ojos que le miraban desde una maraña de pelo blanco de seis semanas de edad, depositó cinco libras sobre el mostrador y se llevó a la criatura a casa. En la tienda le dijeron que *Percy* era, más o menos, un terrier y el señor Partridge estuvo tentado de cortarle la cola, pero era tal el cariño que sentía por el animalito que no pudo someterle a semejante mutilación, por cuyo motivo la cola creció, formando una peluda curva que casi se cerraba en círculo sobre el lomo.

En mi opinión, la cola equilibraba muy bien la cabeza, sin duda demasiado grande para un cuerpo tan pequeño, pero el señor Partridge pagó muy caro su atrevimiento. Sus viejos amigos de Darrowby, que, como todos los hombres del campo, se consideraban expertos en animales, le hacían comentarios de todas clases. Yo los había oído infinidad de veces. Cuando *Percy* era pequeño, solían decirle:

—Ya es hora de que le cortes la cola, Rolie. Yo mismo se la cortaré, si quieres.

Más adelante, solían decirle:

—Oye, Rolie, hubieras tenido que cortarle la cola a este perro cuando era un cachorro. Está muy feo de esta manera.

Cuando le preguntaban de qué raza era *Percy*, el señor Partridge contestaba siempre con arrogancia:

—Un cruce de sealyham.

Pero la cosa no era tan sencilla; el cuerpecito de tupido pelaje erizado, la noble cabeza de grandes orejas tiesas, las cortas extremidades patizambas y aquella cola tan rara le convertían en una mezcla desconcertante.

Los amigos del señor Partridge eran despiadados y solían calificar a *Percy* de

«birria» o «bichejo». Aunque el artista aceptaba las bromas con una leve sonrisa, yo sabía que los comentarios le herían profundamente. A mí, me tenía un especial aprecio porque la primera vez que vi a *Percy*, exclamé con toda sinceridad: «¡Qué perrito tan precioso!». Lo dije completamente en serio porque nunca he dedicado mucho tiempo a las peculiaridades de la cría de perros.

—¿Qué le pasa, señor Partridge? —pregunté—. Yo no le veo nada.

El hombrecillo volvió a turbarse.

—Bueno, verá usted, es que no sé cómo decírselo... Observe cómo camina. Ven aquí, *Percy*.

Se alejó de mí y el perro le siguió.

—Pues, no... No veo muy bien a qué se refiere.

—Mírelo bien —dijo el señor Partridge, desplazándose un poco para que el perro le siguiera—. Es en la..., en el..., en la parte de atrás.

—Ah, sí, espere —dije, agachándome—. Sujételo un momento, por favor. Ahora lo veo —añadí, acercándome para examinarlo mejor—. Tiene un testículo ligeramente hinchado.

—Sí..., sí..., eso es —dijo el señor Partridge—. Eso es..., lo que a mí... me parecía —terminó diciendo mientras las mejillas se le teñían de carmesí.

—Sosténgalo un segundo mientras lo examino —levanté el escroto y lo palpé con delicadeza—. Sí, el izquierdo es decididamente más grande y más duro también.

—¿Es... algo grave?

—No, no creo —contesté tras una pausa—. Los tumores de los testículos son bastante corrientes en los perros y, por suerte, no suelen producir metástasis, es decir, no se extienden al resto del cuerpo. Yo que usted no me preocuparía demasiado.

Añadí esta última frase porque, al oír la palabra «tumor», el señor Partridge palideció visiblemente.

—Eso es muy serio, ¿verdad?

—Bueno, hay tumores de todas clases y muchos de ellos no son malignos. Por consiguiente, no se preocupe, pero vigílelo. Puede que no crezca demasiado. En caso de que sí lo hiciera, comuníquemelo inmediatamente.

—Ya... ¿Y si crece?

—Bueno, entonces se le tendría que extirpar el testículo.

—¿Una operación? —preguntó el hombrecillo, a punto de desmayarse.

—Sí, pero no es complicada. Es una cosa muy sencilla, en realidad.

Me incliné y palpé de nuevo el tumor. Era muy pequeño. Desde el otro extremo, el animal emitía un constante y melodioso gruñido. Sonreí sin temor. Siempre hacía lo mismo —cuando le tomaba la temperatura, le cortaba las uñas o hacía cualquier otra cosa—, pero no representaba ninguna amenaza. Conocía muy bien al perro y sabía que no pretendía intimidarme, sino tan solo afirmar su virilidad y recordarme que era un tipo duro, lo cual era cierto, puesto que, a pesar de su pequeño tamaño, ningún perro le hubiera podido ganar en orgullo, fogosidad y temperamento.

Cuando salí de la casa, miré hacia atrás y vi al señor Partridge retorciendo nerviosamente las manos mientras me miraba con inquietud.

Una vez en el consultorio, no pude quitarme de la cabeza el pequeño estudio. No tenía más remedio que admirar al señor Partridge por atreverse a hacer lo que más le gustaba, sabiendo que en Darrowby jamás sería apreciado por ello. Un buen jinete o un jugador de *cricket* hubieran sido reverenciados en toda la ciudad, pero un artista... jamás. Aunque fuera famoso, y el señor Partridge nunca lo sería. Algunas personas le compraban cuadros, pero no hubiera podido vivir de su trabajo. Yo tenía uno en nuestro dormitorio y, en mi opinión, era un pintor de valía. De hecho, le hubiera comprado unos cuantos más de no ser porque, en los temas de sus lienzos, no solía incluir aquellas características de los valles de York que a mí más me gustaban.

De haber sido pintor, yo hubiera intentado representar los muros levantándose en todas partes sobre las colinas, la magia de los interminables páramos desiertos y las cañas temblando al borde de los negros pantanos. Pero el señor Partridge solo se interesaba por los temas delicados: los sauces con las ramas colgando junto a un rústico puente, las iglesias de pueblo y las casitas rodeadas de rosales.

Puesto que *Percy* era vecino nuestro, le veía casi a diario ya desde nuestro dormitorio-salón del piso de arriba, ya desde el consultorio de la planta baja. Su dueño le obligaba a hacer ejercicio con regularidad y a menudo veíamos al artista pasar por la otra acera con el animalito trotando orgullosamente a su lado. Pero, desde aquella distancia, era imposible ver si el tumor había aumentado de tamaño y, puesto que el señor Partridge no me había dicho nada más, creí que todo iba bien. Tal vez el tumor había dejado de crecer. A veces, ocurría.

La contemplación del perrillo me hizo recordar otros incidentes relacionados con él, especialmente sus numerosas peleas. *Percy* nunca buscaba camorra —con su pequeño tamaño, no hubiera sido tan tonto como para hacerlo—, pero los perros grandes, cuando veían aquella blanca figurita paseando por la calle, experimentaban el irresistible impulso de abalanzarse sobre él. Desde nuestra ventana, yo había sido testigo de varios de estos ataques y cada vez ocurría lo mismo: un rápido revoloteo de extremidades, unos cuantos rugidos y ladridos y la retirada del perro más grande, sangrando profusamente de alguna herida.

Percy no tenía ni una sola cicatriz —su tupido pelaje le protegía con gran eficacia— y siempre conseguía morder a sus contrincantes desde abajo. Yo había tenido que aplicar puntos de sutura a más de un combatiente callejero tras haber medido sus fuerzas con *Percy*.

Unas seis semanas más tarde, el señor Partridge se presentó en el consultorio.

—Me gustaría que volviera a examinar a *Percy*, señor Herriot —me dijo con inquietud.

Coloqué el perro sobre la mesa de exploraciones y no hizo falta que le examinara muy de cerca.

—Me temo que el tumor ha crecido mucho —dije, mirando al hombrecillo desde el otro lado de la mesa.

—Sí, ya lo sé —el señor Partridge vaciló un instante—. ¿Qué haría usted?

—No habrá más remedio que practicarle una operación. Hay que quitarle eso.

Los ojos del señor Partridge parpadearon de horror y desesperación tras los gruesos cristales de las gafas.

—¡Una operación! —exclamó, apoyando las manos en la mesa—. ¡No puedo soportar semejante idea!

—Comprendo lo que siente —contesté, esbozando una tranquilizadora sonrisa—, pero le aseguro que no tiene por qué preocuparse. Tal como ya le dije, es un procedimiento muy sencillo.

—Lo sé, lo sé —gimoteó el hombre. Pero es que no quiero que... le corten, ¿sabe usted...? Es una idea que me causa grima.

No hubo modo de convencerle. Se mostró inflexible y abandonó muy decidido el consultorio en compañía del perro. Le observé mientras cruzaba la calle y supe con toda certeza que lo pasaría muy mal, aunque poco podía imaginar lo que ocurriría.

Iba a ser un martirio.

No creo que la palabra martirio sea un término excesivamente fuerte para describir lo que sufrió el señor Partridge a lo largo de las semanas sucesivas, porque, con el paso del tiempo, el testículo de *Percy* aumentó considerablemente de tamaño y, debido a la forma en que el perro mantenía la cola, la anomalía resultaba sumamente visible.

La gente se volvía a mirar cuando el hombre y el perro bajaban por la calle, *Percy*, trotando como un valiente, y su amo, mirando en lontananza como si no supiera lo que pasaba. Me dolía en el alma verlos de aquella manera, y la desfiguración del hermoso perrito me causaba una pena enorme.

El rostro imperturbable del señor Partridge siempre le convertía en el blanco predilecto de muchas tomaduras de pelo que él soportaba con gran estoicismo, pero el hecho de que las burlas estuvieran ahora dirigidas contra su perro le hería en lo más profundo de su ser.

Una tarde, lo llevó al consultorio casi con los ojos llenos de lágrimas. Examiné muy serio el desdichado órgano que ahora medía unos quince centímetros de longitud y colgaba de una forma ridícula y vergonzosa.

—¿Sabe, señor Herriot? —dijo el artista con la voz entrecortada por la emoción—. Unos chicos me han escrito con tiza en la ventana: «Pasen y vean el famoso perro chino Ku Li To». Acabo de limpiarlo.

—Bueno, eso es un chiste muy viejo, señor Partridge —dije, rascándome la barbilla—. Yo que usted no me preocuparía.

—¡Pues yo sí! ¡No puedo dormir por eso!

—En tal caso, ¿por qué no deja que opere a *Percy*, hombre de Dios? ¡Lo

podríamos arreglar en un santiamén!

—¡No! ¡No! ¡No podría soportarlo! —exclamó el pintor, moviendo enérgicamente la cabeza—. Tengo miedo —añadió, mirándome angustiado—. Tengo miedo de que no resista la anestesia.

—¡Vamos, hombre! Es un animalito muy fuerte. No hay razón para que usted se inquiete.

—Pero, correría un riesgo, ¿no?

—Bueno, si bien se mira, todas las operaciones comportan un pequeño riesgo —contesté, mirándole impotente—. Pero la verdad es que, en este caso...

—¡No! Eso no basta. No quiero ni oír hablar de ello —dijo el señor Partridge, tomando la correa del perro para marcharse.

A partir de aquel momento, las cosas fueron de mal en peor. El tumor crecía cada vez más y resultaba claramente visible desde la ventana de nuestro consultorio cuando el perro pasaba por la otra acera. Observé, asimismo, que las miradas y las ocasionales burlas estaban empezando a ejercer efecto en el señor Partridge. Tenía las mejillas hundidas y había perdido en parte la habitual rubicundez de su rostro.

Sin embargo, no volví a hablar con él hasta que me lo encontré un día de mercado, unas semanas más tarde. Eran las primeras horas de la tarde en que los campesinos solían acudir para pagar sus facturas. Me estaba despidiendo de uno de ellos cuando vi a *Percy* y a su amo, saliendo de casa. Observé en el acto que el animalito tenía que separar ligeramente una pata trasera para sortear el impresionante obstáculo.

Obedeciendo a un repentino impulso, llamé al señor Partridge y le hice señas de que se acercara.

—Mire —le dije en cuanto le tuve a mi lado—, tiene que dejarme que le quite este tumor. Le molesta para andar y cojea al andar. Eso no puede seguir así.

El artista me miró tristemente sin decir nada. Mientras permanecíamos allí en silencio, Bill Dalton dobló la esquina y empezó a subir los peldaños del consultorio llevando un talonario de cheques en la mano. Bill era un corpulento ganadero que se pasaba casi todos los días de mercado en el bar del «Cisne Negro» y que siempre iba envuelto en una oleada casi palpable de vapores de cerveza.

—Hombre, Rolie, ¿cómo estás? —rugió, dándole al hombrecillo una violenta palmada en la espalda que por poco le arroja al suelo.

—Muy bien, William, gracias, ¿y tú?

Bill no contestó porque toda su atención se había concentrado en el pobre *Percy*, el cual daba unos pasos por la acera. Observó al perro un instante y después, reprimiendo a duras penas la risa, le dijo al señor Partridge con la cara muy seria:

—¿Sabes, Rolie? Este maldito perro tuyo me recuerda a un chico de Devizes que tenía las bolas de distinto tamaño. Una era tan pequeña que ni siquiera era una bola, en cambio, la otra había ganado varios premios.

Después, el ganadero soltó una sonora carcajada que se prolongó varios minutos

hasta que, al final, el hombre tuvo que apoyarse en la verja de hierro.

Por un instante, pensé que el señor Partridge iba a pegarle. Miró al gigantón con rabia contenida, pero luego consiguió dominarse y se volvió hacia mí.

—¿Puedo hablar con usted, señor Herriot?

—Claro —contesté, apartándome con él unos metros en la acera.

—Tiene razón —dijo—. Habrá que operar a *Percy*. ¿Cuándo podrá hacerlo?

—Mañana mismo —repliqué—. No le dé nada de comer y tráigamelo a las dos de la tarde.

Al día siguiente, cuando vi al perro tendido sobre la mesa, lancé un profundo suspiro de alivio. Tristán actuó de anestesista y yo extirpé rápidamente el enorme testículo, incluyendo el cordón espermático para asegurar la total eliminación del tejido tumoral. Lo que más me preocupaba era cuán afectado podría resultar el escroto, debido al retraso en la operación. Eso puede dar lugar a una recurrencia y, mientras cortaba cuidadosamente las partes afectadas de la pared escrotal, maldije la demora del señor Partridge. Apliqué el último punto de sutura y crucé los dedos para que hubiera suerte.

Al ver a su perro vivo y libre de aquella horrible excrecencia, el hombrecillo se puso tan contento que no me atreví a expresarle mis temores; pero la verdad es que no me sentía enteramente satisfecho. No estaba muy seguro de lo que podría hacer en caso de que el tumor se reprodujera.

De momento, me alegré de que mi paciente pudiera volver a la normalidad. Me llenaba de júbilo cuando le veía paseando por la calle sin aquella desfiguración que tanto había hecho sufrir a su amo. De vez en cuando, me situaba detrás de él mientras bajaba por Trengate para dirigirme a la plaza del mercado y, sin decirle nada al señor Partridge, echaba una furtiva mirada a la región situada por debajo de la cola de *Percy*.

Entre tanto, había enviado el órgano extirpado al departamento de patología del Colegio de Veterinaria de Glasgow, y en el informe me dijeron que se trataba de un tumor celular de Sertoli. Añadían la consoladora información de que aquel tipo de tumor solía ser benigno y que la metástasis a los órganos internos solo se producía en contado número de casos. Puede que ello me tranquilizara más de la cuenta porque dejé de observar a *Percy* e incluso llegué a olvidarme del asunto, entregándome por entero a los nuevos casos que se me presentaban sin cesar.

Por consiguiente, cuando el señor Partridge se presentó en el consultorio tirando del perro, pensé que debía ser por otra cosa y no comprendí por qué razón lo subía a la mesa y me mostraba el trasero del animal. Al ver una tremenda hinchazón en la parte izquierda del escroto, me incliné, inquieto, hacia adelante y palpé la zona mientras *Percy* profería irritados gruñidos. No cabía la menor duda, el tumor se había reproducido. El asunto iba a ser muy complicado porque toda la zona estaba enrojecida y resultaba dolorosa al tacto. Era el desarrollo tumoral más activo que

jamás hubiera visto.

—Se ha reproducido con mucha rapidez, ¿verdad? —dije.

—Sí, en efecto —contestó el señor Partridge—. Crece a ojos vista.

Se nos planteaba un problema muy serio. No habría posibilidad de extirpar el tumor porque era una masa difusa y sin límites precisos, y yo no hubiera sabido ni por dónde empezar. En caso de que hurgara en él, podría producirse una extensión a los órganos internos y eso sería el final para *Percy*.

—Esta vez es más grave, ¿verdad? —preguntó el hombrecillo, tragando saliva.

—Pues... sí... Me temo que sí.

—¿Se puede hacer algo?

Trataba de encontrar una manera delicada de decirle que no, cuando recordé algo que había leído en el *Veterinary Record* de hacía una semana. Se hablaba en él de una nueva sustancia llamada estilbestrol que, al parecer, resultaba muy útil en la terapia hormonal de los animales. La parte que a mí me interesaba era una noticia en la que se afirmaba que el fármaco resultaba útil en el tratamiento del cáncer de próstata humano. Quién sabe, pensé...

—Hay una cosa que me gustaría probar —dije, animándome súbitamente—. No puedo garantizarle nada, claro, porque se trata de un medicamento nuevo, pero ya veremos que ocurre después de una o dos semanas de tratamiento.

—Se lo agradezco mucho, señor Herriot —contestó el señor Partridge, agarrándose con desesperación a aquella cuerda salvavidas.

Llamé a May y Baker's y me enviaron inmediatamente el estilbestrol.

Le inyecté a *Percy* 10 miligramos de la oleosa suspensión y le receté una toma diaria de comprimidos de 10 miligramos. Eran dosis muy altas para un perrito, pero, dada la situación, me parecieron justificadas. Después, esperé.

Durante aproximadamente una semana, el tumor siguió creciendo, y yo estaba a punto de suspender el tratamiento cuando observé que se producía una pausa de varios días de duración. Aún no estaba muy seguro, pero, al cabo de unos días, comprobé, sin asomo de duda, que el desarrollo del tumor se había interrumpido. Aún no podía lanzar las campanas al vuelo porque podía ocurrir cualquier cosa, pero, por lo menos, el tratamiento había detenido el avance del mal.

El artista salió con renovados bríos a la calle y, cada vez que pasaba por delante de la ventana del consultorio, me señalaba alegremente al perrito blanco que trotaba a su lado. Pobre señor Partridge. Se encontraba en la cresta de la ola porque ignoraba que estaba a punto de iniciarse la segunda y más siniestra fase de su martirio.

Al principio, ni yo ni nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Lo único que vimos es que, de repente, Trengate se llenó de perros procedentes de otros puntos de la ciudad y que normalmente no solían aparecer por allí: perros grandes y chicos, peludos bastardos y elegantes aristócratas que vagaban aparentemente sin rumbo hasta que, por fin, nos dimos cuenta de que el foco de su atención era la casa del señor Partridge.

Una mañana, mientras contemplaba la escena desde la ventana del dormitorio, lo comprendí todo con absoluta claridad. Iban tras *Percy*. Por una extraña razón, este había adquirido los hábitos de una perra en celo. Bajé corriendo al consultorio y saqué mi libro de patología. Sí, allí estaba. El tumor celular de Sertoli despertaba, a veces, el interés sexual de otros perros machos. Pero ¿por qué ocurría ahora que el tumor se iba reduciendo y no cuando estaba en pleno desarrollo? ¿Sería acaso el estilbestrol? Al parecer, el nuevo fármaco tenía efectos feminizantes, pero no era posible que los tuviera hasta aquel extremo.

Fuera cual fuese la causa, *Percy* se encontraba sometido a asedio y, en cuanto empezó a correrse la voz, aumentó el número de pretendientes entre los cuales figuraban varios perros de las cercanas alquerías; un gran danés procedente de Houlton e incluso *Magnus*, el pequeño dachshund de la Asociación de Ganaderos. La cola empezaba a formarse al romper el alba y, a las diez de la mañana, casi bloqueaba la calle. Aparte de los habituales, también se incorporaban al grupo los visitantes caninos ocasionales; todos ellos sacaban la lengua fuera, meneaban la cola y ponían la misma cara de estúpidos que los demás. Porque, a pesar de lo heterogéneo del grupo, todos se sentían unidos por la alegre camaradería de la lujuria.

La tensión en que vivía el señor Partridge debía de ser casi insoportable. A veces, yo observaba las gruesas gafas contemplando tristemente a la perruna muchedumbre a través de la ventana, pero, en general, el señor Partridge procuraba no perder la calma y se entretenía pintando en su caballete como si ignorara que todas aquellas malvadas criaturas de la calle tenían aviesas intenciones con respecto a su tesoro.

Raras veces perdía los estribos. En una de tales ocasiones, le vi blandir un bastón y lanzar unos gritos que debieron de oírse por todo el condado de York.

—¡Largo de aquí, malditos bicharracos del demonio! ¡Largo de aquí, he dicho!

Hubiera podido ahorrarse el esfuerzo porque los perros se desperdigaron unos segundos antes de congregarse de nuevo para seguir montando guardia.

Me compadecí del señor Partridge, pero no podía hacer nada. Mi principal interés se centraba en la reducción del tumor, aunque debo reconocer que observaba asimismo con morbosa curiosidad el desarrollo de los acontecimientos que tenían lugar en la calle.

Los paseos de *Percy* estaban cuajados de peligros. El señor Partridge tomaba siempre el bastón antes de salir de casa y mantenía a *Percy* sujeto con la correa muy corta; pero, aun así, sus precauciones resultaban inútiles porque las embrutecidas criaturas, locas de pasión, se abalanzaban sobre el animalito mientras el artista golpeaba en vano con el bastón los peludos lomos y trataba de alejarles con sus gritos. La humillante procesión continuaba normalmente hasta la plaza del mercado, entre las risas generales de los viandantes.

A la hora del almuerzo, casi todos los perros hacían una pausa y, al caer la noche se iban a dormir a sus casas, pero había un pequeño spaniel marrón que, con admirable persistencia, jamás abandonaba su puesto. Creo que debió de pasarse dos

semanas sin probar bocado porque se quedó prácticamente en los huesos; y creo que se hubiera muerto de inanición si Helen no le hubiera llevado un poco de carne cuando le veía temblando acurrucado junto a la puerta en la fría oscuridad de la noche. Sé que se quedaba allí toda la noche porque, de vez en cuando, un agudo aullido me despertaba a altas horas del amanecer, lo cual me inducía a pensar que el señor Partridge había dado en el blanco, arrojándole algún objeto contundente desde la ventana de su dormitorio. Pero daba igual; él seguía vigilando impertérito.

Ignoro cómo hubiera podido resistir el acoso el señor Partridge si la situación se hubiera prolongado indefinidamente. Creo que, al fin, hubiera perdido la razón. Afortunadamente, la pesadilla ya tocaba a su fin. En cuanto el estado de *Percy* empezó a mejorar, la muchedumbre canina se dispersó y, un día, el perrito marrón abandonó a regañadientes su puesto y regresó a su desconocido domicilio.

Fue el día en que examiné a *Percy* por última vez. Me llené de satisfacción mientras pellizcaba un pliegue de piel escrotal.

—Aquí ya no hay nada, señor Partridge. Ni siquiera engrosamiento. Nada en absoluto.

—¡Sí, es como un milagro, verdad! —exclamó el hombrecillo, asintiendo muy contento—. Le agradezco mucho todo lo que ha hecho. Estaba extraordinariamente preocupado.

—Ya me lo imagino. Ha pasado usted muy malos ratos, pero yo le aseguro que me alegro tanto como usted. El hecho de que un experimento como este dé resultado constituye una de las mayores satisfacciones que se reciben en el ejercicio de nuestra profesión.

En los años sucesivos, cuando perro y amo pasaban por delante de nuestra ventana —el señor Partridge con toda su dignidad recuperada, y *Percy* tan chulo y orgulloso como siempre—, yo pensaba a menudo en aquel curioso interludio.

¿De verdad redujo el estilbestrol el tumor, o desapareció por sí solo? ¿Y los extraños sucesos que ocurrieron se debieron al tratamiento, a la enfermedad o a ambas cosas a la vez?

Nunca supe la respuesta, pero del resultado sí estuve completamente seguro. Aquel terrible tumor ya nunca volvió a aparecer... y los perros tampoco.

Muchos veterinarios y médicos de todo el mundo se han puesto en contacto conmigo a propósito de este caso de cáncer de testículo en la esperanza de que yo pueda ayudarles a resolver casos similares. Por desgracia, tengo que señalar que el estilbestrol no siempre da resultado. Me alegro de que surtiera efecto en el caso de *Percy*, después de aquel angustioso ataque de perra en celo. El recuerdo de aquella cola de perros frente a la casa del señor Partridge me ofrece la ocasión de subrayar que raras veces se contempla este espectáculo en nuestras ciudades actuales. Estas amorosas reuniones solían ser muy frecuentes hace años, pero ahora ya casi se han olvidado. Ello se debe en parte a la extirpación de los ovarios de las perras que ahora

se practica en gran escala, y a las inyecciones y tabletas que pueden suprimir o evitar los períodos de celo. Muchas personas prefieren a las perras como animales domésticos, aunque siempre existe este inconveniente que ahora se puede superar felizmente sin ninguna dificultad.



15 Granville Bennett

Aquel era un trabajo más propio de Granville Bennett. A mí me gustaba practicar la cirugía animal y, poco a poco, lo iba haciendo cada vez más, pero aquel caso me asustaba. Se trataba de una perra spaniel de doce años en las últimas fases de piometritis; el pus se le derramaba desde la vulva sobre la mesa de operaciones, tenía una temperatura de cuarenta y dos grados, jadeaba, temblaba y tenía insuficiencia valvular, tal como lo comprobé cuando le apliqué el estetoscopio al tórax y la ausculté. Un corazón enfermo acababa de empeorarlo todo.

—Bebe mucha agua, ¿verdad? —pregunté.

La anciana señora Barker estrujó nerviosamente las asas del bolso de la compra.

—No para de beber. En cambio, no come nada... Lleva cuatro días sin probar bocado.

—Pues no sé —dije, guardándome el estetoscopio en un bolsillo—. Hubiera tenido que traerla mucho antes. Seguramente, hacía varias semanas que está enferma.

—Bueno, no exactamente enferma sino un poco indispuesta. Pensé que no debía de ser nada serio porque no perdía el apetito.

Guardé silencio unos instantes. Lamentaba inquietar a la señora, pero no tenía más remedio que decírselo.

—Me temo que se trata de algo bastante grave, señora Barker. La situación ya viene de lejos. Es cosa de la matriz, ¿comprende? Y solo se podrá curar operando.

—¿Se la querrá hacer usted mismo, por favor? —preguntó la anciana con labios temblorosos.

—Me gustaría hacerlo, pero se presentan ciertas dificultades —contesté, rodeando la mesa para apoyar una mano sobre su hombro—. La perra no se encuentra en buenas condiciones y tiene doce años. La verdad es que se trata de una operación de alto riesgo. Me gustaría llevarla al Hospital Veterinario de Hartington para que la operara allí el señor Bennett.

—Muy bien —dijo la señora Barker, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. No me importa lo que cueste.

—Procuraremos ajustar los honorarios al máximo —acompañé a mi cliente hasta la puerta—. Déjela conmigo... Yo la cuidaré, no se preocupe. Por cierto, ¿cómo se llama?

—*Dinah* —contestó la anciana con la voz ronca por la emoción mientras miraba hacia el fondo del pasillo.

Me dirigí al teléfono. Hace treinta años, los veterinarios rurales tenían que recurrir a los expertos en animales de compañía cuando se presentaba algún caso difícil. En la actualidad, es distinto porque tenemos una práctica más variada. En Darrowby, por ejemplo, disponemos ahora de todo el personal y del equipo necesarios para abordar cualquier tipo de intervención quirúrgica en pequeños animales. Había oído decir que, tarde o temprano, todos los veterinarios

especializados en grandes animales tenían que pedir auxilio a Granville Bennett, y ahora me tocaba el turno a mí.

—Oiga, ¿el señor Bennett, por favor?

—Yo mismo —contestó una afable y sonora voz.

—Le habla Herriot. Trabajo con Farnon, en Darrowby.

—¡Ah, sí! He oído hablar mucho de usted, joven.

—Ya... Muchas gracias. Verá, es que tengo un caso un poco delicado. Quisiera preguntarle si accedería a hacerse cargo de él.

—Estaré encantado, muchacho. ¿De qué se trata?

—De un piometrio en fase avanzada.

—¡Magnífico!

—La perra tiene doce años.

—¡Espléndido!

—Y la infección es muy seria.

—¡Excelente!

—Tiene el corazón hecho polvo.

—¡Bien, pero que muy bien! ¿Cuándo me la va a traer?

—Esta tarde, si a usted le parece bien. A eso de las ocho.

—Una hora estupenda, muchacho. Hasta luego.

Hartington era una ciudad bastante grande —unos 200 000 habitantes— pero, cuando llegué al centro, apenas había tráfico y solo circulaba algún que otro automóvil por delante de los escaparates de las tiendas. Confiaba en que mi viaje de cuarenta kilómetros mereciera la pena. Tendida sobre una manta, en el asiento trasero, *Dinah* me miraba como si todo le importara un pimiento. Me volví a contemplar la cabeza caída sobre el borde del asiento, el blanco hocico y las cataratas oculares con su pálido brillo. Se la veía muy vieja. Tal vez perdía el tiempo depositando tanta confianza en la fama de aquel hombre.

Granville Bennett se había convertido en una leyenda en el norte de Inglaterra. En aquellos tiempos en que la especialización era casi desconocida, él se había entregado en cuerpo y alma a la atención de animales de compañía —nunca atendió al ganado de las granjas— y estableció nuevas pautas y nuevos procedimientos en su hospital de animales, regido según unos principios lo más cercanos posible a los de los hospitales humanos. Por aquel entonces, era frecuente que los cirujanos veterinarios se burlaran de la atención sanitaria dispensada a gatos y perros. Muchos de ellos, cuya vida había transcurrido entre los caballos de tiro de la ciudad y del campo, comentaban en tono despectivo: «Bah, yo no tengo tiempo para estas cosas». Bennett decidió ir contracorriente.

El Hospital Veterinario era un alargado edificio situado en el fondo de una céntrica calle. Entré con mi vehículo en el patio y llamé a la puerta de la esquina. Me dedicaba a observar el contraste que había entre un reluciente Bentley y mi viejo Austin cuando me abrió la puerta una agraciada recepcionista.

—Buenas tardes —me dijo dirigiéndome una radiante sonrisa que bien hubiera merecido un incremento de la factura—. Pase, por favor. El señor Bennett le está aguardando.

Me acompañó a una sala de espera en la que había una mesita llena de revistas y flores y una impresionante serie de fotografías de gatos y perros en las paredes..., tomadas según me dijeron más tarde, por el propio director del hospital. Mientras contemplaba detenidamente un soberbio estudio de dos caniches blancos, oí unas pisadas a mi espalda. Me di la vuelta y vi por primera vez a Granville Bennett.

Su figura parecía llenar toda la estancia, no por la estatura sino por la corpulencia. Es gordo, pensé al principio; pero, cuando se acercó, me pareció que el tejido que lo integraba no estaba distribuido como la grasa. No era fofo y no presentaba protuberancias en ninguna parte. Era, sencillamente un hombre sólido, vigoroso y fuerte. En el centro del simpático y mofletudo rostro destacaba la pipa más reluciente y llamativa que yo jamás hubiera visto, de la cual se escapaban unas deliciosas volutas de humo carísimo. Era una pipa enorme que hubiera resultado ridícula en un hombre menos voluminoso. A él, en cambio, le sentaba de maravilla. Lo que más me llamó la atención, por último, fue su traje oscuro de corte impecable y el brillo de los gemelos de su camisa cuando amablemente me tendió una mano.

—¡James Herriot! —exclamó, con el tono que otro hubiera podido emplear para decir «Winston Churchill» o «Stanley Matthews».

—En efecto.

—Bueno, muy bien. Le llaman Jim, ¿verdad?

—Generalmente, sí.

—Estupendo. Se lo tenemos todo a punto, Jim. Las chicas ya le esperan en la sala de operaciones.

—Es usted muy amable, señor Bennett.

—¡Granville, por favor, Granville! —me dijo, tomándome de un brazo mientras me acompañaba a la sala de quirófano. *Dinah* ya estaba allí, mirándome con expresión aturdida. Le habían inyectado un sedante y su cabeza se bamboleaba de un lado para otro. Bennett se inclinó hacia ella y la examinó rápidamente.

—Bien, vamos allá.

Las dos chicas se pusieron en marcha como los engranajes de una máquina perfecta. Bennett tenía un considerable número de auxiliares no profesionales y aquellas enfermeras de animales, ambas, por cierto, muy atractivas, sabían muy bien lo que se llevaban entre manos. Mientras una de ellas acercaba el carrito de la anestesia y el instrumental, la otra tomó hábilmente una pata anterior de *Dinah* por encima del codo, levantó la vena radial ejerciendo presión y rasuró y desinfectó la zona en un santiamén.

El corpulento veterinario se inclinó sobre la perra teniendo una jeringa en una mano y le introdujo la aguja en la vena sin hacer el menor esfuerzo.

—Pentotal —me explicó, mientras *Dinah* perdía rápidamente el conocimiento

sobre la mesa.

Era uno de los nuevos anestésicos de breve efecto que yo jamás había utilizado.

Bennett se lavó las manos y se puso una bata y un gorro esterilizados. Entre tanto, las chicas colocaron a *Dinah* boca arriba y la sujetaron con unas correas a unas anillas del quirófano. Después le aplicaron una máscara de éter y oxígeno a la cara y rasuraron y, desinfectaron la zona en la que debía efectuarse la intervención. El gigantón regresó justo a tiempo para que le colocaran el bisturí en una mano.

Con insólita rapidez, practicó una incisión en la piel y las capas musculares y, cuando atravesó el peritoneo, aparecieron los cuernos del útero que, en condiciones normales, hubieran sido dos finas cintas rosadas, pero que, en aquel caso, asomaban por la herida como dos globos gemelos, hinchados y llenos de pus. No era de extrañar que *Dinah* se encontrara mal.

Los gordezuelos dedos trabajaron hábilmente alrededor de la masa, ligaron los vasos sanguíneos de los ovarios y el cuerpo uterino y después lo extirparon todo y lo arrojaron a una palangana esmaltada. Hasta que no empezó a suturar, no me percaté de que la operación ya casi había terminado, pese a que solo llevaba unos minutos junto al quirófano. Todo hubiera podido parecer un juego de niños a no ser por las bruscas órdenes que, Bennett de vez en cuando, daba a las enfermeras, señal evidente de la intensa concentración a la que estaba sometido.

Mientras le observaba trabajar bajo el cegador brillo de la lámpara, rodeado por aquellas paredes de azulejos blancos y con las hileras de relucientes instrumentos brillando a su lado, se me ocurrió pensar con emoción que aquello era lo que yo siempre quise hacer. Mis sueños, cuando decidí estudiar veterinaria, eran precisamente aquellos. Y, sin embargo, yo era más bien un tosco médico de vacas o tal vez un médico de granja, pero, desde luego, algo muy distinto de lo que había soñado al principio. La escena que estaba contemplando se encontraba a años luz de las coces y de los golpes, del sudor y del estiércol que eran mi pan de cada día. Pese a todo, no lo lamentaba; la existencia que me había tocado en suerte vivir me llenaba por completo. Llegué a la conclusión de que prefería pasarme la vida recorriendo los caminos campestres antes que trabajar en un quirófano.

De todas formas, nunca hubiera podido llegar a ser un Bennett. No creo que jamás hubiera podido igualar su técnica y, por si fuera poco, todo ello llevaba aparejadas una serie de cosas como sentido comercial, previsión y ambición, de las que yo carecía por completo.

Mi colega ya había terminado la intervención y estaba colocando un gota a gota salino. Tras introducir la aguja en la vena, se volvió a mirarme.

—Ya estamos listos, Jim. Ahora, todo depende de cómo se porte la moza.

Abandonó conmigo la estancia y yo pensé en lo agradable que debía de ser terminar la tarea y marcharse sin más preocupaciones. En Darrowby, yo hubiera empezado en aquel momento a lavar los instrumentos, limpiar el quirófano y tomar un cubo y una bayeta para fregar el suelo. Aquello era mucho mejor.

Ya en la sala de espera, Bennett volvió a ponerse la chaqueta y sacó de un bolsillo la inmensa pipa que examinó con cierta inquietud, como si temiera que los ratones la hubieran roído durante su ausencia. No quedó totalmente satisfecho del examen porque sacó un suave paño de color amarillo y empezó a frotar la pipa de raíz de brezo con profunda concentración. Luego la sostuvo en alto, moviéndola despacio de uno a otro lado mientras sus ojos contemplaban extasiados el juego de la luz sobre la fina textura. Al final, sacó una bolsa de gigantescas proporciones, llenó la pipa, aplicó reverentemente una cerilla y cerró los ojos mientras la fragante bruma se le escapaba de los labios.

—Este tabaco huele estupendamente —comenté—. ¿De qué marca es?

—Navy Cut De Luxe —contestó Bennett, volviendo a cerrar los ojos—. Me gusta tanto que de buena gana me comería el humo.

—Yo uso el Navy Cut normal —dije, riéndome.

—No lo haga, joven, no lo haga —me miró con cara de Buda compasivo—. El bueno es ese. Denso..., oloroso... —Su mano hizo un lánguido movimiento en el aire—. Tome, llévese un poco.

Abrió un cajón y vi un surtido digno del mejor estanco: innumerables latas, pipas, limpiadores, ensanchadores y paños para sacar brillo.

—Pruébalo —me dijo—, y ya me dirá si no tengo razón.

Contemplé la lata que Bennett acababa de depositar en mi mano.

—No puedo aceptarlo. ¡Es una lata de cien gramos!

—Tonterías, muchacho. Guárdese la en el bolsillo. —Después, Bennett cambió bruscamente de tema—. Ahora supongo que querrá quedarse hasta que la vieja *Dinah* despierte de la anestesia. ¿Vamos a tomarnos una cerveza en unos segundos? Soy socio de un estupendo pequeño club situado en la acera de enfrente.

—Me parece muy bien.

Se movía con asombrosa agilidad para ser un hombre tan corpulento, y tuve que apretar el paso cuando salió del hospital y cruzó la calle en dirección a un edificio que se encontraba al otro lado de la calle.

En el club se respiraba una atmósfera de masculina comodidad. Varios socios de próspera apariencia saludaron efusivamente a Bennett mientras el camarero le dirigía una obsequiosa sonrisa.

—Dos cañas, Fred —musitó Bennett con aire ausente.

Nos sirvieron con sorprendente rapidez. Mi colega apuró la jarra de un solo trago y me miró.

—¿Otra, Jim?

Yo apenas había tomado un sorbo.

—De acuerdo, pero déjeme que esta vez invite yo —contesté, tragándome a toda prisa la amarga cerveza.

—No es posible, joven. Solo los socios pueden pedir bebidas —dijo, mirándome

con amable severidad—. Otra de lo mismo, Fred.

Tenía dos jarras frente a mí y, haciendo un supremo esfuerzo, conseguí terminarme la primera. Jadeando levemente, iba a enfrentarme con la segunda cuando vi por el rabillo del ojo que Bennett ya estaba a punto de apurar su segunda jarra.

—Va usted muy despacio, Jim —me dijo, sonriendo con indulgencia—. Otra ronda, Fred.

Observé, alarmado, cómo el camarero llenaba las jarras mientras yo me aprestaba a beber la segunda. Conseguí tragármela de golpe y, respirando afanosamente, extendí la mano hacia la tercera.

—Nos vamos a tomar otra para el camino, Jim —dijo Bennett como el que no quiere la cosa—. Si eres tan amable, Fred...

Era ridículo, pero no quería parecer un blandengue. Casi al borde de la desesperación, levanté la tercera jarra y tomé un sorbo. Al terminar, estuve a punto de desplomarme sobre el mostrador. Tenía el estómago enormemente dilatado y la frente, empapada de sudor. Fue entonces cuando mi colega empezó a desplazarse hacia la salida.

—Ya es hora de que nos vayamos, Jim —me dijo—. Termine de beber la cerveza.

Es curioso lo que puede llegar a soportar el cuerpo humano cuando es puesto a prueba. Hubiera apostado cualquier cosa a que no sería capaz de beberme aquella cuarta jarra de cerveza sin antes haber descansado por lo menos media hora, y a ser posible en posición prona; y, sin embargo, mientras Bennett golpeaba impacientemente el suelo con un zapato, me fui metiendo poco a poco la cerveza en la boca y noté que esta me envolvía las muelas posteriores antes de desaparecer prodigiosamente por la garganta. Creo que la tortura del agua era una de las preferidas de la Inquisición española. En aquel momento, y a medida que aumentaba la presión que sentía en el estómago, comprendí lo que debieron sufrir aquellas víctimas.

Cuando, por fin, posé la jarra sobre el mostrador y me alejé de la barra, mi corpulento colega ya me esperaba en la puerta. Una vez en la calle, me rodeó los hombros con un brazo.

—La vieja spaniel aún no habrá despertado de la anestesia —dijo—. Pasaremos un momento por mi casa y nos tomaremos un bocado... Tengo un poco de apetito.

Hundido en el cómodo asiento del Bentley, observé cómo los escaparates de las tiendas cedían su lugar a la oscuridad de la campiña mientras me sostenía el abultado abdomen con los brazos. Nos detuvimos frente a una hermosa casa de piedra gris, en una típica aldea del condado de York, y Bennett me hizo pasar al interior.

—Póngase cómodo, muchacho —me dijo, indicándome un sillón de cuero—. Zoe no está en este momento, pero ya prepararé algo yo mismo.

Le oí trajinar en la cocina y, al cabo de unos segundos, volvió con un cuenco muy hondo que colocó sobre una mesa que había a mi lado.

—¿Sabe, Jim? —dijo, frotándose las manos—. Después de la cerveza, no hay

nada mejor que unas cebollas en vinagre.

Eché un temeroso vistazo al cuenco. Todo cuanto rodeaba a aquel hombre era descomunal, incluso las cebollas. Eran más grandes que unas pelotas de golf, relucientes y de un color blanco pardusco.

—Muchas gracias, señor Ben... Granville.

Tomé una, la sostuve entre el pulgar y el índice y la miré con impotencia. Aún no había empezado a digerir la cerveza y la idea de zamparme aquella hortaliza tan fuerte se me antojaba impensable.

Granville extendió una mano hacia el cuenco, se introdujo una cebolla en la boca, la masticó en un abrir y cerrar de ojos, se la tragó e hincó el diente en una segunda.

—Está buenísima. ¿Sabe una cosa? Mi mujercita es una cocinera estupenda. Hace las cebollas en vinagre mejor que nadie.

Sin dejar de masticar, se dirigió a un aparador y buscó por un instante. Después, colocó en mi mano un vaso de cristal tallado que contenía dos tercios de excelente *whisky*. No pude decir nada porque ya me había metido la cebolla en la boca. Al morderla con decisión, las volátiles vaharadas me penetraron en los conductos nasales y me provocaron un acceso de tos. Tomé un sorbo de *whisky* y miré a Granville, con los ojos llenos de lágrimas.

Este me ofreció otra cebolla y, al ver que la rechazaba, la miró casi ofendido.

—Es raro que no le gusten, siempre pensé que Zoe las hacía muy bien.

—Se equivoca, Granville, son exquisitas. Pero es que aún no me he terminado la primera.

Sin decir nada, Bennett clavó los ojos en el cuenco. Comprendí que no tenía escapatoria posible y lentamente tomé otra cebolla.

Inmensamente satisfecho, Granville corrió a la cocina y, esta vez, regresó trayendo un enorme *rosbif*, una barra de pan, mantequilla y mostaza.

—Creo que un buen bocadillo de *rosbif* nos sentaría estupendamente, Jim —musitó mientras afilaba el cuchillo de trincar con un cilindro de acero.

En aquel instante, observó que tenía el vaso de *whisky* casi intacto.

—¡Vamos, vamos! —me dijo con cierta aspereza—. Apenas ha bebido un trago —me observó con benevolencia mientras apuraba el vaso que enseguida me volvió a llenar—. Así está mejor. Y tome otra cebolla.

Estiré las piernas y apoyé la cabeza en el respaldo del sillón en un intento de aliviar la turbulencia interna. Mi estómago era un lago de lava volcánica que burbujeaba violentamente en su cráter cada vez que me tragaba un trozo de cebolla. Cada sorbo de *whisky* me producía una tremenda reacción. Mientras contemplaba a Granville, una oleada de náuseas me recorrió de arriba abajo. Estaba trinchando el *rosbif*. Cortaba unas tajadas de casi tres centímetros de grosor, las cubría de mostaza y las encerraba en rebanadas de pan. El montón crecía sin cesar y él se tomaba de vez en cuando una cebolla para entretenerse.

—Bueno, muchacho —exclamó al fin, colocando junto a mi cojín un plato lleno a

rebosar—. Ya puede empezar a comer.

Después, tomó una ración para él y se hundió en otro sillón, lanzando un suspiro.

Se metió en la boca un bocado pantagruélico y habló mientras masticaba.

—¿Sabe, Jim? Esa es una de las cosas que más me gustan... Un pisco-labis. Zoe me deja siempre muy bien abastecido cuando se va —se tragó unos centímetros más de bocadillo—. Y, aunque me esté mal el decirlo, esto está riquísimo, ¿no le parece?

—En efecto.

Irguiendo los hombros, tragué sin pensar y contuve el aliento mientras un cuerpo extraño bajaba hacia el torbellino de mi estómago.

Se oyó el rumor de la puerta principal.

—Ah, debe de ser Zoe —dijo Granville; estaba a punto de levantarse cuando irrumpió en la estancia un bull terrier de Staffordshire tremendamente gordo que, avanzó despaciosamente sobre la alfombra y le saltó a las rodillas—. ¡*Phoebles* querido, ven aquí con papá! —le dijo su amo—. ¿Has dado un buen paseo con mamá?

El staffordshire fue seguido de cerca por una yorkshire, que también fue efusivamente acogida por Granville.

—¡Hola, *Victoria*, cariño!

La perrita yorkshire, que tenía una cara muy risueña, no saltó sobre las rodillas de su dueño, sino que se limitó a sentarse a sus pies, mostrándole los dientes con afecto para ganarse su favor.

Sonreí en medio de mi dolor. Acababa de derrumbarse otro mito: el de que los veterinarios especializados en animales de compañía no aman a los perros. El hombretón estaba haciendo arrumacos a los dos animalitos. El hecho de que llamara a *Phoebe* con el diminutivo de *Phoebles* resultaba sintomático.

Oí unas ligeras pisadas en el recibidor y levanté los ojos, expectante. Ya me había formado una imagen de cómo debía de ser la esposa de Granville: domesticada, fiel y hogareña; muchos hombres dinámicos tenían mujeres de este tipo, esclavas voluntarias que se conformaban con ocupar un segundo plano en la sombra. Esperaba, de un momento a otro, la aparición de una sencilla ama de casa.

Cuando se abrió la puerta, por poco se me cae el enorme bocadillo de las manos. Zoe Bennett era una belleza extraordinaria, una de esas mujeres que hacen volver la cabeza a los hombres. Tenía una mata de suave cabello castaño, unos ojazos verde grises y una figura esbelta, pero no delgada, envuelta en un elegante vestido de *tweed*. Poseía, además, una luz interior que me hizo desear de repente ser más apuesto de lo que era o, por lo menos, ofrecer un aspecto más aceptable.

Me di cuenta de golpe de que llevaba los zapatos sucios y de que mi chaqueta y mis pantalones de pana resultaban totalmente fuera de lugar allí. No me había tomado la molestia de cambiarme y me fui directamente con mi ropa de trabajo, la cual era muy distinta de la de Granville, porque yo no hubiera podido recorrer las granjas con un traje como el suyo.

—¡Amor mío! —exclamó Granville mientras ella se inclinaba para darle un beso —. Deja que te presente a Jim Herriot, de Darrowby.

Los bellos ojos me miraron con simpatía.

—Mucho gusto, señor Herriot.

Parecía tan contenta de verme como su marido y experimenté, una vez más, el desesperado deseo de ofrecer un aspecto más presentable, de ir mejor peinado y de no tener la creciente convicción de que iba a estallar en pedazos de un momento a otro.

—Me voy a tomar una taza de té, señor Herriot. ¿Le apetece a usted también?

—No... no, muchas gracias, pero no, en este momento, no —contesté, retrocediendo involuntariamente.

—Ah, bueno, veo que ya tiene usted uno de estos bocadillos de Granville —dijo ella riéndose mientras se encaminaba hacia la cocina.

Al volver, le entregó un paquete a su marido.

—Hoy he ido de compras, cariño. Te he comprado unas cuantas camisas de esas que tanto te gustan.

—¡Qué amable eres, amor mío! —Granville desgarró ávidamente el papel marrón como un chiquillo y sacó tres elegantes camisas envueltas en celofán—. Son maravillosas, me mimas demasiado, querida. Jim —añadió, volviéndose a mirarme —, estas camisas son fabulosas, le ruego que acepte una —dijo, arrojándome un reluciente paquete sobre las rodillas.

—No, de veras no puedo aceptarlo... —balbucí, sorprendido.

—Pues claro que puede. Quédese con ella.

—Pero, Granville, una camisa... Es demasiado...

—Es una camisa de muy buena calidad —replicó Granville, empezando a ofenderse por segunda vez.

Me di por vencido.

Ambos fueron amabilísimos. Zoe se sentó a mi lado con su taza de té y conversó animadamente conmigo mientras Granville me miraba radiante desde su sillón. Cuando se terminó el último bocadillo, siguió comiendo cebollas.

La proximidad de aquella atractiva mujer era muy agradable, pero también embarazosa. En medio del calor de la estancia, mis pantalones de pana dejaban escapar el inconfundible tufillo de los patios de las granjas en los que transcurría buena parte de mis jornadas. Y, aunque se trataba de uno de mis perfumes preferidos, no cabía duda de que no encajaba en aquel refinado ambiente.

Y lo peor era que se había iniciado en mi interior una serie de musicales murmullos que se oían perfectamente durante las pausas de la conversación. Solo una vez había escuchado yo unos rumores semejantes y fue cuando traté a una vaca aquejada de un fuerte desplazamiento del cuajar. Mis anfitriones simulaban estar sordos incluso cuando solté un explosivo eructo que provocó la alarma de uno de los perrillos. Cuando otro de aquellos vergonzosos borborismos hizo casi vibrar los cristales de las ventanas, consideré llegado el momento de marcharme.

De todos modos, no hacía allí nada de provecho. El alcohol se había apoderado por completo de mí y yo me limitaba a permanecer sentado, con una estúpida sonrisa en el rostro, en contraste con Granville, que estaba exactamente igual que cuando le vi por primera vez en el consultorio. El hecho de verle tan dueño de sí mismo y con su impresionante humanidad intacta me resultaba muy duro.

Por consiguiente, con la lata de tabaco en el bolsillo y la camisa bajo el brazo, me despedí de mis amigos.

Al volver al hospital, eché un vistazo a *Dinah*. La vieja perra había superado estupendamente la operación y, levantando la cabeza, me miró con ojos adormilados. El calor era normal y el pulso fuerte. La rapidez y habilidad de mi colega y el gota a gota que le administraron contribuyeron en gran manera a reducir el *shock* de la operación.

Me incliné y le acaricié las orejas.

—¿Sabe, Granville? Estoy seguro de que lo resistirá; saldrá bien.

—Pues claro que sí, muchacho, claro que sí.

No se equivocó. La histerectomía rejuveneció a *Dinah*, la cual vivió todavía muchos años para deleite de su ama. Aquella noche, regresé a casa con la perra tendida en el asiento contiguo y tapada con una manta. Cuando accionaba el cambio de marchas, apoyaba la barbilla en mi mano o bien me la lamía perezosamente. Comprendí que se encontraba en mejor estado que yo.

Fue una ocasión transcendental en mi vida. No solo porque conocí a un hombre extraordinario que me enseñó lo mejor de la cirugía veterinaria, sino porque aquella noche se inició una duradera amistad. Siempre me alegra conocer a algún personaje que se sale de lo común. Estos no abundan demasiado y sé por experiencia que arrojan un brillante rayo de luz en las vidas de los mortales comunes como yo. Granville Bennett era uno de ellos. En otro sentido, también ejerció en mí un efecto devastador, pero mi admiración por él no sufrió menoscabo.



16 Abandonado

Muchas veces se ve a un perro corriendo a lo largo de la carretera, pero aquel tenía algo especial que me indujo a aminorar la marcha para verlo mejor.

Era un animalito marrón que avanzaba en dirección contraria, pero no se limitaba a caminar por la herbosa cuneta, sino que galopaba con toda la fuerza de sus cortas patas, extendiendo la cabeza hacia adelante como si persiguiera algo invisible más allá de la amplia curva que tenía por delante. Al pasar, pude ver sus ojos desorbitados y la lengua colgándole fuera de la boca. Después, le perdí de vista.

Detuve el vehículo y contemplé, a través del espejo retrovisor, cómo la pequeña forma se perdía en la lejanía hasta resultar casi invisible sobre el trasfondo de los tonos pardos y verdes de los páramos de la zona. Volví a poner el vehículo en marcha, pero me costó Dios y ayuda concentrarme en esta tarea porque acababa de ver algo estremecedor: una fugaz, pero intensa impresión de frenético esfuerzo, desesperación y ciego terror. No lograba quitarme la imagen de la cabeza. ¿De dónde procedía aquel perro? No había ninguna granja en el borde del camino en aquella solitaria carretera, y tampoco ningún vehículo aparcado. En cualquier caso, el perro no vagaba sin rumbo, sino que todos sus movimientos denotaban una frenética urgencia.

Era inútil, tenía que averiguarlo. Hice marcha atrás en la carretera sin vallas que discurría entre los brezales y regresé por donde había venido. Tuve que conducir un buen rato antes de alcanzar al animalito que seguía corriendo solo. Al oír el rumor que hacía mi automóvil, se detuvo, miró un instante y reanudó la carrera. Pero el esfuerzo de sus patas me hizo comprender que se encontraba al borde del agotamiento, por lo que me adelanté unos veinte metros, descendí del vehículo y esperé.

No protestó cuando me arrodillé al borde de la carretera y le apresé con cuidado al llegar a mi altura. Era un border terrier. Tras echar un rápido vistazo al automóvil, sus ojos adquirieron una extraña luz mientras contemplaba aterrorizado la carretera desierta.

No llevaba collar, pero se observaba en su cuello un anillo de pelo aplanado, como si se lo hubieran quitado recientemente. Le abrí la boca para examinarle los dientes; era jovencito... Probablemente, tendría unos dos o tres años. Tenía las costillas cubiertas por una capa de grasa, lo cual significaba que no había pasado hambre. Le estaba examinando la piel cuando, de repente, cerró la boca y se puso en tensión al oír acercarse otro vehículo. Por un instante, lo miró esperanzado, pero, al ver que no se detenía, se relajó de nuevo y siguió jadeando.

Conque era eso. Le habían abandonado. En determinado momento, los seres humanos a los que él amaba y en quienes confiaba, habían abierto la portezuela del automóvil, le habían arrojado a un mundo desconocido y prosiguieron alegremente su camino. Empecé a marearme —incluso físicamente—, y una cólera asesina se

apoderó de mí. Me pregunté si aquella gente se habría burlado al ver a la perpleja criatura corriendo en vano en pos del vehículo.

Le acaricié el áspero pelo de la cabeza. Hubiera sido capaz de justificar a cualquier persona que atracara un banco, pero no que cometiera aquella acción.

—Vamos, chico —le dije, tomándolo en mis brazos—, tú te vienes a casa conmigo.

Sam estaba acostumbrado a la presencia de perros desconocidos en nuestro automóvil y husmeó con curiosidad al recién llegado. El terrier se acurrucó temblando a mi lado y yo le acaricié con una mano mientras conducía.

Al llegar a casa, Helen le acercó un cuenco con carne y galletas, pero el animalito no mostró el menor interés por la comida.

—¿Cómo han podido hacer eso? —murmuró Helen—. ¿Y por qué? ¿Qué motivo puede haber?

—Te sorprenderías de los motivos que tiene a veces la gente —contesté, acariciando la cabeza del perro—. A veces, lo hacen porque un perro se vuelve salvaje.

Sin embargo, yo conocía lo suficiente a los perros como para poder interpretar la cálida luz que se ocultaba tras el terror de aquella mirada. Por otra parte, la forma en que el terrier se sometió sin protestar cuando le examiné la boca, le tomé en brazos y lo manoseé, denotaba que era una criatura dócil.

—A veces —añadí—, abandonan a los perros sencillamente porque se cansan de ellos. Los acogen en su casa cuando son unos cachorros encantadores, y pierden el interés cuando crecen. A veces, tienen que pagar el impuesto de tenencia... y esa es razón más que suficiente para que algunas personas se echen a la carretera y abandonen a sus animales domésticos.

No dije más. La lista era muy larga y no quería deprimir a Helen, hablándole de las muchas veces que me había tropezado con aquella situación. Gente que se trasladaba a vivir a otra casa donde no podían tener perros. La llegada de un hijo que reclamaba toda la atención y el afecto de sus progenitores. Algunos perros eran abandonados para ser sustituidos por otros animales domésticos de superior categoría.

Contemplé al pequeño terrier. Tal vez le hubiera ocurrido esto último; tal vez le había suplantado un enorme y deslumbrante pastor alemán, un llamativo saluki. A algunas personas les bastaba con eso para prescindir, sin más, de un vulgar border terrier. Lo había visto muchas veces. El perrillo estaba excesivamente gordo a pesar de su juventud; cuando corría, las patas se le separaban en exceso de los hombros. Otra clave: a lo mejor, se había pasado la vida dentro de casa sin hacer ejercicio.

Por la noche, hicimos lo posible por consolar al terrier, pero él se tendió en el suelo temblando, con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y los ojos cerrados. Solo despertó de su apatía cuando oyó el rumor de un automóvil en la calle. Entonces, levantó la cabeza, enderezó las orejas y prestó atención unos segundos hasta que el vehículo se alejó. Helen le mantuvo sobre su regazo durante casi una

hora, pero él estaba muy triste y no reaccionó a sus caricias ni a sus palabras de consuelo.

Al final, decidí administrarle una dosis de morfina. Cuando nos fuimos a la cama, le dejamos profundamente dormido en el cesto de *Sam*, mientras este se acurrucaba filosóficamente a su lado, sobre la alfombra.

A la mañana siguiente, el perrito aún estaba triste, pero ya tuvo ánimos para mirar a su alrededor y estudiar el ambiente. Cuando subí y le hablé, se tumbó panza arriba, no porque estuviera contento, sino en un gesto casi automático. Me incliné para acariciarle el pecho mientras él me miraba con indiferencia. Me gustaban los perros que se ponían panza arriba de aquella manera. Era un gesto de confianza y denotaba buen carácter.

—Así está mejor, muchacho —le dije—. ¡Vamos, hombre, ánimo un poco!

Por un instante, abrió la boca. Tenía una graciosa cara de monito y, de repente, esbozó una fugaz sonrisa que le confirió un aspecto extraordinariamente atractivo.

—¡Es un perrito muy simpático, Jim! —me dijo Helen a mi espalda—. Es graciosísimo... y podría encariñarme mucho con él.

Sí, ahí estaba lo malo. Y yo también. Podía encariñarme sin hacer el menor esfuerzo con todos los animalitos que pasaban por mis manos; no solo con los abandonados, sino también con los perros que me traían para que les practicara la eutanasia, con la traumática disyuntiva de «a menos que pueda usted encontrarle una casa». Eso me producía un inmenso dolor. Sacrificar a un animal incurablemente enfermo, que sufriera mucho o que fuera muy viejo y ya no tuviera el menor interés por la vida era algo que podía más o menos soportar. A veces, incluso me parecía que les hacía un favor. Sin embargo, cuando el animal en cuestión era joven y sano, yo experimentaba una angustia casi intolerable.

¿Qué puede hacer un veterinario en semejantes circunstancias? ¿Negarse a hacerlo, sabiendo que el propietario puede acercarse a la farmacia y comprar una dosis de veneno? Eso es mucho peor que una humanitaria e indolora dosis de barbitúricos. Lo que no puede hacer un veterinario es quedarse con todos estos animales. Si hubiera cedido a mis impulsos, a estas horas ya tendría un zoo de considerables proporciones.

Este era un problema espantoso que siempre me había inquietado, y ahora tenía una esposa sentimental que me dificultaba doblemente la tarea.

Me volví a mirarla y le dije:

—Helen, no podemos quedarnos con él, ya lo sabes. Un perro en una casa que solo tiene un dormitorio-salón es más que suficiente.

No añadí que probablemente no íbamos a quedarnos mucho tiempo allí; aún no quería comentar el tema.

—Supongo que tienes razón —Helen asintió—. Pero este es uno de los perros más simpáticos que he visto en mucho tiempo. Eso cuando se le pase el miedo, claro. ¿Qué demonios podemos hacer con él?

—En realidad, es un perro vagabundo —contesté, inclinándome para volver a acariciarle el áspero pelaje—. Por consiguiente, tendríamos que llevarle a las perreras de la comisaría de policía. Pero, si no lo reclaman en un plazo de diez días, ya estaremos como al principio —coloqué una mano bajo el cuerpo del terrier y lo sostuve en el cuenco de mi brazo sin que opusiera la menor resistencia. Le gustaba la gente; le gustaba, y confiaba en ella—. Podría intentar colocarlo entre los clientes del consultorio, claro, pero a nadie le gusta quedarse con un perro perdido —reflexioné un instante—. También podría poner un anuncio en el periódico.

—Espera un momento —dijo Helen—. Hablando del periódico... Me parece que hace una semana leí algo sobre un refugio para perros.

La miré, perplejo, y después lo recordé.

—Es verdad. Una enfermera llamada Rose, del hospital de Topley Banks. Le hicieron una entrevista sobre los animales que tenía recogidos. Merecería la pena probarlo —volví a dejar al terrier en el cesto de *Sam*—. Hoy nos quedaremos con este pillastre y, esta noche, cuando termine el trabajo, llamaré a la enfermera Rose.

A la hora del té, comprobé que la situación se nos estaba escapando de las manos. Cuando entré, el perrito se encontraba en el regazo de Helen donde ya debía llevar mucho rato. Por su parte, ella le acariciaba la cabeza con expresión melancólica. Lo malo era que yo también empezaba a ablandarme. Unas frasecitas se insinuaron en mi mente: «A lo mejor, podríamos hacerle un poco de sitio...». «No sería demasiada molestia...». «Quizás si...».

Tendría que actuar con rapidez, de lo contrario, estaría perdido. Tomé el teléfono y marqué el número del hospital. Pronto localizaron a la enfermera Rose, la cual poseía una voz extremadamente amable y simpática. La situación no le parecía insólita y las preguntas que me hizo sobre la edad, el aspecto y el carácter del terrier demostraban bien a las claras que por sus manos habían pasado muchos animales vagabundos.

Oí el rumor de su lápiz mientras tomaba notas.

—Me parece muy bien —me dijo al final—. Es de los que suelen encontrar casa con facilidad. ¿Cuándo me lo traerá?

—Ahora mismo.

Los empañados ojos de Helen cuando me fui con el perro bajo el brazo me decían que era justo el momento de hacerlo.

Mientras me dirigía a la casa de la enfermera, pensé que, si la situación hubiera sido distinta —un futuro resuelto y un hogar como es debido—, aquella pequeña criatura de color marrón tendida en el asiento contiguo, con la ancha boca entreabierta y los inteligentes ojos clavados inquisitivamente en los míos, jamás se hubiera separado de mí. Solo cuando pasaba un automóvil, se incorporaba en el asiento y miraba a través de la ventanilla con expresión anhelante. ¿Podría olvidar alguna vez?

La enfermera Louisa Rose era una hermosa mujer de unos cincuenta y pico de

años y tenía la clase de rostro risueño que yo había imaginado al hablar con ella por teléfono. Extendió una mano y tomó al terrier con el amoroso gesto propio de los amantes de los animales.

—Qué precioso es, ¿verdad? —musitó.

En la parte de atrás de la casa, un moderno edificio en plena campiña, situado a dos pasos del hospital, me acompañó a unas perreras que tenían patios individuales. Casi todas las casetas albergaban un solo perro, pero había una más grande en la que una serie de perros de razas distintas jugaban alegremente sobre la hierba.

—Creo que le vamos a poner aquí —dijo la enfermera—. De esta manera, se animará más fácilmente. Estoy segura de que hará buenas migas con sus compañeros.

Abrió una puerta de la cerca de tela metálica y empujó al animalito hacia adentro. Los demás perros lo rodearon de inmediato e iniciaron la habitual ceremonia de olfatearse y levantar la pata.

La enfermera Rose se frotó la barbilla con una mano y miró, pensativa, al perrillo a través de la alambrada.

—Un nombre, tenemos que buscarle un nombre... Vamos a ver... No..., no..., sí... ¡*Pip*! ¡Le llamaremos *Pip*!

Me miró arqueando las cejas y yo asentí enérgicamente.

—Sí, no cabe la menor duda... Le va que ni pintado. Tiene cara de llamarse *Pip*.

—Yo también lo creo —me dijo la enfermera, sonriendo con picardía—, pero es que ya tengo mucha práctica, ¿sabe usted?, y eso se me da muy bien.

—Y que lo diga. ¿Ha bautizado también a todos estos?

—Pues, claro —me contestó, indicándomelos uno a uno—. Este es *Bingo*, un cachorro que estaba muy mal cuidado. *Y Fergus*... acaba de llegar. Aquel perdiguero tan grande se llama *Griff*... Es el superviviente de un accidente de automóvil en el que perecieron sus amos. Y esta es *Tessa*, gravemente herida cuando la arrojaron de un vehículo en marcha. Detrás está *Sally Anne* que fue la que me indujo a montar este refugio de animales. Estaba preñada y tenía las patas completamente ensangrentadas, lo cual significa que había recorrido muchos kilómetros. La recogí y conseguí encontrar casa para todos sus cachorros, pero ella aún está conmigo. La colocación de los cachorros me permitió entrar en contacto con muchos propietarios de animales de compañía y, sin saber cómo, todo el mundo dio por sentado que me dedicaba a recoger animales. Así empezó todo y ya ve usted el resultado. Pronto tendré que ampliar las instalaciones.

Pip ya no parecía sentirse tan solo. Al finalizar las ceremonias preliminares, se incorporó a un grupo que estaba observando atentamente los forcejeos entre un collie y un labrador cruzado por hacerse con una rama.

—No sabía que tuviera usted tantos perros —dije, echándome a reír—. ¿Cuánto tiempo los guarda aquí?

—Hasta que les encuentro una casa. Algunos se quedan solo un día, otros, durante semanas o meses. Y hay algunos, como *Sally Anne*, que se quedan aquí para

siempre.

—Pero ¿cómo puede darles de comer a todos? Debe de ser muy caro.

—Organizo pequeñas exposiciones caninas, desayunos, rifas, venta de artículos donados, cualquier cosa; pero, a pesar de mis esfuerzos, siempre tengo deudas, aunque consigo apañármelas.

Imaginé que lo conseguía echando mano de sus escasos recursos. A mi alrededor, los perros abandonados y extraviados ladraban y corrían alegremente. Cuando me tropezaba con casos de crueldad y abandono, pensaba con rabia en toda aquella horda de personas capaces de cometer semejantes atrocidades contra las criaturas indefensas que dependían de ellas. Era algo espantoso, pero, afortunadamente, había un ejército en el bando contrario que luchaba con denuedo por los animales, utilizando para ello todo lo que tenían a su alcance: su tiempo, su energía y su dinero.

Contemplé los limpios ojos de la enfermera Rose y la lozanía de su cara lavada. Su entrega al cuidado de los seres humanos, no parecía que pudiera dejar espacio para otra cosa, pero no ocurría así.

—Bueno, le estoy muy agradecido por todo —le dije—. Espero que, alguien se haga cargo muy pronto de *Pip*. Si puedo ayudarla en algo, dígamelo, por favor.

—No se preocupe —me contestó, sonriendo—, estoy segura de que este diablillo no se quedará mucho tiempo aquí. Antes de marcharme, me acerqué a la valla y miré al border terrier. Pensé que se estaba aclimatando muy bien, aunque, de vez en cuando, levantaba los ojos y me miraba con aquella expresión inquisitiva que me partía el corazón. Tuve la sensación de que yo también le abandonaba. Sus propietarios iniciales, después yo y después la enfermera Rose, todo en cuestión de pocos días... Confiaba en que todo fuera para bien.

Me costó mucho trabajo olvidarme de aquel perro y, al cabo de una semana, me presenté en el refugio. La enfermera Rose, enfundada en un impermeable y calzada con botas de caña alta, se dedicaba a llenar los cuencos de la comida en una de las casetas.

—Ha venido a preguntar por *Pip*, supongo —me dijo, posando el cubo—. Se fue ayer. Ya sabía yo que no tendría dificultades con él. Se lo llevó un matrimonio muy simpático. Querían dar cobijo a un animal vagabundo y lo eligieron sin titubear. He tenido una semana muy fructífera —añadió, apartándose el cabello de la frente—. Encontré casas estupendas para *Griff* y *Fergus*.

—Me alegro mucho —dije, haciendo una pausa—. Quería saber si *Pip*... se había ido lejos de aquí.

—Oh, no, está aquí mismo, en Darrowby. Los señores se apellidan Plenderleith... Él es funcionario retirado de la Administración, de bastante rango, según creo, y me ofreció un generoso donativo que yo no esperaba. Han comprado una de aquellas casas tan bonitas de Houlton Road que tiene un precioso jardín donde *Pip* podrá jugar a sus anchas. Por cierto, les facilité su nombre. Estoy segura de que irán a verle.

Me invadió una absurda oleada de placer.

—Vaya, pues, me alegro mucho. Así sabré qué tal está.

No tuve que esperar mucho tiempo. Antes de una semana, abrí la puerta de la sala de espera y vi a un anciano matrimonio y a *Pip* sujeto con una correa recién comprada. El perro se tumbó inmediatamente boca arriba, pero esta vez, su expresión no era de desvalimiento, sino de gozoso abandono. Mientras le acariciaba, observé que lucía también un collar muy caro con una reluciente placa en la que figuraba su nombre, dirección y número de teléfono. Le tomé en brazos y entramos los cuatro en la sala de exploración.

—Bueno, ¿qué le pasa? —pregunté.

—En realidad, nada —contestó el hombre.

Era rechoncho y rubicundo. La severidad de sus ojos y el pulcro traje oscuro estaban perfectamente de acuerdo con la idea que yo tenía de un alto funcionario de la Administración.

—Acabamos de acoger en nuestra casa a este animalito y le agradeceríamos sus consejos. Por cierto, me llamo Plenderleith y tengo el gusto de presentarle a mi esposa.

La señora Plenderleith tenía, asimismo una figura rechoncha, pero se la veía más jovial y no parecía tan seria como su marido.

—En primer lugar —añadió el hombre—, me gustaría que le hiciera un examen a fondo.

Ya lo había hecho, pero lo repetí, aunque *Pip* me dificultaba la labor, poniéndose panza arriba cada vez que le aplicaba el estetoscopio al pecho. Mientras le tomaba la temperatura, observé que el señor Plenderleith le acariciaba el lomo una y otra vez y que su esposa, mirando por encima de su hombro, trataba de tranquilizar al perrito por medio de cariñosos gestos.

—Está completamente sano —anuncié al terminar.

—Espléndido —dijo el hombre—. Y... ¿esta señal marrón que tiene en el vientre? —añadió en un tono levemente preocupado.

—Es una simple mancha de pigmento. No es nada, esté tranquilo.

—Bueno, pues, muy bien —el señor Plenderleith carraspeó—. Debo confesarle, señor Herriot, que mi esposa y yo no hemos tenido nunca ningún animal. Quiero hacer bien las cosas y, para ello, he decidido estudiar concienzudamente la materia y me acabo de comprar unos cuantos libros sobre el tema —se sacó de debajo del brazo varios relucientes volúmenes. *El cuidado del perro*, *La atención sanitaria del perro* y, finalmente, *El border terrier*.

—Es una buena idea —contesté.

Normalmente, no me hubiera gustado aquel impresionante arsenal, pero, en aquel caso, me pareció oportuno. Estaba seguro de que *Pip* sería muy feliz.

—Estas lecturas me han enseñado muchas cosas —prosiguió diciendo el señor Plenderleith—. Creo que sería conveniente vacunarle contra el moquillo. Como usted sabe, es un perro abandonado y, por consiguiente, no hay forma de averiguar si ya lo

hicieron.

—Me parece muy bien —dije, asintiendo—. En realidad, yo mismo se lo pensaba sugerir.

Tomé una ampolla de la vacuna y empecé a llenar una jeringa.

Pip estaba más tranquilo que sus dueños cuando le inyecté suavemente el contenido por vía subcutánea. El señor Plenderleith, con una expresión de profunda inquietud en el rostro, acarició repetidamente la cabeza del perro, mientras su mujer daba palmadas de aliento a los cuartos traseros del animal, invitándole a ser valiente.

Cuando retiré la aguja, el señor Plenderleith lanzó un suspiro de alivio y reanudó sus investigaciones.

—Vamos a ver —dijo, poniéndose las gafas. Sacó un bolígrafo de oro y abrió un cuaderno de notas encuadernado en cuero en el que pude ver una larga lista de notas pulcramente escritas—. Tengo unas preguntas que hacerle.

Y vaya si las tenía. Me interrogó largo y tendido sobre la alimentación del perro, el ejercicio, la conveniencia de los cestos de mimbre o las camas de estructura metálica y los síntomas más destacados de las dolencias habituales, comentando a menudo los datos de sus libros.

—Aquí tengo una nota sobre la página ciento cuarenta y tres, línea nueve. Dice que...

Le contesté pacientemente, con los codos apoyados sobre la mesa. Tenía una larga lista de visitas que tenía que hacer a distintas granjas, algunas de ellas muy urgentes, pero, aun así, le escuché con interés. Esperaba que el animalito encontrara unos amos considerados y responsables, y aquellas personas le irían como anillo al dedo.

Por fin, el señor Plenderleith guardó el bloc de notas y el bolígrafo y se quitó las gafas con precisos y pausados movimientos.

—Una de las razones que me impulsaron a tener un perro, señor Herriot —añadió— fue la necesidad de hacer ejercicio. ¿No le parece una buena idea?

—Desde luego. Uno de los medios más sencillos para mantenerse en forma es tener un animalito tan bullicioso como este. Hay que sacarle a pasear. Piense en los deliciosos caminos cubiertos de hierba que podrá recorrer en las colinas de los alrededores. Los domingos por la tarde, cuando la gente se quede dormida en sus sillones bajo el periódico, usted estará por estas peñas, tanto si llueve como si luce el sol.

El señor Plenderleith enderezó la espalda y proyectó la mandíbula hacia adelante como si ya se imaginara batallando contra la ventisca.

—Y otra cosa, se le quitará un poco todo eso que tiene aquí —terció su mujer, dándole unas irreverentes palmadas en el abultado vientre.

—Vamos, vamos, querida —la amonestó él muy serio; pero en sus labios se había formado una tímida sonrisa en total contraste con su envarada apariencia.

El señor Plenderleith era un hombre estupendo, pensé para mis adentros. Mientras se ponía los libros bajo el brazo, se inclinó hacia el perrito.

—Vamos *Pip*, no debemos entretener al señor Herriot.

Su esposa fue más rápida. Tomó al terrier en brazos y, mientras avanzábamos por el largo pasillo, apoyó la mejilla en la áspera cabeza del animal.

Una vez en la calle, los vi subir a un impecable automóvil. El señor Plenderleith puso el vehículo en marcha y me saludó con una grave inclinación de cabeza, mientras su mujer agitaba alegremente una mano. *Pip*, con las patas traseras sobre el regazo de su ama y las delanteras apoyadas en el salpicadero, estaba demasiado ocupado mirando a través del parabrisas y no me prestó la menor atención.

Cuando doblaron la esquina, pensé que el pequeño ciclo acababa de cerrarse felizmente. Como es lógico, el principal elemento de la serie era la enfermera Rose. Aquel animalito era una de las muchas criaturas desvalidas a las que ella había salvado. Su Refugio de Animales fue creciendo cada vez más, y la enfermera trabaja en él desinteresadamente y sin descanso, todos los días. Había otras personas como ella en todo el país, y otros refugios semejantes al suyo. Yo tuve el privilegio de conocer la actuación de todo aquel generoso ejército de seres humanos que luchaban sin desmayo en favor de los animales indefensos.

En aquel instante, solo me interesaba una cosa: *Pip* acababa de encontrar un hogar definitivo.

Me alegré mucho de poder escribir acerca de estas dos cosas: la horrenda costumbre de «deshacerse» de los perros no deseados y la humanitaria labor de la enfermera Rose y de otras personas semejantes a ella. Estos dos ejércitos han sido siempre una realidad muy viva para mí: por una parte, la inmensa multitud de personas despiadadas capaces de cometer semejantes actos; y, por otra, el compasivo grupo de ciudadanos que dedican sus vidas a las criaturas abandonadas. La enfermera Rose sigue entregada a su meritoria tarea y existe actualmente en las afueras de nuestra ciudad una filial del Refugio Canino de Jerry Green dirigido por ella en el que se recoge y atiende a todos los perros vagabundos o abandonados hasta que se les encuentra una buena casa. Los miles de visitantes que acuden a mi consultorio entregan generosos donativos para esta causa cuando les firmo mis libros y todo se destina a ayudar a estos perros. El ejército de los buenos está ganando la batalla en Darrowby.



17 Penny

Era la época de la paridera y ayudaba yo a venir al mundo a unos corderos gemelos en el establo del señor Kitson cuando oí a otra oveja que jadeaba y gemía en un oscuro rincón. Sufría mucho y se estaba muriendo a causa de un alumbramiento «difícil». Para que tuviera un final tranquilo, le administré una dosis aparentemente letal de barbitúricos. Para mi asombro, la oveja se recuperó milagrosamente tras pasarse dos días durmiendo como un tronco.

No podía quitarme de la cabeza la oveja del señor Kitson, pero tenía qué intentarlo porque, mientras trabajaba con las ovejas, los restantes problemas del consultorio seguían implacablemente su curso. Uno de ellos se refería a *Penny*, la caniche de los Flaxton.

La primera visita de *Penny* al consultorio estuvo marcada por la belleza de su dueña. Cuando asomé la cabeza por la puerta de la sala de espera y dije: «El siguiente», la carita redonda de la señora Flaxton encuadrada por una mata de cabello negro como el azabache pareció iluminar el lugar como si fuera un faro. Puede que ello se debiera en parte al hecho de estar sentada entre la voluminosa señora Barmby, que me traía su canario para que le recortara las uñas, y el anciano señor Spence, que tenía casi noventa años y quería comprar unos polvos contra las pulgas para su gato, pero el caso es que su presencia me resultó de lo más reconfortante.

La señora Flaxton poseía, además, un especial atractivo derivado de su inocente mirada y su radiante sonrisa.

En la sala de exploración, coloqué a la perrita sobre la mesa.

—Bueno, pues, ¿qué le pasa?

—Está un poco mareada y tiene diarrea —contestó la señora Flaxton—. Empezó ayer.

—Ya —me volví y tomé el termómetro que había en el carrito porta instrumentos—. ¿Le cambió la comida?

—No.

—¿Tiene costumbre de comer porquerías cuando sale a la calle?

—Generalmente, no —contestó la señora Flaxton, sacudiendo la cabeza—. Pero supongo que hasta el perro mejor educado es capaz de zamparse de vez en cuando algún pajarito muerto o algo por el estilo —añadió, soltando una risita mientras *Penny* se reía con ella.

—Tiene un poco de fiebre, pero está muy animada —acerqué la mano al vientre de la perra—. Vamos a ver cómo está la barriguita, *Penny*.

El animalito respingó mientras yo le palpaba delicadamente el abdomen. Le dolía toda la región del estómago y de los intestinos.

—Sufre una gastroenteritis —dije—, pero es muy leve y creo que se recuperará enseguida. Le recetaré un medicamento y será mejor que la tenga a dieta durante unos días.

—Así lo haré. Muchas gracias.

La señora Flaxton sonrió mientras daba unas palmadas a la cabeza de su perra. Tendría unos veintitrés años y, junto con su joven esposo, acababa de instalarse en Darrowby. Él trabajaba como representante de una de las grandes empresas agrícolas que suministraban pienso para el ganado a las granjas, y yo coincidía con él algunas veces en el transcurso de mis rondas. Como su mujer, e incluso como su perra, irradiaba simpatía por todos los poros.

Le di a la señora Flaxton un frasco que contenía una mezcla de bismuto, caolín y clorodina, uno de nuestros tratamientos preferidos. La perrita bajó trotando los peldaños del consultorio sin dejar de menear la cola, y yo pensé que todo se resolvería sin la menor dificultad.

Sin embargo, al cabo de tres días, *Penny* se presentó de nuevo en el consultorio. Seguía con vómitos y diarrea.

Volví a colocar a la perra sobre la mesa de exploración, pero no observé nada de particular. Estaba indispuesta desde hacía cinco días, pero, a pesar de ello, conservaba casi intacta su vivacidad. El caniche enano es un perrito, pero fuerte y resistente que no se da fácilmente por vencido.

Aun así, su aspecto no me gustaba. Decidí modificar el tratamiento y darle una mezcla de carbón y sustancias astringentes que, en otras ocasiones, me habían dado muy buen resultado.

—Eso tiene un aspecto un poco desagradable —dije, entregándole a la señora Flaxton la caja de gránulos negros—, pero he obtenido con ello muy buenos resultados. La perra sigue comiendo, ¿verdad? Pues, entonces, yo mezclaría estos polvos con la comida.

—Muchas gracias —contestó la señora Flaxton, dedicándome una deslumbradora sonrisa mientras se guardaba la caja de polvo en el bolso.

La acompañé hasta la puerta. Había dejado el cochecito infantil al pie de los peldaños y yo supe la clase de niño que iba a encontrar, antes incluso de mirar al interior del cochecito. En efecto, el mofletudo rostro me estudió con inocentes ojos y, después, esbozó una simpática sonrisa.

Eran la clase de personas que más me gustaba ver, pero, mientras se alejaban calle abajo, pensé, por el bien de *Penny*, que ojalá tardara mucho tiempo en volver a verles. Regresaron a los dos días y, esta vez, la caniche se mostraba muy abatida. Permaneció completamente inmóvil mientras la examinaba y se limitó a menear un poco la cola cuando le acaricié la cabeza y le dirigí unas palabras cariñosas.

—Está igual, señor Herriot —dijo su ama—. Apenas come y todo se le va en diarreas. Además, tiene una sed espantosa... Se pasa el día bebiendo y vomita todo lo que bebe.

—Lo sé. La inflamación interna le provoca sed y, como es lógico, cuanto más bebe, más se mareará. Y todo eso la debilita mucho.

Volví a cambiar el tratamiento. Es más, en cuestión de pocos días, le administré

casi toda la gama de medicamentos disponibles. Recuerdo con cierta nostalgia todo cuanto le di a aquella perrita; ipecacuana y opio, salicilato de sodio y tintura de alcanfor, e incluso exóticos mejunjes tales como una decocción de hematoxilina y una infusión de *cariofilo*^[1], cosas todas felizmente olvidadas hoy en día. Qué bien le hubiera ido un antibiótico como la neomicina, pero entonces este medicamento aún no se había descubierto.

Visitaba diariamente a *Penny* en su casa porque la perra no estaba en condiciones de trasladarse al consultorio. Le había recetado una dieta de arrurruz y leche hervida, pero no había manera de que se curara. Entre tanto, la perrita estaba cada vez peor.

El punto culminante se produjo una madrugada, a eso de las tres. Sonó el teléfono, me puse al aparato y oí la temblorosa voz del señor Flaxton.

—Siento muchísimo despertarle a esta hora, señor Herriot, pero necesito que venga a ver a *Penny*.

—¿Por qué? ¿Acaso está peor?

—Sí, y... bueno, creo que ahora sufre mucho. Usted la ha visto esta tarde, ¿verdad? Bueno, pues, desde entonces, no ha parado de vomitar y de tener diarrea. Está tendida en el cesto y gime. Estoy seguro de que sufre mucho.

—Voy enseguida.

—Muchas gracias —dijo el señor Flaxton, e hizo una pausa—. Señor Herriot..., vendrá usted preparado para dormirla, ¿verdad?

Mi estado de ánimo, que nunca es muy elevado a aquella hora de la mañana, cayó en picado.

—¿Tan grave es la situación?

—Ya no puedo soportar verla de esta manera. Mi mujer está destrozada... y no creo que pueda resistirlo.

—Comprendo —colgué el teléfono y aparté las sábanas con tal violencia que Helen se despertó de golpe.

Ser despertada a altas horas de la noche es una de las cruces que tiene que soportar la mujer de un veterinario, aunque yo procuraba normalmente levantarme con el mayor sigilo posible. Aquella vez, sin embargo, salí del dormitorio mascullando por lo bajo. Helen debió de preguntarse qué me ocurría, pero optó sabiamente por mirarme en silencio hasta que apagué la luz y me fui.

No tuve que ir muy lejos. Los Flaxton vivían en una de las nuevas casitas de Brawton Road, a cosa de un kilómetro de distancia. Enfundados en sendas batas, me acompañaron a la cocina donde, antes de acercarme al cesto de la perra, colocado en un rincón, ya pude oír sus gemidos. No estaba cómodamente acurrucada, sino tendida boca abajo y con la cabeza inclinada hacia adelante. Le coloqué las manos bajo el vientre para levantarla y noté que casi era ingrávida. Un caniche enano en buenas condiciones de salud pesa muy poco, pero, debido a su larga enfermedad, *Penny* parecía un vilano; tenía el rizado pelaje marrón mojado y sucio de vómitos y diarrea.

Por una vez, la señora Flaxton no sonrió.

—Creo que sería lo mejor... —me dijo al borde de las lágrimas.

—Sí..., sí... —Volví a dejar a la perrita en el cesto y me incliné hacia ella, frotándome la barbilla—. Sí, supongo que tiene usted razón.

Sin embargo, me quedé agachado, contemplando con incredulidad la prueba de mi fracaso. La perra tenía apenas dos años y una alegre vida por delante; padecía una simple gastroenteritis y yo estaba a punto de apagar la llama de su existencia. Me dolía en el alma no poder hacer nada por ella.

Se apoderó de mí un profundo cansancio no debido por completo a la falta de sueño. Me levanté despacio con los rígidos movimientos de un anciano y estaba a punto de volverme de espaldas cuando observé un detalle curioso en el animalito. La perra se había tendido de nuevo boca abajo, con la cabeza inclinada, la boca abierta y la lengua colgando. Pero había algo que yo había visto antes en alguna parte: aquella postura..., el agotamiento y el dolor... Se me ocurrió pensar que tenía la misma pinta que la oveja del señor Kitson, cuando sufría en un oscuro rincón del establo. Eran especies distintas, desde luego, pero todo lo demás era igual.

—Señora Flaxton —dije—, quiero dormir a *Penny*, pero no tal como usted se imagina. Voy a anestésicarla. A lo mejor, si descansa de estos vómitos incesantes y esta tensión, podrá recuperarse.

Por un instante, el joven matrimonio me miró perplejo. Después, habló el marido.

—¿No cree que ya ha sufrido bastante, señor Herriot?

—Sí, en efecto —contesté, pasándome una mano por el enmarañado cabello—. Pero eso no le producirá ninguna molestia. Ni siquiera se va a enterar —al ver que vacilaban, añadí—: Me gustaría mucho probarlo... Se me acaba de ocurrir una idea.

Se miraron mutuamente y, después, la señora Flaxton dijo:

—De acuerdo; hágalo, pero eso ya será lo último, ¿verdad?

Salí a la calle y saqué de mi automóvil el frasco de Nembutal para administrarle una pequeña dosis a la perrita. Me fui a la cama con la misma sensación que la víspera: cualquiera que fuera el resultado, la perra ya no volvería a sufrir.

A la mañana siguiente, *Penny* seguía durmiendo tranquilamente y cuando a las cuatro de la tarde dio muestras de despertarse; repetí la inyección.

Como la oveja, *Penny* durmió cuarenta y ocho horas y, cuando por fin se levantó sobre sus vacilantes patas, no se encaminó directamente hacia el cuenco del agua, como lo había hecho durante tantos días, sino que salió a dar una vuelta por el jardín.

A partir de aquel momento, la recuperación transcurrió sin ninguna novedad, tal como se suele decir en los partes médicos. Yo diría más bien que la perra mejoró milagrosamente y jamás volvió a estar enferma a lo largo de su dilatada vida.

Helen y yo solíamos jugar a tenis en las pistas de hierba situadas a dos pasos del campo de *cricket* de Darrowby. Los Flaxton lo hacían también muy a menudo, llevando consigo a *Penny*. Yo la contemplaba con asombro mientras jugaba con otros perros y, más adelante, con el hijito de los Flaxton.

No quisiera dar la impresión de que soy partidario de administrar anestesia a

granel para todas las dolencias animales, pero me consta que la sedación tiene muy interesantes aplicaciones. Hoy en día, disponemos de una variada serie de tranquilizantes y sedantes entre los que elegir y, siempre que me tropiezo con algún caso agudo de gastroenteritis en los perros, suelo administrar alguno junto con el tratamiento normal; con eso se frena el agotador ciclo y se evita el sufrimiento que suele acompañarlo.

Siempre que veía a *Penny* corriendo, ladrando y brincando, me alegraba de haber descubierto casualmente aquella cura en el oscuro rincón de un establo.

Fleming también descubrió la penicilina por casualidad y, a escala más modesta, muchos veterinarios tropiezan, en el ejercicio de su profesión, con hallazgos de inestimable valor para su tarea. Mi hallazgo consistió en descubrir que el alivio del dolor puede favorecer en gran medida la recuperación de un animal, por cuyo motivo vengo utilizando con éxito este método desde hace más de cuarenta años. Cuando desaparece el dolor, desaparece asimismo el miedo. Un animal enfermo no sabe lo que le pasa, y esta ignorancia le aterra.



18 Cindy

El nombre figuraba en la verja del jardín... Villa de las Lilas. Saqué mi lista de visitas y busqué de nuevo la anotación. «Cook, Villa de las Lilas, Marston Hall. Perra con dificultades de alumbramiento». La casa se levantaba en los terrenos de una impresionante mansión del siglo XIX, cuyos redondos torreones se elevaban por encima del pinar aproximadamente a un kilómetro de distancia.

Abrió la puerta una adusta mujer que contaría unos sesenta años, que me miró sin expresar el menor asomo de simpatía.

—Buenos días, señora Cook —dije—. Vengo a ver a su perra.

—Ah, muy bien —contestó ella, muy seria—. Pase, por favor.

Me acompañó a una salita. Al ver a la pequeña yorkshire terrier saltando de un sillón al suelo, sus modales se dulcificaron de repente.

—Ven aquí, *Cindy*, cariño —dijo en tono meloso—. Este señor ha venido para ponerte buena —añadió, acariciando amorosamente a la perrita.

—¿Qué le pasa al animalito, señora Cook? —pregunté, acomodándome en otro sillón.

—Estoy extraordinariamente preocupada —contestó la mujer, juntando nerviosamente las manos—. Hubiera tenido que tener los cachorros ayer, pero aún no ha ocurrido nada. Llevo toda la noche sin dormir. Me moriría si le pasara algo a esta perra.

—Yo no la veo mal —dije, estudiando a la terrier, la cual meneaba alegremente la cola en respuesta a las caricias de su ama—. ¿Ha mostrado alguna señal de alumbramiento?

—¿Qué quiere decir?

—¿Jadea o está inquieta? ¿Ha habido alguna secreción?

—No, nada en absoluto.

Llamé por señas a *Cindy* y esta se acercó, caminando tímidamente sobre el pavimento de linóleo. La coloqué sobre mis rodillas y le palpé el dilatado abdomen. Dentro había muchos cachorros, pero todo parecía normal. Le tomé la temperatura... También normal.

—Tráigame, por favor, un poco de agua caliente y jabón, señora Cook.

La terrier era tan pequeña que, para examinarla, tuve que utilizar el dedo meñique enjabonado y desinfectado. Noté que las paredes de la vagina estaban secas y, al llegar al cuello de la matriz, percibí que estaba fuertemente cerrado.

Me lavé y sequé las manos.

—Esta perrita no está a punto de parir todavía, señora Cook. ¿Seguro que no se equivoca de fecha?

—No, ayer se cumplieron los sesenta y tres días —la mujer hizo una pausa antes de proseguir—. Será mejor que se lo diga, joven. *Cindy* ya tuvo una camada y le

ocurrió exactamente lo mismo. Fue hace dos años, cuando vivíamos en Linstondale. Llamé al veterinario, el señor Broomfield, y le administró una inyección. Fue maravilloso... Tuvo los cachorros al cabo de media hora.

—Sí, debió de administrarle pituitrina —dije sonriendo—. Pero la perra ya debía estar a punto de tener los cachorros cuando el señor Broomfield la examinó.

—No lo sé, joven, pero me gustaría que usted le diera ahora lo mismo. No puedo soportar la espera.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —dije—. Sería muy perjudicial en esta fase.

La mujer me miró con cara de pocos amigos.

—¿O sea que no va a hacer nada en absoluto?

—Bueno, verá... —A veces, conviene darle algo a un cliente, aunque no sea estrictamente necesario—. Tengo unos comprimidos en el coche. Ayudarán a la perrita a estar en forma cuando llegue el momento.

—Pero yo prefiero que le dé la inyección. Es un pinchazo de nada. El señor Broomfield lo hizo en un santiamén.

—Le aseguro, señora Cook, que en estos momentos no es posible. Voy por los comprimidos.

—Bueno, pues, si no quiere, qué le vamos a hacer —dijo la mujer, frunciendo los labios en una mueca de decepción—. Dele esas pastillas —tras una pausa, añadió—: ¡Y, por cierto, no me llamo Cook!

—¿Ah, no?

—No, joven —contestó, y no me dio más explicaciones.

Me retiré algo perplejo. En la carretera, a escasos metros de mi automóvil, un granjero intentaba poner en marcha un viejo tractor.

—Oiga —le grité—, la señora de allí dice que no se llama Cook.

—No, pero lo es. Es la cocinera^[2] de la mansión. Se ha hecho usted un pequeño lío —me contestó el hombre, riéndose de buena gana.

De repente, lo comprendí todo.

—Entonces, ¿cómo se llama?

—Booby^[3] —dijo el tractorista, poniendo el vehículo en marcha.

Curioso nombre, pensé, tomando las inofensivas vitaminas que guardaba en el maletero. Una vez de vuelta en la casa, procuré enderezar el entuerto, repitiendo una y otra vez «Sí, señora Booby» y «No, señora Booby», pero la mujer no se ablandó. Le dije que no se preocupara, que la perrita aún tardaría unos días en alumbrar la camada, pero no conseguí tranquilizarla.

Mientras ponía en marcha el vehículo, la saludé con una mano.

—Adiós, señora Booby —grité—. Llámeme si tiene alguna duda.

No debió de oírme.

—Ojalá le hiciera lo que yo le digo —gimoteó la cocinera—. Es un pinchazo de nada.

La buena señora se apresuró a llamarme al día siguiente y tuve que acudir a toda prisa a su casa. Me comunicó el mismo mensaje de la víspera: quería que le administrara a la perrita aquella maravillosa inyección para que los cachorros nacieran enseguida. El señor Broomfield no perdió tanto tiempo como yo. Me hizo acudir por tercera, cuarta y quinta vez a la mansión de Marston para examinar a la perra y repetirle la misma explicación.

Al llegar el sexto día, los oscuros ojos de la señora Booby se clavaron con desesperación en los míos.

—Ya no aguanto más, joven. Le aseguro que me moriré de pena si le ocurre algo a la perra. ¿Es que no lo comprende?

—Comprendo muy bien lo que usted siente por ella, señora Booby. Créame que la comprendo.

—Pues, entonces, ¿por qué no hace algo?

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Ya se lo he dicho. Una inyección de pituitrina provoca una contracción de las paredes musculares de la matriz y, por consiguiente solo puede administrarse cuando ya se ha iniciado el proceso del alumbramiento y el cuello de la matriz está dilatado. Si lo considero necesario, se la administraré. Si le diera la inyección ahora, podríamos provocar una rotura de la matriz e incluso la muerte.

Me detuve porque noté que se habían formado unas pequeñas burbujas en las comisuras de mis labios.

La mujer no me hizo el menor caso.

—Ya no puedo soportar la espera —dijo, cubriéndose el rostro con las manos.

Yo estaba empezando a pensar lo mismo. Por la noche, soñaba con yorkshire terriers y cada mañana rezaba en silencio para que ya hubieran nacido los cachorros. Extendí la mano hacia *Cindy* y la perra se acercó a regañadientes. Estaba un poco harta de aquel hombre tan raro que cada día la estrujaba y le metía los dedos dentro. Una vez más, la perra volvió a someterse a aquella humillación, mirándome con ojos asustados.

—Señora Booby —dije—, ¿está usted absolutamente segura de que aquel perro no tuvo acceso a *Cindy* con posterioridad a la fecha que me ha indicado?

—Siempre me pregunta lo mismo —contestó ella, soltando un bufido—, y yo lo he estado pensando mucho y, ahora que lo pienso, puede que viniera una semana más tarde.

—¡Pues ya está! —exclamé—. Quedó preñada entonces y, por lo tanto, los cachorros tendrían que nacer mañana.

—Preferiría que hiciera usted lo que el señor Broomfield... Solo fue un pinchazo.

—¡Pero, señora Booby...!

—Permítame decirle otra cosa, señor Herriot. ¡Yo no me llamo Booby!

—¿Ah, no? —repliqué, asiendo el respaldo del sillón.

—¡No!

—Bueno, pues, entonces, ¿cómo se llama?

—Me llamo Dooley... ¡Dooley! —contestó, indignada.

—Muy bien... Muy bien...

Me alejé a trompicones por la calzada del jardín y subí inmediatamente a mi automóvil.

Estaba claro que no era mi día.

A la mañana siguiente, me sorprendió no recibir ninguna llamada de Marston. A lo mejor, todo iba bien. Me quedé helado cuando, en una de las granjas que visité, me dieron recado de que acudiera con urgencia a la Villa de las Lilas. Me encontraba precisamente al otro lado de mi zona y estaba ayudando a parir a una vaca. Tardé más de tres horas en llegar a la casa. La verja se hallaba abierta y, cuando me adentré en el jardín, me salió al encuentro un pequeño proyectil marrón. Era *Cindy*, pero una *Cindy* completamente transformada que ladraba y rugía como una fiera. Aunque traté de retroceder, me clavó los dientes en la vuelta del pantalón y no me la quiso soltar.

Empecé a saltar a la pata coja, tratando de sacudirme de encima a la rugiente criatura y, de repente, oí una carcajada casi infantil.

La señora Dooley me estaba observando desde la puerta con expresión divertida.

—Desde que tiene los cachorros ha cambiado de medio a medio. Eso demuestra lo buena madre que es —añadió, contemplando con ternura a la perrita colgada de mi tobillo.

—¿Ha tenido los cachorros...?

—Sí, cuando me dijeron que usted tardaría mucho en venir, llamé al señor Farnon. Vino enseguida y, ¿sabe usted?, le administró a *Cindy* la inyección que yo quería. Aún no había cruzado la verja del jardín cuando empezaron a salir los cachorros. Ha tenido siete... y son una preciosidad.

—Ah, pues, me parece muy bien, señora Dooley... Espléndido.

Siegfried debía de haber palpado, sin duda, la presencia de un cachorro en el canal. Al final, conseguí librarme de *Cindy* y, cuando su ama la tomó en brazos, me fui a la cocina para examinar a la familia.

Eran, efectivamente, unos cachorros magníficos. Los saqué uno a uno del cesto mientras la madre gruñía desde los brazos de la señora Dooley como si fuera un sabueso muerto de hambre.

—Son fantásticos, señora Dooley —musité.

—Ya le dije lo que tenía que hacer, pero usted no me hizo caso —la señora Dooley me miró compasivamente—. Es un pinchazo de nada. El señor Farnon es un hombre estupendo... Igualito que el señor Broomfield.

Aquello ya era demasiado.

—Compréndalo, señora Dooley, es que llegó en el momento preciso. Si yo hubiera venido...

—Vamos, vamos, joven, reconózcalo. No quiero echarle la culpa, pero algunas personas tienen más experiencia que otras. Todos tenemos que aprender —la señora Dooley exhaló un suspiro nostálgico—. Fue un pinchazo de nada. El señor Farnon ya le enseñará cómo se hace. Le digo que aún no había cruzado la verja del jardín cuando...

Estaba hasta las narices.

—Estimada señora Dooley —dije, irguiendo los hombros—, permítame repetirle de una vez por todas...

—Pero, bueno, ¡vaya humos gasta el chico! —exclamó la cocinera—. Nos las hemos arreglado muy bien sin usted, por consiguiente, no se queje —de repente, se puso muy seria—. Y, además debo decirle otra cosa... No soy la señora Dooley. La cabeza me empezó a dar vueltas y el mundo pareció derrumbarse a mi alrededor.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que no soy la señora Dooley.

—¿Ah, no?

—¡No! —gritó la cocinera, extendiendo la mano izquierda. La miré, aturdido, y comprendí que la tensión mental me había impedido observar la total ausencia de anillos—. ¡No! —repitió—. ¡Soy señorita!

Eso demuestra que, a veces, a uno no le queda más remedio que fracasar de entrada. Cuando ni siquiera sabes utilizar correctamente el apellido de un cliente, es inútil que te empeñes en demostrar la eficacia de un tratamiento. Cuando llegué a Darrowby por vez primera, Siegfried me dijo que el ejercicio de la veterinaria ofrecía multitud de oportunidades de hacer el ridículo. Tenía razón.



19 Solo un guau

—¿Es eso lo que usted me estaba diciendo? —pregunté.

—Sí —contestó el señor Wilkin—. Le ocurre muy a menudo.

Contemplé las involuntarias convulsiones del enorme perro que yacía tendido a mis pies, la mirada perdida de sus ojos y el incesante pedaleo de sus patas. El granjero me había explicado los periódicos ataques que sufría su perro pastor *Gyp*; sin embargo, fue una pura casualidad que le diera el ataque estando yo en la granja por otro motivo.

—¿Y dice usted que después se queda tan tranquilo?

—Como si no le hubiera ocurrido nada. Se pasa más o menos una hora un poco aturdido, pero luego vuelve a estar más contento que unas pascuas —contestó el granjero, encogiéndose de hombros—. Como usted ya sabe, han pasado por mis manos muchos perros, y muchos sufrían ataques. Creía conocer las causas —lombrices, mala alimentación, moquillo—, pero este me tiene desconcertado. Lo he probado todo.

—Pues, deje de probarlo, señor Wilkin —le dije—. No podrá hacer gran cosa por *Gyp*. Padece epilepsia.

—¿Epilepsia? Pero si el perro está normal casi siempre.

—Sí, ya lo sé. Es lo que suele ocurrir. En realidad, no tiene ninguna anomalía cerebral... Es una enfermedad misteriosa. La causa se desconoce, pero es, casi con toda seguridad, hereditaria.

—Qué curioso —dijo el señor Wilkin, arqueando las cejas—. Si es hereditaria, ¿por qué no se ha manifestado hasta ahora? El perro tiene casi dos años y la cosa empezó hace apenas unas semanas.

—Es lo típico —contesté—. Suele aparecer entre los dieciocho meses y los dos años.

Gyp interrumpió nuestra conversación, levantándose y acercándose con paso vacilante a su amo sin dejar de menear la cola. La experiencia no parecía haberle perturbado demasiado. El ataque duró menos de dos minutos.

El señor Wilkin se inclinó para acariciarle la cabeza. En su rostro curtido por la intemperie se observaba una mueca de perplejidad. Era un hombre muy corpulento de unos cuarenta y pico de años. Raras veces sonreía y su semblante adquiría en ocasiones un aire amenazador. Había oído decir a más de uno que por nada del mundo hubiera querido enfrentarse con Sep Wilkin y ahora comprendí por qué. Sin embargo, era siempre muy amable conmigo, y, como tenía muchas hectáreas de tierra, yo solía verle bastante a menudo.

Su mayor afición eran los perros pastores. Muchos granjeros suelen presentar a sus perros a los concursos, pero el señor Wilkin era uno de los que más destacaban en este aspecto. Criaba y adiestraba a perros que siempre solían copar todos los premios de los concursos regionales e incluso nacionales. Y lo peor era que tenía depositadas

sus mayores esperanzas en *Gyp*.

Se quedó con dos de los mejores cachorros de una camada —*Gyp* y *Sweep*— y los había adiestrado con esmero hasta convertirlos en campeones. Jamás he visto a dos perros disfrutar tanto juntos; siempre que acudía a la granja, les veía asomar los hocicos por encima de la media puerta de la caseta donde dormían o corretear alrededor de los pies de su amo, jugando sin cesar. Debían de pasarse horas retozando alegremente, gruñendo y jadeando mientras se mordisqueaban mutuamente las patas.

Hacía algunos meses, George Crossley, uno de los mejores amigos del señor Wilkin, y muy aficionado también a los concursos caninos, había perdido a su mejor perro a causa de una nefritis y entonces el señor Wilkin le regaló a *Sweep*. Me sorprendió que lo hiciera porque *Sweep* tenía más aptitudes que *Gyp* y llevaba camino de convertirse en un gran campeón. Sin embargo, fue *Gyp* quien se quedó en la casa. Echaría de menos a su amigo, pero no estaba solo porque en la granja había otros perros que le hacían compañía aunque no le compensaran de la pérdida de *Sweep*.

Observé, mientras le miraba, que el perro se recuperaba con gran rapidez. Parecía increíble que pudiera regresar tan pronto a la normalidad después de sufrir aquellas terribles convulsiones. Esperé con temor las palabras de su amo.

Lo más lógico hubiera sido eliminar a *Gyp*. Contemplé al simpático animal y me entristecí al pensarlo. Poseía un atractivo muy particular. Su vigoroso cuerpo era muy bello, pero el rasgo más característico era la cabeza en la que una oreja se mantenía levantada y la otra no, lo que le confería una graciosa asimetría. En realidad, *Gyp* tenía pinta de payaso bonachón.

—¿Le parece que podrá mejorar a medida que vaya creciendo? —preguntó el señor Wilkin, al final.

—Estoy seguro de que no —contesté.

—Entonces, ¿sufrirá siempre estos ataques?

—Creo que sí. Dice usted que le dan cada dos o tres semanas. Probablemente seguirá siempre más o menos igual, con alguna que otra variación.

—Pero ¿puede sufrir un ataque en cualquier momento?

—Sí.

—¿En mitad de un concurso, por ejemplo? —preguntó el granjero. Luego inclinó la cabeza y añadió con voz gutural— entonces, no hay nada que hacer.

En el largo silencio que se produjo a continuación, las fatídicas palabras parecían cada vez más inevitables. Sep Wilkin no era un hombre que se anduviera con chiquitas en los asuntos relacionados con su pasión dominante. Seguramente eliminaría sin piedad a cualquier animal que no estuviera a la altura de sus expectativas. Cuando, al fin, carraspeó, me pareció adivinar lo que iba a decir.

Pero me equivocaba.

—Si me quedo con él, ¿podría usted hacer algo para aliviarle? —me preguntó.

—Podría recetarle unas pastillas para reducir la frecuencia de los ataques —contesté, tratando de disimular mi inquietud.

—Bueno... pues... Ya pasaré por el consultorio —musitó.

—Muy bien. Pero... hum..., no lo utilizará para cría, ¿verdad?

—No, no —masculló el granjero experimentando cierta irritación, como si no quisiera seguir hablando del tema.

No insistí porque comprendí intuitivamente que deseaba disimular su debilidad: quería quedarse con el perro como animal de compañía. De repente, todo empezó a encajar y a tener sentido. Por eso dejó que se fuera *Sweep*, el perro mejor dotado para los concursos. Amaba a *Gyp*. A pesar de su dureza, Sep Wilkin había sucumbido al curioso hechizo de aquel animal.

Cambié de tema y empecé a hablar del tiempo mientras regresaba a mi automóvil. Estaba a punto de poner el vehículo en marcha cuando el granjero se inclinó hacia la ventanilla y me dijo:

—Hay otra cosa de *Gyp* que nunca le he mencionado. No sé si tiene algo que ver con eso o no. Jamás ha ladrado.

—¿Nunca, nunca? —pregunté, asombrado.

—Así es. No ha proferido ni un solo ladrido. Los otros perros arman un alboroto siempre que alguien aparece en la granja. En cambio, *Gyp* no ha dicho esta boca es mía desde que nació.

—Qué curioso —dije—. Pero no veo qué relación puede tener esto con la dolencia.

Puse en marcha el motor y comprobé por primera vez que, mientras una perra y dos cachorros ya crecidos me despedían con ladridos, *Gyp* se limitaba a mirarme con la boca abierta y la lengua fuera, sin emitir el menor sonido. Era un perro mudo. Esto me intrigaba hasta el punto de que, cada vez que visitaba la granja, procuraba observar detenidamente el comportamiento del enorme perro pastor. Jamás se produjo el menor cambio. Entre las convulsiones que se presentaban a intervalos de unas tres semanas, *Gyp* era un perro normal. Pero absolutamente mudo.

Le veía también en Darrowby, cuando su amo acudía al mercado, cómodamente sentado en el asiento trasero del vehículo. Sin embargo, siempre que hablaba con el señor Wilkin, procuraba evitar el tema porque, tal como ya he dicho, me daba la impresión de que este deseaba ocultar que tenía un perro por otro motivo que no fuera estrictamente de trabajo.

Pese a ello, yo siempre tuve la sospecha de que los perros de las granjas eran más o menos animales de compañía. En las granjas en las que se crían ovejas, los perros eran animales de trabajo indispensables y, en las demás, desarrollaban asimismo una importante función en la recogida de las vacas. Pero yo tenía mis dudas cuando los observaba durante mis rondas cotidianas. Les veía subidos a los carros cuando se segaba el heno, persiguiendo a las ratas por entre las fajinas de maíz durante la cosecha, husmeando en los cobertizos o vagando por los campos en compañía del granjero; y tenía mis dudas... ¿qué hacían en realidad?

Mis sospechas quedaban confirmadas en otras ocasiones. Cuando, por ejemplo,

intentaba empujar a una cabeza de ganado hacia un rincón y el perro intervenía, mordiéndole el corvejón o la cola. Invariablemente, se escuchaba el áspero grito de «¡Siéntate, perro!» o «¡Sal de ahí, perro!».

No es de extrañar, por tanto, que en la actualidad siga aferrado a mi teoría: casi todos los perros de las granjas son animales de compañía y están allí, sobre todo, porque el granjero los quiere tener a su lado. Habría que colocar a un granjero en el potro del tormento para que lo reconociera, pero estoy seguro de que no me equivoco. Por de pronto, los perros se lo pasan de maravilla. No tienen que suplicarle a su amo que los saque a pasear porque están con él todo el día, disfrutando del aire libre. Si quiero encontrar a un hombre en una granja, busco a su perro en la certeza de que el hombre no andará muy lejos. Aunque yo procuro ofrecer a mis perros una buena vida, esta no puede compararse con la vida que suele llevar un perro que vive en el campo.

Hubo un largo período durante el cual el ganado de Sep Wilkin estuvo muy sano y yo no tuve ocasión de ver ni a Sep ni a Gyp. Después, me tropecé casualmente con ellos durante un concurso de perros pastores. Era un certamen local organizado en colaboración con la Exposición Agrícola de Mellerton y, como me encontraba en la zona, decidí presenciarlo.

Helen iba conmigo porque ambos somos muy aficionados a este tipo de concursos. Nos encanta el maravilloso control que ejercen los propietarios sobre sus animales, la entusiasta participación de los perros y la habilidad que todos ellos ponen de manifiesto.

Mi mujer me tomó de un brazo mientras nos acercábamos a la entrada del recinto, donde los automóviles aparcados formaban una media luna a un extremo del alargado campo situado a la orilla del río. El sol de la tarde se filtraba a través de las ramas de los árboles, iluminando el agua y arrancando deslumbrantes destellos de las blancas piedras que había en la orilla. Unos grupos de hombres, la mayoría de ellos competidores, conversaban en voz baja sin perderse el menor detalle de las incidencias del concurso. Eran unos hombres de tez bronceada por el sol y vestidos con atuendos tan variados como los diversos estratos sociales a los que pertenecían: boinas, sombreros de paño, gorras de visera o cabezas descubiertas; chaquetas de *tweed*, trajes del domingo, camisas con el cuello desabrochado, elegantes corbatas y, a veces, ni cuello ni corbata. Casi todos ellos se apoyaban en largos cayados con puños de cuerno de carnero.

Mientras nos abríamos paso entre ellos, captamos retazos de sus conversaciones. «Bien por ti, Fred». «Es una buena recogida». «No, se ha dejado una, nos van a penalizar». «Estas ovejas están un poco chifladas». «Y que lo digas». Y, destacando por encima de todo, los silbidos del hombre que guiaba a un perro; silbidos de todos los niveles y tonos imaginables, punteados de vez en cuando por un grito: «¡Quieto!», «¡Hala!». Cada hombre tenía un método propio para dirigir a su perro.

Los perros que esperaban su turno, se encontraban atados a una valla adornada

por un seto. Había unos setenta y el espectáculo de aquella larga hilera de rabos moviéndose alegremente y de simpáticas expresiones caninas resultaba extraordinario. No se conocían los unos a los otros, pero no había entre ellos el menor desacuerdo y, mucho menos, la menor pelea. Al parecer, la natural obediencia de aquellas criaturas guardaba relación con su buen carácter.

En eso, se parecían a sus propietarios, entre los cuales no había ni animosidad o resentimiento ante la derrota, ni exagerado júbilo ante la victoria. Si un hombre superaba el tiempo asignado, recogía a sus ovejas y regresaba sonriendo filosóficamente junto a sus compañeros. Estos le tomaban un poco el pelo, pero nada más.

Vimos a Sep Wilkin, apoyado en su automóvil en el mejor punto de observación a unos treinta metros del último redil. Atado al guardabarros, *Gyp* se volvió a mirarme con una sonrisa torcida, mientras la señora Wilkin, sentada en una silla plegable a su lado, apoyaba una mano sobre su lomo. Al parecer, *Gyp* se había ganado también su favor.

Helen se fue a hablar con ella y yo me acerqué a su marido.

—¿Va usted a participar con algún perro, señor Wilkin? —le pregunté.

—Esta vez no, solo he venido a verlo. Conozco a muchos de estos perros.

Me quedé un rato a su lado, observando a los competidores en acción, mientras aspiraba la limpia fragancia de la hierba pisada y del tabaco prensado. Frente a nosotros y de pie junto al redil, el juez permanecía inmóvil en su puesto.

Llevaba allí unos diez minutos, cuando el señor Wilkin levantó un dedo para indicarme algo.

—¡Mire quién está aquí!

George Crossley se acercaba sin prisas al juez, seguido de *Sweep*. *Gyp* se irguió súbitamente y levantó una oreja. Llevaba muchos meses sin ver a su hermano y compañero; no era probable que le recordara, pensé. Sin embargo, su interés era evidente. Cuando el juez agitó el pañuelo blanco y soltaron a las tres ovejas desde el otro lado, *Gyp* se incorporó despacio.

Obedeciendo a un gesto del señor Crossley, *Sweep* rodeó el perímetro del campo en un gozoso galope y, en el momento de acercarse a las ovejas, un silbido le obligó a tenderse boca abajo. A partir de aquel instante, hombre y perro nos ofrecieron una magistral lección de colaboración. Sep Wilkin siempre había dicho que *Sweep* llegaría a campeón y, a juzgar por su forma de obedecer las órdenes de su amo, no cabía la menor duda de que lo sería. Sabía interpretar toda clase de silbidos, tanto los breves y penetrantes como los estridentes y quejumbrosos.

En todo el día, ningún perro había conducido su rebaño a través de las tres series de puertas con tanta soltura como *Sweep*. Este ya se iba acercando al redil más próximo a nosotros y estaba clarísimo que ganaría la copa a no ser que ocurriera algún desastre inesperado, cosa que podía suceder en cualquier momento. Más de una vez, las ovejas se habían desperdigado cuando ya faltaban solo unos metros para

llegar a la cerca de madera.

George Crossley abrió la puerta de par en par y extendió el cayado. Allí se podía comprender por qué razón utilizaban todos aquellas largas varas. Las órdenes que le transmitía a *Sweep*, tendido sobre la hierba, apenas se oían, pero las palabras pronunciadas en voz baja hicieron que el animal se desplazara despacio, primero hacia un lado y después hacia el otro.

Las ovejas ya se hallaban junto a la entrada del redil, pero miraban a su alrededor un poco indecisas, y el juego aún no había terminado. Cuando *Sweep* avanzó serpenteando hacia ellas, se volvieron, entraron en el redil y él señor Crossley cerró la puerta a sus espaldas. Luego, miró a *Sweep* y le gritó: «¡Buen chico!». El perro respondió con un rápido meneo de cola.

A todo eso, *Gyp*, que había contemplado el proceso con profunda concentración, levantó la cabeza y emitió un sonoro ladrido.

«¡Guauuu!», hizo *Gyp* mientras todos le mirábamos asombrados.

—¿Habéis oído eso? —dijo la señora Wilkin con la voz entrecortada por la emoción.

—¡Vaya si lo he oído! —contestó su esposo, contemplando boquiabierto a su perro.

Gyp no pareció darse cuenta de la conmoción que acababa de provocar. Estaba demasiado ocupado con su hermano. Al cabo de unos segundos, ambos perros empezaron a rodar por el suelo, mordisqueándose mutuamente, como antaño.

Los Wilkin debieron de pensar, al igual que yo, que aquel acontecimiento induciría a *Gyp* a empezar a ladrar como todos los perros. Sin embargo; no fue así.

Seis años más tarde, entré un día en la cocina de la granja a por un poco de agua caliente. Mientras me entregaba el cubo, la señora Wilkin miró a *Gyp*, que tomaba el sol bajo la ventana de la cocina.

—Qué bien te lo pasas, bribón —le dijo.

—¿Ha vuelto a ladrar alguna vez desde aquel día? —pregunté, riéndome.

—No —contestó la señora Wilkin, sacudiendo la cabeza—, ni una sola vez. Esperé mucho tiempo, pero ahora sé que no volverá a ocurrir.

—En fin, tampoco es que el hecho tenga tanta importancia. Pero, aun así, nunca olvidaré aquella tarde del concurso —dije.

—¡Ni yo! —La señora Wilkin volvió a mirar al perro con expresión nostálgica—. ¡Pobrecito mío, ocho años y solo un guau!

Es una de las muchas peculiaridades del comportamiento animal, tan divertidas como inexplicables. Nunca sabré lo que ocurrió, y, de no haber sido testigo directo de ello, jamás lo hubiera creído. Muchos niños me escriben a propósito de mis libros, y esta es una de las historias que más les llama la atención. Debido a ello, fue especialmente adaptada para mis lectores más jóvenes, con ilustraciones de Peter

Barrett. Esta historia del perro que solo emitió un ladrido en toda su larga vida no tenía más remedio que titularse *Solo un guau*. Su publicación tuvo lugar el pasado mes de septiembre.



20 Los Dimmock

¡Un consultorio lleno a rebosar!, pensé mientras contemplaba con satisfacción la apretada hilera de cabezas. Pero mi alegría duró un instante, justo el tiempo de percatarme de que eran los Dimmock.

Conocí por primera vez a los Dimmock una noche en que me llamaron para atender a un perro que había sido atropellado por un automóvil. La casa se encontraba en la zona antigua de la ciudad y yo circulaba despacio por entre las destartaladas casitas en busca del número cuando, de repente, se abrió una puerta y salieron tres chiquillos desgredados y me hicieron urgentes señas de que me acercara.

—¡Está aquí, señor! —Me gritaron al unísono mientras yo bajaba del vehículo.

En seguida me pusieron en antecedentes.

—¡Es *Bonzo*! ¡Le atropelló un coche y tuvimos que llevarle en brazos, señor!

Hablaron precipitadamente y me tiraron del brazo y de la chaqueta mientras abrían la verja del jardín para dirigirme a la casa. Cuando miré hacia la ventana, vi una masa de jóvenes rostros articulando palabras que no podía oír mientras unos brazos gesticulaban sin cesar.

Al llegar a la puerta que daba acceso directo a la sala de estar, fui engullido por un alud de cuerpos que me llevaron casi en volandas hasta el rincón en el que se encontraba mi paciente.

Bonzo estaba sentado sobre una manta vieja. Era un enorme animal peludo de raza indeterminada y, aunque a primera vista no parecía que estuviera muy grave, la patética expresión de su rostro resultaba conmovedora. Puesto que todos hablaban a la vez, decidí no hacerles caso y llevar a cabo la exploración. Examiné las patas, la pelvis, las costillas y la columna vertebral. No había fractura. Las membranas mucosas tenían buen color y no había evidencia de lesiones internas. Solo vi una ligera magulladura en el hombro izquierdo. En el transcurso del examen, *Bonzo* permaneció inmóvil como una estatua. Sin embargo, en cuanto terminé, se tendió de lado y me miró como disculpándose al tiempo que golpeaba la manta con su gruesa cola.

—Eres un perrazo muy sentimental, eso es lo que eres —dije mientras los movimientos de la cola se aceleraban.

Al volverme, vi un inmenso gentío y tardé un par de minutos en localizar a los padres. La mamá se abrió camino hacia la primera fila, en tanto que la diminuta figura del papá me miraba sonriendo por encima de las cabezas de los hijos. Pedí silencio y, cuando cesaron los murmullos, me dirigí a la señora Dimmock.

—Creo que han tenido suerte —le dije—. No he encontrado ninguna lesión grave. Seguramente, el coche le ha dado un golpe a *Bonzo* y él se ha aturdido un momento o puede que se haya asustado.

Volvió a armarse un alboroto.

—¿Se morirá, señor?

—¿Qué le pasa?

—¿Qué le va a hacer?

Le administré a *Bonzo* un ligero sedante y él puso cara de sufrimiento mientras las cabezas de enmarañado cabello se inclinaban para mirarle con preocupación, e innumerables manitas se extendían hacia él para acariciarle.

La señora Dimmock me ofreció una palangana de agua caliente y, mientras me lavaba las manos, aproveché para calcular, más o menos, el número de miembros de la familia. Conté once pequeños Dimmock, desde un muchacho adolescente hasta un chiquillo mugriento que gateaba por el suelo; a juzgar por el significativo volumen de la mamá, el número estaba a punto de aumentar. Iban vestidos con una variada selección de ropa usada, jerséis apolillados, pantalones remendados y vestidos llenos de lamparones, pese a lo cual se respiraba en la casa una atmósfera de ilimitada *joie de vivre*.

Bonzo no era el único animal que había en la casa, tal como pude comprobar cuando otro perro y una gata con dos gatitos aparecieron por entre la maraña de brazos y piernas. Pensé que el problema de alimentar a tantas bocas humanas ya debía ser difícil de por sí, sin la adición de los animales.

Pero a los Dimmock eso les traía sin cuidado; hacían lo que les daba la gana y se las arreglaban muy bien. Supe, más tarde, que el padre jamás había trabajado. Tenía la «espalda mala» y llevaba una existencia bastante placentera, en mi opinión, recorriendo ávidamente la ciudad durante el día y disfrutando de una buena cerveza y una partida de dominó en un rincón de Las Cuatro Herraduras por las noches.

Solía verle muy a menudo. Era fácil distinguirlo entre la gente porque siempre llevaba un bastón que le confería un aire de gran dignidad y caminaba a toda prisa como si tuviera que acudir a una cita importante.

Eché un último vistazo a *Bonzo*, que todavía permanecía tendido sobre la manta, con cara de pena, y traté de abrirme paso hacia la puerta.

—No hay motivo de preocupación —grité sobre la barahúnda de voces—, vendré a verle mañana para más seguridad.

A la mañana siguiente, cuando volví a la casa, vi a *Bonzo* jugando alegremente en el jardín en compañía de varios niños. Estos se pasaban la pelota unos a otros y el perro brincaba extasiado, tratando de interceptarla.

Estaba claro que el accidente no le había producido el menor daño; sin embargo, en cuanto me vio abrir la verja del jardín, bajó la cola, cayó casi de rodillas y entró medio arrastrándose en la casa. Los niños me acogieron con entusiasmo.

—¡Le ha puesto usted muy bien, señor!

—Ahora ya está bueno, ¿verdad?

—¡Vaya desayuno se ha zampado esta mañana, señor!

Entré en la casa mientras las manitas me agarraban la chaqueta. *Bonzo* se hallaba sentado sobre la manta con la misma expresión de la víspera. Al verme, se tumbó de lado y me miró con cara de mártir.

—¡Menudo cuentista estás hecho, *Bonzo*! —dije, mientras me arrodillaba a su lado—. Pero a mí no me engañas; te he visto jugando ahí afuera.

Le toqué suavemente el hombro magullado, y el perrazo cerró los ojos y empezó a temblar como si se resignase a su cruel destino. Cuando me levanté y comprendió que no le iba a dar otra inyección, se puso en pie de un salto y salió brincando al jardín.

Los Dimmock lanzaron gritos de júbilo y me miraron con visible admiración. Debían de pensar que había arrancado a *Bonzo* de las garras de la muerte. El señor Dimmock se separó de la masa humana.

—Ya me enviará usted la factura, ¿verdad? —me dijo con su característica dignidad.

La impresión que saqué la víspera me había inducido a no cobrar nada, razón por la cual ni siquiera anoté la visita en el registro. Pese a ello, asentí con la cara muy seria.

—Pierda cuidado, señor Dimmock —le contesté.

En el transcurso de nuestra larga relación, en la que nunca hubo el menor intercambio de dinero, él siempre me dijo lo mismo «Ya me enviará usted la factura, ¿verdad?».

Este fue el comienzo de mi estrecha asociación con los Dimmock. Es evidente que se habían encaprichado conmigo y querían verme lo más a menudo posible. Durante las semanas y los meses sucesivos y a intervalos regulares, me llevaron al consultorio una variada serie de perros, gatos, periquitos australianos y conejos; al ver que no les cobraba nada, intensificaron las visitas y, para colmo, acudían al consultorio en comisión. Yo deseaba ampliar la especialidad de animales domésticos y mi esperanza crecía momentáneamente para derrumbarse de golpe cuando abría la puerta y me encontraba la sala de espera llena a rebosar de los Dimmock.

La aglomeración aumentó cuando les dio por llevar consigo a su tía, la señora Pounder, que vivía unas puertas más abajo en la misma calle, para que viera lo simpático que yo era. La señora Pounder, una obesa dama que siempre lucía un mugriento sombrero de terciopelo sobre el desgredado cabello, compartía la tendencia familiar a la fertilidad y solía presentarse acompañada de algunos representantes de su numerosa prole.

Así ocurrió aquella mañana. Supervisé el grupo de personas, pero solo pude ver a sonrientes Dimmock y Pounder; ni siquiera conseguí distinguir a mi paciente. Cuando el grupo se separó como obedeciendo a una señal convenida de antemano, vi a la pequeña Nellie Dimmock que llevaba un cachorro en brazos. Nellie era mi preferida, aunque, en realidad, apreciaba a toda la familia. Eran tan simpáticos que siempre disfrutaba con sus visitas, una vez superada la decepción inicial. Los padres eran muy amables y corteses, y los niños, a pesar de lo mucho que alborotaban, siempre se comportaban con educación. Cuando me veían por la calle, me saludaban efusivamente con la mano y lo seguían haciendo hasta que me perdían de vista. La

escena se repetía muy a menudo porque recorrían constantemente la ciudad, haciendo toda clase de trabajos como, por ejemplo, repartir leche o periódicos. Pero lo mejor era que amaban a sus animales y eran muy cariñosos con ellos.

Tal como ya he dicho, Nellie era mi preferida. Contaba unos nueve años y había sufrido un ataque de «parálisis infantil» (tal como se denominaba entonces la enfermedad), cuando era muy pequeña. Eso le había dejado una pronunciada cojera y una fragilidad que la distinguía de sus vigorosos hermanos y hermanas. Sus delgadas piernas eran tan frágiles que parecía imposible que pudiera sostener el peso de su cuerpo, pero, por encima de su chupado rostro, una mata de cabello del color del trigo maduro le caía hasta los hombros, y sus ojos azules ligeramente bizcos miraban con serenidad a través de las gafas de montura de acero.

—¿Qué llevas ahí, Nellie? —le pregunté.

—Es un perrito —me contestó en un susurro—. Es mío.

—¿Quieres decir que tú eres su dueña?

—Sí, es mío —dijo la niña, asintiendo con orgullo.

—¿No pertenece también a tus hermanos y hermanas?

—No, es solo mío.

Varias hileras de cabezas de Dimmock y Pounder asintieron enérgicamente, mientras Nellie acercaba el cachorro a su mejilla y me miraba con una extraña y dulce sonrisa, que siempre me llegaba al corazón, llena de inocente felicidad infantil, pero con un toque conmovedor que quizá procedía de la especial situación en que se encontraba Nellie.

—Me parece un perro muy bonito —dije—. Es un spaniel, ¿verdad?

—Sí, un cocker —contestó la chiquilla, acariciándole la cabeza—. El señor Brown dijo que era un cocker.

Hubo unos ligeros murmullos en la parte de atrás y, por fin, apareció el señor Dimmock.

—Es de pura raza, señor Herriot —dijo, carraspeando respetuosamente—. La perra del señor Brown tuvo cachorros y él le ha regalado este a Nellie —se colocó el bastón bajo el brazo y se sacó un alargado sobre del bolsillo, entregándomelo con un floreo—. Ahí tiene su pedigrí.

Lo leí atentamente y solté un silbido.

—Es un auténtico perro de sangre azul y veo que tiene un nombre muy largo, *Darrowby Tobías Tercero*. Suena muy bien. ¿Tú cómo le vas a llamar, Nellie? —le pregunté a la niña.

—*Toby* —contestó ella susurrando—. Le llamaré *Toby*.

—Muy bien —dije, echándome a reír—. ¿Y qué le pasa a *Toby*? ¿Por qué me lo has traído?

—Ha estado enfermo, señor Herriot —contestó la señora Dimmock desde un lugar invisible—. No puede tragar.

—Bueno, ya me imagino lo que es. ¿Le han dado algo contra las lombrices?

—No, me parece que no.

—Creo que necesita una píldora —dije—, pero primero le echaré un vistazo.

Otros clientes se conformaban con enviar a un solo representante de la familia cuando llevábamos al perro a la sala de examen; en cambio, los Dimmock querían ir todos. Me fui, seguido de una multitud que ocupaba el pasillo de pared a pared. Nuestra sala de examen y quirófano era más bien pequeña, y observé con inquietud la larga procesión de gente.

Afortunadamente, hubo sitio para todos, pero la señora Pounder, con el sombrero de terciopelo ligeramente torcido, tuvo que apretujarse con cierta dificultad en la parte de atrás.

El examen del cachorro duró más de lo habitual porque tuve que abrirme paso a codazos hacia el termómetro que se encontraba en el carrito de instrumentos y desplazarme, después, en dirección contraria para descolgar el estetoscopio de su gancho de la pared. Pero, al fin, conseguí terminar.

—Pues no le veo nada —dije—. Por consiguiente, estoy casi seguro de que tiene la barriguita llena de lombrices. Ahora les daré una píldora para que se la administren mañana a primera hora.

Como un equipo de fútbol a punto de saltar al campo, la masa humana avanzó por el pasillo y salió a la calle, dando de este modo por concluida la visita.

Olvidé el incidente enseguida porque no me pareció de cuidado. El abultado vientre del cachorro me facilitó enormemente el diagnóstico y no esperaba verle otra vez por allí.

Pero me equivocaba. Al cabo de una semana, los Dimmock volvieron a tomar por asalto el consultorio y tuve que volver a examinar a *Toby* en el cuartito de atrás. La píldora le había hecho expulsar algunas lombrices, pero el animalito vomitaba y todavía estaba muy hinchado. Su aspecto era peor que en su primera visita.

—¿Le dan cinco pequeñas raciones de comida al día tal como les dije? —pregunté.

Me contestaron al unísono que sí y no tuve más remedio que creerles. Los Dimmock cuidaban muy bien a sus animales. Tenía que haber algo más, pero no sabía qué era. La temperatura era normal, los pulmones estaban despejados y la palpación del abdomen era negativa. No lograba adivinar qué podía tener. Les di un frasco de mezcla antiácida, sabiendo que un cachorro no suele necesitar semejante cosa.

Fue el comienzo de un largo período de fracasos. Durante dos o tres semanas, creí que todo se había resuelto, pero, de repente, el consultorio se volvió a llenar de Dimmocks y Pounders, y tuve que empezar otra vez por el principio.

Entre tanto, *Toby* estaba cada vez más flaco.

Lo probé todo: sedantes gástricos, variaciones en la dieta, remedios caseros... Interrogué repetidamente a los Dimmock sobre el aspecto de los vómitos, con qué intervalos se producían después de comer y en qué momento ocurrían, pero las

respuestas eran muy variadas. A veces, vomitaba enseguida la comida y otras la retenía varias horas en el estómago. No lograba llegar a ninguna parte.

Unas ocho semanas más tarde —cuando *Toby* contaría unos cuatro meses—, el consultorio se llenó de Dimmocks y yo los miré a todos con desaliento. Sus visitas me deprimían profundamente y estaba seguro de que aquel día no habría ninguna novedad agradable cuando abrí la puerta de la sala de espera y casi permití que me llevaran a hombros por el pasillo. Esta vez, el último en entrar fue el padre. Después, Nellie colocó al perrito sobre la mesa.

Me entristecí muchísimo al verle. *Toby* había crecido a pesar de su dolencia, pero era una pobre caricatura de un cocker spaniel: las sedosas orejas le caían desde un cráneo casi descarnado y las huesudas patas estaban cubiertas por una especie de patético plumón. Pensaba que Nellie estaba delgada, pero su cachorro la superaba con creces. Estaba flaco y arqueaba temblorosamente el lomo, mirándome con la expresión perdida propia del animal que ya no tiene el menor interés por seguir viviendo.

La niña le acarició las costillas y sus pálidos ojos me miraron a través de las gafas de montura de acero, al tiempo que sus labios esbozaban aquella sonrisa que tanto solía emocionarme. No parecía preocupada porque seguramente no se percataba de la gravedad de la situación. Comprendí que jamás le podría decir que su perrito se estaba muriendo poco a poco.

—¿Hoy qué ha comido? —pregunté, frotándome los ojos con aire cansado.

—Un poco de pan con leche —se apresuró a contestar Nellie. Antes de que pudieran responderme, el perrito vomitó, arrojando el contenido a medio digerir de su estómago en un gracioso arco a unos cincuenta centímetros de la mesa.

—¿Lo hace siempre así? —le pregunté anhelante a la señora Dimmock.

—Sí, casi siempre... Vomita como si fuera un surtidor.

—Pero ¿por qué no me lo dijeron?

—Pues..., no sé... Yo... —contestó la buena mujer, mirándome aturdida.

—No se preocupe, señora Dimmock —la interrumpí, levantando una mano.

Recordé que, a lo largo de aquel infructuoso tratamiento, no hubo jamás un solo Dimmock o Pounder que me hiciera la menor crítica. Por consiguiente, ¿con qué derecho podía yo protestar ahora?

Pero, ahora, ya sabía lo que le pasaba a *Toby*. Por fin, lo había averiguado.

Y para que mis colegas actuales no piensen, al leer esta historia, que fui bastante duro de mollera en el tratamiento del caso, diré en mi descargo que los limitados textos de que disponíamos entonces solo hacían una referencia de pasada a la estenosis pilórica (estrechamiento de la salida del estómago en el punto donde este se une con el intestino delgado), sin indicar ningún tipo de tratamiento.

Alguien en Inglaterra, pensé, debía estar más adelantado que los libros de texto. Tenía que haber alguien capaz de practicar la operación y, en caso de haberlo, me daba la impresión de que no podía estar muy lejos.

Me abrí camino por entre la muchedumbre y salí al pasillo para dirigirme al teléfono.

—¿Es usted, Granville?

—¡Jim! —exclamó mi colega con voz de trueno—. ¿Cómo está, muchacho?

—Muy bien, ¿y usted?

—¡Perfectamente, hijito! ¡Nunca estuve mejor!

—Granville, tengo un cachorro spaniel de cuatro meses y me gustaría que lo viera. Padece de estenosis pilórica.

—¡Ah, muy bien!

—Me temo que está en las últimas... Se ha quedado en los puros huesos.

—¡Espléndido, espléndido!

—Ello se debe a que yo he estado actuando a ciegas durante cuatro semanas a causa de mi ignorancia.

—¡Estupendo, estupendo!

—Y los propietarios son una familia muy humilde. Me temo que no podrán pagar.

—¡Maravilloso!

Vacilé un instante.

—Granville, usted... ¿ha operado estos casos... alguna vez?

—Ayer hice cinco.

—¡Cómo!

—Era una broma, muchacho —dijo Granville, soltando una risotada—. Pero no se preocupe, he operado unos cuantos, y no es tan difícil como supone.

—Bueno —consulté mi reloj—. Ahora son las nueve y media. Le diré a Siegfried que me sustituya en el turno de la mañana y estaré ahí antes de las once.

Granville estaba efectuando una visita domiciliaria y tuve que esperar en su consultorio hasta que oí el rumor del lujoso Bentley que entraba en el patio. A través de la ventana, vi otra impresionante pipa que brillaba tras el volante. Después, enfundado en un impecable traje de espiga que le confería la apariencia del gobernador del Banco de Inglaterra, mi colega descendió del vehículo y se encaminó con paso mayestático hacia la puerta lateral del edificio.

—¡Me alegro de verle, Jim! —exclamó, estrujándome cordialmente la mano.

A continuación, antes incluso de quitarse la chaqueta, se sacó la pipa de la boca, la estudió con inquietud durante un segundo y la dejó cuidadosamente en el interior de un cajón, tras haberla lustrado con el paño amarillo.

Poco después, ya estaba en la sala de quirófano junto a la pequeña forma extendida de *Toby* mientras Granville —el otro yo de Granville Bennett— trabajaba con intensa concentración en el interior del abdomen del animalito.

—Fíjese en esta dilatación gástrica tan tremenda —dijo—. Lesión típica —tomó el píloro y levantó el bisturí—. Ahora voy a cortar la capa serosa —una rápida incisión—. Aquí, una pequeña disecación de las fibras musculares... Abajo...

abajo..., un poco más... Ah, ya está, aquí la tenemos. Mire... La mucosa obstruye la hendidura. Sí..., eso es. Ahí es donde hay que llegar.

Observé el minúsculo tubo en el que se habían originado todos los males de *Toby*.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, muchacho —contestó Granville, sonriendo— ahora se ha eliminado la obstrucción y puede estar seguro de que, a partir de este momento, el bicho empezará a engordar.

—Es una maravilla, Granville. Le estoy muy agradecido.

—No diga tonterías, Jim, ha sido un placer. Pero el próximo ya lo podrá hacer usted, ¿verdad?

Soltando una carcajada, mi colega tomó la aguja y el hilo de sutura y cosió los músculos abdominales y la piel con increíble rapidez.

Al cabo de unos minutos, ya se encontraba en su despacho donde se puso de nuevo la chaqueta y volvió a llenar la pipa.

—Tengo un pequeño plan para el resto de esta mañana —dijo, mirándome.

Retrocedí involuntariamente y extendí una mano en un gesto defensivo.

—Bueno, verá... Es que... Es usted muy amable, Granville, pero es que..., en serio, tengo que regresar... Estamos muy ocupados, ¿sabe...? No puedo dejar a Siegfried mucho rato... Se nos acumularía el trabajo...

Me detuve porque noté que empezaba a tartamudear.

—Yo solo quería invitarle a almorzar, muchacho —dijo Granville, mirándome con expresión dolida—. Zoe le espera.

—Ah..., ya. Bueno, son ustedes muy amables. Entonces, ¿no iremos... a ningún otro sitio?

—¿Otro sitio? —Granville hinchó los carrillos y extendió los brazos—. Pues claro que no. Solo pasaremos un momento por mi segundo consultorio.

—¿Su segundo consultorio? No sabía que lo tuviera.

—Ah, sí, a un tiro de piedra de mi casa. Bueno, pues, ¿vámonos ya? —dijo, rodeándome los hombros con un brazo.

Acomodado en el asiento del lujoso Bentley, acaricié la idea de poder presentarme ante Zoe Bennett en condiciones normales. Esta vez, ella se daría cuenta de que yo no era un zoquete perpetuamente borracho. Las dos horas siguientes se me antojaban llenas de rosadas promesas; un excelente almuerzo amenizado por mi ingeniosa conversación y mis modales refinados; y después, el regreso a Darrowby con *Toby* milagrosamente resucitado.

Sonreí para mis adentros al imaginar la cara que pondría Nellie cuando le dijera que su perrito podría volver a comer y desarrollarse sano y fuerte como cualquier otro cachorro. Aún no se había borrado la sonrisa de mis labios cuando el automóvil se detuvo en las afueras del pueblo donde vivía Granville. Vi, a través de la ventanilla, un achaparrado edificio de piedra con ventanas emplomadas y un rótulo de madera que colgaba sobre la entrada: «La Posada del Viejo Roble». Me volví a mirar a mi

acompañante.

—¿No íbamos a su segundo consultorio?

—Bueno, es que así llamo yo a este lugar —contestó Granville, esbozando una inocente sonrisa infantil—. Está tan cerca de casa que muchos de mis asuntos los resuelvo aquí —me dio palmadas en una rodilla—. Entraremos a tomarnos un pequeño aperitivo, ¿eh?

—Espere —balbucí, agarrando fuertemente los brazos de mi asiento—. Es que hoy no puedo llegar tarde. Preferiría...

—Pero, Jim, muchacho —dijo Granville, levantando una mano—, si no tardaremos nada —consultó su reloj—. Son exactamente las doce y media y le he prometido a Zoe que estaríamos en casa a la una en punto. Ha preparado rosbif y un budín de York, y haría falta un hombre más valiente que yo para dejar que se enfriara el budín. Le aseguro que estaremos en casa a la una en punto sin falta. ¿De acuerdo?

Vacilé. En media hora no podría sufrir un grave quebranto. Descendí del automóvil.

Al entrar en el *pub*, un corpulento individuo que se encontraba junto a la barra se volvió para saludar efusivamente a mi colega.

—¡Albert! —exclamó Granville—. Te presento a Jim Herriot, de Darrowby. Jim, te presento a Albert Wainright, propietario del Wagon and Horses, de Matherley. En realidad, este año ha sido nombrado presidente del Gremio de Minoristas de la Alimentación, ¿no es cierto, Albert?

El gigantesco individuo asintió sonriendo. Por un instante, me sentí abrumado por las dos figuras que me flanqueaban. No era fácil describir el consistente tejido de la estructura de Granville, pero el señor Wainright estaba inequívocamente gordo. La desabrochada chaqueta a cuadros dejaba al descubierto un abdomen enormemente abultado que se desparramaba por encima del cinturón de los pantalones, bajo una camisa a rayas complementada por una vistosa corbata de pajarita. Sus ojos me miraron parpadeando desde el rubicundo rostro y, cuando habló, lo hizo con un timbre de voz sonoro y dulce. Era la máxima encarnación del término «Minoristas de la Alimentación».

Empecé a sorber la cerveza que había pedido y, cuando vi aparecer otra a los dos minutos, comprendí que me quedaría rezagado y pasé a los *whiskies* con soda que los demás estaban bebiendo. Para mi ruina, mis dos acompañantes eran clientes habituales del local; ingirieron sus bebidas, dieron unas suaves palmadas sobre el mostrador, susurraron «Sí, por favor, Jack», e inmediatamente aparecieron como por arte de magia otras tres jarras. Jamás tuve oportunidad de invitar a una ronda porque en ningún momento se produjo intercambio alguno de dinero.

Fue una pequeña y amistosa sesión en cuyo transcurso Albert y Granville llevaron todo el peso de una divertida conversación puntuada por las suaves palmadas sobre la barra. Yo trataba de mantenerme a la altura de aquellos dos virtuosos, pero las palmadas se producían con frecuencia cada vez mayor hasta que, al final, me pareció

oírlas a cada pocos segundos.

Granville cumplió lo prometido. Cuando ya faltaba poco para la una, consultó su reloj.

—Bueno, ahora tenemos que irnos, Albert. Zoe nos está esperando.

En el momento en que el vehículo se detenía frente a la casa, comprendí con desesperación que me había vuelto a ocurrir lo mismo. El caldero de una bruja empezó a burbujear en mi interior, enviándome mefíticos vapores al cerebro. Me sentía fatal y estaba seguro de que la cosa iría a mayores.

Entre tanto, Granville, descendió del vehículo más fresco que una rosa y me acompañó hacia la casa.

—¡Zoe, amor mío! —exclamó, abrazando a su mujer al verla salir de la cocina.

Una vez libre del abrazo, Zoe se acercó a mí; lucía un delantal floreado que le sentaba de maravilla.

—¡Hola! —me dijo, dedicándome la misma mirada admirativa de su marido, como si el hecho de saludar a James Herriot fuera un acontecimiento extraordinario—. Encantada de volver a verle. Ahora mismo sirvo el almuerzo.

Respondí sonriendo estúpidamente mientras ella volvía a la cocina.

Me hundi en un sillón y, tras rebuscar en un aparador, Granville me puso un vaso en la mano y se acomodó en otro sillón. El obeso staffordshire terrier le saltó inmediatamente sobre las rodillas.

—¡*Phoebles*, mi pequeñín! —le dijo amorosamente—. Papaíto ya vuelve a estar en casa —señalando a la pequeña yorkshire que, sentada a sus pies, le mostraba repetidamente los dientes en una serie de extática sonrisas, añadió—: ¡Ya te veo, mi pequeña *Victoria*, ya te veo!

Cuando me acompañaron a la mesa, me movía como en sueños y hablaba con pastosa lentitud. Granville se situó de pie junto a un enorme lomo, afiló rápidamente el cuchillo y empezó a cortar sin piedad. Era un anfitrión muy generoso y me amontonó en el plato algo así como un kilo de carne. Después, empezó con los budines de York. En lugar de hacer uno solo, Zoe había hecho varios pequeños budines redondos, como los que hacían las mujeres del campo. Granville me sirvió seis de estos dorados y crujientes montículos al lado de la carne, y luego Zoe me pasó la salsera.

Haciendo un supremo esfuerzo, tomé cuidadosamente el asa, cerré un ojo y empecé a verter el contenido. Por no sé qué razón, pensé que tenía que inundar de salsa cada uno de los pequeños budines, y los fui mojando con la cara muy seria hasta dejarlos completamente empapados. En determinado momento, me falló la puntería y vertí unas cuantas gotas del aromático líquido sobre el mantel. Miré con expresión culpable a Zoe y solté una risita estúpida.

Zoe se rio a su vez como si me considera un tipo un poco raro, pero inofensivo, que no tenía más defecto que no estar nunca sereno ni de día ni de noche, aunque, en el fondo, no fuera un mal chico.

Por regla general, tardaba varios días en recuperarme de las visitas a Granville, y al llegar el sábado, ya estaba bastante restablecido. En el mercado, vi a una muchedumbre, que cruzaba la plaza en todas direcciones. Al principio, pensé, a juzgar por aquella mezcla de adultos y niños, que sería una salida escolar, pero después, examinándolos con más detenimiento me di cuenta de que eran simplemente los Dimmock y los Pounder que habían salido de compras.

Al verme, se desviaron de su camino y enseguida me vi rodeado por una marea humana.

—¡Mírele ahora, señor!

—¡Come más que un caballo!

—¡Engordará enseguida!

El alegre griterío me estaba dejando sordo.

Nellie llevaba a *Toby* sujeto con una correa. Cuando me incliné hacia el animalito, me pareció increíble que hubiera podido cambiar tanto en pocos días. Aún estaba muy flaco, pero ya no tenía aquella mirada tan apagada. Parecía muy contento y quería jugar. Ahora solo sería cuestión de tiempo.

Su pequeña propietaria le acariciaba, una y otra vez, el suave pelaje marrón.

—Sí, estás muy orgullosa de tu perrito, ¿verdad, Nellie? —dije mientras la chiquilla me miraba con los ojos entornados.

—Sí —me contestó con su dulce sonrisa de siempre—. Porque es mío.

Me complace haber podido escribir esta historia sobre la familia Dimmock. Su amor a los animales era uno de los más auténticos que jamás he conocido, y el hecho de recibirlos a todos a la vez, tal como siempre hacía, aportaba un calor especial a cada consulta. Me sentía extrañamente solo cuando atendía a un solo cliente después de su partida. Y, como es lógico, siempre salía trasquilado cuando entraba en contacto con el inmortal Granville Bennett; pero, ni entonces ni ahora, he podido encontrar un método más eficaz de resolver la estenosis pilórica que el que él me enseñó.



21 Magnus y compañía

Mi vida en Darrowby era extremadamente satisfactoria. Yo tenía la inestimable ventaja de ser un veterinario de animales grandes, que tenía un interés especial por los perros y los gatos. Por consiguiente, aunque me pasaba casi todo el día al aire libre en los campos del condado de York, siempre tenía la cautivadora compensación de los animales domésticos.

A algunos de ellos los trataba a diario y eso aportaba a mi existencia un interés adicional, pero un interés de otra clase, basado en el sentimiento y no en lo crematístico gracias a la especial situación en la que yo me encontraba. Si hubiera tenido una abundante clientela de animales domésticos, supongo que hubiera sido muy fácil caer en la tentación de ver mi profesión como una enorme máquina de hacer salchichas o una interminable procesión de anónimas formas peludas a las que ir pinchando mecánicamente con agujas hipodérmicas. Pero, en Darrowby, les conocíamos a todos uno por uno.

Cuando circulaba en mi automóvil por la ciudad, podía identificar a mis antiguos pacientes sin la menor dificultad: *Rover Johnson*, recién recuperado de una úlcera en la oreja, saliendo de la ferretería con su dueña; *Patch Walker*, que se había roto una pata y ahora permanecía alegremente de pie en la parte trasera de la furgoneta de reparto de carbón de su amo, o *Spot Briggs*, que era un bribonzuelo y pronto volvería a lastimarse escalando una alambrada de púas, paseando solo por la plaza en busca de aventuras. Me emocionaba recordar sus dolencias y peculiaridades. Porque todos tenían su personalidad, que se manifestaba de muy diversas maneras.

Una de ellas era la actitud que adoptaban ante mi persona y mi tratamiento. La mayoría de los perros y gatos no me demostraban la menor animadversión, a pesar de que, generalmente, les hacía algo molesto o desagradable.

Pero había excepciones, y una de ellas era *Magnus*, el dachshund miniatura de la Asociación de Ganaderos.

Pensé en él mientras me apoyaba en la barra.

—Una cerveza, Danny, por favor —pedí en voz baja.

—Enseguida, señor Herriot —dijo el camarero, sonriendo.

Accionó la palanca y empezó a salir la cerveza cubierta por una consistente capa de espuma.

—Esta noche, la cerveza tiene muy buena pinta —añadí en un susurro.

—¿Buena pinta, dice usted? ¡Es fantástica! —exclamó Danny, contemplando amorosamente el paso—. Es una pena tener que venderla.

—Bueno, pero te agradezco que me guardes unas gotas —dije, riéndome por lo bajo. Ingerí un buen trago y me volví a mirar al anciano señor Fairburn que siempre ocupaba un puesto al fondo de la barra, sosteniendo en la mano su vaso especial de flores pintadas—. Ha sido un día estupendo, señor Fairburn —murmuré *sotto voce*.

—¿Cómo ha dicho? —replicó el anciano, acercando una mano a la oreja.

—Que hemos tenido muy buen tiempo.

Mi voz semejaba una suave brisa suspirando sobre los pantanos.

En aquel momento, sentí que me propinaban una violenta palmada en la espalda.

—¿Qué demonios te pasa, Jim? ¿Tienes laringitis?

Al volverme, vi al calvo doctor Allinson, mi asesor médico y amigo.

—Hola, Harry —exclamé—. Me alegro de verte.

Inmediatamente me cubrí la boca con la mano.

Pero ya era demasiado tarde. Unos furiosos ladridos surgieron del despacho del encargado. Eran sonoros y penetrantes y no había forma de que el perro se callara.

—Maldita sea, lo olvidé —dije en tono cansado—. Ya está *Magnus* ladrando otra vez.

—¿*Magnus*? ¿A qué te refieres?

—Bueno, es una historia muy larga.

Tomé otro sorbo de cerveza sin dejar de escuchar los ladridos. La paz del local estaba empezando a perturbarse y varios parroquianos se removieron en sus asientos y miraron hacia la puerta.

¿Olvidaría alguna vez la afrenta aquel perrito? Hacía mucho tiempo, el señor Beckwith, el nuevo y joven encargado del bar de la Asociación de Ganaderos, llevó un día a *Magnus* al consultorio. Estaba un poco nervioso.

—Tendrá que vigilarle, señor Herriot.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que tenga cuidado porque es muy malo.

Contemplé la figurita alargada que apenas parecía una mota marrón sobre la mesa. No pesaría más allá de los tres kilos. No pude evitar reírme.

—¿Malo? ¿Con lo pequeño que es?

—Se lo aviso —dijo el señor Beckwith, levantando un dedo admonitorio—. Una vez, le llevé al veterinario de Bradford donde regentaba «El Cisne Blanco» y le mordió un dedo.

—¿De veras?

—¡Vaya! El mordisco le llegó hasta el hueso. En mi vida he oído semejantes palabrotas, aunque el hombre tenía toda la razón del mundo. Había sangre por todas partes. Tuve que ayudarle a vendarse el dedo.

—Hum..., ya comprendo —era mejor que le avisaran a uno antes de que le mordieran y no después—. ¿Qué pretendía hacerle al perro? Debía de ser algo muy serio.

—¿Qué va! Yo solo quería que le cortara las uñas.

—¿Nada más? Y hoy, ¿por qué me lo trae?

—Por lo mismo.

—Pues, la verdad, señor Beckwith —dije—, creo que le podremos cortar las uñas sin que haya derramamiento de sangre. Si fuera un mastín o un pastor alemán, podríamos tener problemas, pero creo que, entre usted y yo, lograremos controlar a

este dachshund miniatura.

El encargado del bar sacudió la cabeza.

—Conmigo no cuente. Lo siento, pero prefiero no sujetarle, si no le importa.

—¿Por qué no?

—Porque nunca me lo perdonaría. Es un perrito muy maniático.

—Pero, si es tan difícil como dice y usted no puede sujetarle, ¿qué pretende que yo haga? —pregunté, frotándome la barbilla.

—Pues, francamente, no lo sé... A lo mejor, podría drogarle... ¿O anestesiarle quizá?

—¿Quiere decir anestesia general? ¿Para cortarle las uñas de las patas...?

—Me temo que será la única manera de hacerlo —dijo el señor Beckwith, contemplando con inquietud al minúsculo animal—. Usted no lo conoce.

Aunque pareciera increíble, era evidente que aquel bichejo era el amo del cotarro en el hogar de los Beckwith. Sabía de muchos perros que ocupaban este lugar en muchas casas, pero ninguno tan pequeño como aquel. En cualquier caso, no podía perder el tiempo con semejantes tonterías.

—Mire, le colocaré un bozal y terminaré en un par de minutos.

Me volví para tomar el cortaúñas y lo dejé sobre la mesa. Después, desenrollé un trozo de venda e hice un lazo.

—Buen chico, *Magnus* —dije, acercándome cautelosamente al perro.

El perrillo clavó los ojos en la venda y no parpadeó hasta que la tuvo a un centímetro del hocico; entonces, en un sorprendente estallido de fiereza, pegó un brinco en dirección a mi mano. Sentí la corriente de aire sobre mis dedos y vi que una hilera de deslumbrantes dientes se cerraba a un centímetro de distancia. Cuando el animalillo estaba a punto de abalanzarse de nuevo sobre mí, le agarré por la nuca con la otra mano.

—Bueno, señor Beckwith —dije muy tranquilo—, ya lo tengo. Ahora, pásame esta venda y enseguida terminamos.

—¡Yo no pienso hacerlo! —exclamó el joven, asustado—. ¡Yo me largo!

Se encaminó hacia la puerta y oí cómo sus pasos se alejaban por el pasillo.

Bueno, pensé, es mejor así. En general, prefería que los propietarios de los perros no estuvieran presentes durante las curas o exámenes. Era curiosa la rapidez con que se calmaban aquellos bichos cuando se encontraban a solas con un desconocido que sabía cómo debía tratarlos. Hubiera podido enumerar una larga lista de animales que, en sus casas, eran unas fieras, pero que se convertían en tímidas criaturas apocadas cuando cruzaban el umbral del consultorio. Todos eran mucho más grandes que *Magnus*.

Sin soltarle la nuca, desenrollé otros treinta centímetros de venda y, mientras el perrito se agitaba violentamente, abriendo la boca y mostrándome los dientes como un lobo siberiano a escala reducida, le deslicé el lazo alrededor del hocico, tiré de los extremos y los anudé detrás de las orejas. Ahora tenía la boca completamente cerrada,

pero, para mayor seguridad, apliqué una segunda venda sobre la primera con el fin de que quedara bien amordazado.

Una vez llegados a este punto, los animales solían tranquilizarse. Estudié al perro, buscando alguna señal de sumisión. Pero, por encima de la venda, los ojos me miraban con furia y de la figurita surgían unos tremendos rugidos cuya intensidad subía y bajaba como el distante zumbido de miles de abejas.

A veces, un par de palabras severas bastaban para enseñarles quién era el jefe.

—¡*Magnus*! —le grité—. ¡Cállate de una vez!

Inmediatamente le sacudí por la nuca para demostrarle que hablaba en serio, pero la única respuesta que recibí fue una desafiante mirada de soslayo desde unos ojos levemente desorbitados.

—Muy bien —dije en tono cansado, tomando el cortaúñas—, si no lo quieres a las buenas, será a las malas.

Me lo coloqué bajo el brazo, tomé una pata y empecé a cortarle las uñas.

No podía hacer nada. Luchó y forcejeó, pero yo le tenía completamente inmovilizado. Mientras le cortaba metódicamente las largas uñas, unos espumarajos se le escapaban por ambos lados de la boca junto con los rugidos. Si los perros podían insultar, yo estaba recibiendo en aquellos instantes los mayores insultos de mi vida.

Hice mi trabajo con sumo cuidado, procurando cortar muy por debajo del núcleo sensible de las uñas para que no sintiera dolor, pero daba igual. La indignidad de tener que ser dominado, aunque solo fuera una vez en la vida, le resultaba insoportable.

Hacia el término del proceso, empecé a cambiar de tono. Sabía por experiencia que, una vez se ha establecido el dominio, es muy fácil desarrollar una relación de amistad. Por tanto, empecé a introducir un matiz lisonjero.

—Buen chico —dije en tono cariñoso—. No ha pasado nada, ¿verdad?

Posé el cortaúñas sobre la mesa y le acaricié la cabeza al perrito mientras de su boca se escapaban borbotones de sentimiento.

—Bueno, *Magnus*, ahora te voy a quitar el bozal —empecé a deshacer el nudo—. Así estarás mejor, ¿verdad?

Muchas veces, cuando le quitaba el bozal, el perro llegaba aparentemente a la conclusión de que lo pasado, pasado, y, en muchos casos, incluso me lamía la mano. Pero no ocurrió así con *Magnus*. Cuando le cayó del hocico la última vuelta de la venda, hizo otro loable intento de morderme.

—Bueno, señor Beckwith —grité hacia el fondo del pasillo—, ya puede venir por él.

Mi último recuerdo de la visita fue la figura del perro, volviéndose a mirarme con rabia desde los peldaños del consultorio antes de que su amo se lo llevara calle abajo.

La mirada decía con toda claridad: «Muy bien, compañero, te vas a acordar de mí».

Habían transcurrido unas semanas, pero, desde aquel día, el simple sonido de mi voz era suficiente para provocar los encolerizados ladridos de *Magnus*. Al principio, los parroquianos se divertían, pero ahora empezaban a mirarme con malos ojos. A lo mejor, pensaban, que había sido cruel con el animal, o algo por el estilo. La situación era preocupante porque yo no quería abandonar la Asociación de Ganaderos; el bar era muy acogedor incluso en las noches más frías, y la cerveza era estupenda.

En cualquier caso, si me hubiera ido a otro *pub*, hubiera seguido susurrando y la gente me hubiera mirado todavía con más extrañeza.

Qué distinto fue todo con el setter irlandés de la señora Hammond. Todo empezó con una urgente llamada telefónica, una noche, cuando yo estaba bañándome. Helen llamó a la puerta del cuarto de baño y yo me sequé rápidamente y me puse el albornoz. Subí corriendo al piso de arriba y, en cuanto tomé el teléfono, oí el sonido de una voz angustiada.

—¡Señor Herriot, es *Rock*! Llevaba dos días extraviado y un hombre acaba de traerlo a casa. Le encontró en un bosque con una pata metida en una trampa. Debe... —Oí un sollozo ahogado—. Debe de haber estado allí durante todo este tiempo.

—¡Cuánto lo lamento! ¿Está muy mal?

—Sí —la señora Hammond era la esposa del director de un Banco de la zona, una mujer muy sensible e inteligente. Tras una pausa en la que imaginé que debía de estar tratando de serenarse, añadió con voz más tranquila—: Sí, me temo que habrá que amputarle la pata.

—¡Oh, cuánto lo siento!

Sin embargo, sus palabras no me sorprendían. Una extremidad comprimida por uno de esos bárbaros instrumentos durante cuarenta y ocho horas tenía que estar forzosamente muy mal. Por suerte, las trampas son ahora ilegales, pero, por aquel entonces, me obligaban a adoptar drásticas decisiones y a realizar unas tareas que aborrecía con toda mi alma. ¿Tenía que amputarle la pata a un pobre animal para mantenerlo con vida, o era mejor correr le piadosa cortina final de la eutanasia? Yo era el culpable de que en Darrowby hubiera varios perros y gatos de tres patas y aunque se les veía felices y sus propietarios les seguían queriendo igual que antes, aquel hecho me entristecía profundamente.

En cualquier caso, haría lo que tuviera que hacer.

—Tráigamelo enseguida, señora Hammond, no se demore —dije.

Rock era un setter de gran tamaño, pero muy estilizado; me pareció tan ligero como una pluma cuando lo levanté para colocarlo sobre la mesa. Al rodearlo con mis brazos, percibí la estructura de la caja torácica bajo la piel.

—Ha adelgazado muchísimo —dije.

—Hace mucho que no come —su ama asintió con la cabeza—. Comió como un desesperado cuando llegó, a pesar del dolor que sentía.

Coloqué una mano bajo el codo del perro y levanté suavemente la pata. Los dientes de la trampa se habían cerrado sobre el radio y la ulna, pero lo que más me preocupaba era la hinchazón de la pata, que tenía un tamaño por lo menos el doble del normal.

—¿Qué le parece, señor Herriot? —preguntó la señora Hammond, retorciendo nerviosamente las asas de la bolsa de mano que todas las mujeres solían llevar al consultorio sin que viniera a cuento.

Acaricié la cabeza del perro. Bajo la luz de la lámpara, el sedoso pelaje brillaba como una llamarada de rojo y oro.

—Tiene la pata sumamente hinchada, en parte debido a la inflamación, pero también a la interrupción de la circulación mientras estuvo atrapado en la trampa. Hay peligro de gangrena... O sea, de que el tejido muera y se descomponga.

—Lo sé —dijo ella—. Trabajé como enfermera antes de casarme.

Levanté la enorme pata con sumo cuidado. *Rock* permaneció inmóvil con la mirada perdida en la distancia mientras le examinaba los huesos metacarpianos y las falanges hasta llegar a la espantosa herida.

—Bueno, es un desastre, pero hay dos cosas positivas. Una de ellas es que la pata no está rota. La trampa se clavó hasta el hueso, pero no hay fractura. Y, sobre todo, la pata aún se conserva caliente.

—¿Y eso es una buena señal?

—Pues, sí. Significa que todavía circula un poco la sangre. Si la pata se notara fría y pegajosa, la situación sería desesperada. Tendría que amputar.

—Entonces, ¿cree que se la podrá salvar?

—No lo sé, señora Hammond —contesté, levantando una mano—. Como ya le he dicho, aún le circula un poco la sangre, pero no sabemos hasta qué punto. Parte del tejido se le desprenderá y la situación podría agravarse en los próximos días. De todos modos, me gustaría intentarlo.

Limpié la herida con un poco de antiséptico diluido en agua tibia, y exploré con cuidado los recovecos. Retiré algunas partes de músculo dañado y corté los colgajos de piel muerta, sabiendo que todo ello debía ser muy desagradable para el perro; sin embargo, *Rock* mantenía la cabeza erguida y apenas parpadeaba. Una o dos veces se volvió a mirarme inquisitivamente mientras hurgaba profundamente en la lesión, y, en determinado momento, sentí el roce de su hocico en mi mejilla mientras me inclinaba sobre la pata, pero eso fue todo.

La herida parecía una profanación. Pocos perros hay más hermosos que un setter irlandés, y *Rock* era un hermoso ejemplar: lustroso pelaje, sedosos flecos en las patas y la cola, una noble cabeza y una dulce mirada. Mientras pensaba en cómo quedaría sin una pata, sacudí la cabeza y me volví hacia el carrito de los medicamentos para tomar un frasco de polvos de sulfanilamida. Me alegré de poder contar con aquel nuevo y revolucionario fármaco y lo espolvoreé sobre la herida, confiando en que ello impidiera la infección. Después, apliqué una gasa y la fijé con una venda,

dominado por una sensación de fatalidad. No podía hacer nada más.

Rock acudía a diario al consultorio. Y a diario soportaba la misma tortura: la retirada de la gasa generalmente adherida a la lesión, el inevitable recorte del tejido muerto y el vendaje. Y, sin embargo, jamás mostró la menor reticencia. Casi todos mis pacientes entraban despacio y se marchaban a toda prisa, arrastrando a sus amos desde el otro extremo de la correa; algunos, llegaban incluso a dar media vuelta, librándose del collar y obligando a sus amos a correr tras calles a toda velocidad Trengate abajo. Los perros no tienen un pelo de tontos y el consultorio de un veterinario se les debe antojar algo parecido al sillón de un dentista.

Rock, en cambio, entraba siempre meneando la cola. Muchas veces, incluso me daba la pata. Era uno de sus gestos habituales, pero yo experimentaba una pena enorme cuando me inclinaba y él me tendía la pata vendada.

Al cabo de una semana, la situación empeoró. El tejido muerto seguía desprendiéndose, y una tarde, cuando retiré el vendaje, la señora Hammond tuvo que apartar el rostro. Con sus conocimientos de enfermería, me ayudó mucho, sujetando intuitivamente la pata del perro de la manera más eficaz mientras yo trabajaba, pero aquella tarde no pudo mirar.

No se lo podía reprochar. En algunas zonas, los huesos metacarpianos parecían los dedos de la mano de una persona, apenas cubiertos por jirones de piel.

—No hay remedio, ¿verdad? —musitó sin mirar.

Tardé un momento en contestarle, mientras colocaba una mano bajo la pata del perro.

—El aspecto es horrible, pero ¿sabe una cosa? Creo que hemos llegado al final del camino y pronto vamos a doblar el recodo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que la superficie inferior está sana y se conserva caliente. Tiene las plantas intactas. ¿Y no ha notado que esta tarde no huele mal? Ello se debe a que ya no hay tejido muerto que cortar. Creo, de veras, que esta pata empezará a granularse.

—¿Y usted cree que... estos huesos... se volverán a cubrir de carne? —preguntó la señora Hammond mirando de soslayo.

—Sí —contesté, espolvoreando sobre la herida la providencial sulfanilamida—. No será exactamente la misma pata de antes, pero quedará en condiciones aceptables.

Y así fue. Tardamos mucho tiempo, pero el nuevo tejido sano fue creciendo hacia arriba como si quisiera darme la razón; y cuando, muchos meses más tarde *Rock* acudió al consultorio a causa de una conjuntivitis, me dio cortésmente la pata según tenía la costumbre de hacer. La acepté, complacido y, mientras nos estrechábamos la mano, contemplé la superficie interior de la pata. Estaba lisa, reluciente sin pelo, pero había sanado por completo.

—Apenas se nota, ¿verdad? —dijo la señora Hammond.

—Es fantástico.

Una pequeña zona sin pelo. Y, además, caminaba sin la menor cojera.

—Tiene una pata muy sana —la señora Hammond se rio—. Y, ¿sabe una cosa? Creo que le está agradecido... Mírelo.

Supongo que los psicólogos especializados en animales dirían que es ridículo pensar siquiera que el perro pudiera darse cuenta de que yo le había curado; y que aquella boca abierta con la lengua fuera, aquella dulce mirada y aquella pata extendida no significaban nada en absoluto.

Quizá tenga razón, pero lo que yo sé con toda certeza es que, después de todas las molestias y sufrimientos que le causé, *Rock* no me guardó ningún rencor.

Tengo que pasar a la otra cara de la moneda para hablar de *Timmy Butterworth*. Era un pequeño fox terrier que vivía en Gimber's Yard, una de las callejuelas adoquinadas que había en las inmediaciones de Trengate, al que solo traté una vez a la hora del almuerzo.

Acababa de descender del automóvil y estaba subiendo los peldaños del consultorio cuando vi a una niñita que corría por la calle haciéndome apremiantes señas con una mano. Parecía muy excitada.

La esperé y, cuando llegó jadeando junto a mí, me dijo muy asustada:

—Me llamo Wendy Butterworth. Me manda mi mamá. ¿Quiere venir a ver a nuestro perro?

—¿Qué le pasa?

—Mi mamá dice que ha comido algo malo.

—¿Veneno?

La casa se encontraba a menos de cien metros de distancia y no valía la pena tomar el coche. Eché a correr al trote, en los pocos segundos enfilamos la arcada de la calleja. Nuestros pies resonaron sobre los adoquines, después salimos a uno de aquellos pintorescos escenarios de Darrowby que tanto me cautivaron cuando los vi por vez primera: la minúscula calle con sus casitas de pequeños jardines y miradores, las unas frente a las otras y separadas tan solo por una distancia de unos adoquines. Sin embargo, aquel día no tuve tiempo de mirar a mi alrededor porque la señora Butterworth ya me esperaba, tenía el rostro arrebolado por causa de la inquietud.

—¡Aquí está, señor Herriot! —me gritó, abriendo de par en par la puerta de una de las casitas. Esta daba directamente al cuarto de estar donde vi a mi paciente sentado sobre la alfombra de la chimenea con expresión algo perpleja.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté.

—Ayer vi una rata enorme en el patio y quería ponerle un poco de veneno —contestó tragando saliva—. Lo mezclé en un plato con unas gachas de avena y entonces llamaron a la puerta y, cuando volví ¡*Timmy* se lo estaba terminando!

La perplejidad del terrier se había intensificado. Se lamió los labios con la lengua, pensando, sin duda, que aquellas gachas tenían un sabor rarísimo.

—¿Tiene a mano el envase del veneno? —le pregunté a la señora Butterworth.

—Sí —me contestó, pasándomelo con mano temblorosa.

Leí la etiqueta. Era una marca muy conocida y me hizo recordar a los muchos animales muertos o moribundos por haberla ingerido. Su ingrediente activo era el fosforo de cinc, contra el cual los más modernos fármacos suelen ser incluso hoy en día totalmente ineficaces una vez un perro lo ha absorbido. Depositó el veneno sobre la mesa.

—¡Tendremos que hacerle vomitar inmediatamente! No puedo perder el tiempo volviendo al consultorio... ¿Tiene un poco de sosa para lavar? Unos pocos cristales serán suficientes.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Butterworth, mordiéndose el labio—. No tenemos sosa en casa... ¿Hay alguna otra cosa que...?

—¡Espere! —Miré más allá de la mesa donde había un trozo de carne de cordero fría, una olla de patatas y un recipiente de encurtidos—. ¿Hay mostaza en aquel tarro?

—Sí, está lleno.

Tomé rápidamente el tarro, abrí el grifo y diluí la mostaza hasta conferirle una consistencia lechosa.

—¡Vamos! —grité—. Lo sacaremos fuera.

Tomé al sorprendido *Timmy*, crucé la puerta con él y lo dejé sobre los adoquines. Sujetándole fuertemente el cuerpo entre mis rodillas y manteniéndole las mandíbulas cerradas con la mano izquierda, le introduje la mostaza diluida por la parte lateral de la boca desde donde le bajó a la garganta. No tuvo más remedio que tragarse la desagradable sustancia. Cuando ya había ingerido como una cucharada sopera, le solté.

Tras mirarme enfurecido, el terrier empezó a sentir bascas y a tambalearse sobre los adoquines. En unos segundos, vomitó en una esquina la comida que había robado.

—¿Cree que ya lo ha sacado todo? —pregunté.

—Me parece que sí —contestó la señora Butterworth—. Voy por una escoba y una pala.

Con la cola entre las patas, *Timmy* regresó a la casa y se tendió de nuevo en su lugar preferido sobre la alfombra de la chimenea. Carraspeó, eructó, se pasó la pata por la boca, pero no podía librarse de aquel horrible sabor. Comprendí enseguida que me había identificado como la causa de todos sus males. Cuando me fui, me dirigió una mirada asesina, era como si me dijera: «¡Cerdo asqueroso!».

Algo en su mirada me recordaba a *Magnus*, el de la Asociación de Ganaderos; sin embargo, la primera señal de que *Timmy*, a diferencia de *Magnus*, no se iba a conformar con una simple desaprobación oral, se produjo al cabo de unos días. Bajaba yo meditando por Trengate cuando, de repente, un blanco proyectil salió disparado de Gimber's Yard, me mordisqueó el tobillo y desapareció tan silenciosamente como había aparecido. Solo pude ver fugazmente la pequeña forma, que corría con sus cortas patas por el pasadizo.

Me eché a reír. ¡Qué extraño era que se acordara! Pero el hecho se repitió una y

otra vez hasta que, al final, me percaté de que el perrito me aguardaba al acecho. Jamás llegó a mordirme en serio —era, más que nada, un gesto simbólico—, pero, al parecer, se alegraba de verme pegar un brinco cuando me agarraba por un instante la pantorrilla o la pernera del pantalón. Yo era un blanco muy fácil porque, cuando bajaba por la calle, normalmente iba distraído y pensando en mis cosas.

Pensándolo bien, no podía reprocharle nada a *Timmy*. Desde su punto de vista, él estaba sentado junto al fuego de la chimenea, digiriendo una comida un poco rara y pensando en sus asuntos, cuando un perfecto desconocido se abalanzó sobre él, le sacó de su cómoda posición sobre la alfombra y le hizo tragar mostaza. Fue una cosa terrible y él no estaba dispuesto a dejar que las cosas quedaran así.

Por mi parte, me satisfacía en cierto modo ser el objeto de la venganza de un animal que, sin mis servicios, hubiera muerto irremisiblemente, y con una muerte espantosa, puesto que las víctimas de intoxicación por fosfuros tenían que soportar a veces, semanas de ictericia, sufrimientos y creciente debilidad, antes de que se produjera el inevitable final.

Por consiguiente, aceptaba los ataques con benevolencia. Pero, cuando me acordaba, cruzaba a la otra acera para evitar los peligros de Gimber's Yard; desde allí, podía ver a menudo un perrito blanco atisbando por la esquina, a la espera del instante en que pudiera hacerme pagar caro mi ofensa.

Tommy —estaba seguro— era de los que jamás olvidaban.

Estas historias ejemplifican las distintas reacciones que uno recibe de los distintos perros, tema que siempre me ha fascinado. Es curioso señalar que la sulfanilamida que utilicé en la lesión de *Rock* se sigue utilizando hoy en día en el tratamiento de las heridas, aunque, en general, se prefieren los polvos antibióticos. Menos mal que ya no se ven por ahí los raticidas a base de fosforo de cinc que, estuvieron a punto de acabar con la vida de *Timmy Butterworth*. Los modernos pesticidas contra los roedores, como, por ejemplo, la warfarina, deben utilizarse con precaución, pero sus efectos no son tan drásticos y ya no tenemos que presenciar la lenta agonía de los perros aquejados de ictericia. En semejantes situaciones, yo me sentía completamente impotente.



22 La última visita

Supongo que el hecho de recibir los papeles de mi llamada a filas precisamente el día de mi cumpleaños tendría su gracia, pero, en aquel momento, no la supe descubrir.

Conservo la escena tan claramente grabada en la memoria como si acabara de ocurrir ahora mismo. Cuando, aquella mañana, entré en el «comedor» y vi a Helen encaramada a su taburete con la cabeza inclinada, me temí lo peor. Vi junto a mi plato mi regalo de cumpleaños, una lata de tabaco Dobie's Blue Square, y a su lado, un sobre alargado. Ni tuve que preguntar qué contenía.

Lo esperaba desde hacía algún tiempo, pero, aun así, me llevé un susto al enterarme de que tendría que presentarme una semana más tarde en el Lord's Cricket Ground de St John Wood, Londres. La semana transcurrió sin sentir mientras yo organizaba mis planes, ataba los cabos sueltos de mi trabajo en el consultorio, enviaba los impresos cumplimentados al Ministerio de Agricultura y disponía el traslado de mis efectos personales a la antigua casa de Helen en la que ella se alojaría durante mi ausencia.

Tras haber decidido que dejaría de trabajar el viernes a la hora de tomar el té, recibí una llamada del viejo Arnold Summergill a eso de las tres de aquella tarde; sabía que aquel iba a ser mi último servicio porque el desplazamiento a la pequeña alquería perdida en las profundidades de las colinas, más que una visita era una expedición. No hablé directamente con Arnold, sino con la señorita Thompson, la telefonista de la aldea de Hainby.

—El señor Summergill quiere que vaya usted a ver a su perro —me dijo esta.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Oí el murmullo de una consulta al otro extremo de la línea.

—Dice que tiene la pata un poco rara.

—¿Rara? ¿Y eso qué significa? —Nuevas consultas en susurros.

—Dice que la saca hacia afuera.

—Muy bien —contesté—. Iré enseguida.

No hubiera podido pedirle que me llevara el perro al consultorio. Arnold nunca había tenido automóvil ni había hablado jamás por teléfono... Todas nuestras conversaciones las manteníamos a través de la señorita Thompson. Arnold montaba en su oxidada bicicleta, pedaleaba hasta Hainby y le explicaba sus problemas a la telefonista. Los síntomas eran muy vagos, como de costumbre, yo no pensaba que la pata tuviera nada de «raro» o que el perro la sacara hacia afuera, tal como decía su propietario.

En cualquier caso, pensé, mientras salía de Darrowby; no me importaría echar un último vistazo a *Benjamin*. Era un nombre muy curioso para el perro de un pequeño granjero, y jamás averigüé de dónde lo sacó su propietario. Aquel enorme perro pastor inglés hubiera estado más en su sitio en los cuidados céspedes de una mansión

señorial y no en los magros pastizales de Arnold. Era un clásico ejemplo de felpudo ambulante y hacía falta un segundo para saber dónde estaba la cola y dónde la cabeza. Sin embargo, cuando se conseguía localizar la cabeza, se encontraba uno con los dos ojos más bondadosos que imaginarse pueda brillando por entre la enmarañada masa de pelo.

Benjamin era, a veces, demasiado cariñoso, sobre todo, en invierno, cuando, tras haberse paseado por entre el barro del patio, me colocaba sus enormes patas sobre el pecho y hacía lo mismo con mi automóvil, generalmente cuando acababa de lavarlo, manchándome profusamente de barro los cristales de las ventanillas y la carrocería mientras intercambiaba gracias con mi perro *Sam*, sentado en el interior. Cuando *Benjamin* hacía algún desastre, lo hacía a conciencia.

Tuve que interrumpir mis meditaciones cuando llegué a la última etapa del viaje. Me agarré fuertemente al volante y oí los crujidos y chirridos de los amortiguadores, pensando, como otras veces, que la visita a la granja del señor Summergill nos iba a costar dinero. No podíamos sacar ningún beneficio de la visita porque aquel camino infernal rebajaba por lo menos en cinco libras el valor del automóvil en cada viaje. Puesto que Arnold carecía de él, no veía ninguna razón para mejorar el deplorable estado del camino.

Era una simple franja de tierra y roca de unos dos metros de anchura que serpeaba y se retorcía a lo largo de un considerable trecho. Y lo peor era que, para ir a la granja, había que bajar a un profundo valle antes de atravesar un bosque, a cuyo otro extremo se encontraba la casa. Creo que la bajada era más peligrosa que la subida porque el vehículo se quedaba angustiosamente en suspenso en lo alto de cada risco antes de lanzarse a las rodadas del fondo; y, cada vez, mientras escuchaba los arañazos de la roca contra el colector de aceite y el tubo de escape, trataba de no valorar los daños en chelines y peniques.

Cuando, al fin, con la boca abierta, los ojos fuera de las órbitas y los neumáticos del vehículo arrojando guijarros en todas direcciones, conseguí cubrir en primera los últimos metros hasta llegar a la casa, me sorprendió ver a Arnold aguardándome solo. Era insólito verle sin *Benjamin*.

Debió de leerme el pensamiento porque movió un pulgar por encima del hombro.
—Está en la casa —masculló con inquietud.

Descendí del automóvil y le miré un instante: estaba erguido en su típica postura, con los hombros echados hacia atrás y la cabeza levantada. Le he llamado «viejo» porque tenía más de setenta años, pero las facciones, bajo la boina de lana que siempre llevaba encasquetada hasta las orejas, eran lisas y regulares, y poseía una figura elástica y juvenil. Era un hombre de muy buen ver y debió de ser muy guapo en su juventud, pese a lo cual, jamás se casó. Yo siempre pensaba que tendría una historia secreta pero él parecía contento de vivir solo allí, «como un ermitaño», tal como decían en el pueblo. Solo, de no ser por la compañía de *Benjamin*.

Mientras le seguía a la cocina, espantó con aire distraído a un par de gallinas que

estaban posadas sobre una polvorienta cómoda. Cuando vi a *Benjamin*, me llevé una enorme impresión.

El perro permanecía sentado inmóvil junto a la mesa y me miraba asustado. Tenía miedo de moverse, y, cuando vi su pata delantera izquierda, lo comprendí todo. Arnold tenía razón; la pata del perro se proyectaba hacia afuera en un ángulo tremendo. Se trataba de una dislocación lateral completa del codo, con el radio separado del húmero y una inclinación casi imposible.

—¿Cuándo ocurrió eso, señor Summergill? —pregunté, tragando saliva.

—Hace una hora —me contestó, tirando de la boina con gesto preocupado—. Yo llevaba las vacas a otro campo. Al viejo *Benjamin* le gusta mordisquearles las patas. Esta vez lo hizo también y una de las vacas le pegó una coz.

—Comprendo —dije mientras la cabeza empezaba a darme vueltas.

El espectáculo era grotesco. Jamás había visto nada igual y, treinta años más tarde, sigo sin haberlo visto. ¿Cómo demonios iba a reducir aquella dislocación en lo alto de una colina? A juzgar por su aspecto, necesitaría anestesia general y un experto ayudante.

—Pobrecito —dije, apoyando una mano en la peluda cabeza mientras trataba de hallar alguna solución—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

El perro meneó la cola en respuesta y su boca se abrió en un nervioso jadeo, mostrándome toda la blancura de sus impecables dientes.

—¿Se lo podrá arreglar? —preguntó Arnold, y carraspeó.

La pregunta era muy buena, pero una respuesta vaga hubiera podido producir una impresión errónea y yo no quería inquietar al hombre con mis dudas. La tarea de trasladar al enorme perro a Darrowby hubiera sido una empresa sobrehumana; su enorme mole ocupaba toda la cocina, y no digamos mi pequeño vehículo. Por no hablar de la pata proyectada hacia afuera y de la presencia en el automóvil de mi perro *Sam*. ¿Podría colocarle la articulación en su sitio cuando llegara al consultorio? Y, aunque lo consiguiera, después tendría que devolverle a la casa de la colina. Todo ello me ocuparía el resto de la jornada.

Acaricié con los dedos la articulación dislocada y busqué en mi memoria los detalles de la anatomía del codo. Para que la pata se encontrara en semejante posición, el proceso uncóneo tenía que estar completamente separado de la fosa supracondílea en la que normalmente se alojaba; y para volver a colocar en su sitio la articulación, tendría que doblarla hasta que el uncóneo se viera libre de los epicondíleos.

—Vamos a ver —murmuré para mis adentros—. Si tuviera al perro anestesiado sobre la mesa, tendría que sujetarlo de esta manera.

Tomé la pata por encima del codo y empecé a mover lentamente el radio hacia arriba. *Benjamin* me dirigió una rápida mirada y luego apartó la cabeza en el típico gesto de los perros de buena pasta, transmitiéndome con ello el mensaje de que soportaría cualquier cosa que yo considerara necesario hacer. Doblé un poco más la

articulación para asegurarme de que el ancóneo estuviera libre y entonces giré cuidadosamente el radio y la ulna hacia adentro.

—Sí..., sí... —musité—. Esta debe de ser, más o menos, la posición adecuada...

Mi soliloquio fue interrumpido por un súbito movimiento de resorte en los huesos que sujetaba en la mano. Contemplé incrédulamente la pata. Estaba totalmente recta. *Benjamin* también pareció sorprenderse al principio porque miró cautelosamente a través de la peluda cortina de su pelaje antes de levantar el hocico y husmearse el codo. Después, debió de comprender que todo iba bien y se acercó muy despacio a su amo.

Caminaba perfectamente bien, sin el menor asomo de cojera.

—Se lo ha arreglado, ¿eh? —dijo Arnold, esbozando una lenta sonrisa.

—Parece ser que sí, señor Summergill.

Traté de disimular, pero sentía deseos de gritar de júbilo o de estallar en una histérica carcajada. Solo estaba explorando la situación y la articulación se había colocado en su sitio por pura casualidad.

—Magnífico —dijo el granjero—. ¿Verdad que sí, muchacho? —añadió, inclinándose para acariciar la oreja del perro.

Hubiera podido sentirme decepcionado ante aquel lacónico reconocimiento de mis habilidades, pero enseguida comprendí que el hecho de que el granjero no se sorprendiera de que yo, James Herriot, hubiera obrado aquel milagro sin hacer el menor esfuerzo, era el mejor de los cumplidos.

Me hubiera gustado realizar aquella hazaña en un auditorio lleno a rebosar de entusiasmados estudiantes, obrar aquel milagro con el perro de algún millonario, en un elegante salón lleno de gente, pero las cosas nunca ocurrían así. Miré a mi alrededor y vi la mesa de la cocina llena de objetos, el montón de cacharros sucios en el fregadero y dos viejas camisas de Arnold secándose ante el fuego de la chimenea, y sonreí para mis adentros. Aquel era el ambiente en el que yo solía realizar mis espectaculares curas. Los únicos espectadores habían sido, aparte Arnold, las dos gallinas que habían vuelto a posarse sobre la cómoda y que no parecieron atribuir excesiva importancia a lo que había ocurrido.

—Bueno, pues, ya me voy —dije.

Arnold cruzó el patio conmigo para acompañarme al automóvil.

—Creo que le han llamado a filas —me dijo mientras yo acercaba una mano a la portezuela.

—Sí, me voy mañana, señor Summergill.

—Conque mañana, ¿eh? —me dijo, arqueando las cejas.

—Sí, a Londres. ¿Ha estado alguna vez allí?

—¡No, no, qué voy a haber estado! —La boina de lana se estremeció mientras el hombre sacudía la cabeza—. No sería un buen sitio para mí.

—Y eso, ¿por qué?

—Pues, mire, se lo voy a decir —Arnold se rascó la barbilla con expresión

meditabunda—. Solo estuve una vez en Brawton y fue suficiente. ¡No podía andar por la calle!

—¿Que no podía andar?

—No. Había demasiada gente. Tenía que andar a zancadas y después a pasitos, a zancadas y a pasitos. Era imposible.

Había visto muchas veces a Arnold, paseando por los campos con los elásticos andares propios del montañés en cuyo camino no se interponen obstáculos, y comprendía muy bien lo que quería decir. «Zancadas y pasitos». Lo había descrito a la perfección.

Puse en marcha el motor y, cuando ya me alejaba, el anciano levantó la mano.

—Cuídese mucho, muchacho —murmuró.

Vi el hocico de *Benjamin* asomando por la puerta de la cocina. En otras circunstancias, hubiera salido a despedirme con su amo, pero aquel día había sido muy extraño para él y no quería correr más riesgos, tras el vapuleo que yo le había pegado.

Me adentré en el bosque y, antes de subir por el camino que había al otro lado, me detuve y descendí del vehículo con *Sam*.

Era un pequeño valle perdido entre las colinas, una verde hendedura cortada en los roquedales. Una de las ventajas que tiene la vida de un veterinario rural es la posibilidad de admirar esos recónditos lugares. Aparte del viejo Arnold nadie bajaba por allí, ni siquiera el cartero que dejaba la escasa correspondencia que había en un buzón al final del camino, y nadie había contemplado los fulgurantes escarlatas y los dorados de las hojas de: otoño ni oído jamás el murmullo del cristalino arroyo, entre las limpias piedras.

Paseé por la orilla de la corriente, contemplando los pececillos que evolucionaban en el fondo. En primavera, las orillas se llenaban de primulas y, en mayo, florecían las campánulas entre los árboles; pero, aquel día, aunque el cielo estaba despejado, la pura brisa ya llevaba consigo la dulzura del año moribundo.

Subí un poco por la ladera y me senté entre los helechos que ya empezaban a adquirir un intenso color bronce. *Sam* se tendió a mi lado, como de costumbre, mientras le acariciaba el sedoso pelo de las orejas. El extremo más alejado del valle se elevaba bruscamente hasta el lugar donde, por encima de los brillantes salientes de los riscos de piedra caliza, se podía ver el soleado margen de los páramos.

Eché la mirada hacia atrás y contemplé el fino hilo de humo que se escapaba de la chimenea de la granja, por detrás de la colina, y me pareció que esta visita a *Benjamin*, mi último trabajo antes de abandonar Darrowby, era un epílogo muy apropiado. Un pequeño triunfo inmensamente satisfactorio, aunque no fuera, en realidad, nada del otro jueves; exactamente igual que todos los pequeños triunfos y desastres que constituyen la vida de un cirujano veterinario, pero que pasan inadvertidos para el resto del mundo.

La víspera, cuando Helen ya había hecho la maleta, puse el *Diccionario de*

Veterinaria, de Black, entre las camisas y los calcetines. Era un volumen muy grueso, pero, de repente, me asaltó el temor de que pudiera olvidar las cosas que había aprendido y me hice el propósito de leer diariamente una o dos páginas para refrescarme la memoria. Y allí, entre los helechos, se me ocurrió pensar en mi enorme suerte puesto que no solo me gustaban los animales, sino que, además, tenía conocimientos acerca de ellos. Súbitamente, tales conocimientos se me antojaron lo más valioso del mundo.

Regresé al automóvil y abrí la portezuela. *Sam* saltó a su asiento y, antes de subir, contemplé la boca del valle en el punto en el que las colinas se separaban, permitiendo ver el llano de abajo. La interminable sucesión de los tonos pastel, el color dorado de los rastrojos, las oscuras manchas del bosque y los verdes de los pastos, formaban una acuarela perfecta. Contemplé, como si fuera la primera vez, aquella escena que tan a menudo me había emocionado: el ancho y sereno rostro del condado de York.

Volvería allí, pensé mientras me alejaba; volvería a mi trabajo... ¿Cómo lo describiría el libro famoso...? A mi duro, honrado y hermoso oficio.

Suelo aconsejar a mis jóvenes colaboradores que no se preocupen si no les alaban un trabajo bien trecho, puesto que, a menudo, recibirán elogios desproporcionados, por trabajos muy fáciles. Es curioso, pero he reducido varios codos dislocados en el ejercicio de mi profesión y, en todos los casos, solo presencié mi labor una persona que no se dejó llevar precisamente por el entusiasmo. Es una lástima porque el efecto resulta muy llamativo. Y, sin embargo, aquella tarea que hacía solo pareció resumir toda mi vida antes de que me incorporara a la RAF. Fue una última visita muy apropiada.



23 Myrtle

—¡Oooh...! ¡Ooooh...! ¡Ooooh!

Los sollozos entrecortados me despertaron de golpe. Era la una de la madrugada y, tras el estridente timbre del teléfono que había en la mesilla de noche, esperaba oír la bronca voz de algún granjero cuya vaca no podía parir. En su lugar, no oía más que gemidos.

—¿Quién es? —pregunté, estupefacto—. ¿Qué demonios pasa ahí?

Oí que alguien tragaba saliva en el otro extremo de la línea y, luego, la voz suplicante de un hombre.

—Soy Humphrey Cobb. Por el amor de Dios, venga a ver a *Myrtle*. Creo que se está muriendo.

—¿*Myrtle*?

—Sí, mi pobre perrita. ¡Está fatal! ¡Oooh...! ¡Oooh!

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Jadea y respira afanosamente. Creo que está en las últimas. ¡Venga enseguida!

—¿Dónde vive usted?

—En Cedar House. Al final de Hill Street.

—Ya lo sé. Voy enseguida.

—Gracias, muchísimas gracias. A *Myrtle* le queda muy poco de vida. ¡Dese prisa, por favor!

Salté de la cama y me vestí a toda prisa. En la oscuridad, introduje los dos pies en la misma pernera de los pantalones de pana y caí al suelo cuán largo era.

Helen estaba acostumbrada a las llamadas nocturnas y muchas veces ni siquiera se despertaba. Por mi parte, procuraba no molestarla y me vestía sin encender la luz, pero siempre se filtraba un poco de luz de la lámpara que dejábamos encendida en el rellano para el pequeño *Jimmy*.

Sin embargo, aquella vez el sistema no funcionó. El estruendo de mi caída la hizo despertar sobresaltada.

—¿Qué ocurre, Jim? ¿Qué te ha pasado?

Me levanté como pude.

—No es nada, Helen, es que he tropezado —contesté, tomando la camisa que había dejado sobre el respaldo de una silla.

—¿Adónde vas tan de prisa?

—Se trata de un caso urgentísimo. Tengo que ir enseguida.

—Bueno, Jim, pero no llegarás antes haciendo las cosas de esta manera. Será mejor que te calmes un poco.

Mi mujer tenía razón. Siempre he envidiado a los veterinarios que saben conservar la calma en las situaciones difíciles. Por desgracia, yo no sabía hacerlo.

Galopé por la escalera y crucé a toda prisa el alargado jardín de la parte de atrás para dirigirme al garaje. Cedar House estaba a menos de dos kilómetros y, aunque no

tuve mucho tiempo para pensar en el caso, cuando llegué, estaba casi seguro de que una disnea aguda como aquella tenía que deberse a un ataque cardíaco o bien a una alergia repentina.

En respuesta a mi llamada, se encendió la lámpara del porche y Humphrey Cobb me abrió la puerta. Era un hombrecito rechoncho de unos sesenta y pico de años, cuya gordura quedaba acentuada más si cabe por la reluciente calva de su cabeza.

—Oh, señor Herriot, pase, por favor —dijo entre sollozos mientras las lágrimas le rodeaban profusamente por las mejillas—. Gracias por levantarse de la cama para ayudar a mi pequeña *Myrtle*.

Mientras el hombre hablaba, los vapores del *whisky* estuvieron a punto de dejarme sin sentido. Me precedió haciendo eses por el pasillo.

Mi paciente estaba tendida en un cesto, al lado de una estufa, en una espaciosa y bien abastecida cocina. Me emocioné al ver que era una beagle como mi perro *Sam*. Me arrodillé y empecé a examinarla detenidamente. Tenía la boca abierta y la lengua fuera, pero no daba la impresión de sufrir mucho. Es más, cuando le acaricié la cabeza, incluso movió la cola.

—¿Qué le parece, señor Herriot? —preguntó una voz quejumbrosa a mis espaldas—. Es el corazón, ¿verdad? ¡Oh, *Myrtle*, *Myrtle*! —dijo el hombrecillo, cayendo de hinojos junto a su perrita mientras las lágrimas le resbalaban sin recato por las mejillas.

—Mire, señor Cobb —contesté—, yo no la veo tan mal. Por consiguiente, no se aflija demasiado. Deje que la examine mejor.

Apliqué el estetoscopio a las costillas y oí los regulares latidos de un corazón extraordinariamente fuerte. La temperatura era normal y, mientras le palpaba el abdomen, el señor Cobb interrumpió de nuevo el examen.

—Lo malo es que tengo muy abandonada a esta perrita —gimoteó.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues, que me he pasado todo el día en las carreras de caballos de Catterick, jugando y bebiendo sin pensar en ella.

—¿La ha dejado todo el día sola en casa?

—No, no... Mi señora estaba con ella.

—Bueno, pues —dije un poco molesto—, supongo que ella ya le habrá dado de comer y la habrá sacado al jardín, ¿no?

—Sí, sí —contestó el señor Cobb, retorciendo las manos—. Pero no hubiera tenido que dejarla. Me tiene mucho cariño.

Mientras el hombre hablaba, noté que se me calentaba una mejilla y resolví el problema de golpe.

—La tiene demasiado cerca de la estufa —dije—. Jadea porque tiene mucho calor.

El hombre me miró con expresión dubitativa.

—Hoy le hemos puesto el cesto en otro sitio porque teníamos que cambiar unas

baldosas del suelo.

—Muy bien —dije—. Vuelva a poner el cesto donde estaba y ya verá cómo todo se arregla.

—Pero, señor Herriot —exclamó el hombre con labios temblorosos—. Debe de haber algo más. Está sufriendo. Mírele los ojos.

Myrtle poseía los grandes y líquidos ojos propios de su raza y sabía utilizarlos. Muchas personas creen que el spaniel se lleva la palma en la cuestión de dirigir miradas lánguidas, pero yo me inclino personalmente por el beagle. Y *Myrtle* era una experta.

—Yo no me preocuparía por eso, señor Cobb —dije—. Créame, no le pasa nada.

—Pero ¿es que no va usted a hacer algo? —insistió el hombre revelando cierta inquietud.

Ese es otro de los grandes problemas de la práctica veterinaria. Si no «haces algo», no se quedan tranquilos. Y, en aquella ocasión, el señor Cobb necesitaba más cuidados que su perra. Sin embargo, no pensaba darle una inyección a *Myrtle* solo para complacerle. Saqué, por tanto, una pastilla de vitaminas del maletín y la coloqué sobre la lengua del animalito.

—Ya está —dije—. Estoy seguro de que eso le sentará muy bien.

De este modo, pensé, no actuaría como un charlatán... y la pastilla no le causaría ningún daño a la perra.

—Bueno, así está mejor —dijo el señor Cobb, relajándose visiblemente—. Me ha quitado usted un peso de encima —después me acompañó a un lujoso salón y se encaminó con paso vacilante hacia el bar—. Tomará usted un trago antes de irse, ¿verdad?

—No, de veras, pero se lo agradezco mucho —contesté—. Prefiero no tomar nada, si no le importa.

—Pues, yo sí lo tomaré. Para calmarme un poco los nervios. Estaba muy preocupado.

Vertió una generosa dosis de *whisky* en un vaso y me indicó, por señas, un sillón.

La cama me estaba llamando, pero me senté y le estudié detenidamente mientras bebía. Me dijo que era un corredor de apuestas retirado del West Riding y que se había instalado en Darrowby hacía apenas un mes. Aunque ya no estaba directamente relacionado con las carreras de caballos, le seguía gustando este deporte y jamás se perdía ninguna competición del norte de Inglaterra.

—Me traslado allí en taxi y paso un día estupendo —se le iluminó el rostro al recordar los felices tiempos, pero, por un instante, le temblaron las mejillas y el rostro se le ensombreció—. Sin embargo, abandono a mi perrita. La dejo en casa. Soy muy malo.

—Eso no es cierto —dije—. Le he visto muchas veces pasear por el campo con *Myrtle*. Procura que haga mucho ejercicio, ¿verdad?

—Oh, sí, da largos paseos cada día.

—Bueno, pues, ya es suficiente. Lo demás son tonterías.

—Es usted un buen chico —me dijo, mirándome con simpatía mientras ingería otros dos dedos de *whisky*—. Vamos, tome algo antes de irse a casa.

—Bueno, pero solo un poquito.

Mientras bebíamos, empezó a enternecerse hasta que, al fin, acabó mirándome casi con reverencia.

—James Herriot —dijo con voz pastosa—. Puedo llamarle Jim, ¿verdad?

—Pues claro.

—Le llamaré Jim y tú me llamarás Humphrey.

—De acuerdo, Humphrey —dije, apurando mi vaso de *whisky*—. Pero ahora tengo que irme.

Una vez en la calle, me apoyó la mano en un brazo y volvió a ponerse muy serio.

—Gracias, Jim. *Myrtle* ha estado muy mal esta noche, y quiero darte las gracias.

Mientras regresaba a casa, comprendí que no había logrado convencerle de que no le pasaba nada a la perra. El hombre estaba seguro de que le había salvado la vida. Fue una visita un tanto insólita. Mientras el *whisky*, tomado a las dos de la madrugada me ardía en el estomago, llegué a la conclusión de que Humphrey Cobb era un curioso hombrecillo. Pero me gustaba.

A partir de aquella noche, le vi muy a menudo haciendo ejercicio por el campo acompañado por *Myrtle*. Con su figura casi esférica, parecía una pelota brincando sobre la hierba, pero su actitud era siempre muy comedida y circunspecta, exceptuando el hecho de que constantemente me daba las gracias por haber arrancado a su perra de las garras de la muerte.

De repente, volvimos a encontrarnos como al principio. Cuando descolgué el teléfono de la mesilla pasada la medianoche, pude oír unos acongojados sollozos antes incluso de acercármelo al oído.

—¡Oooh...! ¡Oooh..., Jim, Jim! *Myrtle* está muy mal. ¿Quieres venir, por favor?

—¿Qué..., qué le pasa esta vez?

—Tiene sacudidas.

—¿Sacudidas?

—Sí, unas sacudidas tremendas. Vamos, Jim, muchacho, no me dejes esperando. Me muero de miedo. Estoy seguro de que tiene el moquillo.

—No puede tenerlo, Humphrey. Eso no ocurre tan de repente.

La cabeza empezaba a darme vueltas.

—Te lo suplico, Jim —añadió Humphrey como si no me hubiera oído—. Sé bueno y ven a ver a *Myrtle*.

—De acuerdo —dije en tono cansado—. Estaré ahí dentro de unos minutos.

—Oh, eres muy buen chico, Jim, muy buen chico...

La voz se perdió mientras yo colgaba el teléfono.

Me vestí a velocidad normal, sin experimentar el pánico de la primera vez. Parecía una repetición de lo mismo, pero ¿por qué siempre después de la

medianoche? Por el camino, pensé que sería otra falsa alarma... Aunque nunca se podía saber.

En el porche, me acogió la misma oleada de vapores de *whisky*. Gimiendo y resollando, Humphrey se apoyó en mí una o dos veces y me acompañó a la cocina, donde me indicó el cesto que había en un rincón.

—Allí está —dijo, enjuagándose las lágrimas—. Acabo de volver de Ripon y la he encontrado así.

—Otra vez en las carreras, ¿eh?

—Sí, apostando por los caballos, bebiendo y dejando a mi pobre perrita muerta de pena. Soy un desalmado, Jim, eso es lo que soy.

—¡No digas sandeces. Humphrey! Ya te lo he dicho otras veces. No le causas ningún daño dejándola algún día que otro en casa. Y a todo eso, ¿dónde están las sacudidas? Yo la veo muy bien, ahora.

—Sí, ahora ya no lo hace, pero, cuando entré, la pata de atrás se le movía así.

Humphrey sacudió bruscamente una mano.

—A lo mejor, se rascaba o quería espantar una mosca —dije, reprimiendo un gruñido.

—No, hay algo más que eso. Se nota que sufre. Mírale los ojos.

Comprendí a qué se refería. Los ojos de *Myrtle* eran unos lagos de emoción y se podía leer en ellos un mudo reproche. La examiné sin el menor interés. Sabía lo que iba a descubrir: nada en absoluto. Cuando traté de explicarle al hombrecillo que su perrita estaba perfectamente bien, él no me quiso creer.

—Dale una de estas pastillas maravillosas que llevas —suplicó—. La otra vez la curó.

Para tranquilizarle, le administré a *Myrtle* otra dosis de vitaminas.

Humphrey exhaló un profundo suspiro de alivio y se dirigió al salón donde estaba la botella de *whisky*.

—Necesito tomar algo para que se me pase el susto —dijo—. Tú también tomarás un poco, ¿verdad, Jim?

La pantomima se repitió varias veces a lo largo de los meses sucesivos, siempre después de alguna carrera de caballos y entre la medianoche y la una de la madrugada. Ello me permitió analizar detenidamente la situación y llegar a una conclusión bastante obvia.

Humphrey era, en condiciones normales, un propietario de perro como los demás, pero, tras una considerable ingestión de alcohol, sus sentimientos de afecto degeneraban en un empalagoso sentimentalismo, teñido de remordimiento. Siempre atendía a sus llamadas porque sabía que lo pasaría muy mal en caso de que no lo hiciera. No trataba a *Myrtle*, sino a Humphrey.

Me hacía gracia que nunca admitiera la inutilidad de mis visitas. Cada vez estaba seguro de que eran mis pastillas milagrosas las que habían salvado la vida de su perra.

Y conste que no discuto la posibilidad de que *Myrtle* le hiciera deliberadamente: un chantaje con sus ojos. Los perros son muy capaces de expresar reproches. Yo solía llevarme al mío casi a todas partes, pero, si alguna vez le dejaba en casa para acompañar a Helen al cine, se metía debajo de la cama con rostro enfurruñado y cuando salía, se pasaba una o dos horas sin hacernos el menor caso.

Me dio un soponcio cuando Humphrey me dijo que deseaba aparear a *Myrtle*; estaba seguro de que el subsiguiente embarazo sería una fuente de molestias para mí.

Y así ocurrió. El hombrecillo experimentó una serie de sobresaltos todos ellos infundados y, a lo largo de las nueve semanas, descubrió en *Myrtle* una variada gama de síntomas imaginarios a intervalos regulares.

Lancé un suspiro de alivio cuando, al fin, la perra parió cinco cachorros rebosantes de salud. Ahora, pensé, estaré un poco más tranquilo. El caso es que ya empezaba a cansarme de las chifladuras nocturnas de Humphrey. Siempre me he atenido a la norma de no desatender jamás una llamada de noche, pero Humphrey había estirado el principio hasta el límite máximo. Algún día, tendría que cantarle las cuarenta.

La ocasión se me presentó cuando los cachorros solo tenían unas semanas de vida. Había tenido una jornada espantosa que empezó con un prolapso de útero de una vaca, a las cinco de la madrugada, y siguió con varias horas de camino por carreteras embarradas, saltos de comida y un combate a altas horas de la noche, con unos impresos del Ministerio que temía no haber rellenado correctamente.

Mi ineptitud burocrática siempre me sacaba de quicio y, cuando por fin me acosté muerto de cansancio, no pude librarme de las preocupaciones. Permanecí despierto largo rato, tratando de apartar de mi mente aquellos impresos hasta que conseguí dormirme, pasadas las doce.

Siempre he tenido la curiosa sensación de que mi profesión sabe cuándo necesita un sueño reparador. Lo sabe y se entremete para fastidiarme. Cuando estalló el timbre del teléfono en mi oído, no me sorprendí demasiado.

Mientras extendía una agotada mano hacia el aparato, vi que la esfera luminosa del despertador marcaba la una y cuarto.

—¿Diga? —farfullé.

—¡Oooh...! ¡Oooh...! ¡Oooh! —Me respondieron. Apreté los dientes; era lo que me faltaba.

—¡Humphrey! ¿Qué pasa esta vez?

—Oh, Jim, *Myrtle* se está muriendo, lo sé. ¡Ven enseguida, muchacho, ven enseguida!

—¿Muriendo? —pregunté, respirando hondo un par de veces—. ¿Y cómo la sabes?

—Pues... porque está tendida de lado y tiembla.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí, mi mujer dice que *Myrtle* parecía nerviosa, y caminaba muy rígida esta

tarde cuando la sacó al jardín. Acabo de volver de Redcar, ¿sabes?

—O sea que has estado en las carreras, ¿eh?

—Sí... y he descuidado a mi perrita. Soy un sinvergüenza, un auténtico sinvergüenza.

Cerré los ojos en la oscuridad. Humphrey veía siempre síntomas imaginarios. Esta vez, la perra temblaba, parecía nerviosa y caminaba muy rígida. Ya habíamos pasado por los jadeos, las sacudidas, los movimientos de la cabeza y los de las orejas, ¿qué vendría ahora?

Estaba hasta la coronilla.

—Escucha, Humphrey —le dije—, la perra no tiene nada. Te lo he dicho mil veces...

—Por favor, Jim, muchacho, no te entretengas. ¡Oooh...!

—No pienso ir, Humphrey.

—¡No, por favor, no digas eso! ¡Te aseguro que se nos muere!

—Hablo en serio. Yo pierdo el tiempo y tú, el dinero; por consiguiente, vete a la cama. *Myrtle* está bien.

Temblando entre las sábanas, comprendí que el hecho de negarme a salir era terriblemente doloroso. Me hubiera sido mucho más fácil levantarme y asistir a otra comedia en Cedar House que decir que «no» por primera vez en mi vida. Pero la situación no podía seguir. Tenía que adoptar una firme postura.

Atormentado por el remordimiento, conseguí dormirme y menos mal que la mente sigue trabajando durante el sueño porque, cuando el reloj marcaba las dos y media, me desperté de golpe.

—¡Dios mío! —exclamé, mirando al techo—. ¡*Myrtle* padece eclampsia!

Me levanté de un salto y me vestí a toda prisa. Debí de meter un poco de ruido porque oí la adormilada voz de Helen.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué ocurre?

—¡Humphrey Cobb! —contesté, atándome el cordón de un zapato.

—Humphrey... Pero si dijiste que nunca había prisa...

—Esta vez, sí. Su perra se está muriendo —miré, enfurecido el reloj—. Es más, puede que ya se haya muerto —tomé la corbata y la arrojé con fuerza hacia la silla—. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Para qué la necesito? —exclamé, saliendo a escape del dormitorio.

Atravesé corriendo el alargado jardín y me metí en el automóvil mientras mi cerebro analizaba el caso clínico que Humphrey me había descrito. Una perrita que criaba a cinco cachorros, síntomas de ansiedad y rigidez de movimientos por la tarde, y ahora postración y temblores. Era una clásica eclampsia puerperal. Muerte rápida sin tratamiento. Había transcurrido casi una hora y media desde que me llamara Humphrey. No podía soportarlo.

Humphrey aún estaba levantado y se notaba que había buscado consuelo en la botella porque apenas podía tenerse en pie.

—Has venido, Jim, muchacho —musitó, parpadeando.

—¿Cómo está?

—Igual...

Tomando el calcio y la jeringa de la inyección intravenosa, corrí a la cocina.

El fino cuerpo de *Myrtle* aparecía estirado en un espasmo tetánico. La perra respiraba afanosamente en medio de violentos temblores, al tiempo que unas burbujas de saliva se le escapaban de la boca. Los ojos habían perdido toda su dulzura y miraban con inmóvil desesperación. Su aspecto era espantoso, pero estaba viva... Estaba viva.

Coloqué a los bulliciosos cachorros en una alfombra que había al lado y rasuré y desinfecté rápidamente la zona de la vena radial. Introduje la aguja y empecé a inyectar el contenido de la jeringa muy despacio y con infinito cuidado. El calcio era el tratamiento de elección, pero una inyección rápida podía provocar la muerte de la paciente.

Tardé unos minutos en inyectar el contenido de la jeringa. Después, me senté en el suelo y esperé. Algunos casos necesitaban no solo calcio, sino también narcóticos, por cuyo motivo tenía a mano un frasco de Nembutal y otro de morfina. Pero, a medida que pasaba el tiempo, la respiración de *Myrtle* se fue normalizando y los músculos empezaron a relajarse. Cuando empezó a tragar saliva y miró a su alrededor, comprendí que se había salvado.

Estaba aguardando a que desaparecieran los últimos temblores de sus extremidades cuando sentí una palmada en el hombro. Humphrey se encontraba de pie junto a mí, con la botella de *whisky* en la mano.

—Tomarás un trago, ¿verdad, Jim?

No hizo falta que insistiera demasiado. El hecho de pensar que había estado a punto de ser el culpable de la muerte de *Myrtle* me había sumido en un leve estado de *shock*.

Me temblaba todavía la mano cuando me acerqué el vaso a la boca. Acababa de ingerir apenas el primer sorbo cuando la perrita se levantó del cesto y fue a inspeccionar a sus cachorros. Algunos casos de eclampsia tardaban mucho en reaccionar; otros lo hacían, en cambio, con sorprendente rapidez. Por el bien de mi sistema nervioso, me alegré de que aquel fuera de los rápidos.

La recuperación fue casi espectacular, puesto que, tras husmear a sus vástagos, *Myrtle* se acercó a la mesa para saludarme. Sus ojos rebosaban simpatía y meneaba la cola, manteniéndola muy tiesa tal como suelen hacer los beagles.

Le estaba acariciando las orejas cuando Humphrey soltó una risita gutural.

—¿Sabes, Jim? Esta noche he aprendido una cosa.

Hablaba arrastrando las palabras, pero aún se encontraba en la posesión de sus facultades mentales.

—¿De qué se trata, Humphrey?

—He aprendido..., je, je, je... He aprendido que he sido un estúpido durante

estos últimos meses.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que siempre me decías que te sacaba de la cama por nada y que las enfermedades de la perra eran simples figuraciones mías —contestó Humphrey, levantando un pulgar, con una sonrisa.

—Sí —dije—. Es cierto.

—Y yo nunca te creía, ¿verdad? No me dejaba convencer. Bueno, pues, ahora comprendo que tenías razón. He sido un insensato y lamento haberte molestado tantas noches.

—No te preocupes por eso, Humphrey.

—Pero es que no está bien —Humphrey señaló con una mano a la risueña perrita que no cesaba de mover la cola—. Mírala. Se ve a la legua que *Myrtle* no tenía nada esta noche.

Doy gracias al cielo por la existencia de personas como Humphrey Cobb. Me sacó de quicio hace muchos años, pero ahora sonrío cuando pienso en él y agradezco la oportunidad de haber podido escribir algo acerca de la eclampsia, una enfermedad mortal de rápida evolución que, sin embargo, se puede curar con la misma rapidez con que aparece. El calcio sigue siendo el tratamiento ideal... Aún no se ha descubierto nada mejor. Es curioso, pero, a pesar de sus afirmaciones de aquella noche, Humphrey siguió llamándome muchos años a altas horas de la madrugada.



24 Venus

El granjero avanzó por entre las vacas y agarró por la cola a mi paciente. Cuando le vi la pinta, comprendí inmediatamente que Josh Anderson había vuelto a las andadas. Era un domingo por la mañana y todo encajaba a la perfección. Sobraban todas las preguntas.

—¿Estuvo anoche en «La Liebre y el Faisán»? —le pregunté como el que no quiere la cosa mientras introducía el termómetro en el animal.

—Ya lo creo —me contestó, pasándose una mano por la cabeza—. Se ha dado usted cuenta enseguida, ¿eh? La mujer me ha armado un escándalo de campeonato.

—Supongo que Josh bebió más de la cuenta.

—Vaya si bebió. No hubiera tenido que acercarme por allí un sábado por la noche. La culpa es mía.

Josh Anderson era uno de los barberos de la zona. Le gustaba su oficio, pero también le gustaba la cerveza, hasta tal punto que todas las noches se llevaba al *pub* las tijeras y la maquinilla. A cambio de una cerveza, le hacía a uno un rápido corte de pelo en el lavabo de caballeros.

Los parroquianos de «La Liebre y el Faisán» nunca se sorprendían de ver a uno de los clientes sentado impasiblemente en la taza del excusado mientras Josh le trasquilaba. Valía la pena porque una cerveza costaba seis peniques, si bien los clientes de Josh sabían que corrían un serio peligro. Si el barbero no había bebido en exceso, salían bastante bien librados porque en la zona de Darrowby los hombres no eran muy exigentes al respecto; en cambio, cuando bebía más de la cuenta, podían ocurrir cosas tremendas.

Josh aún no le había cortado a nadie la oreja, pero, paseando por Darrowby los domingos y los lunes, se podían ver peinados muy raros.

Volví a contemplar la cabeza del granjero. Calculé que, cuando Josh le hizo el corte de pelo, andaría por la décima cerveza. La patilla derecha había sido cortada meticulosamente por debajo del nivel del ojo, mientras que la izquierda era inexistente. El pelo de la parte de arriba se había cortado sin orden ni concierto, dejando unas zonas calvas y otras con largos mechones. No podía verle la parte de atrás, pero estaba seguro de que también sería interesante. Podía haber una cola de caballo o algo por el estilo.

Sí, seguro que ya se había bebido diez cervezas, pensé. Pasadas las doce o catorce cervezas, Josh solía abandonar cualquier precaución y pasaba rápidamente la maquinilla por la cabeza de su víctima, dejándole un simple mechón en la parte delantera. El clásico corte de pelo a «lo presidiario» que le obligaba a uno a llevar luego una gorra bien encasquetada en la cabeza durante semanas.

Yo jugaba sobre seguro y, cuando necesitaba un corte de pelo, me iba a la barbería de Josh donde este trabajaba completamente sereno.

Días más tarde, mientras aguardaba mi turno, con mi perro *Sam* sentado debajo de

mi silla, contemplé al barbero en plena actividad y empecé a reflexionar sobre la naturaleza humana. El cliente era un hombre corpulento, cuyo rubicundo rostro, reflejado en el espejo por encima del blanco lienzo que lo protegía, se deformaba a cada pocos segundos en una mueca de dolor. Porque el caso es que Josh no cortaba el pelo, sino que lo arrancaba.

Lo hacía no solo porque sus instrumentos eran anticuados, sino también porque utilizaba la maquinilla de tal forma que arrancaba los pelos de sus folículos al término de cada pasada.

Nunca llegó a comprarse una maquinilla eléctrica, pero, dada su técnica exclusiva, mucho me temo que la situación no hubiera cambiado.

Me preguntaba por qué razón todo el mundo iba a cortarse el pelo a la barbería de Josh, habiendo otra en la localidad. En mi opinión, ello se debía a que todo el mundo le apreciaba.

Le observé mientras trabajaba. Era un hombre menudo, de unos cincuenta años y tenía una calva que ponía en entredicho la eficacia de los distintos crecepelos que había en los estantes. En su rostro brillaba perennemente una sonrisa. Esta y sus grandes ojos de mirada curiosamente mística le conferían un insólito atractivo.

Por si fuera poco, amaba sinceramente a sus congéneres. Cuando el cliente se levantó del sillón, exhalando un visible suspiro de alivio, Josh se apresuró a cepillarle, le dio unas palmadas en la espalda y siguió conversando animadamente con él. Se notaba que no se había limitado a cortarle el cabello al hombre, sino que la ocasión había sido un agradable acontecimiento social para él.

Al lado del corpulento granjero, Josh parecía más bajito que nunca, un minúsculo pedazo de humanidad; parecía increíble que consiguiera beber tanta cerveza.

Los extranjeros suelen asombrarse de las ingentes cantidades de cerveza que beben los ingleses. Ni siquiera ahora que ya llevo cuarenta años viviendo en el condado de York, puedo competir con ellos. Quizá todo se deba a que me crie en Glasgow, pero, cuando he bebido dos o tres cervezas, ya empiezo a sentirme incómodo. Y lo más extraordinario es que, al cabo de tantos años, no recuerdo haber visto jamás a ningún yorquino borracho. Su natural reserva se esfuma como por ensalmo y se vuelven cada vez más locuaces a medida que las cascadas de cerveza les bajan por la garganta, pero raras veces se caen o cometen tonterías.

Tomemos, por ejemplo, a Josh. Se tragaba todas las noches de la semana unas ocho cervezas, menos los sábados en que llegaba a una cantidad que oscilaban entre diez y catorce, y, sin embargo, siempre estaba más o menos igual. Solo sus aptitudes profesionales se resentían de ello.

—Vaya, señor Herriot, cuánto me alegro de verle —me dijo, volviéndose a mirarme. Su cordial sonrisa y sus grandes ojos de profundidades casi místicas me acariciaron mientras me acompañaba al sillón—. ¿Qué tal está?

—Muy bien, señor Anderson, ¿y usted?

—Estupendamente, señor, estupendamente.

Me colocó el blanco lienzo, remetiéndolo en el cuello de la camisa, y se rio de buena gana al ver que mi pequeño beagle se refugiaba bajo los pliegues de la tela.

—Hola, *Sam*, tienes muy buen aspecto —dijo mientras se inclinaba para acariciarle las orejas—. Qué amigo tan fiel, señor Herriot. No le deja ni a sol ni a sombra.

—Es verdad. A mí tampoco me gusta ir a ninguna parte sin él. Por cierto, ¿no le vi yo el otro día con un perro? —pregunté con curiosidad.

Josh hizo una pausa con las tijeras en la mano.

—Sí. Era una perrita vagabunda. La conseguí en El hogar de perros y gatos de York. Ahora que los chicos ya no están en casa, mi señora y yo decidimos tener una perrita. La queremos mucho y es muy simpática.

—¿De qué raza es?

—Pues, ahora que me lo pregunta, no lo sé. Supongo que debe de ser una mestiza. Desde luego, no tiene pedigrí, pero no la vendería por nada del mundo —estaba a punto de darle la razón cuando levantó una mano—. Espere un momento, voy por ella.

Vivía en el piso de arriba y volvió a bajar enseguida trayendo la perrita en brazos.

—Ahí la tiene, señor Herriot. ¿Qué le parece? —preguntó, dejándola en el suelo para que yo la inspeccionara.

Estudí el animalito. Era de color gris claro y tenía el pelo muy ensortijado. A primera vista, hubiera podido ser una perra pastor wensleydale enana. La ascendencia era indudablemente incierta, pero su boca jadeante y los alegres movimientos de su cola demostraban que tenía muy buen carácter.

—Me gusta —le dije—. Creo que ha acertado en la elección.

—Eso pensamos nosotros.

Se inclinó para acariciarla y observé que le tomaba repetidamente los largos pelos y los restregaba entre el índice y el pulgar. Me pareció un poco raro hasta que recordé que eso mismo solía hacer con los clientes.

—Le hemos puesto el nombre de *Venus* —dijo.

—¿*Venus*?

—Sí, porque es muy bonita —me contestó muy serio.

—Ah, sí. Comprendo.

Después, el señor Anderson se lavó las manos, tomó las tijeras y asió unos mechones de mi cabello. Vi que, antes de cortarlos, los restregaba entre los dedos.

No acertaba a comprender por qué lo hacía, pero, en aquellos momentos, me estaba preparando para lo peor y no podía detenerme a pensar. Las tijeras no me hicieron mucho daño... Solo un molesto tirón cuando se juntaban las dos hojas.

En cuanto le vi tomar la maquinilla, me agarré a los brazos del sillón como si estuviera en el consultorio de un dentista. No me hizo mucho daño al pasarme la maquinilla por la nuca. Más adelante, cuando me arrancó de raíz un mechón, no pude evitar hacer una mueca ante el espejo. Una o dos veces se me escapó un «¡Ay!» o un

«¡Uy!» involuntario; pero Josh no se dio por enterado.

Recuerdo los muchos años que me pasé, sentado en aquella barbería, escuchando los ahogados gritos de dolor de los clientes sin que el barbero reaccionara jamás al oír los gritos.

Y eso porque, a pesar de ser el hombre más humilde que imaginarse pudiera, Josh se tenía por un barbero excepcional. Cuando, por fin, me pasó el peine, vi que su rostro resplandecía de orgullo. Con la cabeza ladeada, me dio repetidas palmadas en el cabello, rodeó el sillón para estudiarme desde todos los ángulos e hizo un retoque por aquí y otro por allá antes de entregarme el espejo de mano para que viera el resultado de su labor.

—¿Le parece bien, señor Herriot? —me preguntó con la serena satisfacción que procede del trabajo bien hecho.

—Estupendo, señor Anderson —contesté, lanzando un suspiro de alivio.

—Mire, cortar el cabello es muy difícil —dijo haciéndome una leve reverencia—. El secreto es saber lo que no hay que cortar.

Se lo había oído decir miles de veces, pero me reí tal como él esperaba, mientras me cepillaba la espalda de la chaqueta.

El cabello me crecía entonces con mucha rapidez, pero aún no había tenido ocasión de visitar nuevamente al barbero cuando este llamó una tarde a mi puerta. Estaba tomando el té y corrí a abrir, en respuesta a una insistente llamada.

El señor Anderson llevaba en brazos a su perrita *Venus*, pero esta ya no era la plácida criatura que yo había visto en la barbería. Se le escapaba la saliva de la boca, tenía bascas y se acercaba repetidamente una pata a la cara.

—Se está asfixiando, señor Herriot —dijo Josh, angustiado—. ¡Mírela! ¡Se va a morir si no hace usted algo enseguida!

—Un momento, señor Anderson. Dígame qué ha pasado. ¿Se ha tragado algo?

—Sí, señor, un hueso de pollo.

—¡Un hueso de pollo! ¿No sabe usted que nunca debe dar huesos de pollo a un perro?

—Lo sé, eso lo sabe todo el mundo, pero habíamos comido pollo y la muy bribona sacó los huesos del cubo de la basura. ¡Se comió un buen bocado antes de que la viera y ahora se va a asfixiar!

El señor Anderson estaba a punto de echarse a llorar.

—Cálmese —le dije—. No creo que *Venus* se esté asfixiando. Por la forma en que mueve la pata, creo que debe tener algo atascado en la boca.

Tomé las mandíbulas del animalito entre el índice y el pulgar y le abrí la boca. Vi, experimentando un inmenso alivio, un espectáculo muy conocido por todos los veterinarios: un largo hueso encajado entre las muelas de la parte de atrás, que formaba una barra sobre el velo del paladar.

Tal como digo, es un accidente muy habitual, pero inofensivo, dado que se puede resolver sin dificultad mediante la utilización de un fórceps. La recuperación es

instantánea, la habilidad que se requiere, mínima y las alabanzas que se reciben, infinitas. Me encantaba aquel trabajo.

Apoyé una mano en el hombro del barbero.

—No se preocupe, señor Anderson. Se le ha quedado un hueso atascado entre las muelas. Pase y se lo quitaré en un santiamén.

Observé que el hombre se tranquilizaba visiblemente mientras avanzábamos por el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa.

—Gracias a Dios, señor Herriot. Creí que se iba a morir, en serio. La queremos mucho y no podría soportar perderla. Sonreí mientras dejaba a la perra sobre la mesa para tomar un fórceps.

—Pierda cuidado. Eso se arregla en menos de un minuto.

Mi hijo Jimmy, de cinco años, había dejado de tomar el té para seguirnos y me observó sin demasiado interés mientras tomaba el instrumento. A pesar de su corta edad, había presenciado muchas veces aquel procedimiento y no experimentaba curiosidad. Sin embargo, en la práctica veterinaria nunca se sabe; merecía la pena quedarse porque, a veces, ocurrían cosas divertidas. Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó hacia adelante y hacia atrás, silbando muy quedo sin dejar de mirarme.

En general basta con abrir la boca, cerrar las hojas del fórceps sobre el hueso y tirar. Pero *Venus* se asustó al ver el reluciente instrumento de metal, y lo mismo le ocurrió al barbero.

El terror de los ojos de la perra se cuadruplicó en los de su propietario.

Traté de tranquilizarlos.

—No es nada, señor Anderson. No le haré el menor daño, pero tendrá usted que sujetarle fuertemente la cabeza por un instante.

El hombrecillo respiró hondo, asió a la perra por el cuello, cerró los ojos y apartó el rostro todo cuanto pudo.

—Vamos, pequeña *Venus* —dije en tono cariñoso—, ahora te encontrarás mejor.

Pero *Venus* no me creyó. Se agitó violentamente y apoyó una pata en mi brazo mientras la garganta de su amo dejaba escapar unos extraños gemidos. Cuando conseguí introducirle el instrumento en la boca, lo mordió con fuerza con los dientes frontales y no hubo manera de que lo soltara. Mientras yo forcejeaba con ella, el señor Anderson no pudo resistirlo más y soltó la presa.

La perrita saltó al suelo y reanudó su batalla interna mientras Jimmy la estudiaba con interés.

Miré al barbero con más pena que rabia. Aquello no era lo suyo. Tenía una mano muy movediza, tal como demostraba cumplidamente en el ejercicio de su profesión, y no podía sujetar a una perra que no paraba de moverse.

—Vamos a probarlo otra vez —dije en tono tranquilizador—. Esta vez lo haremos en el suelo. A lo mejor, la asusta la mesa. Es una cosa de nada, de verdad.

El hombrecillo apretó los labios, entornó los ojos y extendió las temblorosas

manos hacia la perra; pero, cada vez que la tocaba, ella se apartaba hasta que, al final, el barbero lanzó un estremecedor suspiro y cayó boca abajo sobre las baldosas del suelo. Jimmy empezó a reírse. La cosa se estaba animando. Ayudé al barbero a levantarse.

—Mire, señor Anderson, le administraré una dosis de anestesia de breve efecto. Así dejará de moverse y podré trabajar con tranquilidad.

—¿Anestesia? —preguntó Josh, palideciendo intensamente—. ¿La quiere dormir? ¿No le pasará nada?

—No, por supuesto que no. Déjemela aquí y vuelva dentro de una hora. Entonces, ya podrá andar —añadí, acompañándole hacia el pasillo.

—¿Está seguro de que es lo más adecuado? —preguntó el barbero, volviéndose a mirar a la perrita.

—No le quepa duda. Si seguimos por este camino, le causaremos muchas molestias.

—De acuerdo, pues, me iré a casa de mi hermano y esperaré una hora.

—Estupendo.

Aguardé hasta que oí cerrarse la puerta a sus espaldas y entonces preparé rápidamente una dosis de pentotal.

Los perros no oponen tanta resistencia cuando sus amos no se hallan presentes. Levanté a *Venus* del suelo y la coloqué sobre la mesa. Pero la perra seguía manteniendo las mandíbulas fuertemente apretadas. No quería que le metieran nada en la boca.

—Muy bien, pues, tú lo has querido —dije.

Le tomé una pata y rasuré una zona sobre la vena radial. En aquellos tiempos, Siegfried y yo teníamos que anestesiar a menudo a los perros sin la ayuda de nadie. Es curioso la de cosas que puede hacer uno cuando no le queda más remedio.

A *Venus* no le importaba lo que hiciera mientras no me acercara a su boca. Introduje la aguja en la vena, inyecté el líquido y, al cabo de unos segundos, la perra dejó de luchar, inclinó la cabeza y todo su cuerpo se aflojó sobre la mesa. La tendí boca arriba. Estaba profundamente dormida.

—Ahora ya no habrá ningún problema, Jimmy, ya lo verás —dije. Separé las mandíbulas sin hacer el menor esfuerzo, entre el índice y el pulgar, agarré el hueso con el fórceps y se lo saqué de la boca—. Ya no queda nada... Estupendo. Listos —arrojé el hueso al cubo de la basura—. Sí, así se hace mejor, muchacho. Sin necesidad de forcejear. Así actúan los buenos profesionales.

Mi hijo asintió con desgana. Empezaba a aburrirse. Esperaba grandes cosas cuando el señor Anderson cayó de bruces al suelo, pero todo aquello era una lata. Sus labios ya no sonreían.

Mi sonrisa de satisfacción también se había congelado un poco. Observé detenidamente a *Venus* y vi que no respiraba.

Procuré no prestar demasiada atención al nudo que se me había formado en el

estómago porque siempre he sido un anestesista nervioso y no me enorgullezco de ello. Incluso ahora, cuando alguno de mis jóvenes colegas practica una intervención, tengo la mala costumbre de apoyar una mano sobre el tórax del paciente a la altura del corazón y de mirarle con inquietud durante breves segundos. Sé que a los jóvenes cirujanos les molesta mi alarma y mi inquietud, y algún día me van a decir, con muy malos modos, que salga de allí, pero no puedo evitarlo.

Mientras observaba a *Venus*, me dije, como siempre, que no había ningún peligro. Le había administrado una dosis correcta y además, el pentotal siempre producía un período de apnea. Todo entraba dentro de lo normal, pero, aun así, le pedí a Dios que la perrita volviera a respirar.

El corazón le latía sin dificultad. Comprimí las costillas varias veces... Nada. Toqué el globo ocular... Ningún reflejo de la córnea. Empecé a tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras Jimmy me miraba con atención. Su interés por la práctica veterinaria se debía a que le gustaban mucho los animales, los granjeros y el aire libre, pero, además, había otra cosa: nunca sabía si su padre haría o le ocurriría alguna cosa divertida.

Los contratiempos imprevisibles de la práctica diaria solían provocar su risa, y mi hijo, con su infalible instinto, tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo de este tipo.

Su corazonada se hizo realidad cuando levanté repentinamente a *Venus* de la mesa, la sacudí infructuosamente por encima de mi cabeza y salí con ella en brazos, galopando por el pasillo. Oí el rumor de las zapatillas de Jimmy a mi espalda.

Abrí la puerta lateral y salí al jardín de la parte de atrás. Me detuve en la zona más estrecha —no, allí no había espacio suficiente— y proseguí mi carrera hasta llegar a la vasta extensión de césped.

Allí, dejé a la perrita sobre la hierba y caí de rodillas a su lado en actitud de plegaria. Esperé y la observé mientras el corazón me estallaba en el pecho, pero las costillas del animalito no se movían y los ojos miraban hacia adelante sin ver.

¡Oh, era imposible que me ocurriera aquello! Tomé a *Venus*, asiendo una pata trasera con cada mano y empecé a voltearla alrededor de mi cabeza, a veces un poco más arriba y a veces un poco más abajo, pero a considerable velocidad. Este método de reanimación ha caído ahora en desuso, pero entonces se solía utilizar muy a menudo. Desde luego, contaba con la plena aprobación de mi hijo, el cual sufrió un acceso tan fuerte de risa que cayó espantado sobre la hierba.

Cuando terminé y contemplé las costillas todavía inmóviles, me gritó:

—Otra vez, papá, otra vez.

Solo tuvo que esperar unos segundos para que su padre entrara nuevamente en acción, agitando a *Venus* en el aire como si fuera un pájaro en pleno vuelo.

Superé todas las esperanzas de Jimmy. Este debió de preguntarse; al principio, si merecería la pena dejar las tostadas con mermelada para ver actuar a su padre, pero su sacrificio había sido generosamente recompensado. Recuerdo la escena como si

fuera ahora: mi tensión y mi angustia ante la posibilidad de que mi paciente pudiera morir sin motivo y, en segundo plano, la estridente risa de mi hijo.

No sé cuántas veces me detuve, deposité la forma inerte sobre la hierba y reanudé los volteos, pero, al fin, durante uno de los intervalos, el tórax se levantó y los ojos parpadearon.

Exhalando un suspiro de alivio, caí boca abajo sobre la fría tierra y atisé a través de la hierba mientras la respiración de *Venus* se normalizaba y empezaba a lamerse los labios y a mirar a su alrededor.

No me atreví a levantarme enseguida porque los viejos muros de ladrillo del jardín seguían danzando a mi alrededor estoy seguro de que me hubiera caído.

Jimmy sufrió una decepción.

—¿No lo volverás a hacer, papá?

—No, hijo mío, no —contesté, incorporándome y arrastrando a *Venus* hasta mis rodillas—. Todo ha terminado.

—Qué divertido. ¿Por qué lo has hecho?

—Para que la perrita respirara.

—¿Siempre haces eso para que respiren?

—No, por Dios, lo hago muy pocas veces.

Me levanté muy despacio y regresé con el animalito al consultorio.

Cuando volvió Josh Anderson, la perra ya estaba casi bien.

—Todavía está un poco atontada a causa de la anestesia —le dije—. Pero se le pasará enseguida.

—Menos mal. ¿Y el hueso ya...?

—Lo hemos quitado, señor Anderson. ¿Lo ve? No hay nada —dije, abriendo la boca de la perra mientras él retrocedía.

—¿Le ha causado muchas molestias? —me preguntó el barbero, sonriendo muy contento.

Mis padres me habían enseñado a ser más sincero qué listo y, sin saber cómo, a punto estuve de contarle toda la historia. Pero ¿para qué inquietar a aquel hombre tan sensible? De haberle dicho que su perrita había estado al borde de la muerte, no se hubiera llevado una alegría que digamos y, encima me hubiera perdido toda la confianza.

—En absoluto, señor Anderson —contesté, tragando saliva—. Ha sido una operación muy sencilla.

Una mentira inocente que estuvo a punto de atragantármeme en la boca y que luego me dejó el amargo sabor de remordimiento.

—Estupendo. Se lo agradezco mucho, señor Herriot.

El barbero se inclinó hacia la perrita y observé que le tomaba unos mechones de pelo y los restregaba entre el índice y el pulgar.

—¿Has estado flotando por el aire, *Venus*? —musitó con aire ausente.

Noté una especie de escozor en la nuca.

—¿Qué..., qué quiere usted decir?

Mirándome con sus místicos ojos, el señor Anderson me contestó:

—Bueno, me imagino que, mientras estaba dormida, habrá pensado que flotaba. Es la impresión que tengo.

—Ah, ya..., pues..., sí —yo también había tenido la misma impresión—. Ahora será mejor que la lleve a casa y que descanse durante el resto del día.

Cuando terminé de beberme el té, me quedé pensando un buen rato. Flotando..., flotando.

Quince días más tarde, me senté de nuevo en el sillón de la barbería de Josh y me preparé para sufrir el inminente suplicio. Para mi alarma, el señor Anderson tomó la maquinilla. Por regla general, utilizaba primero las tijeras y cortaba poco a poco. Aquel día, en cambio, quería empezar a lo bruto.

En un intento de aliviar mi dolor, traté de iniciar una conversación un poco histérica.

—¿Cómo..., ¡ay!..., cómo está *Venus*?

—Pues muy bien —contestó Josh, dirigiéndome una dulce sonrisa a través del espejo—. Al volver a casa, se quedó muy tranquila.

—Bueno... ¡uy!, ¡ay! No tenía por qué ocurrirle nada. Tal como ya le dije..., ¡uy...!, era una cosa muy sencilla.

El barbero me arrancó otro mechón con su inimitable estilo.

—Lo importante, señor Herriot —me dijo—, es tener confianza en el veterinario. Yo sabía que nuestra perrita estaba en buenas manos.

—Se lo agradezco mucho, señor Anderson. Es..., ¡ay...!, muy amable de su parte.

Me alegré, pero me seguía remordiéndome la conciencia.

Cansado de hablar mientras observaba mis muecas de dolor en el espejo, traté de concentrarme en otra cosa. Es un truco que utilizo cuando voy al dentista y que no da muy buen resultado, pero, mientras el hambrecillo me arrancaba los cabellos sin piedad, pensé con todas mis fuerzas en mi jardín de Skeldale House.

Tenía que cortar el césped y quitar las malas hierbas cuando tuviera un rato libre. Dudaba entre poner o no un poco de fertilizante a los tomates, cuando Josh dejó la maquinilla y tomó las tijeras.

Lancé un suspiro y me relajé. Ahora solo tendría que soportar unas leves molestias. ¿Quién sabe? A lo mejor había mandado afilar las tijeras desde la última vez. Mi mente estaba ocupada en el fascinante tema de los tomates cuando la voz del barbero me devolvió a la realidad.

—Señor Herriot —me dijo Josh, tomando un mechón de mi cabello entre sus dedos—, a mí también me gusta la jardinería.

Estuve a punto de pegar un brinco en el sillón.

—Qué curioso. Yo también estaba pensando en mi jardín.

—Lo sé —mientras acariciaba el mechón entre el índice y el pulgar, el señor

Anderson me miró con aire distante—. Se transmiten a través del aire, ¿sabe usted?

—¿Cómo?

—Sus pensamientos. Vienen a mí.

—¡Qué dice!

—Sí, verá usted. Los cabellos penetran en la cabeza, captan lo que piensa el cerebro y me lo transmiten.

—Será una broma —dije, soltando una carcajada sin tenerlas todas conmigo.

—No es una broma, señor Herriot —contestó Josh, sacudiendo la cabeza—. Llevo casi cuarenta años cortando el cabello y me ocurre constantemente. Se quedaría de una pieza si le contara algunos de los pensamientos que recibo. Le aseguro que no son aptos para menores.

Me hundí en el sillón, bajo el blanco lienzo. Eran tonterías y sandeces, claro, pero, aun así, decidí no pensar jamás en la anestesia de *Venus* mientras me cortaban el pelo.

Esta es una de mis historias más divertidas, porque contiene muchos elementos insólitos. Por ejemplo, apenas quedan barberos como Josh Anderson. Una cosa que he omitido mencionar en la historia es que Josh también vendía tabaco y tenía la costumbre de dejar la maquinilla en plena operación de corte de pelo y servirle cigarrillos a otro cliente, regresando como sí tal cosa al cabo de un rato tras haber mantenido con él una larga conversación sobre el tiempo, el *cricket*, o cualquier otro tema. Por sí fuera poco, *Venus* era una perra de insólito aspecto; hasta el punto de que jamás he visto otra igual. ¿Y qué me dicen de los pensamientos, escapándose a través del cabello? Es absurdo, pero yo sigo sin descartarlo por completo...



25 Amber

—Esta es *Amber* —dijo la enfermera Rose—. La que usted quería examinar.

Contemplé el color rubio pálido como la miel del pelo de las orejas y los costados.

—Ya veo por qué le han puesto este nombre^[4]. Bajo el sol debe de brillar como un ascua de luz.

La enfermera se echó a reír.

—Pues, sí, es curioso, pero era un día muy soleado cuando la vi, y el nombre se me ocurrió sin pensar. Soy muy hábil cuando se trata de poner nombres, ¿sabe usted? —añadió, mirándome de soslayo.

Era una broma. La enfermera Rose no tenía más remedio que ser una experta para poder bautizar a la interminable corriente de animales abandonados que pasaban por el pequeño refugio canino situado en la parte trasera de su casa que ella dirigía y mantenía organizando pequeños espectáculos, venta de artículos donados, etc., y gastando su propio dinero.

Gastaba no solo su dinero sino, además, su valioso tiempo, puesto que, en su calidad de enfermera, tenía que entregarse por entero al servicio de la raza humana. A menudo me preguntaba cómo era posible que tuviera tiempo de luchar también en favor de los animales. Este era el misterio, por el que yo la admiraba enormemente.

—¿Y esa de dónde viene? —pregunté.

—La encontré vagando por las calles de Hebbleton —contestó la enfermera Rose, encogiéndose de hombros—. Nadie la conoce ni ha solicitado información sobre su paradero a la policía. Es evidente que la abandonaron.

Sentí un estremecimiento de cólera en la garganta.

—¿Cómo han podido hacerle eso a un animal tan hermoso? ¿Echarla a la calle para que se las arregle como pueda?

—Bueno, las personas que son así tienen, a veces, motivos sorprendentes. En este caso, supongo que lo debieron hacer porque *Amber* padece una pequeña enfermedad en la piel. A lo mejor, eso les asustó.

—Por lo menos, hubieran podido llevarla al veterinario —mascullé, abriendo la puerta del cercado.

Vi algunas zonas sin pelo alrededor de los dedos del animal y, cuando me arrodillé para examinarle las patas, *Amber* me hoció la cara y empezó a menear la cola. Levanté los ojos y estudié las orejas caídas, las pronunciadas mandíbulas y los confiados ojos traicionados.

—Es una cara de lebel —dije—. Pero lo demás, ¿a qué raza le parece a usted que pertenece?

—Es un rompecabezas —contestó la enfermera Rose, echándose a reír—. Tengo mucha práctica en la adivinación, pero esta perra me desconcierta. Pensé que, a lo

mejor, una foxhound se había escapado y apareado con un labrador o un dálmata, pero la verdad es que no lo sé...

Yo tampoco lo sabía. El cuerpo, moteado de negro, blanco y marrón, no era el de un lebel. Tenía unas patas muy grandes, una larga y fina cola en constante movimiento, y un pelaje con delicados reflejos dorados.

—Bueno, sea como fuere —dije—, es muy bonita y muy buena.

—Ah, eso sí, es encantadora. No tendremos dificultades para encontrarle una casa. Es una perra de compañía perfecta. ¿Qué edad le parece que tiene?

—Nunca se puede saber con seguridad —contesté—, pero tiene un aspecto muy juvenil —le abrí la boca y le examiné las hileras de inmaculados dientes—. Yo diría que unos nueve o diez meses. Es, simplemente, un cachorro que ha crecido.

—Eso creí yo. Será enorme cuando alcance todo su desarrollo.

Como si quisiera corroborar las palabras de la enfermera, la joven perra se levantó sobre las patas traseras y me apoyó las delanteras sobre el pecho. Contemplé de nuevo la sonriente boca y los dulces ojos y le dije:

—*Amber*, me gustas mucho.

—Cuánto me alegro —dijo la enfermera Rose—. Tenemos que curarle enseguida esta enfermedad de la piel para que, de este modo, pueda empezar a buscarle una casa. Debe de ser un eczema, ¿verdad?

—Probablemente..., probablemente. Veo que también le falta un poco de pelo alrededor de los ojos y en la cara.

En los perros, como en los seres humanos, las enfermedades cutáneas son muy complejas, a menudo desconcertantes por su origen y difíciles de curar. Pasé los dedos por las zonas peladas. No me gustaba aquella combinación de patas y cara, pero la piel estaba seca y sana. Puede que no fuera nada. Desterré hasta lo más hondo de mi mente un espectro. No quería pensar en ello y mucho menos preocupar a la enfermera Rose. Bastantes preocupaciones tenía ya.

—Sí, probablemente será un eczema —me apresuré a añadir—. Frótele las partes afectadas con este ungüento, por la mañana y por la noche.

Le entregué un frasco de óxido de cinc y lanolina. Un remedio un poco anticuado tal vez, pero me fue muy útil durante muchos años y esperaba que diera resultado, en combinación con la buena alimentación que la enfermera proporcionaba a sus perros.

Transcurrieron dos semanas sin que tuviera noticias de *Amber*, y me alegró pensar que ya estaría en una buena casa, entre personas que la querían.

Volví bruscamente a la realidad cuando, una mañana la enfermera Rose me llamó.

—Señor Herriot, las zonas peladas no han mejorado. Más bien se han extendido.

—¿Extendido? ¿Por dónde?

—Por las patas y por la cara.

Apareció de nuevo el espectro, vociferando y gesticulando. Oh, no, por favor.

—Voy enseguida, enfermera —dije, tomando el microscopio antes de subir al automóvil.

Amber me recibió como el primer día, meneando la cola y mirándome extasiada. Me desanimé al verle la cara pelada y las zonas desnudas de las patas.

Me acerqué al joven animal y olfateé las zonas carentes de pelo.

—¿Qué hace usted? —me preguntó la enfermera, sorprendida.

—Tratar de descubrir un olor a ratones.

—¿Un olor a ratones? ¿Y lo hay?

—Sí.

—Y eso, ¿qué significa?

—Sarna.

—Válgame Dios —exclamó la enfermera, cubriéndose la boca con una mano—. Es grave, ¿verdad? —Después echó la espalda hacia atrás en un gesto muy típico en ella—. Bueno, ya tengo cierta experiencia con la sarna y podré resolverlo. Siempre he podido curarla mediante baños de azufre, pero lo que más me preocupa es el peligro de infección que corren los otros perros.

Me aparté de *Amber* y me incorporé; de repente, me sentí muy cansado.

—Sí, pero usted se refiere a la sarna sarcóptica, enfermera. Y yo me temo que esto es algo mucho peor.

—¿Peor? ¿En qué sentido?

—Pues, a juzgar por su aspecto, yo diría que es una sarna demodécica.

—He oído hablar de eso —dijo la enfermera, asintiendo—, y ¿es más grave?

—Sí... —Decidí vaciar el cargador—. A menudo es incurable.

—Santo cielo, no tenía ni idea. Como no se rascaba mucho, no le di demasiada importancia.

—Ya —dije en tono abatido—, los perros no paran de rascarse cuando padecen la sarna sarcóptica que se cura perfectamente; y, en cambio, la sarna demodécica, que no podemos curar, solo les produce ligeras molestias.

El espectro se me presentó ahora en toda su enormidad, y utilizo esta palabra al pie de la letra porque esta afección cutánea me inquietaba desde que finalicé mis estudios y empecé a trabajar. Había visto sacrificar a muchos perros tras prolongados y fallidos intentos de curarles.

Saqué el microscopio que había dejado en el asiento trasero de mi automóvil.

—De todos modos, puede que me equivoque. Así lo espero. Este es el único medio de averiguarlo.

Con una hoja de bisturí, rasqué y exprimí una zona pelada de la pata anterior izquierda de *Amber*. Deposité las escamas y el suero en un portaobjetos, añadí unas gotas de hidróxido de potasio y lo cubrí todo con una placa deslizante. Ahora sabríamos la verdad.

La enfermera Rose me ofreció una taza de café mientras esperaba. Después, coloqué el microscopio junto a la ventana de la cocina y miré. Allí estaba. Se me encogió el estómago al ver lo que no quería ver: el temido ácaro *Demodex canis* con su cabeza, su tórax, las ocho cortas patas y el alargado cuerpo en forma de cigarro

puro. Y no había solo uno, sino muchos. Todo el campo del microscopio estaba lleno.

—En fin, enfermera, ya no cabe la menor duda —dije—. Lo siento en el alma.

—Pero..., ¿no podemos hacer nada? —preguntó ella, mirándome afligida.

—Sí, claro, podemos intentarlo. Y lo haremos con todas nuestras fuerzas porque le he tomado cariño a *Amber*. No se preocupe demasiado. He curado algunos casos de *Demodex*, utilizando siempre la misma sustancia —me acerqué al automóvil y rebusqué en el maletero—. Aquí está... Odylen. Le enseñaré como se aplica —añadí, mostrándole el frasco.

Era difícil frotar con la loción las partes afectadas, porque *Amber* se movía y no paraba de dar lengüetazos, pero por fin, terminé.

—Hágalo diariamente —dije— y dígame, dentro de una semana, cómo está. A veces, el Odylen da muy buen resultado.

La enfermera Rose echó la mandíbula hacia afuera con aquella determinación que tantos animales había salvado.

—Le aseguro que lo haré con el máximo cuidado. Estoy segura de que lo conseguiremos. Tan mal no la veo —al ver que yo guardaba silencio, añadió: Pero ¿y los demás perros? ¿No se contagiarán?

—Es otra característica del *Demodex* —contesté, sacudiendo la cabeza—. Raras veces se contagia a otro animal. Es mucho menos contagioso que el sarcóptico, por consiguiente, no se preocupe por eso.

—Menos mal. Pero ¿cómo contraen los perros esta enfermedad?

—Es un misterio —respondí—. Los veterinarios están convencidos de que todos los perros tienen en la piel cierto número de ácaros *Demodex*, pero nunca se ha explicado por qué razón a unos les producen sarna y a otros, no. La herencia tiene algo que ver con ello porque, a veces, se manifiesta en varios perros de la misma camada. Pero es una dolencia muy extraña.

Dejé a la enfermera Rose con su frasco de Odylen. Esperaba que aquel caso fuera una de las excepciones a la regla.

La enfermera me llamó al cabo de una semana. Había aplicado religiosamente a la perra el Odylen, pero la enfermedad se extendía ya a la parte superior de las patas.

Acudí en el acto allí y, cuando contemplé la cara de *Amber*, todos mis temores quedaron confirmados. Estaba completamente desfigurada. Sufrí un duro golpe al recordar la belleza que tanto me cautivó en mi primera visita. El animal ya no movía la cola, signo inequívoco de la gravedad de la situación.

Tenía que probar otro tratamiento y, teniendo en cuenta que una invasión subcutánea de estafilococos era un impedimento para la recuperación, le administré a la perra una inyección de toxoide estafilocócico. Decidí someterla asimismo a un tratamiento con solución de arsénico de Fowler, muy utilizada por aquel entonces en la curación de las enfermedades cutáneas.

Empecé a animarme cuando transcurrieron días y días sin tener noticias de *Amber*. Y sufrí una amarga decepción cuando la enfermera Rose me telefoneó poco

después del desayuno.

—Señor Herriot —me dijo con voz temblorosa—. La situación se agrava por momentos. Nada le hace efecto a *Amber*. Empiezo a pensar...

La interrumpí a media frase.

—Muy bien, pasará por ahí dentro de una hora. No pierda todavía la esperanza. A menudo, estos casos tardan meses en curar.

Me dirigí al refugio, pensando que mis palabras eran una piadosa mentira. Quise infundirle ánimos a la enfermera Rose porque sabía que no podía soportar la idea de sacrificar a un animal. De los cientos de animales que pasaron por sus manos, solo hubo algunos que no respondieron a sus amorosos cuidados. Perros muy viejos con dolencias crónicas del corazón y los riñones y que se encontraban en situación desesperada, o perros jóvenes enfermos de moquillo. Con todos los demás, luchaba denodadamente hasta que conseguía curarlos y encontrarles una casa. Pero no se trataba tan solo de la enfermera Rose: yo tampoco podía soportar la idea de sacrificar a *Amber*. Aquella perra tenía algo especial.

Cuando llegué, aún no sabía lo que iba a hacer; y, cuando hablé, me sorprendí yo mismo de las cosas que dije.

—Enfermera, he venido para llevarme a *Amber* a casa. Así podré administrarle yo mismo el tratamiento. Bastante trabajo tiene usted con los demás perros. Sé que ha hecho lo imposible, pero, a partir de ahora, yo mismo me encargaré de esta tarea.

—Pero... usted es un hombre muy ocupado. ¿De dónde sacará el tiempo?

—La curaré por las noches y en todos los ratos libres de que disponga. De este modo, podré ver los progresos día a día. Estoy firmemente decidido a curarla.

Mientras regresaba al consultorio, me asombré de la intensidad de mis sentimientos. Durante el ejercicio de mi profesión, siempre he experimentado el apremiante deseo de curar a los animales, pero nunca con tanta fuerza como me ocurrió con *Amber*. La perra subió encantada al automóvil. Aquello le parecía un juego y no paró de brincar, lamerme las orejas, apoyar las patas en el salpicadero y mirar a través del parabrisas. Contemplé su alegre semblante, desfigurado por la enfermedad y untado de Odylen y aporreé el volante con una mano. La sarna demodécica era terrible, pero yo conseguiría resolver aquel caso.

Este fue el comienzo de un curioso episodio de mi vida, cuyo recuerdo perdura en mi mente con la misma intensidad que entonces, a pesar de que han transcurrido más de treinta años. Por aquel entonces, no disponíamos de instalaciones de pupilaje —casi ningún veterinario las tenía—, pero le preparé un cómodo alojamiento a *Amber* en el viejo establo del patio. Hice una cama con madera terciada y cubrí el fondo con paja. A pesar de su antigüedad, el establo era un edificio muy sólido en el que no penetraba la menor corriente de aire. Allí, la perra estaría abrigada.

Procuré que Helen se mantuviera al margen de aquel asunto, recordando lo mucho que había sufrido cuando adoptamos al gato *Oscar* y después tuvimos que devolverlo a su legítimo propietario. Sabía que se hubiera encariñado mucho con la

perra. Pero no pensé en mí mismo.

Los cirujanos veterinarios no podrían ejercer su profesión si se encariñaran demasiado con sus pacientes. Sabía, por experiencia, que casi todos mis colegas eran tan sentimentales con los animales como lo eran sus propietarios, pero, sin darme cuenta, me encariñé de *Amber*.

Yo mismo le daba la comida, le cambiaba la paja y le administraba el tratamiento. Durante el día, iba a verla con tanta frecuencia como podía, pero, ahora, siempre es de noche cuando pienso en ella. Estábamos a finales de noviembre, cuando a las cuatro de la tarde ya empezaba a oscurecer y apenas podía ver a las vacas que atendía en los establos. Al volver a casa, rodeaba siempre el patio para situarme en la parte de atrás de Skeldale House e iluminar el establo con los faros delanteros de mi automóvil.

Cuando abría la puerta, *Amber* ya me esperaba con las patas apoyadas en el costado de la cama y las largas orejas rubias resplandeciendo bajo la intensa luz de los faros. Así la he recordado siempre. Su temperamento no se alteró jamás y su cola no cesaba de moverse a pesar de los suplicios a los que la sometía frotándole la piel en carne viva con la loción, inyectándole el toxoide estafilocócico y rascándole la piel para analizar los progresos.

Transcurrieron días y semanas y, al ver que no se producía ninguna mejora, empecé a desanimarme. Le di baños de azufre, que jamás me habían dado resultado, e incluso eché mano de una variada serie de remedios caseros. En la práctica veterinaria, todas las enfermedades difíciles dan lugar a una multitud de remedios «milagrosos». Perdí la cuenta de los champús y lociones que le eché encima en la esperanza de que contuvieran algún elemento mágico que la curara a pesar de mis recelos.

Aquellas sesiones nocturnas bajo la luz de los faros del coche acabaron convirtiéndose en parte de mi vida, y creo que lo hubiera seguido haciendo indefinidamente si una noche oscura en que la lluvia golpeaba con fuerza las baldosas del patio no se me hubiera caído la venda de los ojos, permitiéndome ver, por vez primera, el verdadero estado de la perra.

El mal se había extendido a todo el cuerpo, dejándole tan solo unos simples mechones de pelo desperdigados aquí y allá. Las largas orejas ya no eran doradas; estaban casi peladas, como el resto de la cara y de la cabeza. Toda la piel estaba engrosada y arrugada, y había adquirido un tinte azulado. Cuando se la comprimí, los dedos se me mojaron de pus y suero.

Me aparté y me senté sobre la paja, mientras *Amber* brincaba a mi alrededor, lamiéndome las manos y meneando la cola.

A pesar de su terrible estado, tenía el mismo carácter de siempre. Pero aquella situación no podía seguir. Comprendí que ella y yo habíamos llegado al final del camino. Le acaricié la cabeza y contemplé sus patéticos ojos y su cara de espantapájaros. Mi dolor era una mezcla de varios factores: me había encariñado

demasiado con ella, había fracasado y la perra nos tenía solo a la enfermera Rose y a mí. Y, además, ¿qué le diría a la enfermera, tras haberle dado tantas esperanzas?

A la hora del almuerzo del día siguiente, hice acopio de valor y la telefoneé. En mi afán por no dejar traslucir la menor emoción, creo que me pasé un poco y fui demasiado brusco con ella.

—Enfermera —le dije—, me temo que no podemos hacer nada por *Amber*. Lo he intentado todo, pero la situación se ha agravado progresivamente. Creo que lo mejor sería sacrificarla.

—Pero..., es horrible —exclamó ella, aterrada—. Por una simple enfermedad de la piel.

—Lo sé, eso es lo que piensa todo el mundo. Pero es una cosa tremenda. En su forma más grave, puede destrozar por completo la vida de un animal. *Amber* debe de sentirse muy incómoda en estos momentos y pronto empezará a experimentar dolor. No podemos seguir así.

—En fin... Confío en usted, señor Herriot. Sé que sería incapaz de hacer nada que no fuera necesario —hubo una pausa y yo comprendí que estaba tratando de controlar su voz. Después, me habló un poco más tranquila—. Me gustaría ir a verla cuando salga del hospital.

—Por favor, enfermera —le dije con dulzura—, preferiría que no lo hiciera.

Tras otra pausa, la enfermera Rose añadió:

—De acuerdo, señor Herriot. Lo dejo todo en sus manos.

Inmediatamente después, tuve una visita urgente y el trabajo me ocupó toda la tarde. A pesar de ello, no dejé de pensar en ningún instante en lo que tendría que hacer más tarde; pero, por lo menos, la tensión de mi actividad evitó que me obsesionara con la idea. Era noche oscura cuando entré en el patio y abrí la puerta del garaje.

Fue como todos los días. Bajo el haz luminoso, *Amber* me recibió moviendo la cola y jadeando de alegría con la boca abierta.

Me había guardado el barbitúrico y la jeringa en el bolsillo antes de entrar. Durante un buen rato, jugué con la perra, la acaricié, le di palmadas en la cabeza y le hablé con cariño mientras ella brincaba a mi alrededor. Después, despacio, llené la jeringa.

—Siéntate, bonita —le dije.

Me obedeció, en el acto, y se sentó sobre las patas traseras. Tomé la pata derecha por encima del codo para levantar la vena radial. No fue necesario rasurarla porque no había pelo. *Amber* me miró con interés, preguntándose qué nuevo juego sería aquel; mientras yo le introducía la aguja en la vena. Comprendí que no era necesario decir las cosas que solía decir en semejantes circunstancias. «Ni siquiera se enterará», «Solo es una sobredosis de anestésico». «Es una muerte muy dulce». Ningún propietario apenado podría oír mis palabras. Estábamos solos.

Mientras musitaba «Buena chica, *Amber*, buena chica», la perra se desplomó

sobre el lecho de paja y yo pensé que, si hubiera pronunciado aquellas frases, hubiera dicho la verdad. Pasó del juego al olvido y fue, efectivamente, una manera muy dulce de escapar de aquella prisión que pronto se hubiera convertido en una cámara de tormentos.

Salí del establo, apagué los faros del automóvil y, en la fría oscuridad, el patio se me antojó más desierto que nunca. Tras haberme pasado tantas semanas luchando, me sentía dominado por una inmensa sensación de pérdida y de fracaso, pero, por lo menos, pude evitarle a *Amber* lo peor: los abscesos internos y la septicemia que aguardan a un perro aquejado de sarna demodécica progresiva e incurable.

Durante mucho tiempo, llevé aquel peso sobre mis hombros, y aún lo sigo llevando un poco hoy en día. Porque la tragedia de *Amber* fue el haber nacido demasiado pronto. En la actualidad, se pueden curar casi todos los casos de sarna demodécica mediante un largo tratamiento a base de fosfatos orgánicos y antibióticos, cosas ambas que no tuve a mi disposición cuando más las necesitaba.

La enfermedad se considera todavía muy grave, pero, en estos últimos años, la hemos combatido con nuestras modernas armas y hemos ganado casi todas las batallas. Conozco en Darrowby a varios perros que la han superado y, cuando los veo por la calle perfectamente curados y con su reluciente manto intacto, me acuerdo de *Amber*. Siempre es de noche y la veo iluminada por los faros de mi automóvil.

Todavía ahora se me parte el corazón cuando veo a un perro con zonas peladas en las patas y el rostro y un olor a ratón en todo el cuerpo, pese a que las perspectivas son mucho mejores que entonces. Sin embargo, la sarna demodécica es una temible enfermedad porque parece absurdo que un animal pueda perder la vida a causa de una simple afección cutánea. Me pregunto a menudo por qué razón el recuerdo de *Amber* me resulta tan vivo y doloroso. Fue una criatura alegre y simpática a lo largo de toda su enfermedad, pero he conocido a muchos perros que se han comportado así. Puede que no me hubiera quedado tan grabada en la memoria si la hubiera instalado en una de las casetas de acero que tenemos actualmente en nuestro consultorio y no en las primitivas condiciones en que entonces la tuve. Aquel viejo establo ya nunca se utiliza actualmente, pero, siempre que cruzo el patio, contemplo su oscura puerta y recuerdo la prolongada batalla que perdimos *Amber* y yo.



26 No te quejes de tu suerte

«Pero ¿es que no puede haber un momento de paz en la vida de un veterinario?», me pregunté mientras circulaba a toda velocidad por la carretera para dirigirme a la aldea de Gilthorpe. Eran las ocho de la tarde de un domingo, y allí estaba yo, desplazándome a quince kilómetros de distancia para visitar a un perro que, según el recado que le habían dejado a Helen, llevaba más de una semana enfermo.

Me había pasado toda la mañana bregando y, por la tarde, me fui a las colinas en compañía de los niños y de algunos amigos suyos, tal como solíamos hacer todas las semanas. De este modo, podíamos explorar todos los rincones de aquella hermosa región. Jimmy trepaba rápidamente por los escarpados caminos en compañía de sus amigos, y yo me colocaba a Rosie sobre los hombros para subir las empinadas laderas. Después de tomar el té, los niños se bañaban, leían cuentos y se iban a la cama, mientras yo me dedicaba a leer los periódicos del domingo y a escuchar la radio.

Y, sin embargo, tuve que abandonar mi merecido descanso, echarme a la carretera y contemplar los muros de contención que veía a diario. Cuando salí de Darrowby, las calles de la pequeña población estaban desiertas en la oscuridad y las casas ofrecían aquel hermético aspecto que evocaba imágenes de sillones, pipas y chimeneas encendidas. Al ver las luces de las granjas parpadeando en las laderas, me imaginé a los ganaderos dormitando tranquilamente con los pies en alto.

Estaba hundido por completo en mi desdicha cuando me detuve frente a una hilera de casitas de piedra, situadas casi a la salida de Gilthorpe. Señora Cundall, Crestnut Row, número 4, había escrito Helen en el papel. Cuando abrí la verja y penetré en la minúscula franja de jardín, en mi mente empezaron a formarse imágenes preconcebidas sobre lo que iba a ver.

Mis pocos años de experiencia me habían enseñado que de nada servía regañar a la gente por llamarme a horas intempestivas. Sabía muy bien que mis palabras no producían el menor efecto y que los clientes seguirían haciendo exactamente lo mismo; sin embargo, tenía que decir algo, aunque solo fuera para desahogarme.

No hacía falta ser descortés, bastaba decir con firmeza que a los veterinarios también nos gustaba descansar los domingos por la tarde, como todo el mundo; que no nos importaba atender las llamadas urgentes, pero que no nos hacía la menor gracia tener que visitar a animales que ya llevaban enfermos una semana.

Tenía el discurso muy bien preparado cuando me abrió la puerta una mujercita de mediana edad.

—Buenas tardes, señora Cundall —dije en tono desabrido.

—Oh, es el señor Herriot —exclamó ella, sonriendo con timidez—. No le conocíamos personalmente, pero le he visto muchas veces en Darrowby, los días de mercado. Pase, por favor.

La puerta se abrió directamente a un cuarto de estar con techo de vigas, y lo que

primero me llamó la atención fueron el mísero mobiliario y algunas viejas fotografías encuadradas. Después, observé que la parte posterior de la estancia estaba parcialmente dividida por una cortina, que la señora Cundall descorrió. Desde una estrecha cama, un hombre esquelético me miró con unos apagados ojos hundidos en un rostro amarillento.

—Es mi marido Ron —me dijo alegremente la mujer mientras el hombre esbozaba una sonrisa y levantaba un huesudo brazo para saludarme—. Y aquí está su paciente *Hermann* —añadió, señalándome a un pequeño dachshund sentado junto a la cama.

—¿*Hermann*?

—Sí, nos pareció un buen nombre para un perro salchicha alemán.

Ambos esposos se echaron a reír.

—Ah, claro —dije—. Es un nombre estupendo. Tiene cara de llamarse *Hermann*.

El animalito me miró con sus brillantes ojos y, cuando me incliné para acariciarle la cabeza, me lamió rápidamente los dedos con su rosada lengua.

—Tiene muy buen aspecto —dije, acariciándole el lustroso lomo—. ¿Qué le pasa?

—Bueno, parece que está bien —contestó la señora Cundall—. Come con apetito, pero, desde hace una semana, no sé qué le ocurre en las patas. No estábamos muy preocupados, pero esta tarde se desplomó al suelo y no pudo levantarse.

—Ya. He visto que no se ha levantado cuando le acaricié la cabeza —coloqué la mano bajo el cuerpecillo del perro y le obligué a levantarse—. Vamos, muchacho. Vamos a ver cómo caminas, *Hermann*.

El perro dio unos pasos vacilantes, pero los cuartos traseros se fueron inclinando poco a poco hasta que, al fin, volvió a caer en posición sentada.

—Es la espalda, ¿verdad? —preguntó la señora Cundall—. Las patas delanteras las tiene muy fuertes.

—Es lo que a mí me pasa —murmuró Ron sonriendo mientras su mujer le daba unas palmadas en el brazo que descansaba sobre la colcha.

—Sí, la debilidad le viene de la espalda —dije yo, colocándome al perro sobre las rodillas.

Le palpé las vértebras lumbares y recorrí toda la columna para comprobar si había alguna zona dolorosa.

—¿Se ha lastimado? —preguntó la señora Cundall—. ¿Se ha golpeado con algo? Nunca le dejamos salir solo, pero a veces se escapa por la verja del jardín.

—Siempre existe la posibilidad de que haya una lesión —contesté—. Pero puede haber otras causas.

Había muchas; toda una serie de desagradables posibilidades. No me gustaba nada el aspecto de aquel perrito. Era uno de los síndromes que menos me apetecía tratar en la práctica canina.

—¿Puede decirme lo que piensa? —me preguntó la mujer—. Quisiera saberlo.

—Bueno, una lesión puede provocar una hemorragia, una conmoción o un edema —una acumulación de líquido—, todo lo cual repercute en la columna. Incluso podría tener una fractura de vértebra, pero no lo creo.

—¿Y qué otras causas puede haber?

—Muchas y muy variadas. Un tumor, una excrecencia ósea, un absceso o un desplazamiento de disco también pueden comprimir la médula.

—¿Un disco?

—Sí, son esos cojinetes de cartílago y tejido fibroso que hay entre las vértebras. En los perros de cuerpo alargado como *Hermann*, estos discos se desplazan, a veces, hacia el interior de la columna. En realidad, creo que los síntomas que presenta su perrito se deben a eso.

—¿Y cuáles son las perspectivas, señor Herriot? —preguntó la ronca voz de Ron desde la cama.

Ahí estaba el intrínquilis. Restablecimiento completo o parálisis incurable. Podía ocurrir cualquiera de ambas cosas.

—Es muy difícil saberlo en este instante —contesté—. Le administraré una inyección y unas pastillas y ya veremos cómo evoluciona en los próximos días.

Le administré al perro una inyección de analgésico y antibióticos e introduje unas pastillas de salicilato en un frasco. No disponíamos de esteroides por aquel entonces. Era lo único que podía hacer.

—Bueno, señor Herriot —me dijo la señora Cundall, sonriendo cordialmente—, Ron suele tomarse una cerveza cada noche a esta hora. ¿Quiere acompañarle?

—Es muy amable... Pero no quisiera molestar...

—De ninguna manera. Será un placer tenerle con nosotros.

La mujer llenó dos vasos de cerveza negra, incorporó a su marido colocándole unas almohadas detrás de la espalda, y se sentó en la cama.

—Nosotros somos del sur del condado de York, señor Herriot —me explicó la señora Cundall, asentí en silencio. Lo había notado por el acento—. Nos trasladamos a vivir aquí cuando Ron sufrió el accidente hace ocho años.

—¿Qué fue?

—Yo era minero —contestó Ron—. Se me cayó el techo encima. Sufrí fractura de espalda, se me reventó el hígado y tuve otras muchas lesiones internas, pero dos compañeros míos resultaron muertos en el mismo accidente, y yo tuve la suerte de salir con vida —tomó un sorbo de cerveza y añadió—: He sobrevivido, pero los médicos dicen que nunca podré volver a andar.

—Cuánto lo siento.

—Qué va —prosiguió diciendo la ronca voz—, no me quejo de mi suerte y estoy muy contento. Apenas sufro y tengo la mejor esposa del mundo.

—Se agradece, hombre —terció la mujer, echándose a reír—. Pero me alegro mucho de haber venido a Gilthorpe. Solíamos pasar las vacaciones en los Valles. Nos gustaba mucho andar y era estupendo poder alejarnos del humo y de las chimeneas.

El dormitorio de nuestra casa daba a una pared de ladrillo; en cambio, aquí, Ron tiene una ventana enorme junto a la cama y puede ver el paisaje hasta muchos kilómetros de distancia.

—Sí, claro —dije yo—. Es un sitio precioso.

La aldea se hallaba encaramada en lo alto de un risco y, desde aquella ventana, se podía contemplar un vasto panorama de verdes laderas que bajaban hasta el río y volvían a subir por el otro lado hasta los páramos de arriba. Era un espectáculo que me cautivaba muchas veces mientras hacía mis rondas. Los herbosos caminos que serpeaban por entre las colinas parecían llamarme siempre que pasaba por allí. A Ron Cundall, en cambio, le llamarían en vano.

—Tener a *Hermann* fue también una buena idea —prosiguió diciendo el hombre—. Me sentía un poco solo cuando la mujer bajaba a Darrowby para hacer la compra, pero ahora este pequeñajo me hace mucha compañía. Uno no está nunca solo cuando tiene un perro.

—Muy cierto —contesté sonriendo—. Por cierto, ¿qué edad tiene?

—Siete años —contestó Ron—. Estás en la flor de la vida, ¿verdad, chico? —añadió, extendiendo un brazo hacia abajo para acariciar las sedosas orejas del animalito.

—Parece que este es su sitio preferido.

—Pues sí, es curioso, pero siempre se sienta aquí. Mi mujer tiene que sacarlo a pasear y darle de comer, pero él no se separa nunca de mi lado. Tiene un cesto allí, pero prefiere estar a mi lado. Me basta con extender un brazo para tocarle.

Era algo que había visto en muchas ocasiones en el caso de personas inválidas: sus animales domésticos no se apartaban nunca de su lado como si fueran conscientes de su papel de consoladores y amigos.

Apuré la cerveza y me levanté para marcharme.

—Yo creo que me alargaré la mía un poco más —dijo Ron, contemplando su vaso a medio terminar—. Antes me tomaba a veces seis cervezas cuando salía con mis compañeros por ahí, pero ahora disfruto lo mismo con una sola botella. Es curioso.

—Sí, tenías que enmendarte un poco —le dijo su mujer en tono burlón—. Ahora ya estás reformado, ¿verdad?

Ambos se echaron a reír como si no fuera la primera vez que hacían aquellos comentarios.

—Bueno, muchas gracias por la cerveza, señora Cundall. Vendré el martes a ver a *Hermann* —añadí, encaminándome hacia la puerta.

Antes de salir, saludé con una mano al hombre que yacía tendido en la cama mientras su mujer me apoyaba una mano en un brazo.

—Gracias por venir a esta hora de un domingo por la tarde, señor Herriot. No queríamos llamarle, pero es el primer día que le fallan las piernas a nuestro perrito.

—Claro, claro, no se preocupe. No ha sido ninguna molestia.

Al regresar a casa, comprendí que no había sido ninguna molestia... después. Mi

irritación se desvaneció en cuanto entré en la casa. Inmediatamente me invadió un sentimiento de humildad. Si aquel hombre paralizado tenía muchos motivos para estar agradecido, ¿cómo no los iba a tener yo? Lo tenía todo y, en aquellos momentos solo hubiera deseado librarme de la inquietud que me inspiraba el estado de aquel perro. Los síntomas que presentaba *Hermann* me preocupaban y, sin embargo, estaba firmemente decidido a curarle...

El martes, el perro estaba más o menos igual, o tal vez un poco peor.

—Creo que será mejor que lo lleve al consultorio para hacerle una radiografía —le dije a la señora Cundall—. Parece que no mejora con el tratamiento.

En el automóvil, *Hermann* se acurrucó muy contento en el regazo de Rosie, aceptando de buen grado sus caricias.

No tuve que anestesiarle ni administrarle un sedante cuando lo coloqué en nuestro recién adquirido aparato de rayos X. Los cuartos traseros aún se mantenían inmóviles sin necesidad de que se los sujetaran. Demasiado inmóviles para mi gusto.

Aunque no era muy experto en la interpretación de las radiografías, pude ver con toda claridad que no había fractura de vértebra. Tampoco había signos de excrecencias óseas, aunque descubrí un estrechamiento del espacio entre dos vértebras, que tal vez podría confirmar mis sospechas de que se hubiese producido un desplazamiento de disco.

Por aquel entonces, aún no se había oído hablar de laminectomía o fenestración y, por consiguiente, tuve que limitarme a seguir el tratamiento y esperar.

Al finalizar la semana, mis esperanzas ya casi se habían desvanecido. Había complementado los salicilatos con eficaces remedios como la tintura de nuez vómica y otras antiguas sustancias estimulantes, pero, cuando el sábado visité a *Hermann*, este ya no podía levantarse. Le pellizqué los dedos de las patas posteriores y comprobé, con alivio, que conservaba los movimientos reflejos. Sin embargo, yo sabía que la parálisis posterior total estaba a la vuelta de la esquina.

Al cabo de una semana, tuve que sufrir la experiencia de ver confirmados mis propósitos. Cuando entré en la casa de los Cundall, *Hermann* salió a recibirme muy feliz y contento por delante, pero arrastrando lastimosamente las patas por detrás.

—Hola, señor Herriot —dijo la señora Cundall, esbozando una triste sonrisa mientras contemplaba a la criaturita que yacía tendida como una rana sobre la alfombra—. ¿Qué le parece ahora?

Me incliné para ver si conservaba los movimientos reflejos. Nada. Me encogí de hombros sin saber qué decir. Dirigí la mirada hacia la escuálida figura que yacía en la cama; uno de los brazos permanecía extendido, como siempre, sobre la colcha.

—Buenos días, Ron —le dije con todo el entusiasmo que pude, pero no hubo respuesta.

Ron mantenía el rostro apartado y miraba a través de la ventana. Me acerqué a la cama y le vi con los ojos clavados en el impresionante panorama de los páramos y de los riscos, de los blancos guijarros del río brillando bajo el sol matinal y del cruce de

grises caminos destacando sobre el verde de la hierba. Miraba con rostro impasible, como si no se hubiera enterado de mi presencia.

Volví al lado de su mujer. Nunca me había sentido tan apenado.

—¿Está enfadado conmigo? —pregunté en un susurro.

—No, no, es por eso —me contestó la mujer, mostrándome un periódico—. Se ha disgustado muchísimo.

Eché un vistazo a la página. En la parte de arriba, vi una fotografía de gran tamaño de un dachshund exactamente igual que *Hermann*. También estaba paralizado, pero tenía los cuartos traseros sostenidos por una especie de carrito de cuatro ruedas. En la fotografía, parecía que estuviera jugando con su dueña y se le veía muy contento, a pesar de aquellas ruedas.

Al oír el crujido del papel, Ron levantó la cabeza y se volvió a mirarme.

—¿Qué le parece, señor Herriot? ¿Está usted de acuerdo con eso?

—Pues... la verdad es que no lo sé, Ron. No me gusta demasiado, pero supongo que a la señora de la foto debió parecerle la mejor solución.

—Puede que sí —dijo Ron con voz temblorosa—. Pero yo no quiero que *Hermann* termine de esta manera —extendió un brazo y rozó con los dedos la alfombra, pero el perrito todavía se encontraba tendido junto a la puerta—. La situación es desesperada, ¿verdad, señor Herriot?

—Bueno, es que ya no era muy prometedora al principio —contesté—. Estos casos son muy difíciles. Créame que lo siento.

—No, si no se lo reprocho —me dijo Ron—. Ha hecho cuánto ha podido. El veterinario del perro de la foto también hizo cuanto pudo. Pero no sirvió de nada, ¿verdad? Y ahora, ¿qué hacemos...? ¿Sacrificarle?

—No, Ron, no lo piense todavía. A veces, los casos de parálisis se resuelven por sí solos al cabo de muchas semanas. Tenemos que seguir luchando. En este momento, no puedo excluir que haya alguna esperanza —hice una pausa y después me dirigí a la señora Cundall—. Uno de los problemas que se plantean es el de las funciones naturales del perro. Tendrá usted que sacarle al jardín para eso. Si le comprime suavemente ambos lados del vientre, eso le inducirá a orinar. Estoy seguro de que enseguida aprenderá a hacerlo.

—Claro, claro —dijo ella—. Haré lo que sea mientras haya alguna esperanza.

—Le aseguro que la hay.

Sin embargo, mientras regresaba al consultorio, pensé que la esperanza era muy incierta. Algunas veces se producía una recuperación espontánea, pero el estado de *Hermann* era muy grave. Reprimí un gruñido al pensar en la atmósfera de pesadilla que se respiraba en casa de los Cundall. Un hombre paralítico y un perro paralítico. ¿Y por qué había publicado el periódico la dichosa fotografía precisamente en aquel momento? Todos los cirujanos veterinarios intuyen el fracaso y yo lo intuí en aquel instante a pesar de los alegres rayos del sol que iluminaban el interior de mi vehículo.

Cada pocos días, acudía a visitar a mi paciente. A veces, me llevaba un par de

botellas de cerveza negra y me las bebía con Ron. Él y su mujer siempre estaban contentos, pero el perrito no daba la menor señal de recuperación. Arrastraba las patas traseras cuando se acercaba a mí para saludarme y, aunque siempre volvía a su puesto junto a la cama de su amo donde husmeaba repetidamente la mano de Ron, yo estaba empezando a resignarme ante la idea de que algún día aquel brazo se extendería hacia la alfombra del suelo y *Hermann*, por desgracia, ya no estaría allí. En el transcurso de una de mis visitas, aspiré, al entrar en la casa, un desagradable olor que no supe identificar al principio.

Estornudé y los Cundall se miraron mutuamente con expresión culpable. Por fin, Ron se decidió a hablar.

—Es una medicina que le hemos dado a *Hermann*. Huele que apesta, pero dicen que es buena para los perros.

—¿Ah, sí?

—Es que... —Ron se retorció nerviosamente las manos sobre la colcha—. Me lo dijo Bill Noakes, un antiguo compañero de la mina. Trabajábamos juntos en el pozo y vino a visitarme este fin de semana. Bill tiene unos galgos y entiende mucho de perros. Me envió este medicamento para *Hermann*.

La señora Cundall se acercó al aparador y me mostró tímidamente un frasco. En cuanto lo destapé, aspiré un hedor espantoso y enseguida recordé lo que era. Asafétida, un ingrediente habitual de los remedios caseros de antes de la guerra que todavía puede encontrarse en los estantes de alguna vieja farmacia y en los botiquines de las personas aficionadas a curar a sus propios animales sin la intervención del veterinario. Nunca había recetado aquella sustancia que, al parecer, resultaba muy útil para los caballos aquejados de cólicos y los perros que tenían problemas digestivos. En mi opinión, su popularidad se debía a la simple creencia de que algo que olía tan mal tenía que ser forzosamente beneficioso. Sin embargo, de una cosa estaba seguro: de que a *Hermann* no le iba a servir de nada.

Volví a tapar el frasco.

—O sea que le están administrando eso, ¿eh?

—Pues, sí, tres veces al día —asintió Ron—. No le gusta mucho, pero Bill Noakes tiene mucha fe en sus propiedades. Dice que ha curado a cientos de perros con eso —añadió, mirándome con una muda súplica en los ojos.

—Muy bien, Ron. Siga con ello y esperemos que le vaya bien.

Yo sabía que el asafétida no le causaría ningún daño al perro y, puesto que mi tratamiento no había surtido el menor efecto, no podía adoptar una actitud de arrogancia. Lo único que me interesaba era no apagar el rayo de esperanza que aún brillaba en la mente de aquella buena gente.

La señora Cundall esbozó una sonrisa y Ron se tranquilizó.

—Me alegro que no le importe, señor Herriot —me dijo Ron—. Yo mismo puedo cuidar al perro. De esta manera, me distraigo.

Al cabo de una semana, pasé por Gilthorpe y decidí visitar a los Cundall.

—¿Cómo se encuentra, Ron? —pregunté.

—Muy bien, señor Herriot, estupendamente —siempre me decía lo mismo, pero me pareció que aquel día su rostro estaba más animado. Extendió el brazo hacia el suelo, levantó al perrito y lo colocó sobre la cama—. Mire.

Pellizcó la zona interdigital y la pata se contrajo levemente. Por poco me caigo en mi afán de pellizcar la otra pata. El resultado fue el mismo.

—Vaya, Ron —dije asombrado—, parece que *Hermann* está recuperando los reflejos.

—El medicamento de Bill Noakes le ha ido muy bien, ¿verdad? —contestó Ron, sonriendo muy satisfecho.

Una oleada de emociones —sobre todo, vergüenza profesional y orgullo herido— empezó a hervir en mi interior, pero solo por un instante.

—Sí, Ron —contesté—, le ha ido muy bien. No cabe la menor duda de ello.

—Entonces, ¿le parece que *Hermann* se pondrá bueno? —preguntó Ron, mirándome con ansiedad.

—Bueno, aún es pronto para decirlo, pero yo creo que sí.

El pequeño dachshund tardó varias semanas en recuperarse. Fue un típico caso de recuperación espontánea sin que en ello hubiera intervenido ni la asafétida ni mi tratamiento. Incluso ahora, treinta años más tarde, cuando trato estos enigmáticos casos con esteroides, antibióticos de amplio espectro y, a veces, calcio coloidal, me pregunto cuántos de mis pacientes se recuperarían sin mi ayuda. Supongo que bastantes.

Por desgracia, todavía tropezamos con muchos fracasos a pesar de los modernos medicamentos, y siempre exhalo un suspiro de alivio cuando veo que los animales se recuperan.

Sin embargo, ningún caso me ha producido jamás la alegría que sentí cuando *Hermann* se restableció. Recuerdo con toda claridad la última visita que hice a la casa de Gilthorpe. Por casualidad, fue la misma hora de mi primera visita, aproximadamente las ocho de la tarde. La señora Cundall me abrió la puerta y el perrito se acercó brincando hacia mí antes de regresar a su puesto, junto a la cama.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. Pero si galopa como un caballo de carreras.

Ron extendió un brazo y le acarició la sedosa cabeza.

—Sí, es fantástico. Estábamos muy preocupados.

—Bueno, pues, ya me voy —dije, dándole a *Hermann* una palmada de despedida—. He querido pasar un momento antes de volver a casa para asegurarme de que estaba bien. Ahora ya no hará falta que venga.

—No, no —dijo Ron—. No tenga tanta prisa. Tómese una cerveza conmigo antes de irse.

Me senté junto a la cama y la señora Cundall nos ofreció los vasos y acercó una silla para ella. Todo fue exactamente igual que la primera noche. Me llené el vaso y los miré. Sus semblantes rebosaban de felicidad y yo me sorprendí de que así fuera,

teniendo en cuenta que mi papel en la salvación de *Hermann* había distado mucho de ser heroico.

Debían de pensar que toda mi actuación había sido inútil y seguramente estaban convencidos de que el perro se había recuperado gracias a la eficaz intervención del antiguo compañero de Ron.

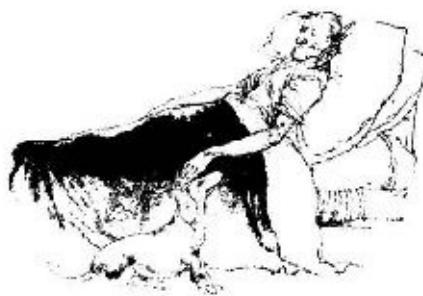
Debía de considerarme, como mucho, un simpático bobalicón; y, sin embargo, a pesar del duro golpe que había sufrido mi orgullo, me daba igual. Acababa de ser testigo de un final feliz en lugar de una tragedia, y eso era mucho más importante que mi mezquina autojustificación. Decidí no decirles jamás nada que pudiera empañar la imagen de su triunfo.

Estaba a punto de tomar el primer sorbo cuando la señora Cundall me dijo:

—Esta es su última visita, señor Herriot, y todo ha terminado bien. Creo que deberíamos hacer un brindis.

—Estoy de acuerdo —repliqué—. Vamos a ver, ¿qué podemos decir? Ah, sí. Ya lo tengo, por Bill Noakes —dije, levantando mi vaso.

Contemplar un perro de cuerpo alargado que pierde progresivamente la fuerza de las extremidades traseras es otro de los espectáculos capaces de amargarle el día a un veterinario. Las perspectivas no son nunca halagüeñas. Aquel caso me inquietó especialmente porque *Hermann* ocupaba un espacio vital en la vida de su valeroso amo. No aprendí gran cosa de su recuperación porque esta fue espontánea, pero Ron Cundall me enseñó a no quejarme de mi suerte.



27 Rip

Hice una mueca cuando la enjuta figura de Jack Scott cayó contra las costillas de la vaca. Jack no se inmutó. Se le saltaron un poco los ojos de las órbitas, la boina se le ladeó sobre una oreja, pero él volvió a agarrar el rabo como si tal cosa, plantó las botas en el suelo y se dispuso a empezar de nuevo.

Yo tenía que irrigar la matriz de una vaca con yodo de Lugol. Era el tratamiento que solía utilizar en la posguerra para resolver la infecundidad del ganado a causa de la endometritis, pero teníamos que introducir un largo catéter metálico a través del cuello uterino de las vacas y aquel animal no parecía muy conforme con ello. Cada vez que intentaba introducir el catéter a través de los pliegues cervicales, la vaca se revolvió violentamente y arrojaba al esmirriado granjero contra los costillares de la vaca que estaba al lado.

Pensé qué, esta vez, iba a ser la vencida. El tubo penetraba suavemente en la matriz y bastaría con que la vaca permaneciera quieta un momento para que todo terminara sin ningún problema.

—Sujétela bien, Jack —dije, respirando afanosamente cuando ya estaba a punto de practicar la irrigación. En cuanto la vaca advirtió la penetración del líquido, se revolvió otra vez y el granjero se quedó aplastado entre las dos enormes criaturas y lanzó un gemido de dolor al ser pisado por una de las bestias—. Bueno, ya está —dije, retirando el catéter.

Me pareció que la paciente no había colaborado demasiado.

Pero Jack no pareció compartir mi opinión. Renqueando a causa de la magulladura del pie, se acercó a la vaca y le rodeó el cuello con los brazos.

—Pero qué bonita eres —murmuró, al tiempo que apoyaba la mejilla contra la áspera mandíbula del animal.

Le miré asombrado. Jack era siempre así. Amaba profundamente a todos los seres, tanto humanos como animales, que había en su granja; y, con la excepción de algunos, como la vaca a la que yo acababa de tratar, estos le correspondían.

Cuando finalizó el abrazo, Jack se abrió camino por entre las vacas y saltó por encima del canal de los excrementos. En su rostro brillaba la sonrisa de siempre. No era el típico rostro rubicundo de los granjeros, sino un rostro siempre pálido y ojeroso como si su propietario se hubiera pasado varias noches sin dormir, surcado por unas profundas arrugas en las mejillas y la frente impropias de los cuarenta años que tenía. Pero su sonrisa era deslumbradora, mágica, como si surgiera de una luz interior.

—Tengo un par de trabajos para usted, señor Herriot. Primero, quiero que le dé una inyección a un buey. Tiene un poco de tos.

Cruzamos el patio mientras *Rip*, el perro pastor de Jack, brincaba alegremente alrededor de su amo. Muchas veces, los perros de las granjas eran unas criaturas escurridizas y retraídas; *Rip*, en cambio, se comportaba como un cariñoso animal de compañía.

—Hola, chico —le dijo el granjero, inclinándose para darle una palmada en el lomo— ¿te vienes con nosotros?

El perro siguió cabriolando hasta que se incorporaron al grupo un niño y una niña de corta edad, los dos hijos menores de la familia Scott.

—¿Adónde vamos, papá? —preguntaron.

En la granja, solía haber niños que se mezclaban con los visitantes, metiéndose por entre las patas de las vacas y entorpeciendo a menudo el trabajo, pero eso a Jack le traía sin cuidado.

El buey descansaba tendido sobre la hierba del establo. Era un animal enorme y no debía de estar muy enfermo porque, al entrar, le vimos rumiando plácidamente.

—Me parece que no está muy grave —dijo Jack—. Un poco resfriado, tal vez. Pero le he oído toser unas cuantas veces y me parece que le vendría bien una inyección.

La temperatura era ligeramente elevada y yo llené una jeringa con la suspensión de penicilina que los veterinarios habíamos empezado a utilizar en nuestra labor. Me incliné, di una rápida palmada a la peluda cadera y clavé la aguja.

Cualquier otro animal de granja nos hubiera planteado problemas a la hora de administrarle una inyección, obligándonos tal vez a perseguirle por el establo; sin embargo, aquel ni siquiera se levantó. Sin que nadie le sujetara, siguió rumiando como si tal cosa, mirándome con indiferencia mientras yo hundía profundamente la aguja en el músculo.

—Buen chico, campeón, buen chico —le dijo Jack, acariciándole la peluda cabeza un momento antes de salir—. Quiero que vea a unos corderos —añadió, acompañándome a una barraca prefabricada—. En mi vida he visto cosa igual.

En la barraca había varias ovejas con sus corderos, pero no me fue difícil descubrir a qué se refería el granjero. Algunos corderos se tambaleaban sobre las patas traseras al caminar, y dos de ellos solo daban unos vacilantes pasos y se desplomaban al suelo de costado.

—¿Qué les pasa, señor Herriot? —me preguntó Jack.

—Padecen lordosis —contesté.

—Lordosis... ¿Y eso qué es?

—Es una deficiencia de cobre. Produce una degeneración del cerebro que les provoca debilidad en los cuartos traseros. Esta es la forma más típica; algunas veces, se quedan paralizados o les dan ataques. Es una enfermedad muy curiosa.

—Qué extraño —dijo el granjero—. A las ovejas les administré cobre por vía oral.

—Me temo que eso no es suficiente. Si hay muchos casos, convendría inyectarles cobre a media preñez para evitar que vuelva a ocurrir.

—Bueno, pues, ahora que sabemos lo que tienen, les podrá usted curar —dijo Jack, lanzando un suspiro.

—Lo siento, Jack —contesté—. Eso no tiene cura. Solo se puede prevenir.

—Pues, vaya —el granjero se echó la boina hacia atrás—. ¿Y qué les va a pasar, entonces?

—Los que solo se tambalean tienen muchas posibilidades de recuperarse, pero estos dos creo que no pueden abrigar ninguna esperanza —dije, indicando a los corderos que se encontraban tendidos de costado—. Ya están parcialmente paralizados. Creo de verdad que lo mejor sería...

Fue entonces cuando la sonrisa de Jack se esfumó como por ensalmo. Era lo que siempre le ocurría ante la mera sugerencia de tener que sacrificar a algún animal. Los veterinarios rurales tienen el deber de advertir a los clientes en los casos en que el tratamiento no es rentable, recordando que lo más importante es el interés comercial del granjero.

El sistema daba resultado casi en todas partes, pero no en la granja de Jack. Bastaba con decirle que sacrificara a una vaca que ya había perdido dos cuarterones a causa de una mastitis para que se le borrara la sonrisa del semblante. Tenía varios animales en la granja que no le reportaban la menor ganancia, pero él los consideraba amigos suyos y se alegraba de verlos triscar alegremente por allí.

Se metió las manos en los bolsillos y contempló a los corderos enfermos.

—¿Sufren mucho, señor Herriot?

—No, Jack, no. Parece ser que esta enfermedad no es dolorosa.

—Bueno, pues, me quedaré con ellos. Si no pueden mamar, les daré yo mismo el biberón. Quiero concederles una oportunidad.

No hacía falta que me lo dijera. Él siempre les concedía a todos una oportunidad. Ningún granjero quiere tomarse la molestia de dar el biberón a los corderos, sobre todo, cuando las pobres criaturas son anormales, pero yo sabía que hubiera sido inútil discutir con Jack. Él era así y basta.

Al salir de nuevo al patio, se apoyó en la media puerta de una casilla del establo.

—En cualquier caso la próxima vez tendré que inyectarles cobre a las ovejas —dijo Jack.

Mientras hablaba, una cabezota enorme asomó por encima de la puerta. Era la casilla de un toro shorthorn, que deseaba presentarle sus respetos.

El animal empezó a lamerle el cogote, empujándole repetidamente la boina sobre los ojos con la áspera lengua.

—Ya basta, *George*, no seas pesado —le reprendió cariñosamente Jack—. ¿Qué estás haciendo? —añadió, extendiendo una mano hacia atrás para acariciar el morro del animal.

La expresión de *George* era más propia de un perro que de un toro. Mirando con languidez a su amo y ansioso de ganarse su favor, siguió lamiéndole y hociéndole a pesar de las protestas del granjero. En cualquier otra granja, un toro de aquel tamaño hubiera podido ser un asesino en potencia; en cambio, allí *George* solo era uno de los muchos animales domésticos que poseía Jack.

Pasada la época de la paridera, y cuando el verano ya tocaba a su fin, me alegré

de ver que los desvelos de Jack habían dado buen resultado. Los dos corderos semiparalizados habían sobrevivido y ya casi estaban curados. Aún se caían de vez en cuando tras dar unos pasos, pero ya podían mordisquear la hierba y, por suerte, la desmielinización del cerebro no había progresado.

Corría el mes de octubre, en el que los árboles de la granja Scott estallaban en una llamarada multicolor, cuando un día Jack me hizo señas al verme pasar con mi automóvil frente a la puerta de su posesión.

—¿Podría entrar un momento a ver a *Rip*? —me preguntó con inquietud.

—¿Por qué? ¿Acaso está enfermo?

—No, no, pero cojea un poco y no sé qué tiene.

No tuve que ir muy lejos para encontrar a *Rip*, ya que este nunca se apartaba demasiado de su amo. Me llamó la atención que arrastrara la pata delantera derecha.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté.

—Estaba recogiendo a las vacas cuando una de ellas le soltó una coz en el pecho. Cojea desde entonces, pero lo más curioso es que yo no le veo nada en la pata. Es un misterio.

Rip meneó rápidamente la cola mientras yo le examinaba la pata. La extremidad no le dolía y no se observaba la menor lesión en ella. Sin embargo, cuando le pasé una mano por la primera costilla, el perro respingó. El diagnóstico no fue nada difícil.

—Se trata de una parálisis radial.

—Radial... ¿Y eso qué es?

—El nervio radial pasa por encima de la primera costilla y la coz le debe de haber dañado la costilla y el nervio. Los músculos extensores están fuera de servicio y por eso el animal no puede adelantar la pata.

—Pues vaya un fastidio —el granjero acarició la peluda cabeza del perro y las perfectas manchas blancas de su cara—. ¿Se pondrá bien?

—La recuperación suele ser muy lenta —contesté—. El tejido nervioso tarda mucho en regenerarse y podrían pasar semanas e incluso meses. Los tratamientos no suelen dar muy buen resultado.

—Muy bien, pues, esperaremos —dijo el granjero—. He de decirle otra cosa —añadió mientras la sonrisa volvía a iluminarle el rostro—. Aunque esté rencoso, a él le gusta recoger a las vacas. Se le partiría el corazón si no pudiera trabajar. A mi *Rip* le encanta el trabajo.

Mientras me acompañaba al automóvil, Jack me dio un codazo y abrió la puerta de un cobertizo. En un rincón, sobre una cama de paja, vi a una gata con sus cachorros. El granjero se agachó y, tomando a dos de ellos, uno en cada mano, se los acercó a las mejillas y me dijo extasiado:

—Fíjese en estos bribonzuelos. ¿No son preciosos?

Mientras ponía en marcha el vehículo, me sentí obligado a decirle unas palabras de aliento.

—No se preocupe demasiado por *Rip*, Jack. Estos casos suelen recuperarse con el

tiempo.

Pero *Rip* no se recuperó. Al cabo de unos meses, la pata seguía tan inútil como al principio y los músculos se habían deteriorado mucho. El nervio debió de sufrir un daño irreparable y era una lástima que aquel hermoso animalito tuviera que caminar con tres patas el resto de su vida.

Jack no se desanimó y aseguraba que *Rip* le era todavía muy útil en su trabajo.

El verdadero golpe se produjo un domingo por la mañana mientras Siegfried y yo estábamos preparando nuestras rondas de visitas en el despacho. Llamaron al timbre y, cuando abrí la puerta, me encontré a Jack en los peldaños de la entrada, sosteniendo al perro en los brazos.

—¿Qué le pasa? —pregunté—. ¿Se ha puesto peor?

—No, señor Herriot —contestó el granjero con la voz entrecortada por la emoción—. Se trata de otra cosa. Lo han atropellado.

Pusimos al perro sobre la mesa y lo examinamos.

—Fractura de tibia —sentenció Siegfried—. Pero no hay señales de lesión interna. ¿Sabe exactamente lo que ocurrió?

—No, señor Farnon —contestó Jack, sacudiendo la cabeza—. Salió corriendo a la calle del pueblo y un coche lo atropelló. Después, regresó a rastras al patio.

—¿A rastras? —preguntó Siegfried, perplejo.

—Sí, porque la pata rota está en el mismo lado que lo otro.

—Ah, sí, la parálisis radial —dijo mi socio—. Recuerdo que me hablaste de ello, James.

Me miró desde el otro lado del quirófano y comprendí que pensaba lo mismo que yo. Una fractura y una parálisis en el mismo lado eran una situación imposible.

—Bueno, pues, vamos allá —musitó Siegfried. Escayolamos la pata y luego abrí la portezuela del viejo automóvil de Jack para que este pudiera colocar a *Rip* en el asiento de atrás.

El granjero me miró sonriendo a través de la ventanilla.

—Esta mañana iré con la familia a la iglesia y rezaré una oración por *Rip*.

Le seguí con la mirada hasta que dobló la esquina de la calle. Cuando me volví, Siegfried estaba a mi lado.

—Espero que vaya bien —me dijo mi socio con aire pensativo—. Jack se llevaría un disgusto enorme en caso contrario —se volvió para quitar distraídamente el polvo de la vieja placa de latón, colocada ahora en la pared, junto a la puerta principal—. Es un tipo extraordinario. Dice que rezará una oración por su perro, y nadie mejor que él para hacerlo. ¿Recuerdas lo que decía Coleridge?: «Reza mejor el que más ama todas las cosas, tanto las grandes como las pequeñas».

—Sí —dije—. Así es Jack.

Seis semanas más tarde, el granjero nos trajo el perro al consultorio para que le quitáramos la escayola.

—Quitar una escayola da más trabajo que ponerla —dije mientras la cortaba con

una pequeña sierra.

—Ya lo veo —contestó Jack, riéndose.

Nunca me ha gustado este tipo de trabajo y me pareció que tardaba una eternidad en abrir el blanco tubo con los dedos, y retirarlo de la peluda pata.

Pasé los dedos por el punto de la fractura y me desanimé de golpe: el hueso no se había soldado. Hubiera tenido que haber una saludable callosidad, pero yo solo notaba los extremos sueltos del hueso roto, moviéndose el uno contra el otro como si fueran un gozne. Estábamos igual que al principio.

Oí a Siegfried rebuscando entre los frascos del armario, le llamé.

Palpó también la extremidad.

—¡Maldita sea! ¡Lo que faltaba! —exclamó. Miró al granjero y le dijo—: Tendremos que volver a intentarlo, Jack, pero todo esto no me gusta ni un pelo.

Aplicamos una nueva escayola y el granjero nos dirigió una confiada sonrisa.

—Seguramente necesitaba más tiempo. La próxima vez ya estará bien.

Pero no fue así. Cuando Siegfried y yo retiramos la segunda escayola, la situación no había cambiado. Apenas había tejido cicatricial alrededor de la fractura.

No sabíamos qué decir. Incluso ahora, a pesar de los sofisticados métodos que se utilizan en la soldadura de huesos, nos encontramos a veces con casos en que los huesos no se unen. Son situaciones tan desesperantes como la de aquella tarde en que examinamos a *Rip* sobre la mesa de nuestro consultorio.

—Me temo que está todo igual, Jack —dije yo, rompiendo por fin el silencio.

—¿Quiere decir que no se ha soldado?

—Eso es.

—Entonces, ¿ya no podrá soportar ningún peso con esta pata? —preguntó el granjero, frotándose la barbilla.

—No creo que pueda hacerlo.

—Bueno, tendremos que esperar a ver qué ocurre.

—Pero, Jack —le dijo Siegfried con la mayor delicadeza—, el perro no puede andar por ahí con dos patas inútiles en el mismo lado.

Se hizo el silencio mientras el rostro del granjero se ensombrecía por momentos. Él sabía lo que pensábamos, pero no estaba dispuesto a ceder. Adiviné lo que nos iba a decir.

—¿Sufre mucho?

—No, eso no —contestó Siegfried—. La fractura no es dolorosa y la parálisis tampoco, pero no podrá caminar, ¿comprende?

Jack tomó al perro en brazos.

—Bueno, pues, de todos modos le concederemos una oportunidad —dijo, saliendo de la estancia.

Siegfried se inclinó sobre la mesa y me miró preocupado.

—¿Qué piensas, James?

—Lo mismo que tú —contesté, abatido—. El pobre Jack quiere darle una

oportunidad a todo el mundo, pero esta vez no cabe la menor esperanza.

Me equivocaba. Al cabo de unas semanas, me llamaron de la granja Scott para que examinara a un ternero enfermo, y lo primero que vi al llegar fue a *Rip* llevando a las vacas al ordeño. Corría arriba y abajo alrededor de las vacas, guiándolas hacia la puerta desde el campo en que se encontraban. Me quedé de una pieza.

Aún no podía soportar mucho peso en ninguna de las dos extremidades, pero corría que se las pelaba. No me pregunten cómo lo hacía, porque jamás lo sabré, pero me imagino que debía apoyar el peso del cuerpo en las dos patas sanas del lado izquierdo y que las patas de las extremidades afectadas se debían limitar a rozar el suelo. A lo mejor, había conseguido realizar una hazaña como la de algunos artistas que pedalean con una bicicleta de una sola rueda, pero la verdad es que lo ignoro. Y lo mejor era que seguía siendo el simpático *Rip* que siempre meneaba la cola en cuanto me veía y abría la boca, jadeando de placer.

Aunque Jack tuvo la delicadeza de no herirme con el consabido «ya se lo dije», no me hubiera importado que lo hiciera porque me alegré enormemente de que el animalito pudiera seguir desarrollando la labor que tanto le gustaba.

En mis escritos, suelo elegir los temas insólitos. De entre todos los granjeros que he conocido, Jack es el único que siempre se negó resueltamente a sacrificar a un animal, y *Rip* es el único perro que jamás he visto, capaz de correr a pesar de tener dos patas inútiles en el mismo lado. Siempre recuerdo a Jack como un hombre lleno de fe, y, en el caso de *Rip*, me alegré de que esta fe se viera felizmente recompensada.



28 Ruffles y Muffles

¡Qué perritos más antipáticos!

Era un sentimiento que rara vez experimentaba porque siempre descubría alguna gracia en todos mis pacientes perrunos. En el caso de *Ruffles* y *Muffles*, de los Withorn, tuve que hacer una excepción. Por mucho que lo intentara, no lograba encontrar en ellos el menor rasgo atractivo, sino tan solo cosas desagradables... Como, por ejemplo, la habitual bienvenida que me dispensaban en su casa.

—¡Basta! ¡Basta! —gritaba yo, desesperado mientras los dos animalitos, unos west highland whites, se levantaban sobre las patas traseras y me rascaban furiosamente las perneras de los pantalones con las delanteras. No sé si tengo unas pantorrillas insólitamente sensibles, pero el caso es que el efecto que me producían era terrible.

Mientras retrocedía de puntillas como una bailarina clásica, oía las carcajadas de placer del señor y de la señora Withorn.

—Qué graciosos, ¿verdad? —decía el señor Withorn entre paroxismos de risa—. Qué manera tan encantadora de recibirle, son un encanto.

Yo no estaba tan seguro de ello. Aparte los arañazos que me producían a través de la franela gris de los pantalones, los perros me miraban con rabia, entreabrían la boca y rechinaban los dientes. No se trataba propiamente de un rugido, pero no le andaba muy lejos.

—Vamos, queridos —dijo el hombre, tomando en brazos a los perros y besándolos con cariño sin dejar de reírse—. ¿Verdad que son graciosos cuando le reciben de esta manera y después intentan impedirle que se vaya?

Sin responder, me di un masaje en las piernas. Aquellos bichos trataban de mordirme sin piedad cuando llegaba y procuraban hincarme el diente en los tobillos cuando me iba. Y, mientras permanecía en la casa, se las ingeniaban para fastidiarme todo lo que podían. Y lo curioso es que ya no eran muy jóvenes —*Ruffles* tenía catorce años y *Muffles*, doce—, y hubiera cabido esperar de ellos un poco más de cordura.

—Bueno, pues —dije, tras cerciorarme de que mis heridas eran superficiales—, tengo entendido que *Ruffles* cojea de una pata.

—Sí —la señora Withorn tomó al perro, y lo colocó sobre la mesa en la que había extendido previamente unos periódicos—. Es la pata delantera izquierda. Le empezó esta mañana y parece que le duele mucho al pobrecito.

Tomé la pata con precaución y aparté rápidamente la mano. Los dientes del animalito se cerraron a menos de dos centímetros de mis dedos.

—Oh, mi pequeño —exclamó la señora Withorn—, es que le duele mucho. Tenga cuidado, señor Herriot, porque está muy nervioso y me parece que usted le hace daño.

Respiré hondo. Hubieran tenido que ponerle un bozal, pero, puesto que en una ocasión anterior había escandalizado a los Withorn haciéndoles esta sugerencia,

preferí callarme y arreglármelas como pudiera. No era un novato y solo un perro muy hábil hubiera podido pillarme.

Doblé el índice alrededor de la pata, eché otro vistazo y vi lo que necesitaba ver una décima de segundo antes de que el perro intentara propinarme por segunda vez un mordisco. Entre los dedos, había una zona hinchada y enrojecida.

¡Un quiste interdigital! Qué absurdo haber llamado al veterinario a casa por una dolencia tan leve. Sin embargo, los Withorn jamás llevaban a sus perros al consultorio. Decían que los pobrecitos se asustaban mucho.

Me aparté de la mesa.

—Es un quiste inofensivo, aunque duele mucho. Les aconsejo que se lo bañen en agua caliente hasta que reviente. Entonces se le pasará el dolor. Muchos perros lo resuelven ellos solos mordisqueándolo sin cesar, pero, de esta manera, se puede acelerar el proceso. Nadie sabe exactamente qué produce estos quistes interdigitales. No hay ningún organismo causal específico, pero, de todos modos, le administraré una inyección para evitar que se le infecte —añadí mientras llenaba una jeringa con solución antibiótica.

Conseguí inyectarle el fármaco al perro, agarrándolo por la nuca.

Después, la señora Withorn colocó al otro perro sobre la mesa.

—Será mejor que le dé un vistazo, aprovechando que ha venido —me dijo.

Palpé la rugiente bola de pelo blanco, le ausculté con el estetoscopio y le tomé la temperatura. Padecía casi todos los achaques propios de los perros de su edad: artritis, nefritis y otras cosas, entre ellas un soplo del corazón muy difícil de auscultar entre los ruidos de cólera que se le escapaban de la garganta.

Al finalizar el examen, rellené los frascos de los distintos medicamentos que tomaba y me dispuse a marcharme. Era la fase de la visita que más divertía al señor y la señora Withorn.

El ritual no variaba jamás. Mientras sus amos se partían de risa, los dos perritos se situaban junto a la puerta, para impedirme la salida, mostrándome amenazadoramente los dientes como si fueran la viva imagen de la maldad. Para que se alejaran de allí, yo simulaba dirigirme a la derecha y entonces hacía una carrerilla hacia la puerta, donde, con las manos en el tirador, tenía que volverme para esquivar las siniestras mandíbulas, sustituyendo mis anteriores pasos de *ballet* por los rápidos brincos de un zapateado.

Conseguí escapar por los pelos. Tras propinar un par de rápidos empujones con los pies, salí a la calle, y cerré la puerta a mi espalda exhalando un suspiro de alivio.

Aún no había recuperado el resuello cuando se acercó el lechero Doug Watson con su furgoneta azul. Tenía vacas lecheras en las afueras de la ciudad y redondeaba sus ingresos vendiendo leche a granel entre sus conciudadanos de Darrowby.

—Buenos días, señor Herriot —me dijo, señalándome la casa con un gesto—. ¿Ha venido a visitar a los perros?

—Sí.

—Son unos auténticos demonios, ¿verdad?

—No son muy cariñosos que digamos —contesté, riéndome.

—Y que lo diga. Tengo que andarme con mucho tiento cuando reparto la leche. Si la puerta está abierta, se me echan encima como unos desesperados.

—Ya me lo imagino.

—Van por los pies los muy brutos —añadió el lechero—. A veces, parezco un payaso, saltando por ahí como un imbécil delante de todo el mundo.

—Sé muy bien a qué se refiere.

—Tienes que brincar porque, si no, estás perdido —añadió Doug—. Fíjese en eso —sacó la pierna de la furgoneta y me señaló la caña de una de las botas que siempre se ponía para trabajar. Vi un orificio de entrada y salida—. Uno de ellos me pegó un mordisco aquí precisamente el otro día. Me llegó hasta la piel.

—Qué barbaridad. ¿Cuál de ellos fue?

—Pues no lo sé muy bien... Por cierto, ¿cómo se llaman?

—*Ruffles* y *Muffles* —contesté.

—¡La madre que los parió! —Doug me miró con expresión inquisitiva. Su perro se llama *Spot*. Al cabo de un rato, levantó un dedo—. Mire, le diré una cosa, aunque puede que no me crea. Estos perros eran unos animalitos muy simpáticos.

—¡Cómo!

—Hablo en serio. Cuando vinieron, eran los perros más cariñosos que he visto en mi vida. Eso fue antes de que usted se instalara aquí, pero es verdad.

—Qué extraño —dije—. No sé qué debió pasar.

—Cualquiera sabe —contestó Doug, encogiéndose de hombros—, pero el caso es que, al cabo de unos meses, se volvieron unas fieras, y, desde entonces, cada vez se portan peor.

Estuve pensando en las palabras de Doug hasta que regresé al consultorio. Que yo supiera, los westys eran una raza muy cariñosa. Siegfried se encontraba en el despacho, escribiendo las instrucciones en la etiqueta de un frasco de medicamento para los cólicos. Le hablé del caso.

—Sí —me dijo—. A mí también me lo contaron. He estado en casa de los Withorn un par de veces y ya sé por qué se comportan estos bichos de esa manera.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—La culpa la tienen sus amos. Nunca les reprenden por nada y los miman demasiado.

—Puede que tengas razón —dije—. Yo siempre les hago caricias a mis perros, pero tantos besos y arrumacos acaban por empalagar.

—Ya lo creo. Son malos para los perros. Y, además, estos dos animales son los amos de la casa. A los perros les gusta obedecer. Eso les da seguridad. Te aseguro que *Ruffles* y *Muffles* serían mucho más simpáticos y felices si los hubieran controlado desde un principio.

—Ahora está claro que son los amos del cotarro.

—No te quepa la menor duda —dijo Siegfried—. Y no creas que les gusta. Si los Withorn se quitaran las gafas de color de rosa que llevan puestas y los trataran con normalidad, la situación tal vez cambiaría. Aunque me temo que ahora ya es demasiado tarde.

Se guardó el frasco de medicamento en el bolsillo y se fue.

Transcurrieron los meses, visité en varias ocasiones a los Withorn, sufrí los habituales acosos de los perros, y después, ambos animales murieron con pocas semanas de diferencia. A pesar de sus tormentosas vidas, tuvieron un final muy pacífico. Una mañana, *Ruffles* amaneció muerto en su cesto y *Muffles* salió al jardín para echar una siesta bajo un manzano y ya no se volvió a despertar.

Aunque no me hubieran tratado muy bien, me alegré de que no hubieran tenido que padecer las cosas que más me dolían en la práctica con animales domésticos: un atropello en la calle, una larga enfermedad o la eutanasia. Pareció que se cerraba un capítulo de mi vida, pero al poco tiempo, el señor Withorn me telefoneó.

—Señor Herriot —me dijo—, he comprado otro par de westys y me gustaría que viniera a vacunarlos contra el moquillo.

Menudo cambio entrar en la estancia y ser acogido por dos graciosos cachorros. Tenían doce semanas y me miraban con benevolencia.

—Son preciosos —dije—. ¿Cómo los van a llamar?

—*Ruffles* y *Muffles* —contestó el señor Withorn.

—¿Piensa ponerles los mismos nombres?

—Pues, sí, queremos mantener vivo el recuerdo de nuestros anteriores perritos.

Tomó a los cachorros y empezó a besuquearlos.

Tras haberles administrado las vacunas, tardé mucho tiempo en volver a ver a los perros. Debían de estar muy sanos. Al cabo de un año, me llamaron a la casa para que los examinara.

Cuando entré en el cuarto de estar, *Ruffles* y *Muffles* se encontraban acomodados en el sofá, insólitamente inmóviles. Me miraron fríamente y después, actuando al unísono, me enseñaron los dientes y empezaron a rugir en tono amenazador.

Un estremecimiento me recorrió de arriba abajo. No era posible que volviera a suceder lo mismo. Sin embargo, cuando el señor Withorn colocó a *Ruffles* sobre la mesa y yo saqué el auroscopio de su estuche, comprendí inmediatamente que el destino había retrasado el reloj. El animalito me miraba con expresión siniestra.

—Sujétele la cabeza, por favor —dije—, primero quiero examinarle los oídos.

Tomé una oreja entre el índice y el pulgar, e inserté cuidadosamente el auroscopio. Apliqué el ojo al instrumento y, cuando estaba examinando el meato externo, el perrito entró súbitamente en acción. Oí un rugido espantoso y aparté la cabeza mientras la corriente de aire generada por el movimiento del animalito me rozaba el rostro.

El señor Withorn echó la cabeza hacia atrás y se desternilló de risa.

—Qué gracioso es, ¿verdad? Ja, ja, ja, él no está para bromas —apoyando las

manos sobre la mesa, el señor Withorn se rio a más y mejor hasta que, al final, se enjugó los ojos—. Menudo temperamento tiene, ¿verdad?

Le miré fijamente. El hecho de que el animalito hubiera estado a punto de arrancarme la nariz le traía sin cuidado. Miré también a su mujer, que, situada a su espalda, se estaba tronchando de risa. ¿De qué serviría intentar convencerles? Estaban completamente locos por sus perros. Lo único que podía hacer era terminar mi tarea cuanto antes.

—Señor Withorn —dije muy serio—, le ruego que vuelva a sujetarle y que, esta vez, le agarre fuerte por el cuello con una mano en cada lado.

—Pero ¿no le hará daño? —me preguntó, mirándome alarmado.

—No, claro que no.

—De acuerdo —el señor Withorn acercó la mejilla a la cara del perro y le murmuró con cariño—: Papá te promete tener mucho cuidado, mi pequeño. No te preocupes, cielito.

Le agarró por la piel del cuello siguiendo las instrucciones, y reanudé la tarea. Mientras examinaba el interior del oído del animal y escuchaba los amorosos murmullos del señor Withorn, me preparé para la posibilidad de que se produjera otra explosión. Sin embargo, cuando sonó el feroz rugido, no corrí el menor peligro porque, esta vez, *Ruffles* había centrado su atención en otro lugar.

Solté el auroscopio y vi que el perro había hincado los dientes en la yema del pulgar de su amo. No fue un mordisco normal porque el animalito siguió machacando la carne sin soltar la presa.

El señor Withorn lanzó un penetrante grito de dolor y, por fin, consiguió soltarse.

—¡Maldito perro asqueroso! —aulló brincando por la habitación mientras se sostenía la mano herida con la sana. Contempló la sangre que le manaba a borbotones de los dos orificios y miró con rabia a *Ruffles*—. ¡Cochino cerdo del demonio!

Recordé las palabras de Siegfried y su deseo de que aquella gente cambiara de actitud con respecto a sus perros. Bueno, esto podía ser el principio.

Es curioso que algunas personas siempre tengan perros simpáticos y otras los tengan antipáticos. Casi todos nuestros clientes suelen llevarnos generaciones y generaciones de cariñosos perros que menean la cola en cuanto nos ven, mientras que otros acuden año tras año al consultorio trayendo perros, cuya única ambición parece ser la de arrancarle un pedazo de su anatomía al veterinario. Y el caso es que estos últimos propietarios no siempre miman en exceso a sus perros... la cosa no es tan sencilla como parece. Ojalá pudiera conocer el motivo.



29 El perro de la basura

En la semioscuridad que reinaba en el pasillo del consultorio, pensé que al perro le había salido un horrible tumor en la cara; pero, cuando me acerqué un poco más, vi que era un bote vacío de leche condensada. No es que sea muy normal ver un bote de leche condensada colgando del hocico de un perro, pero, aun así, lancé un suspiro de alivio, al ver que *Brandy* había vuelto a hacer una de las suyas.

—*Brandy*, ya has estado otra vez revolviendo el cubo de la basura —le dije, tomándolo en brazos y poniéndolo sobre la mesa.

El enorme labrador rubio me dirigió una sonrisa de disculpa y trató de lamerme la cara. No pudo hacerlo porque tenía la lengua inmovilizada en el interior del bote, pero lo compensó meneando enérgicamente la cola y moviendo las ancas.

—Oh, señor Herriot, siento molestarle —dijo sonriendo tristemente la señora Westby, su atractiva propietaria—. Es que no hay manera de apartarle del cubo de la basura. A veces, los niños y yo le podemos quitar los botes, pero ese está muy fuerte. Tiene la lengua atrapada bajo la tapa.

—Sí..., sí... —Pasé el dedo por el mellado borde metálico—. Es un poco difícil porque le podemos lastimar.

Tomé unos fórceps y recordé la de veces que había tenido que someter a *Brandy* al mismo procedimiento. Era uno de mis pacientes, un vigoroso animal un poco indolente y simplón. Las incursiones al cubo de la basura se le estaban convirtiendo en una auténtica obsesión.

Le encantaba pescar las latas y lamer los sabrosos restos del contenido, pero los lamía, con tanto entusiasmo que, hundía el hocico cada vez más hasta que, al fin, se le quedaba atascado. Incontables veces sus amos o yo le habíamos librado de latas de macedonia, de cecina, de legumbres, o de sopa. Le gustaban todas las latas.

Sujeté el borde de la tapa con el fórceps y lo doblé con cuidado en sentido longitudinal hasta que lo pude separar de la lengua. Al cabo de unos instantes, *Brandy* empezó a darme lametones en la cara para expresarme su alegría y su agradecimiento.

—¡Quita de ahí, tontorrón! —Le dije, riéndome mientras él apartaba la jadeante boca.

—Sí, baja de una vez, *Brandy* —la señora Westby le obligó a descender de la mesa y le habló en tono muy serio—. Ahora me haces muchas alharacas, pero te estás portando muy mal y eso tiene que terminar.

La regañina no surtió el menor efecto, ya que el perro siguió meneando la cola mientras su propietaria sonreía. Hubiera sido imposible no querer a *Brandy* porque era una inmensa bola de cariño y tolerancia, carente del menor asomo de malicia.

Había visto a los hijos de los Westby —tres niñas y un niño—, agarrándolo por las patas, poniéndolo panza arriba o empujándole metido en un cochecito infantil y vestido con ropa de bebé. Los chiquillos le hacían toda clase de jugarretas, pero él lo

soportaba todo de buen grado. Estoy seguro de que lo pasaba muy bien.

Una tarde en que estaba atendiendo al gato de los Westby en su casa, observé que el perro se comportaba de forma un tanto extraña. La señora Westby hacía calceta en un sillón y la mayor de las niñas sujetaba la cabeza del gato mientras yo lo examinaba sobre la alfombra de la chimenea.

Me saqué el termómetro del bolsillo y vi que *Brandy* entraba en la habitación, mirando de soslayo. Cruzó la estancia y fue a sentarse con estudiada indiferencia a los pies de su ama. Al poco rato, empezó a levantar gradualmente los cuartos traseros hacia las rodillas de su dueña. La señora Westby le apartó con una mano, pero él reanudó inmediatamente el ascenso. Se movía de una manera muy curiosa, contoneando las caderas a ritmo de rumba y avanzando centímetro a centímetro con rostro inocente como si no pasara nada.

Me detuve y le observé fascinado. La señora Westby se hallaba ocupada en su complicada labor de punto y no parecía percatarse de que *Brandy* había insertado el trasero entre sus piernas, enfundadas en unos vaqueros azules. El perro hizo una pausa como si acabara de culminar con éxito la primera etapa, y después empezó a consolidar poco a poco su posición, levantando el trasero muy despacio hasta que, en determinado momento, estuvo casi a punto de hacer una vertical.

Justo en el momento en que el perrazo estaba a punto de sentarse sobre el regazo de la señora Westby, esta terminó la parte más difícil de su labor y levantó los ojos.

—¡Vamos, *Brandy*, qué tonto eres!

Apoyó la mano en la cadera del animal y le empujó hacia la alfombra donde este se quedó tendido, mirándola desconsolado.

—Pero ¿qué es todo eso? —pregunté.

—Ah, es por los vaqueros —contestó la señora Westby, echándose a reír—. Cuando vino aquí, *Brandy* era un cachorro y siempre que le daba el biberón, solía llevar puestos estos vaqueros. Desde entonces cada vez que los ve, intenta sentarse sobre mis rodillas.

—¿Y no se limita a subir sin más?

—Qué va —contestó la señora Westby—. Ya lo ha intentado y le he hecho bajar. Sabe muy bien que yo no puedo sostener a un labrador tan grande sobre las rodillas.

—O sea que lo hace subrepticamente.

Pues sí. A veces, cuando estoy distraída —haciendo calceta o leyendo—, consigue sentarse del todo y, si ha estado jugando entre el barro, me deja perdida y tengo que ir a cambiarme. Entonces, le armo un escándalo.

Un paciente como *Brandy* aportaba una nota de color a mis rondas cotidianas. Cuando sacaba a pasear a mi perro, le veía a menudo jugando en los prados que había en la orilla del río. Un día muy caluroso, vi que muchos perros se metían en el agua para recuperar alguna rama o solo para refrescarse, pero, mientras que ellos se deslizaban y nadaban plácidamente, *Brandy* se comportaba de un modo muy curioso.

Le observé cuando se acercó a la orilla del río, y supuse que haría una pausa antes

de lanzarse al agua. En su lugar, proyectó el cuerpo hacia adelante con las patas estiradas, como si quisiera darse un chapuzón superficial, y permaneció por un instante suspendido en el aire como un murciélago, antes de hundirse ruidosamente en las profundidades de la corriente.

Me pareció una palpable demostración de su carácter extrovertido.

Al día siguiente, en el mismo lugar, fui testigo de algo todavía más extraordinario. Existe, en un rincón de los prados, una zona destinada a los niños, en la que hay columpios, un tiiovivo y un tobogán. *Brandy* se divertía bajando por el tobogán.

Ponía una cara muy seria y hacía pacientemente cola con los niños. Cuando le tocaba el turno, subía los peldaños, se deslizaba por la pendiente metálica con gran dignidad y, luego, se colocaba otra vez en la cola para volver a empezar.

Los niños y las niñas no parecían ver nada insólito en ello. En cambio, yo le contemplaba fascinado. Hubiera podido pasarme todo el día mirándole.

A menudo, sonreía para mis adentros cuando pensaba en las trapacerías de *Brandy*. Sin embargo, la sonrisa se me borró del rostro un día en que la señora Westby lo llevó al consultorio, meses más tarde. La efervescencia del perro había desaparecido y el pobrecillo caminaba casi arrastrándose.

Cuando le subí a la mesa, noté con desagrado que estaba muy delgado.

—¿Qué le pasa, señora Westby? —pregunté.

—Lleva unos días muy abatido —contestó su dueña—, tose y no tiene apetito; pero esta mañana se ha puesto peor y, además, tiene dificultades respiratorias.

—Sí..., sí. Ya lo veo... —Mientras le insertaba el termómetro, observé la rápida subida y bajada de la caja torácica, la boca entreabierta y los ojos asustados—. Parece que está muy inquieto.

Tenía cuarenta y dos grados de fiebre. Tomé el estetoscopio y le ausculté los pulmones. Había oído decir a un anciano médico escocés que el tórax de los enfermos muy graves suena como una ferretería, y así sonaba el de *Brandy*. Crujidos, chirridos, burbujeos..., todo ello sobre el trasfondo de una respiración entrecortada.

—Es una neumonía —dije, guardándome el estetoscopio en un bolsillo.

—Oh, Dios mío —exclamó la señora Westby, acariciando el afanoso pecho—. Eso es muy malo, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Pero... —La señora Westby me dirigió una mirada suplicante—. Tengo entendido que actualmente ya no es tan grave porque se utilizan unos nuevos medicamentos.

—Sí —contesté—, es cierto. En las personas, y en casi todos los animales, las sulfamidas y la penicilina han modificado por completo el panorama, pero los perros son todavía muy difíciles de curar.

Ahora, treinta años más tarde, sigue ocurriendo lo mismo. Aunque tenga a mi disposición todo el arsenal de antibióticos que vinieron después de la penicilina —la estreptomicina, las tetraciclinas, los antibióticos sintéticos y los nuevos

medicamentos no antibióticos y esteroides—, la neumonía sigue siendo muy peligrosa para un perro.

—Pero ¿le parece que es un caso desesperado? —preguntó la señora Westby.

—No, no, en absoluto. Lo que quiero decir es que muchos perros no responden debidamente al tratamiento. Pero *Brandy* es joven y fuerte. Creo que tiene muchas posibilidades de recuperarse. Me gustaría saber cuándo se puso enfermo.

—Creo que lo sé, señor Herriot. Estuvo nadando en el río hace una semana. Procuro que no se meta en el agua cuando hace frío, pero, cuando ve una rama flotando en la superficie, no hay nada que hacer. Usted ya le ha visto... Es uno de sus caprichos.

—Sí, lo sé. ¿Y después se puso a temblar?

—Exacto. Le llevé enseguida a casa, pero era un día muy frío. Temblaba de pies a cabeza cuando le sequé.

—Pues me imagino que debió de ser entonces —dije—. Empezaremos enseguida el tratamiento. Le voy a administrar ahora mismo una inyección de penicilina y mañana iré a su casa para darle otra. No está en condiciones de venir al consultorio.

—Muy bien, señor Herriot. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Quiero que le hagan lo que nosotros llamamos una chaqueta de neumonía. Haga dos agujeros en una manta vieja e introduzca en ellos las patas delanteras del perro. Después cosa la manta sobre el lomo. Si quiere puede usar un jersey viejo, lo único importante es que tenga el pecho bien abrigado. Sáquele al jardín solo para hacer sus necesidades.

Al día siguiente, acudí a la casa para administrarle otra inyección. La situación no había variado. Le inyecté el antibiótico durante cuatro días seguidos hasta que, por fin, comprendí que a *Brandy* le ocurría lo que a otros muchos perros: no respondía al tratamiento. La temperatura le bajó un poco, pero apenas comía y estaba cada vez más flaco. Le administré unos comprimidos de sulfapiridina, pero no surtieron efecto.

Pasaron varios días y el perro tosió y jadeó sin parar, hundiéndose progresivamente en un profundo letargo. Al fin, llegué a una conclusión que hacía apenas unas semanas me hubiera parecido imposible: aquel hermoso y simpático animal se iba a morir.

Pero *Brandy* no se murió. Consiguió sobrevivir. Le bajó la temperatura, empezó a comer y después se sumió en una especie de indolencia.

—Ya no es el mismo *Brandy* de antes —me dijo la señora Westby, una mañana en que fui a visitarle.

—No, desde luego —sacudí la cabeza—. ¿Le sigue dando el aceite de hígado de bacalao?

—Sí, cada día. Pero nada le hace efecto. ¿Por qué está así, señor Herriot?

—Pues porque se ha recuperado de una neumonía muy fuerte que le ha dejado una pleuresía crónica, unas adherencias y, probablemente, otras lesiones pulmonares. No sé si mejorará.

—Se me parte el corazón al verle de esta manera —dijo la señora Westby, enjugándose una lágrima—. Solo tiene cinco años y parece un perro viejo. Estaba tan lleno de vida —resolló y se sonó la nariz—. Cuando pienso en lo mucho que le regañaba cuando revolvía el cubo de la basura o me ensuciaba los vaqueros. Ojalá volviera a hacer sus travesuras de antes.

—Ya nunca las hace, ¿verdad? —pregunté, metiéndome las manos en los bolsillos.

—No, vaga por la casa sin rumbo. Ni siquiera le apetece salir a pasear.

Mientras le observa, *Brandy* se levantó de su cama situada en un rincón y se acercó despacio a la chimenea. Por un instante permaneció de pie, esquelético y demacrado, y pareció percatarse por primera vez de mi presencia porque meneó brevemente la cola antes de sufrir un acceso de tos y desplomarse sobre la alfombra.

La señora Westby tenía razón. Parecía un perro viejo.

—¿Cree que siempre se quedará así? —preguntó.

—No hay que perder la esperanza —contesté, encogiéndome de hombros.

Pero yo no me hacía demasiadas ilusiones cuando subí a mi automóvil. Muchos terneros sufrían graves lesiones pulmonares a raíz de una neumonía. Se recuperaban, pero se quedaban flacos y debilitados para toda la vida. Los médicos también tenían en sus registros a muchos enfermos de esta clase.

Transcurrieron semanas y meses hasta que, un día, vi al labrador, paseando con su dueña por la calle. Le costaba mucho moverse y su ama tenía que caminar muy despacio para que no se cansara. Me entristecí mucho al pensar en el travieso *Brandy* de antaño, pero, por lo menos, te había salvado la vida, me dije. Puesto que ya no podía hacer nada más por él, traté de apartarlo de mi mente.

Procuré olvidar a *Brandy* y lo conseguí bastante bien hasta una tarde de febrero. La víspera había tenido una noche muy agitada. Estuve tratando a un caballo que sufría un cólico hasta las cuatro de la madrugada, y me fui a la cama, pensando que el animal se había calmado y ya no sufría dolores, cuando me llamaron para atender a una vaca a punto de parir. Conseguí extraerle a la vaquilla un precioso ternero vivo; pero el esfuerzo me dejó hecho papilla y, cuando regresé a casa, ya era demasiado tarde para acostarme.

Efectué mi ronda de visitas matinales como un autómatas y, a la hora del almuerzo, Helen observó alarmada que se me inclinaba la cabeza sobre el plato. A las dos, había unos cuantos perros en la sala de espera y los atendí a todos mecánicamente con los ojos medio cerrados. Cuando llegué a mi último paciente, ya casi estaba durmiendo de pie. Experimenté incluso la sensación de estar en otra parte.

—El siguiente, por favor —musité, abriendo la puerta de la sala de espera.

Esta vez, había algo distinto. Vi a un hombre en la puerta, pero lo que me hizo despertar de golpe fue el espectáculo de su pequeño caniche, caminando sobre las patas posteriores. Insólito espectáculo.

Aunque estaba medio dormido, sabía que no tenía visiones. Volví a mirar al perro

y vi lo mismo que al principio: el personajillo cruzó el umbral, sacando el pecho e irguiendo la cabeza como un soldado.

—Sígame, por favor —dije con la voz ronca, encaminándome hacia la sala de examen.

A medio camino, tuve que volverme para comprobar que mis ojos no me habían engañado: el caniche caminaba sobre las patas traseras al lado de su amo.

El hombre debió de percatarse de mi perplejidad porque, de repente, soltó una carcajada.

—No se preocupe, señor Herriot —me dijo—, este perrito trabajó en un circo antes de que me lo regalaran. Me gusta que exhiba sus habilidades. Esta, por ejemplo, deja a la gente de piedra.

—Y que lo diga —contesté—. Por poco me da un ataque al corazón.

El caniche no estaba enfermo, solo necesitaba que le cortaran las uñas. Sonreí mientras le colocaba sobre la mesa e iniciaba la labor.

—Supongo que no hará falta cortarles las uñas de las patas traseras —dije—. Él solito se las debe limar caminando de esta forma.

Me había despejado lo bastante como para hacer comentarios jocosos.

Sin embargo, cuando terminé, el cansancio volvió a apoderarse de mí y a punto estuve de desplomarme al suelo mientras acompañaba al hombre y al perro a la salida.

Observé cómo el animalito trotaba calle abajo —esta vez, de manera ortodoxa— y, de repente, se me ocurrió pensar que llevaba mucho tiempo sin ver a un perro haciendo cosas insólitas y divertidas. Como las que hacía *Brandy*, por ejemplo.

Me inundó una oleada de recuerdos y cerré los ojos, apoyado tras el marco de la puerta. Cuando los abrí, vi a *Brandy*, doblando la esquina de la calle acompañado por la señora Westby. Tenía el hocico completamente oscurecido por una enorme lata de roja sopa de tomate y tiró de la correa meneando la cola en cuanto me vio.

Esta vez, debía tratarse de una alucinación. Contemplaba una escena del pasado. Aún seguía clavado junto a la puerta cuando el labrador subió brincando los peldaños, hizo un intento infructuoso —a causa de la lata de sopa— de lamerme la cara y se conformó con levantar la pata.

Contemplé el radiante rostro de la señora Westby.

—Pero ¿qué..., qué...?

—¡Fíjese, señor Herriot, fíjese en eso! —me dijo la mujer, esbozando una sonrisa triunfal—. ¡Ya está mejor, mucho mejor!

Me desperté de golpe.

—Y supongo que querrá usted que le quite esa lata, ¿no?

—¡Pues sí, por favor!

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para colocar al perro sobre la mesa. Estaba más gordo que antes de enfermar. Tomé el fórceps y empecé a doblar los bordes de la lata hacia arriba para separarlos de la nariz y la boca del animal. La sopa

de tomate debía de ser uno de sus platos preferidos porque tenía la lata completamente incrustada y tardé un buen rato en sacarla.

A continuación, rechacé como pude su afectuoso ataque.

—Veo que ya vuelve a revolver los cubos de la basura, ¿eh?

—Sí, lo hace cada dos por tres. Muchas veces, se las quito yo misma. Y, además, se desliza por el tobogán con los niños —añadió la señora Westby, rebosante de alegría.

Me saqué el estetoscopio del bolsillo de la blanca bata para auscultarle los pulmones. Estaban completamente despejados. Había una ligera aspereza aquí y allá, pero la antigua cacofonía había desaparecido sin dejar rastro.

Me incliné sobre la mesa y contemplé al enorme perro con una mezcla de gratitud e incredulidad. Volvía a ser un animal lleno de vida. La lengua le colgaba en una alegre sonrisa y el sol que penetraba a través de la ventana del consultorio le iluminaba el lustroso manto y le arrancaba reflejos de oro.

—Pero, señor Herriot —dijo la señora Westby, mirándome asombrada—, ¿cómo ha podido ocurrir eso? ¿Por qué ha mejorado?

—*Vis medicatrix naturae* —contesté en tono reverente.

—¿Cómo dice?

—El poder curativo de la naturaleza. Algo con lo que ningún veterinario puede competir cuando este poder decide entrar en acción.

—Ya. ¿Y nunca se sabe cuándo puede suceder?

—No.

Por espacio de unos segundos, nos dedicamos a acariciar en silencio la cabeza, las orejas y los costados del perro.

—Ah, por cierto —dije—, ¿ha vuelto a interesarse por los pantalones vaqueros?

—¡Ya lo creo! Ahora mismo los tengo en la lavadora. Totalmente cubiertos de barro. ¡Estoy contentísima!

Los perros como *Brandy* siempre han sido un rayo de luz en mi vida. Son los que hacen cosas raras y me hacen reír. *Brandy* era un payaso por naturaleza e incluso sus problemas con los cubos de la basura tenían un lado cómico, pero su neumonía me borró la sonrisa de los labios durante mucho tiempo. Es bueno terminar mi libro con una historia sobre un personaje tan típicamente perruno como *Brandy*. Una historia que, por si fuera poco, tuvo un final feliz. Sigo sin conocer la causa de su mejoría, pero no importa.





JAMES HERRIOT. El doctor Herriot, veterinario rural de Yorkshire, se volvió un personaje famoso merced a los múltiples y divertidos libros, la mayoría de los cuales transcurren en la ciudad ficticia llamada Darrowby o en sus alrededores.

El afamado autor, nació en Glasgow y estudió en el Glasgow Veterinary College. Al finalizar sus estudios empezó su práctica profesional en el norte de Yorkshire. Vivió allí toda su vida excepto un corto lapso en que estuvo al servicio de la Real Fuerza Aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre las aficiones de James Herriot estaban, además de la lectura y la escritura, la música y el arte.

Desafortunadamente, el doctor Herriot murió en 1995, pero nos dejó el enorme legado de su obra, donde nos transmite un mensaje positivo y armónico ante la vida.

Notas

[1] Clavo de especia o de olor (N. de la E. D.). <<

[2] Para entender el juego de palabras del original, téngase en cuenta que, en inglés cook significa «cocinera» (N. de la T.). <<

[3] En inglés, «tontaina» (N. de la T.). <<

^[4]*Amber*, en inglés significa «ámbar» (N. de la T.). <<